



Naviru Shorno

CUANDO
LLEVAN
ELEFANTES

No creas todo lo que dicen de mí...
Cuando quiero, soy peor.

**CUANDO
LLUEVAN
ELEFANTES**

NAVIRU SHORNO

Primera edición: agosto, 2021

Copyright © 2021 Iván Ruiz Hornos

Portada realizada por Megan Herzart

Todos los derechos reservados.

*A Harri Helkiö,
mi alma melliza,
mi medio pomelo,
mi ataque al corazón,
la pieza del puzle de al lado...*

*Advertencia: el autor no se hace responsable
de los comentarios y pensamientos
de la protagonista de este libro.*

Léanlo bajo su propia responsabilidad.

1

Peppa Pig

*Cuando eres joven, sueñas con comerte el mundo.
Cuando cumples treinta... ¡Engordas como si lo hubieras comido!*

El 1 de enero fue mi cumpleaños, y lo celebré por todo lo grande: maratón de una nueva temporada de mi serie favorita en Netflix, un buen puñado de Shornolletas de chocolate y me bebí una botella de ron a mi salud. No invité a nadie a mi fiesta de aniversario —no era porque no tuviera amigas—, simplemente quería celebrarlo en soledad. Me resultaba muy difícil asimilar mi nueva edad, estaba deprimida y no quería que nadie me viera llorar mientras soplabla treinta jodidas velas.

Como en todos mis cumpleaños, ese día me servía para replantearme la dirección de mi insignificante existencia. Era un día triste en el que me daba cuenta de que me quedaba un año menos de vida y no había conseguido ninguna de mis metas. Por no conseguir, ni siquiera había logrado completar, el año anterior, la cartilla del gimnasio compuesta por cuarenta recuadros. Mandé a la porra, una vez más, el regalo que te entregaban si conseguías todas las estampas: una botella de agua.

Por aquel entonces, tenía una costumbre; de hecho, era el tercer año consecutivo que iba a intentarlo. Y era escribir en mi libreta de insultos tres objetivos, los tenía que realizar antes de que terminara el año. Contaba con trescientos sesenta y cinco días para llevarlos a cabo. Pan comido con Nutella.

El primero de ellos era conseguir un novio. Nunca fui una de esas chicas que necesitan un macho a su lado, pero no había tenido ni una relación estable, y estaba harta de hojas de fresas. Tampoco quería terminar rodeada de gatos. El problema era que odiaba a ambos, a los gatos y a los príncipes azules. Me producían urticaria los primeros, y los segundos me provocaban arcadas. ¡Puaj, qué asco! ¡Les vomitaría en la cara!

Mi segundo objetivo también era difícil. Consistía en hacerme con el cargo de directora ejecutiva en el departamento de publicidad para la empresa en la que trabajaba. Mi jefe, don Pancho, se jubilaba ese mismo año y, a pesar de que nuestra relación no atravesaba su mejor momento, sabía que podía hacerme con el puesto si me lo curraba. Claro que, antes tenía que terminar con la reputación de la nueva, Samantha S. Scarlet. Esa furcia petimetra no llevaba ni un mes trabajando en la oficina y ya era el ojito derecho de don Pancho. Era ella quien más papeletas tenía para convertirse en la nueva directora. Para postre, todos mis compañeros de trabajo la idolatraban: «Es la mujer ideal»; «la trabajadora perfecta», decían mis compañeras. ¡Iros todos a tomar por culo! La gente perfecta no existe, e iba a demostrarlo, aunque no sabía cómo hacerlo, tenía tantos frentes abiertos que me costaba centrarme en uno. ¡Yo! ¡Que era todo un amor de persona!

Mi último objetivo, y no menos importante, era conseguir que se fuera del piso mi fantástico compañero Drac. Mi delicado equilibrio mental siempre terminaba rompiéndose cuando estaba con él. ¡Nunca había conocido a alguien tan detestable! ¡Estúpido anacrónico ser humano! Otro feliciano que vivía en la parra. Aparentaba ser buena persona, aunque estaba segura de que era un psicópata o algo mucho peor. Le había perseguido alguna vez para averiguarlo, pero todavía

no había descubierto nada turbio. Él era esa clase de persona que, cuando llega a tu vida, lo pone todo al revés para dejar su sello por todas partes. Yo intentaba apartarlo como a los guisantes de una paella porque... ¡A mí me gustaba vivir sola! ¿Sabían que a los elefantes les gusta vivir en manada? ¡Pues yo no era un elefante! ¡Maldigo el día en que acepté la propuesta de mi madre para que Drac fuera mi compañero de piso! No sabía cómo lo hacía, pero siempre terminaba sacándome de mis casillas. Lo que me resultaba más gracioso, era que estaba segura, de que él y doña Perfecta (Samantha S. Scarlet) estaban hechos el uno para el otro. Pero jamás los presentaría. Ni hablar, iba en contra de mi ética personal hacer feliz a otras personas.

Aquellos eran mis tres objetivos, parecían sencillos, pero sabía que me costaría alcanzarlos. Ojalá fueran tan fáciles como engordar...

Resumiendo: (Entre paréntesis mensajes alentadores. ¡Tú puedes! ¡Vas a conseguirlos! ¡Sí!).

Novio estable. (Tiene que ser con alguien del que no se me quite nunca el gusanillo. ¡Voy a encontrarte, mongopolla! Y te exprimiré como a una naranja).

Requisitos: SIN HIJOS, más ALTO que yo, que NO viva con su madre y tenga un trabajo estable, que no fume, que no padezca halitosis, que no tenga mascotas en su piso, que no haya estado casado, que lleve las cejas depiladas y no tenga barba, que no tenga sobrinos, que tenga un coche de menos de cinco años, que sepa escuchar y sea simpático, que no tenga el pito pequeño...

Conseguir el puesto de don Pancho.

Requisitos: eliminar a doña Perfecta (¡Rata inmunda! Voy a machacarte), llevarme bien con don Pancho (sin comentarios).

Mandar a freír espárragos a Drac.

Requisitos: consiguiendo novio estable, este objetivo será coser y cantar (no sé coser... ni cantar).

Para ser sincera conmigo misma, también tenía pendientes los del año anterior (soy lo peor):

Ser una persona pacífica.

Aprender a cocinar.

Hacer las paces con mi familia.

Y los del año anterior del anterior:

Llevarme bien con mis odiosos vecinos.

Conseguir que no se muriesen mis plantas.

Conseguir la botella de agua del gimnasio que regalan completando la cartilla.

Me costaba entender por qué no conseguía mis propósitos. Yo, que siempre había sido una persona ordenada y racional. De esas que, si se levantaban con muy mala hostia por las mañanas, se iban a dormir con nuevos enemigos.

El año anterior me había apuntado a clases de yoga para intentar ser una persona llena de luz y armonía. ¡Ni siquiera pude terminar la primera lección! Me entró un ataque de risa cuando el profesor empezó a cantar «Ommm...» con las piernas cruzadas y con los dedos pellizcando el aire; que todos los asistentes lo imitaran me pareció tan ridículo que no pude detener mi jolgorio. Para cuando me mandaron callar, ya estaba en la puerta con las zapatillas Efofes en la mano, dispuesta a alejarme de aquella panda sectaria.

Ese mismo mes, me apunté a un taller de cocina para principiantes, pero no fui ni a la primera clase. Lo que me gustaba era que me cocinasen. Nota importante para uno de los últimos objetivos que me había propuesto: mi novio tenía que saber cocinar. ¡No! Mejor aún, tenía que ser cocinero profesional.

Respecto a mi familia... Había dejado de dirigirles la palabra dos años atrás, o ellos a mí. Me

llamaron loca, egoísta y no lograba recordar qué otras salvajadas más. Y no me hubiera enfadado sino me hubieran dicho: «Nunca serás feliz». Pero se equivocaron. Les había demostrado, en innumerables ocasiones, a través de fotos que subía en las redes sociales, lo feliz y lo, jodidamente, maravillosa que era mi vida. No pensaba hablarles hasta que me pidieran perdón; y la zarrapastrosa de mi hermana lo tenía que hacer de rodillas. Yo tenía más orgullo que un puñado de maricas en una carroza multicolor.

Sobre los objetivos de dos años atrás... Tenía mi piso repleto de bonitas y relucientes plantas de plástico. Y con los seres maravillosos con los que convivía bajo el mismo edificio..., bueno..., al menos ya no hacían pintadas en mi puerta, ni me llenaban el buzón de excrementos o tocaban el timbre a las tres de la mañana. Atravesábamos una especie de guerra fría, suponía que, en este punto, tendría que sentirme agradecida porque el maravilloso Drac Capdevila Ripoll había hablado con mis vecinos. ¡Yo no se lo había pedido! Y, por supuesto, no me había rendido, ni lo haría nunca. No después de la jugarreta que me hicieron el día de Navidad. ¡Me da vergüenza hasta contarlo!

La contienda con ellos empezó en cuanto me vine a vivir a este edificio, que está en el número diecinueve de la calle Desencanto de la ciudad de Barcelona. Antes de nada, debo de reconocer que, a veces puedo parecer una persona irritable, pero es porque detesto a los niños y animales. También odio el humo y los pitidos de los coches, los gritos de los vecinos, el olor a fritanga que sube por el patio interior, las huellas dactilares en los espejos, los chicles en las escaleras y compartir ascensor. Tampoco me gustan los cotilleos, ni que cambien las cosas de lugar, ni la propaganda que rebosa siempre en los buzones.... Aborrezco el nombre y la barba canosa del espantajo que hace de presidente de la comunidad, también el olor a rancio que desprende la ufana de mi vecina de enfrente, o el color de los labios de la pilingui del ático. Todo esto no es más que la punta del iceberg, ya que he puesto en marcha un tren de pensamientos tan horribles, continuaré narrando lo que me sucede cada vez que salgo del edificio en el que vivo... De sopetón, me topo con el tráfico y los ruidos que producen los coches; sin olvidarme de la suciedad de las calles de la ciudad, los carteristas del metro, los olores corporales... Odio los días nublados, los días calurosos y también los lluviosos. Aborrezco que la gente hable a voces en los bares, y la que camina por la acera bloqueando el paso a los que tenemos prisa por llegar a nuestro destino. También me disgusta la gente que, continuamente, se hacen selfis, o la que me suplica que le devuelva el *follow* en Instagram.

Creía recordar que ese fue uno de los motivos por los que accedí a la petición de mi madre sobre mi compañero de piso, él no utilizaba ninguna red social, ¡ninguna! Ni siquiera tenía teléfono móvil. ¡Era más raro que un perro fucsia!

Yo ya le conocía de mi infancia, mis padres tenían una casita en primera línea de playa en el municipio de Gavá. Pasábamos allí la mayor parte del verano y los fines de semana en invierno. Tenía recuerdos muy bonitos de aquella época, y creía recordar que me pasaba todo el día con una sonrisa en los labios junto a él.

Los días amanecían muy calurosos y, por eso, me levantaba la primera, de la rabia siempre iba corriendo al dormitorio de mis progenitores para despertarlos a gritos y exigirles mi desayuno: *pancakes* con chocolate caliente. Era ya toda una cabrona desde pequeña, mientras mis padres preparaban el desayuno a la princesa de la casa, iba al cuarto de mi hermanito y metía su mano en un barreño de agua para intentar que mojara las sábanas—algunas veces, lo conseguía—. Por aquel entonces, él ni siquiera sabía que era mujer como yo. Aunque apuntaba maneras: muchas veces lo pillaba maquillándose con las pinturas de mi madre o vistiéndose con mi ropa. Era horripilante ver a mi hermano, tres años menor, usando mis braguitas preferidas, las

que guardaba para ocasiones especiales, como ver películas protagonizadas por Brad Pitt.

Cuando terminábamos de desayunar, mi hermano y yo llamábamos a la puerta del vecino. Allí vivía un matrimonio tan simpático y modélico que, por narices, debían de guardar algún esqueleto en el fondo del armario. Pero nunca lo encontré. Lo que sí tenían era un único hijo, guapo como un canalla y con una sonrisa inescrutable: Drac Capdevila Ripoll. Tenía dos años menos que yo, y uno más que mi hermano. Por lo tanto, yo era la jefa indiscutible y siempre acabábamos haciendo lo que yo proponía. Una noche de verano, disfrazamos a mi hermano con un traje de novia y le obligamos a pasear con un candelabro en la mano por la curva de una carretera. Ya saben, cosas de críos.

El último verano que pasamos los tres juntos, mi hermano me confesó que se había enamorado de él. Además, Drac lo sabía. «¿Cómo que él lo sabe?», le pregunté escandalizada. «Mientras nos bañábamos en el mar le he besado en la boca y le he tocado el paquete», me respondió con una sonrisa pícara. Que mi hermano menor fuese más lanzado que yo, me mortificó. Sentí celos, no porque hubiera besado al chico más guapo del planeta, sino porque, en medio de la vorágine de emociones que sufría en aquella época, se había atrevido a besar al chico que le gustaba. Yo siempre esperaba a que me entraran, por eso nunca me comía una rosca (metafóricamente hablando, claro está).

Antes de cumplir los dieciocho años, sus padres vendieron la casa y se fueron a vivir al norte de España. Fue, entonces, cuando perdimos el contacto con la familia Capdevila. Por aquel entonces, no había Internet, ni móviles, ni redes sociales, aunque de nada hubieran servido con Drac, el chico rebelde. No, simplemente desapareció de nuestra vida. A mí no me importó que no me escribiera, que no me llamara o que ni me visitara cuando venía a Barcelona; estaba en esa edad en que lo último que deseaba era escuchar mi corazón abandonado. Mi hermano lo pasó peor, ya empezaba a tener bastante claro lo que le sucedía; era una mujer, pero la sociedad se empeñaba en decirle que era un hombre. Mis padres y yo no se lo pusimos fácil, de hecho, la llevamos a un psicólogo porque pensábamos que estaba como una regadera.

Y Drac desapareció de mi vida durante ocho largos años... Hasta que un domingo, desayunando con mis padres (*pancakes* con chocolate caliente), y quejándome de la subida del precio del alquiler de mi piso, y de que tenía que buscar a una compañera porque no podía sufragar yo sola todos los gastos, mi madre me habló de él. Por supuesto que, en un principio, me negué. Pero todas mis conocidas tenían pareja, las que no, se debía a que eran más raras que un calvo en una peluquería, y me quedaba sin opciones.

Al final, acepté, Drac Capdevila terminó viviendo conmigo, el amor de la infancia de mi hermana y... el mío.

Llegados a este punto de mi relato, tal vez sea mejor sincerarme del todo. Mi hermano, es ahora mi hermana. Mis padres le pagaron la operación en una clínica privada, tuvieron que pedir un préstamo al banco para poder afrontar dicha intervención. Y yo, que andaba sin un duro, tenía que compartir piso con un «desconocido». ¿Te imaginas? Les recriminé el pastizal que se iban a gastar, ¡más de veinte mil euros! Y yo me las veía y deseaba para llegar a fin de mes, incluso había limitado la compra de zapatos y bolsos. Tras mucho discutir con ellos, rompimos los lazos que nos unían y mi padre y yo nos dijimos cosas muy feas. A veces, mi madre me llamaba por teléfono, pero mi orgullo me impedía hablar con ella, y el tiempo pasaba tan rápido que cuando me quise dar cuenta eran más de dos los años que llevábamos distanciados. Mis únicas dos amigas, siempre me decían que había puesto precio a mi familia, y no les faltaba razón.

Con Drac llevaba viviendo casi el mismo tiempo, muchas eran las semanas que se ausentaba porque trabajaba de guitarrista y tocaba en conciertos para diferentes bandas de música. Al

principio de nuestra convivencia, tuvimos muchos problemas, no me gustaba que cambiase mis cosas de sitio o que apestara mi salón principal con inciensos o velas aromáticas. Tampoco me gustaba que trajera animales abandonados y malolientes a casa, y, por supuesto, le tenía prohibido traer ligues, ¡lo que me faltaba! Seguro que serían mujeres tan guapas y espectaculares que hasta recién levantadas deslumbrarían con su belleza; y eso minaría mi moral. Pero lo que más rabia me daba era que, de vez en cuando, iba a desayunar a casa de mis padres. ¡*Pancakes* con chocolate caliente!

Para colmo, se llevaba bien con todos los vecinos. Con todos. Hasta con Pepa alias «la Cerda». Una anciana decrepita que vivía enfrente; era la alcahueta del edificio y mi enemiga número uno. ¡La odiaba! No albergaba duda alguna de que ella era la artífice del complot de todos mis males, tejía los hilos en la oscuridad para no ser descubierta. Vivía sola desde que su hermano Jorge se había marchado al otro barrio, el cual tenía unos colmillos como plátanos y bajo ningún concepto salía nunca de casa. Hasta que lo sacaron en un ataúd, por descontado.

Mis inicios en aquel edificio fueron muy duros, pero me prometí que jamás me daría por vencida, no iba a permitirle a esa anciana chocha la satisfacción de verme empaquetar mis pertenencias y mudarme a otro lugar. Jamás.

Pepa tenía muy buena relación con Drac, y siempre sabía cuándo se ausentaba, por lo que podía anticiparse para preparar nuevas fechorías.

Las últimas navidades fueron bastante deprimentes. Mis amigas no pudieron quedar conmigo ni un solo día porque tenían la agenda llena de compromisos. Yo no tenía muy buena reputación en mi trabajo, me llamaban tacaña y antisocial porque nunca quería asistir a ninguno de sus encuentros o poner dinero para algún regalo. Y el caraculo de mi compañero de piso se ausentó un par de semanas, momento que aprovecharon Pepa y varios vecinos más para humillarme.

Fue en Navidad. Llevaba varios días sin ningún incidente, y terminé bajando la guardia... Era en Nochebuena, salí de fiesta para demostrarme que las personas como yo también lo pasaban bien, y estaba segura de que habría alguien en la misma situación que yo, o, tal vez, conociese a alguien interesante. Terminé en una discoteca; borracha perdida, y bailando reguetón en el podio mientras un grupo de hombres no me quitaba el ojo de encima. Me sentía deseada, aquello subió mi autoestima, y solo me faltó restregar el *chirri* por toda la pista para anunciar que quería tema. Me entró un tal Anderson, un maromo guapísimo de ojos verdes. Vivía solo en un piso del Clot, y no tenía ninguna mascota; era alérgico a los perros. Cuanto más hablaba, más me gustaba, y se lo hice saber metiéndole mi lengua en su boca hasta tocar la campanilla. Lo invité a mi piso, yo llevaba meses sin follar y, en aquel momento, estaba tan cachonda que me subía por las paredes.

Llegamos a mi edificio, mientras esperábamos el ascensor nos comimos la boca como dos adolescentes. En la segunda planta, continuaron los magreos y achuchones. Y, cuando intenté abrir la puerta de mi casa, no pude. Me reí con algo de timidez, y, en el momento que logré introducir la llave en el ojo de la cerradura por segunda vez, comprobé que no giraba. ¡No lo entendía! Anderson intentó, en vano, abrir la puerta. ¿Qué estaba pasando? No tuve que estrujarme demasiado los sesos, e imaginé quién era el responsable. Mejor dicho, LA RESPONSABLE. Empecé a gritar y a llamar a la puerta de Pepa a golpes. Tardó en abrir, y lo hizo en un camisón de Peppa Pig. Yo estuve a punto de soltarle un sopapo al verla así vestida, pero me contuve, quería que Anderson me diera un buen meneo, y atacar a una anciana perturbada a las tantas de la madrugada, probablemente, hubiera sido el final de nuestro encuentro.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —preguntó una Pepa confundida—, ¿por qué llamas a mi puerta a estas horas de la madrugada?

—Soy yo, tu vecina. ¡Deja de joderme! —grité con rabia.

—Lo siento, niña, no sé quién eres. Tú no vives aquí —contestó la muy hija de la gran puta. Hablaba con una voz dulce, nunca la había escuchado utilizar aquel tono.

—Por supuesto que me conoces... ¡Bruja! —chillé.

Me miró desconcertada y se mantuvo en sus trece. Desconocía si antes de jubilarse había trabajado de actriz, porque interpretó al personaje de una pobre anciana senil que cada vez parecía estar más asustada por mi lengua viperina.

Otro vecino abrió la puerta de su casa y corroboró lo que Pepa decía:

—Chiquilla, tú no vives aquí. Soy el presidente de la comunidad y juro que nunca te he visto, deja de armar jaleo y vete, o llamaré a la policía —dijo mi vecino Evaristo.

—¡Serás mamacallos! ¡Verriondo asqueroso! —Yo estaba ya perdiendo los papeles, y mi estado de embriaguez no ayudó—. ¡La hierba es verde, el mar es azul! —empecé a gritar para no liarme a hostias. Estaba llorando de rabia e impotencia, pero no les di pena.

—¡Largo de aquí! ¡Borracha! —gritó Evaristo.

—Y feliz Navidad —dijo Pepa. Y, antes de cerrar la puerta en mis narices, atisbé, por una milésima de segundo, una sonrisa triunfal que mi ligue pasó por alto.

Estaba tan cabreada en aquel momento, que no sabía cómo reaccionar, mi vil enemiga se había marcado un gol por toda la escuadra.

—A lo mejor te has equivocado de edificio —añadió Anderson.

—Sé muy bien dónde vivo, bonito —grité.

Anderson me obligó a bajar al rellano, disculpándose con mi vecino Evaristo por el malentendido. Una bombilla se encendió en mi cabeza mientras bajábamos por las escaleras, pero los muy zorrones cambiaron hasta la placa de mi buzón, mi nombre había desaparecido.

—¡Ves! —dijo Anderson—. Tendríamos que haber ido a mi piso, estás tan mamada que no sabes ni dónde vives.

Aquella fue la gota que colmó el vaso, y empecé a gritar y a aporrear los buzones.

—¡Estás loca! —gritó Anderson.

—Vete a la mierda... ¡lechuguino!

Y suponía que allí se fue, porque me dejó plantada mientras yo sufría un ataque de ansiedad y lloraba como una magdalena.

Eran las cuatro de la mañana, y no tenía a quién llamar y ningún lugar al que ir. Me acurruqué bajo el hueco de las escaleras y hecha un ovillo me dormí.

Me desperté a las pocas horas, se filtraba un poco de luz diurna a través de la entrada principal del edificio. Contemplé que tenía la ropa llena de vómito, me apestaba el aliento a cloaca y delante de mí encontré un sobre. Al abrirlo, saqué una postal con un Papá Noel estampado lleno de colores alegres; incluso se iluminaba con lucecitas y cantaba un villancico jocoso.

Estaba firmada por todos mis vecinos, que me deseaban una «Feliz Navidad».

En el interior del sobre había un objeto más; era la nueva llave de mi apartamento.

El oso Yogui

*Cuando la vida te da limones,
arrójaselos a alguien en los ojos.
Cathy Guisewite.*

La primera quincena de enero fue una auténtica pesadilla pasada por agua, no paraba de llover. Conocía de sobra ese famoso refrán que decía: «Al mal tiempo, buena cara», y, por eso, intentaba ser la alegría de la huerta. A mi manera, por supuesto, pero solo conseguía parecerme al tubérculo más famoso del planeta: la patata. Era rechoncha, aburrida y enterrada en vida; según las palabras de mi última pareja sentimental, el cual me duró dos telediaros porque me tenía frita con sus pamplinadas. ¡Y me importaba un pepino ser una papa! Estaba dispuesta a encontrar la salsa picante de la vida para ser un plato estrella. El problema era que ni siquiera era capaz de montar una simple mayonesa, nada me salía bien.

Siempre había detestado a las personas supersticiosas, pero no me quedaba otra que contemplar la posibilidad de que me había mirado un tuerto. O, quizá, alguien —como, por ejemplo, Pepa— me había echado un mal de ojo. Además, en lo que llevaba de año había pasado por debajo de una escalera, abierto un paraguas en mitad del salón y roto un espejo. Esto último, me pasó por mirar a donde no debía, el culo respingón de un tío macizo. Arranqué, con mi cuerpecito voluminoso, el retrovisor de una furgoneta mediana que terminó estrellándose sobre el pavimento. Eché a correr ante la mirada atónita del tipo con cara aguileña que había tras el volante, y la de todos los transeúntes que había alrededor. Y, para colmo, durante la carrera perdí un guante.

Ese mismo día —13 de enero—, cuando llegué a mi maravilloso trabajo, don Pancho me comunicó que, al ser la trabajadora más meticulosa y a la que menos le gustaba interactuar con otras personas, depositaba su confianza en mí para revisar todas las campañas de publicidad archivadas de la empresa. Lo que venía siendo el trabajo más soporífero del mundo. Al parecer, algún milipollas^[1] había colgado en Twitter un anuncio antiguo, y muchos usuarios tildaron a la empresa, para la que yo trabajaba, de machista. ¡Asco de generación hipersensible!

Pasaban los días, y yo continuaba confinada en un cuartucho del sótano con las paredes amarillas y repletas de polillas oscuras que parecían mariposas negras.

Mi jornada era de ocho horas, y subía dos veces a mi planta para tomar gratis un chocolate caliente de la máquina expendedora que teníamos en la sala de descanso. Aquella semana, Samantha S. Scarlet estaba organizando una fiesta, sabía que me preguntaría si deseaba asistir. Yo tenía una enorme lista con excusas, pero las había utilizado casi todas: el fallecimiento de mis abuelos, los cumpleaños de mis progenitores o bautizos de niños inexistentes... Incluso había viajado a lugares que jamás visitaría o me había comprometido a cuidar la mascota de algún amigo imaginario.

Solo me quedaba un último pretexto razonable, aunque conocía tan bien los horarios de descanso de Samantha S. Scarlet que, a lo mejor, no tendría ni que utilizar mi argucia. Pero como antes mencioné, me sentía tan ceniza últimamente, que el viernes me la topé de frente en mi segunda pausa.

—¡Buenas tardes! —dijo doña Perfecta nada más verme. En serio, tiene una cara que dan ganas de aplastar con un puñetazo. ¿Y por qué tiene que sonreír siempre? La ignoré por completo y avancé hasta el final de la habitación—. ¡Dichosos los ojos que te ven! —continuó atacándome—. Estoy organizando una cena para esta noche, nos vamos a juntar todas las chicas para celebrar la despedida de soltera...

Me giré y la contemplé como *La Gioconda*, mientras le indicaba con mi mano diestra que detuviera sus horripilantes mugidos.

—¡Cuánto lo siento! —dije imitando la petulante voz que tanto la caracterizaba; la miré a los ojos—. Qué mal me sabe. Hago un año con mi novio...

—¡Enhorabuena! —contestó la muy fulana y mala pécora—. En ese caso, no insistiré más. ¿Quieres participar en el regalo? ¡Será un estríper!

Bajé la mirada y entrecerré los ojos, mis neuronas viajaban a la velocidad del tren de la bruja en aquel momento, buscando una respuesta satisfactoria para ambas partes, pero esta vez el carca de don Pancho me salvó. Entró en la sala entre carraspeos y jadeos gritando: «Sam, al fin te encuentro»; su rostro se mostraba tan arrugado como la corteza de un árbol. Aproveché el momento para hacerme invisible y escabullirme, no sin antes golpearme en el lateral del marco de la puerta, tras tropezarme con mis propios pies.

Más tarde, al llegar a casa, lo primero que hice fue relajarme en el sofá con una ración de palomitas —con doble de sal—, y un cubata de ron bien servido. ¡Por fin empezaba el fin de semana! Acabé dormida y soñando con un plan perfecto y maquiavélico para vencer a doña Peppa Pig. ¡Mi subconsciente también la odiaba! ¡Cómo no se me había ocurrido antes! Todos los viernes, sin excepciones, el hijo de mi vil enemiga la visitaba. Mi idea consistía en seducirlo y sacarle información para utilizarla a mi favor y así poder vengarme de la última jugarreta. No podía sacarme de la cabeza que el tal Anderson no hubiera terminado en mi cama el día de Navidad por culpa de los condenados vecinos. ¡Me habían fastidiado mi doble ración de sexo vainilla!

Desperté de mi descanso de buen humor, a pesar de que Drac fue el causante de la interrupción de mi sueño. Observé, con un ojo medio abierto, que salía de puntillas como un elefante de la cocina y cargado de piezas de frutas. El señorito era un golimbro. Cuando lo perdí de vista, secundé su ejemplo y fui hasta la cocina a por el tarro de chucherías y ponerme hasta el culo de ellas. ¡Qué delicia!

Cerca de las ocho de la tarde, empecé la guardia en la mirilla de la puerta principal de mi piso, y, tras trece minutos espiando, llegó mi víctima. La visita solía durar alrededor de una hora, tiempo suficiente para acicalarme y ponerme mi mejor vestido: uno rojo que me había regalado mi amiga Sherise, a la cual llevaba sin ver desde el verano anterior. ¡Tenía que llamarla! ¡Necesitaba ropa nueva!

A las nueve en punto ya estaba perfumada como una rosa, con mi piel embadurnada de cremas humectantes e hidratantes y con mi cabello brillante. Ya estaba lista para la siguiente fase de mi plan. Al salir del cuarto de baño, me encontré con mi compañero de piso en mitad del salón; silbó como un quinceañero y me miró de arriba abajo.

—¿Qué celebramos? —preguntó.

—Nada, de momento... —contesté. Aunque me imaginaba cómo descubriría todos los trapos sucios de doña Pepa.

—Por cierto... ¿Qué ha pasado con tu tripa? —inquirió Drac.

Lo miré ofendida, había tenido que embutirme en una enorme faja para poder entrar en mi precioso vestido rojo. Tras su comentario, me sentí como un saco de papas.

—¡Drac Capdevila Ripoll! ¡Qué grosero! ¡Yo no tengo barriga! —espeté con cierto enojo, puse mis manos sobre mi cintura de avispa y balanceé mi esbelta figura con coquetería.

Él me miraba divertido, lo cual me enfureció todavía más. Sus cabellos estaban arremolinados, llevaba varios días sin afeitarse, ni siquiera salía de casa; obsesionado con terminar una composición musical. Por ende, yo ni siquiera disfrutaba de privacidad en mi apartamento. Y no iba a desfogarme con el zurcefrenillos en la habitación de al lado, mi vibrador rosa empezaba a acumular telarañas; y, por eso, me irritaba con mayor facilidad, por la carencia de orgasmos.

—¡Alguien se ha vuelto a levantar con el pie izquierdo! —canturreó Drac.

—¡Yo no tengo barriga! —rezongué una vez más; a la tercera mi deseo se haría realidad.

—¡A mí no me engañas! —contestó mientras me guiñaba un ojo—. Te he visto dormir a pierna suelta en el sofá, y tenías la panza al descubierto —confesó Drac. Yo abrí los ojos como una libélula—. ¡Te estás poniendo colorada como un tomate! —añadió burlándose de mí.

—Como sigas chinchándome te voy a meter un *bimbazo* que no te vas a reconocer cuando te mires al espejo.

Él seguía sonriéndome abiertamente, sin reprimirse. Sus ojos adquirieron una tonalidad cálida, como de un rico *coulant* de chocolate...

—Primero tendrás que cogerme, y te advierto que soy muy escurridizo —dijo con una sonrisa de granuja.

Me abalancé hacia él con la intención de sorprenderle, pero me esquivó con elegancia mientras yo caí espatarrada sobre la alfombra. Acto seguido, giró su cuerpo con unos pasos de salsa para sacarme la lengua y hacer una pederreta muy sonora.

—¡Vete a freír espárragos, caraculo! —bramé escupiendo fuego por mi boca, también salía humo por mis orejas.

—¿A la andaluza o a pelo? —me preguntó con mofa.

—¡No puedo contigo! ¡Me voy para no verte más! —grité con voz estridente hecha un basilisco.

Lo último que escuché, antes de cerrar la puerta tras de mí, fue: «Al menos podrías haber recogido la sal... Mientras dormías la has volcado».

¡Que le den! Yo era una mujer fuerte e independiente, hasta que alguien mencionaba mis curvas. ¡Estaba casi llorando! ¿Te lo puedes creer? ¡Yo! Existían personas que se ahogaban en un vaso de agua, yo podía hacerlo en una gota, porque, a veces, me sentía tan pequeña y sola... Drac era lo único bueno que había en mi vida, y lo quería apartar de mí lo más lejos posible. En aquel momento, tenía ganas de patearle su bonito trasero, y enviarlo a la luna para que el hombre pusiera de una maldita vez el pie en aquella superficie inhóspita.

La culpa de todo la tenía la sociedad retrógrada y patriarcal, los cánones de belleza y los estereotipos de modelos famélicas que representaban la silueta diez. ¿Qué pasaba con las que teníamos el cuerpo amorfo como un botijo? ¿No podíamos ser felices? La solución era sencilla, tenía que pasar por el aro e ir más al gimnasio y comer menos chocolate. ¡A la mierda las feminazis también! Punto pelota.

Pateé una lata de Zeta-cola que había sobre la acera lo más fuerte que pude, salió disparada con una fuerza terrible y fue a parar al carril bici. Un ciclista la esquivó en el último segundo y perdió el equilibrio. El caranchoa cayó sobre un grupo de colegialas que empezaron a gritar asustadas. ¡La culpa no fue mía! ¡Era de Isaac Newton por haber postulado la ley de la gravedad en 1687! Actué con soltura ignorando a los australopitecos que me rodeaban y continué caminando a paso rápido hasta la parada del autobús. Miré mi reloj de pulsera, se había parado,

suspiré mientras un gato negro se cruzaba delante de mí. Se detuvo a observar un grillo, y lo asesinó con una de sus zarpas.

Al levantar la vista, contemplé de frente al hijo de doña Pepa. ¡Joder! ¡Era más feo que un cachorro de Pomerania! ¡Tenía pelos por todas partes! ¡Y unas gafas horrendas! Me entró una arcada contemplarlo de sopetón a tan pocos centímetros. Llevaba un estúpido sombrero de color verde sobre su cabeza que hacía juego con la corbata que vestía.

Observó mis pechos, hipnotizado, lo contemplé asqueada y fue, entonces, cuando el cuatro ojos desvió la mirada. Sabía que estaba esperando el autobús número nueve, el cual pasaba cada cuarto de hora; tenía solo unos minutos para ganarme su confianza.

—Hola. ¿Cómo te llamas? —le pregunté. ¡Gracias a Dios que no había nadie más en la parada! ¡Qué vergüenza que algún conocido me viera hablando con semejante despojo humano!

—¿Me preguntas a mí?

«No, gilipollas, a tu sombra».

—Sí —contesté imitando la melosa voz de Samantha S. Scarlet—. Tu cara me suena.

El tipo infló el pecho y se lamió la parte superior del labio, a continuación, hizo lo mismo con el labio inferior. Se levantó el sombrero y se atusó los cabellos, los cuales estaban más grasientos que una freidora de Fast Queen y, además, parecían los alambres de un estropajo de metal tras haber limpiado un horno industrial. Me fijé, también, que de la nariz surgía un pelo que se asemejaba a un cable de esos que se utilizan para cerrar el pan de molde... ¿Qué coño estaba haciendo con aquel baldragas?

—Me llamo Paulino Virgulilla y mi cumpleaños es el 22 de junio —contestó mostrándome las paletas. Eran tan amarillas como el pelaje de Pikachu—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Anastasia —mentí, no iba a decirle mi verdadero nombre.

—Encantado, Anastasia. Yo soy Paulino.

Asentí con la cabeza, intenté sonreír de forma cándida, pero solo fui capaz de mostrar una mueca tragicómica.

—¿A dónde vas? —pregunté.

—Al centro —respondió.

Me contemplaba como si fuera una reliquia sagrada: con adoración. Me sentí pletórica en aquel momento, nunca un hombre con una nariz tan grande y peluda me había mirado de aquella forma.

—Yo también voy al centro —dije.

—¿Quieres... que... nos sentemos juntos en el autobús? —logró preguntar Paulino.

Asentí con la cabeza, y el hijo de doña Pepa empezó a tocar las palmas. «Tierra, trágame», pensé.

La situación me recordó a una cita improvisada que tuve dos Navidades atrás. Fue con un hombre de cuerpo musculoso y cara redondeada; de piel clara y ojos azules; de labios carnosos y nuez bien pronunciada... Todo él parecía haber sido cincelado por un artista de la Grecia Antigua. Durante toda la cita estuve pensando que tenía ante mí a una réplica de Matt Damon, eran como dos gotas de cava. Aunque yo disfruté de la versión española.

Lo conocí mientras compraba una botella de Ron Witcher en el badulaque de la esquina. Me tiró la caña, y yo mordí el anzuelo. Yo nunca hubiera picado tan alto, y me derretí como una palmera de chocolate cuando sus luceros me alumbraron. Me remató con una sonrisa, y cuando me dijo que me invitaba a cenar, así a bote pronto, mis labios vaginales empezaron a aplaudir; fui tan papanatas que caí en la trampa de mis vecinos. Me dijo que se llamaba Ariel, y que mis ojos avellana eran los más bonitos que había visto en su vida. Me contó que trabajaba de

enfermero en el hospital Sant Pau, y que mi sentido del humor era hilarante. ¡Todo era una mentira cochina!

Me estuvo adulando durante toda la cena, reía mis gracias y acariciaba mi mano cuando tenía ocasión. Me enamoré de él antes de llegar a los postres, después me llevó en su Ford Puma azul al Puerto Olímpico. Aparcó en una explanada que estaba cerca de la playa, empezó a comerme la boca y a desvestirme al mismo tiempo con una agilidad asombrosa. Ni en mis sueños más húmedos me hubiera imaginado aquella situación tan erótica. Terminé en ropa interior... entonces, me sacó del coche con violencia y acabé sentada sobre la fría arena con cara de gilipollas. ¿Qué estaba pasando?

—¡PA-TA-TA! —dijo Ariel, tomando varias fotografías con su teléfono móvil.

Después, se montó de nuevo en su automóvil y se marchó. Con mis pertenencias, con mi ropa y con mi dignidad.

Pensar en él siempre sacaba lo peor de mí; tenía que detenerme y contar hasta cinco.

«Un elefante, dos elefantes, tres elefantes, cuatro elefantes, cinco elefantes».

Cada Navidad, mis queridos vecinos recolectaban dinero para hacerme una perrería. Contratar a un crápula para seducirme y dejarme tirada en el aparcamiento de la playa en ropa interior, sin dinero y en mitad de una noche fría fue la jugada que me hicieron dos años atrás.

Por supuesto, yo les devolví el golpe, e, incluso, tuvieron que intervenir los bomberos y la policía..., pero la cuestión era otra; mientras iba con Paulino en aquel autobús, me di cuenta de que era un buen tipo, solo lo utilizaría para recabar información sobre doña Pepa. En la vida se me ocurriría herirlo, yo podía ser una sinvergüenza, una vengativa repelente con el corazón más frío que un invierno en Finlandia, pero jamás pagaría los platos rotos con alguien que nunca me había hecho ningún mal; ni aunque fuera el hijo de mi archienemiga.

En nuestro recorrido en autobús, apenas tuve tiempo de recabar información que pudiera utilizar a mi favor. Descubrí que Paulino siempre vestía con sombrero y corbata, que nunca había besado a una chica y que vivía en el barrio de San Martín. Trabajaba de cerrajero; orgulloso me mostró un estuche donde guardaba como reliquias diferentes ganzúas, llaves de percusión, un pequeño martillo y otras herramientas que no supe identificar. Me confesó que, incluso, era capaz de abrir coches, candados y cajas de seguridad como el que infla un globo. Al menos, teníamos algo en común. Yo guardaba en mi bolso un kit con laxantes, bombas fétidas, un aerosol de pimienta y otros utensilios que podía llegar a necesitar en algún momento desesperado. Por llevar, llevaba hasta una llave inglesa.

Tras apearnos en el centro de Barcelona, me invitó a cenar en un italiano que había en Urquinaona; y acepté. Al instante, escuché un «¡Yuuujuuu!» infantil surgir de sus labios que me heló las neuronas. De camino a nuestro destino, me confesó que solía ir a menudo con diferentes chicas. «Seguro que viene por aquí cada 29 de febrero», pensé una vez descubierta su mentira.

El restaurante, al que me llevó, era precioso, con una ambientación rústica, camareros uniformados y lo más importante de todo: una extensa carta de cócteles populares. Los quería probar todos.

Paulino era un hombre bastante peculiar; y tenía unos ojos oscuros que me escrutaban con admiración. Era todo un galán, de los que depositaba el sombrero en la mesa para comer, eso sí, no callaba ni debajo del agua y tenía una verruga cerca del ojo que me perturbaba. Mientras esperábamos el segundo plato y yo terminaba mi tercer cosmopolitan, le pregunté por lo que más me molestaba de él.

—¿Por qué tus dientes son tan amarillos?

—¡También lo son mis uñas! —respondió con una sonrisa centelleante, y para mi delirio, me

las mostró—. Sufro una enfermedad rara, y, por eso, tanto mi dentadura como las diecinueve uñas que tengo, son amarillas.

—¿Una enfermedad rara? —pregunté por cortesía.

—Sí, padezco el síndrome de Parangaricutirimícuaro. Y...

De repente, se calló, y quedó unos segundos en silencio... Era como si precisara que alguien tirase de una cuerda imaginaria en su espalda para que continuara rajando.

—¿Y? —pregunté por cortesía, el tema me aburría.

Mi acompañante continuó mudo unos segundos más, tuve la impresión de que procedía de una galaxia muy, muy lejana.

—Disculpa... eh... es que eres tan guapa que me cuesta concentrarme.

Me excusé para ir al servicio aguantándome las ganas de potar. De camino, enumeré toda la información recabada sobre la bellaca de su madre. Pepa Flores era una mujer que había nacido en Extremadura, emigró a Cataluña junto con su marido buscando fortuna y un porvenir más esperanzador para su familia. Enviudó con treinta años, y, desde entonces, nunca había vuelto a ser feliz, no tenía amigas, ni *hobbies*, y solo vivía por y para sus siete hijos; cuatro de ellos residían en la Ciudad Condal.

Paulino era el menor de todos, y el perro verde, según me contó. Me sorprendió lo sincero que era conmigo, hasta me reveló secretos que yo jamás hubiera compartido con nadie, como la soledad que lo embriagaba cada noche antes de dormirse, que nunca tendría su propia familia o que seguía esperando que algún día una mujer le diera un beso de película.

Me daba mucha pena; era como mirar al espejo y encontrar una versión de mí... mucho más horripilante —y positiva—. Me confesó que conocerme había sido una de las mejores cosas que le había pasado en mucho tiempo, y la conversación que manteníamos era una especie de bálsamo para su soledad sombría. Yo me sentí más mezquina que nunca tras escucharlo y sonreírle de forma enigmática. En aquel momento, dejé de interesarme por mi vecina doña Pepa, e hice lo que Drac Capdevila siempre me aconsejaba: dar sin esperar nada a cambio.

No sabía por qué siempre me ponía de ejemplo a mi detestable compañero de piso, a veces lo tenía metido en mi cabeza como una puta canción de verano. El mentecato, incluso, creía que lo que sufrían los animales era un holocausto: asesinatos industrializados. No conocía a ninguna persona como él, siempre con el «Hakuna Matata» en la boca, y mirando el lado positivo de la vida. A pesar de que vivíamos en un miserable mundo capitalista que estábamos llevando hasta el colapso de tanto consumo. ¡La vida apestaba! Y yo... era una boñiga más en el estiércol entre tanto despojo humano que buscaban sentido a la vida de forma egoísta entre copazo y copazo.

En los servicios, no pude evitar contemplar mi imagen frente al espejo y pensar lo bella y mala persona que era. Tal vez, todo lo que me pasaba era por el maldito karma, y hasta que no empezara a actuar con desinterés, jamás sería feliz. Debía cambiar mi filosofía de vida, tenía que dejar de cagarme en los ángeles y seguir los pasos de Lucifer. Estaba cansada de girar trescientos sesenta grados y volver a la casilla de salida con más arrugas y grasa... estaba... ¡estaba decidida a ser una buena persona! De las que ayudan a cruzar a vejestorios por pasos de cebrá y todas esas mierdas... Mi cabeza rezumbaba de pensamientos vómicos que perturbaban la negatividad de mi espíritu, cuando, de repente, apareció la reina de la colmena: Samantha S. Scarlet.

—¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? —preguntó la barbitonta de doña Perfecta.

—Eh... hola...

Los osos amorosos que bajaban por el arcoíris de mi mente fueron decapitados por orcos sedientos de sangre.

—No me digas que estás cenando aquí con tu novio. Hacíais un año, ¿no?

¿Qué se suponía que debía decirle? El mundo era un puto pañuelo, y yo era un maldito moco reseco, con muy mala suerte, enquistado en la nariz.

Yo nunca había creído en los extraterrestres, pero, en aquel momento, no me hubiera importado sufrir una abducción instantánea. O tener unas botas con espuelas y reventar a taconazos el chumino de Samantha.

La asquerosa me siguió, quería conocer a «mi chico». Desesperada, miré el gran comedor buscando a algún hombre apuesto que estuviera solo, pero no había ninguno. Y Paulino Virgulilla Flores empezó a ondear la mano nada más verme mostrando la mazorca que tenía por dentadura.

—¿Ese es tu chico? —preguntó atónita.

Asentí con resignación. Mentir tenía sus consecuencias y, una vez más, lo constaté.

La muy descarada quiso que se lo presentara; no contenta con ello, corrió a la sala privada donde celebraban la despedida de soltera de nuestra compañera de trabajo y se lo comunicó a las demás malquistas. Una a una, desfilaron por nuestra mesa para conocer a mi novio; iba a ser el hazmerreír durante los próximos trece meses. Paulino estaba encantado, no entendía lo que sucedía, pero disfrutaba los besos que recibía de la procesión de mujeres emperifolladas que pasaban por nuestra mesa a saludarnos.

Cuando terminó la cabalgata de arpías; me excusé con mi acompañante, y caminé hasta la sala privada donde estaban de cachondeo a mi costa, escuché mi nombre varias veces antes de pasar al comedor privado. Por suerte, encontré un bol con ponche del que todas bebían. Vertí un laxante muy potente, nunca salía de casa sin ese frasco: una jamás sabía cuándo puede necesitarlo. Tras verter el contenido, una sonrisa diabólica iluminó mi rostro, hasta el propio Judas, desde el infierno, se hubiera sentido orgulloso de mí.

—¡Pasadlo bien, chicas! —dije tras unos minutos de hipocresía.

—¿Ya te vas? —preguntó la zorra número 1.

—¡Está de celebración! —dijo la zorra número 2.

Me di la vuelta y escuché entre susurros: «Normal que no lo quisiera presentar», y muchas risas de fondo. Samantha S. Scarlet las recriminó, aludió que estaba muy feo reírse de los novios ajenos, lo cual provocó más risas.

Regresé a mi mesa y me terminé de un trago el cóctel. Solicité otro más al pardillo del camarero, había perdido la cuenta de los que llevaba.

Empecé a disfrutar de la velada cuando me comí un tiramisú que había pedido de postre y vi cómo algunas de mis compañeras corrían a los servicios sujetándose las nalgas con fuerza. Pedí otro cóctel para celebrarlo, y, mientras saboreaba mi victoria, comprobé que la felicidad tenía alas de cera. Si pensaba que nada más podría ocurrirme para empeorar aquella noche tan surrealista que estaba viviendo, me equivocaba de cabo a rabo. ¡Maldita ley de Murphy! ¡Y maldito Isaac Newton!

Ariel entró en el restaurante.

Escondí mi cabeza como un avestruz, y exigí a Paulino marcharnos de allí... ¡inmediatamente! Ariel caminó hacia la sala privada, al parecer él era el estríper contratado. Lo último que deseaba era que me viera, y que mis compañeras de trabajo terminaran, también, con la fotografía que, de vez en cuando, me mostraban mis vecinos para martirizarme.

Salí del restaurante llorando, Paulino me preguntó qué ocurría y negué con la cabeza.

—¡Ey, ey, ey, ey, ey! —exclamó el Oso Yogui—. Cuéntamelo, a lo mejor puedo ayudarte.

Exploté y le conté todo. Que era una papafrita malasangre que todo el mundo odiaba. Le expliqué lo que mis compañeras de trabajo pensaban que éramos él y yo debido a mis mentiras, y

quién era Ariel y la vileza que realizó un año atrás. También le relaté que los vecinos me detestaban, y que su madre era la precursora de todo lo malo que me ocurría. ¡Y que sí tenía una afición: joderme la vida!

—¿Mi madre? ¡Espera! ¡No te llamas Anastasia! ¡Tú eres...!

—¡Lo soy!

—Entonces, yo te cambié la cerradura de tu casa en Nochebuena... —reveló Paulino.

—¡Muchas gracias! —espeté mientras le daba la espalda y empezaba a deambular haciendo eses. Iba un poco pedo por todos los cócteles que me había tomado.

—¡Espera! ¡Cuánto lo siento! ¡Perdóname!

Lo ignoré.

—¡Lo siento! ¿Vale? ¿Qué puedo hacer para que me perdones?

Iba a responder que nada, y mostrarle mi dedo corazón, pero, entonces, el azar, hizo que a varios metros distinguiera un Ford Puma de color azul; reconocí algunos números de la matrícula e, incluso, una pegatina desgastada que había en el parachoques.

—¿Puedes abrir cualquier coche y arrancar el motor sin la llave? —pregunté mientras una idea perversa cobraba forma en mi cabeza.

Paulino asintió.

Sonreí con malicia. Podría decir que la noche acabó sobre ruedas; y el vehículo terminó —junto con mis buenas intenciones—, en el fondo del mar.

3

La ratita presumida

*No te tomes la vida demasiado en serio.
No saldrás de ella con vida.
Elbert Hubbard.*

Eran las diez de la noche del último domingo del mes de enero, hacía un frío que se calaba hasta en los empastes de mis ruedas, pero, contra todo pronóstico, una calidez inusual embriagaba mi espíritu angelical.

Una puerta. Era el único elemento que tenía que cruzar para cumplir con uno de los objetivos más difíciles que me había impuesto el año anterior, y cuando estaba a punto de llegar a la meta me entró el pánico. No era como saltar a una piscina con los ojos vendados sin saber la profundidad; más bien se trataba de saltar desde un avión comercial a treinta y cinco mil pies de altura con el ridículo salvavidas amarillo.

Yo no era ninguna kamikaze, ni me gustaba creer que estaba allí por el destino; no soportaba la idea de no poder controlar mi vida.

Pero no reculé. A la adversidad había que plantarle cara, no podía estar toda la vida huyendo, tenía que agarrar al toro por los cuernos; porque no había conseguido superar ninguno de los objetivos marcados el día de mi cumpleaños. Y este año no podía ser una copia del anterior.

Había logrado asistir dos veces al gimnasio. Sherise seguía sin contestar a mis llamadas ni a mi WhatsApp. El primer mes del año era cuando mi amiga más lo visitaba, y me arrastraba a una espiral de quemar calorías y contarlas, para, luego recuperarlas comiendo donuts de chocolate en la cafetería de la esquina. Sin ella en el triste enero, el resultado era alarmante, había engordado otro kilo más —sumado a los tres de las Navidades pasadas—, y a los nueve que arrastraba... ¡Me sobraban trece kilos! ¡La luna se estaba poniendo celosa de lo redonda que me estaba volviendo! Crecer era sufrir...

El verano anterior no me atreví a pisar la playa en bikini, por vergüenza. Pero si continuaba por el camino que estaba tomando, el próximo periodo estival ni en bañador la visitaría. No quería que me comparasen con una morsa. ¡Putita genética! ¡Puto metabolismo lento de los cojones! ¡Y mierda de fuerza de voluntad! Así era imposible encontrar a un novio tan guapo como Leonardo DiCaprio, casarnos y que me llevara de luna de miel a la Ciudad del Amor.

Mi premio de consolación era que había ganado varios puntos en el trabajo, y doña Perfecta ninguno. Esa piltrafa me había subestimado; mi suerte había empezado a cambiar tras salir de mi zona de confort.

Todo empezó la noche que conocí a Paulino Virgulilla Flores y robamos el Ford Puma de Ariel. Tras ello, fuimos hasta la costa de Garraf, donde dimos sepultura al vehículo azul lanzándolo por un acantilado. Yo pagué el taxi de vuelta a Barcelona, y le prometí que podíamos ir a cenar de tanto en cuando, siempre que cumpliera su palabra de que jamás de los jamases revelaría nuestra amistad a su madre.

Aquel fin de semana sentí que estaba en las nubes, levitando en el séptimo cielo por haberme vengado de aquel mamarracho; mi compañero de piso me preguntó a qué se debía aquella anomalía.

—No es normal verte sonreír más de dos veces seguidas en un mismo día, guapetona —alegó Drac.

Ignoré con mucha sutileza su comentario. El zalamero no iba a arruinar mi buen humor, y yo no podía confesarle la verdad. Era un secreto entre Paulino y yo que nunca revelaríamos.

—Voy a la churrería a comprar porras y chocolate. ¿Quieres que te traiga algo? —le pregunté.

Drac me miró sorprendido, abrazaba su guitarra española y continuaba retocando varios acordes de una canción que estaba componiendo. Le había preguntado si quería algo porque sabía de sobra su respuesta. Él no consumía alimentos altos en grasa, ni nada de origen animal. Así de raro era el pintamonas, además de que utilizaba el correo postal y daba mi número de teléfono móvil cuando no le quedaba otra. ¡Estaba en contra de la comunicación digital! Menudo cavernícola... Yo no podía vivir sin mi *smartphone* de última generación y me entraba un canguelo inexplicable cuando la batería bajaba del 15%.

Al grano, al día siguiente fui al despacho de mi jefe. Me quedaban muy pocos anuncios que revisar, y, como recompensa, le dije que quería un trabajo acorde con mis capacidades. También le reproché que yo no era ninguna antisocial, que en el trabajo no me relacionaba con mis compañeras porque era una profesional como la copa de un pino.

Don Pancho me escuchó con paciencia, sus ojos color pardo bailaban en sus cuencas esperando el momento de que terminase mi sermón. Cuando le dejé hablar, me informó del acoso que sufría nuestra empresa en las redes sociales. Las acciones estaban cayendo en picado; la marca a la que representábamos estaba deteriorada, y la única solución factible era utilizar a una youtubera, que estaba de moda, en nuestro próximo anuncio publicitario. Samantha S. Scarlet llevaba cerca de una semana intentando concertar una cita con ella, pero, al parecer, la tiparraca no respondía a los mensajes recibidos. Mi jefe me encomendó la tarea de formar equipo con Triple S y conseguir que la famosa estampara su firma en un contrato.

Si algo odiaba más que trabajar codo a codo con doña Perfecta, era tener que lamer el culo de una *influencer*. Detestaba a ese tipo de personajillos de tres al cuarto que vivían del cuento y se creían que eran la *crème de la crème*. Les gustaba caminar sobre alfombras rojas y obtener todo por la jeta. ¡Hedonistas soberbios! ¡Parásitos sociales! ¡Melanoleucas^[2] cochambrosos! ¡Carroñeros inmundos que viven de la caridad y de los *likes*! Si por mí fuera, los mandaba a todos a una isla desierta, y cuando estuvieran a punto de morir de hambre o por dengue, les arrojaba una bomba atómica; y a tomar por culo. ¡Anormales! ¡Animales de carrito!

Hablé con mi compañera y le pregunté por la estrategia que estaba llevando a cabo para intentar que la tal Rafaela-ela-ca trabajase para nosotros.

—Llevo toda la semana viendo sus bailes en TikTok, comentando sus fotos en Instagram y tutoriales en YouTube para acercarme a ella... Le he enviado dos *e-mails*, pero no me ha contestado. Creo que recibe muchos y no habrá tenido tiempo... —me explicó Samantha.

—O pasa de tu culo —contesté con cierto retintín. Samantha S. Scarlet arqueó las cejas y sus ojos azul turquesa me observaron con sorpresa—. Dame la dirección de correo electrónico —ordené sin andarme por las ramas.

Nuestra relación no pasaba por el mejor momento, ella tenía la certeza de que yo había saboteado el ponche en la fiesta que organizó, porque, tras mi visita, todas mis compañeras se cagaron por la pata abajo. Que me muriese de la risa cuando me lo preguntó, tampoco ayudó a defender mi inocencia. Me llamó loca mientras yo estallaba en felices carcajadas, continuó con otros calificativos más peyorativos; y yo le pedí que no exagerara, que tampoco había sido para tanto.

Durante la siguiente hora estuve escribiendo un borrador repleto de pamplinadas; tuve que hacer de tripas corazón para intentar parecer un amor de persona a través de las palabras que seleccionaba. ¡Benditos antónimos! No me pasé por el perfil de Rafaela-ela-ca, me imaginaba la clase de sanguijuela que tenía que ser con aquel nombre tan ridículo. Terminé el mensaje con varias preguntas, y, por increíble que pareciese, me respondió antes de terminar mi jornada laboral de forma afirmativa. Aceptó reunirse conmigo en siete días, y en un bar con un nombre tan absurdo como el apelativo que ella utilizaba. El negocio se encontraba al final de La Rambla, muy cerca del museo de cera.

Mi intención era asistir a la cita sin doña Perfecta, pero ella guardaba el contrato bajo llave, y quería colgarse alguna medalla.

Una semana después, cruzábamos casi toda la Ronda del Litoral en un taxi repleto de los colores del Betis, con un retrato de Alfonso Pérez del año de Maricastaña y conducido por... ¡un andaluz! Para rematar, mi compañera no paraba de taladrar mis tímpanos con patochadas innecesarias.

—Sobre todo no pierdas el control, y háblale con mucho respeto —dijo Samantha.

—Que sí —contesté.

—No la insultes, ni hagas ningún comentario fuera de tono...

—Vale.

—¡Y no te rías de su profesión! —continuó Triple S con la misma cantinela.

—¡Joder! ¡Que te he dicho que sí!

—¡Y sé diplomática! —reiteró Samantha una vez más. Tragó saliva y continuó rajando—. Creo que lo mejor será que no hables, tenemos que conseguir que firme sea como sea. Y tú...

—Y yo, ¿qué? —repliqué con la vena marcada en mi sien y a punto de explotar.

Gracias a mí, estábamos a punto de reunirnos con aquella estúpida mamarracha; ninguna de las dos nos explicábamos cómo era posible. Para mi compañera tenía que haber alguna razón de peso, no creía que mi mensaje fuera mejor que los suyos. ¡Chúpate esa, zorra estúpida! ¡Ja! Y, encima, yo no sabía ni quién coño era; solo el personaje que más seguidores había ganado en todas las redes sociales en el último año, según me había explicado doña Perfecta antes de subirnos al taxi.

—Tú eres como una olla a presión —respondió al fin.

—¡Claro! ¡Porque me tienes el coco como una olla de garbanzos!

—Por favor, te lo pido, compórtate —suplicó.

—Ves gigantes donde solo hay molinos —contesté.

Nuestras miradas eran tan intensas que podía percibirse la tensión que había entre ambas.

—Los lunáticos siempre razonan con elocuencia —sentenció Samantha.

—¡Te he dicho diez mil millones de veces que no exageres! ¡Yo no estoy loca! —estallé gritando y perdiendo el control.

Tuve que repetir mi mantra «La hierba es verde, el mar es azul» unas cuantas veces para no abrir la puerta y empujarla a la calzada con el vehículo en marcha.

Mi compañera era un manojo de nervios. Yo estaba muy tranquila. Al parecer, ser mala persona también servía para tener la conciencia tranquila, porque si me olvidaba del cabreo del trece que me invadía... ¡Yo era un remanso de paz!

El resto del viaje lo hicimos en silencio. Cada vez que ella intentaba hablar, yo le chistaba. Me había puesto de muy mala leche; el conductor del taxi, un mangurrián en toda regla que no sabía ni hablar el español, subió la radio varios decibelios para relajar el ambiente, y por los altavoces empezó a sonar una canción de copla. ¡Odiaba aquel tipo de música en particular!

Nos apeamos delante del bar: Thunder Cats. Al entrar le pregunté a mi compañera si sabía el motivo por el cual don Pancho quería sí o sí, que la tal Rafaela-ela-ca promocionara nuestra marca.

—Para limpiar nuestra imagen —contestó Samantha.

—¡Dime algo que no sepa! —ladré. Me hubiera gustado tener una chancla a mano y cruzarle la cara hasta reventarle los pómulos, destrozar esa boca de patito con labios perfectos y mellar su sonrisa Proident.

Nos sentamos en la mesa del fondo del comedor, al momento llegó el camarero y pedimos un café y una cerveza.

—No deberías beber alcohol en horas de trabajo —dijo mi queridísima compañera una vez el mesero se retiró.

—Seguiré disfrutando de mis locuras hasta que una de ellas me mate —repliqué observando a un chico apuesto que había entrado en la cocina—. Y cuéntame, cariño. ¿Qué hace tan especial a la famosilla de pacotilla esta?

—Es trans —respondió Samantha.

En circunstancias normales, hubiera hilado más rápido aquella respuesta, puesto que yo había triunfado donde doña Perfecta no pudo, pero me tenía fascinada el semental que observaba. Descubrí que era el cocinero de aquel antro, además de que estaba afeitado y llevaba las cejas bien limpias, era más alto que yo; y la herramienta de la entrepierna se adivinaba enorme. ¡Había encontrado a un posible candidato para futuro novio! Solo necesitaba saber que tuviera un contrato estable, que odiase a los animales —o que al menos, no viviese con ninguno— y que no habitara con su progenitora. Parecía ser el hombre perfecto para mí. Escuché cómo uno de los camareros lo llamaba. ¡Calvin era el nombre de mi caballito de mar!

Estaba segura de que tenía el abdomen duro como una roca, me lo imaginaba empotrándome mientras mi frente se llenaba de una película de sudor... ¡Dioses del Olimpo! ¡Estaba empapando mis bragas! ¡Necesitaba un buen polvo! Llevaba a dos velas desde las dos de la madrugada del pasado 19 de julio: casi doscientos días. Ahí lo dejo.

—¡Ya viene! —dijo doña Perfecta.

Miré hacia la entrada del bar, y atisé a una chica con el cabello largo de color rosa chicle que caminaba hasta nuestra mesa. Tenía unas piernas tan largas como la carretera nacional trescientos cuarenta. Vestía elegante, y sus ojos me escrutaban fijamente. Su rostro me resultaba familiar, y cuanto más cerca la tenía, menos dudas albergaba sobre su identidad.

—¡Nonu! —grité escandalizada al borde de un síncope.

—Ya no me llamo así, me he cambiado de nombre.

Su voz sonaba dulce y femenina. No era la voz que yo recordaba.

—¿Os conocéis? —preguntó Samantha. Estaba tan desconcertada como yo.

—¡No me lo puedo creer! —contesté.

No sabía qué decir. La observé con mucho detenimiento, su piel parecía porcelana china de lo imaculada que estaba, no había vello en aquella tez, y relucía suave e hidratada como los pétalos de una rosa.

—Cuánto tiempo sin vernos, hermanita.

—¡Lo sabía! —gritó Samantha—, por eso respondí tu...

—¡Cierra el pico! —grité.

Me bebí de un trago la cerveza, y ocluté mi rostro con mis manos. ¿Por qué me tenían que pasar tantas desgracias? La empresa para la que yo trabajaba necesitaba que mi hermana fuera la imagen de ellos. ¡Mi hermana! Llevábamos sin hablarnos desde... el cambio de sexo.

—¿Cómo estás? —pregunté.

¡A la mierda mi orgullo! Estaba temblando, de rabia y vergüenza. Mis principios, y mi sinceridad eran lo único bueno que me quedaba. Yo me consideraba un cero a la izquierda, una de esas personas que va por la vida dando tumbos, sin dejar huella. Nadie escribió en mi agenda el último día de carrera, y nunca nadie me había dicho: «Me alegro de haberte conocido». No lo necesitaba, la verdad, porque me tenía a mí. Y, en aquel momento, sentía que me estaba traicionando.

—Como una flor de mayo —respondió mi hermana—. ¿No me vas a dar un abrazo?

Estaba delante de mí, erguida como un cactus. Samantha S. Scarlet estaba también de pie, pero yo continuaba sentada. Mis piernas se agitaban como dos bloques de gelatina, y, realmente, no sabía cómo actuar. Mi hermana continuó hablando:

—Me imaginaba tu reacción. Me escribiste sin saber que era yo. ¿Verdad?

Asentí con la cabeza. Doña Perfecta parecía una mantis religiosa de lo abiertos que tenía los ojos.

—Un placer verte —dijo mi hermana en un susurro—. Adiós.

Se giró y empezó a alejarse de nosotras. Samantha me mostró las palmas de sus manos y las agitó mientrasladeaba la cabeza señalando a Rafaela-ela-ca.

—¡Espera! —grité. Mi hermana se giró al momento, ocultaba una sonrisa—. Necesito...

—¿Qué necesitas? —preguntó.

—¡Díselo! —me animó Triple S, ella sabía que la relación con mi familia llevaba tiempo en la cuneta.

—¡Te exijo que patrocines a mi empresa!

¡Boom!

Lo había dicho.

—Vale.

—¿¡Qué!? —dijimos al unísono Samantha y yo.

—Con una condición.

—¡La que sea! —contestó doña Perfecta adelantándose a mi réplica.

Mi hermana me miró, juntó los labios como un pez; costumbre que ella tenía desde pequeña y que yo había olvidado por completo. Siempre hacía aquello cuando quería decir algo importante.

—La condición es que cenes este domingo en casa. Con mamá, con papá, y conmigo —soltó la muy merluza.

Mi hermana sí que había lanzado una granada en mi tejado. Me quedé sin palabras.

—Piénsatelo, ya sabes mi correo.

Y se marchó. Samantha empezó a pegar saltitos de alegría; «pan comido», decía la muy ilusa. Si me negaba a cenar con mi familia, no conseguiríamos que representara a nuestra marca.

Abandoné el bar sola, y caminé rambla arriba; me perdí entre la multitud mientras mi cabeza de chorlito procesaba lo ocurrido. Por un lado, me alegraba estar entre la espada y la pared, no me quedaba otra que asistir a la cena para ganar puntos en el trabajo, desbancar a la rubia tonta del bote y coronarme como una profesional exitosa. Pero, por otro lado, estaba aterrada. Tenía miedo, mucho miedo.

Mi padre era el hombre más estricto del mundo... Orgullosa, huraña y siempre de mal humor. Todo el tiempo que viví bajo su techo tenía prohibido soltar palabras malsonantes, traer chicos a casa o dejar comida en el plato; era como vivir en un campo repleto de minas antipersona. Yo sabía que tenía un cable conectado de mi cerebro al culo, porque cada vez que hablaba, la cagaba. Desde pequeña me ha gustado soltar sapos y culebras por la boca. Incluso coleccionaba

insultos en una libreta que me regaló el zángano de Drac. Crecí, también, con la imposición de traer siempre buenas notas a casa, y cuando abandoné la carrera de derecho (que mi progenitor me obligó a escoger) por la de publicidad, estuvo decepcionado conmigo varios meses.

Luego estaba mi madre, la mujer más dulce y grande del mundo, literalmente hablando. Sabía, por mi compañero de piso, que el año anterior le realizaron una reducción de estómago, y que estaba más delgada que nunca. Sufría también dislexia, y un trastorno por déficit de atención. Resumiendo, que mi infancia fue de todo menos aburrida. Cuanto más pensaba en ellos, más recuerdos regresaban a mi mente, como un ave sobrevolando un rompeolas en busca de pececillos.

El tiempo pasaba tan deprisa como rápido crecía el bambú. Solo echaba en falta a mi familia cuando me detenía a pensarlo, lo mismo pasaba con mis dos únicas amigas: Sherise y Bernarda. Aunque me daba pereza quedar con ellas la mayoría de las veces. Era más fácil y cómodo emborracharme en casa frente al televisor, que salir de parranda a quemar Barcelona. Y el zoquete de Drac nunca me molestaba, porque odiaba la caja tonta. A veces, me acompañaba en el sillón, leyendo algún libro aburrido. Me gustaba observarlo cuando no se daba cuenta de que lo miraba, absorbido por simples palabras impresas. ¡Qué tostón de *hobby*! Estaba aplatanado de comer tantas verduras.

Los días pasaron hasta llegar al domingo. Tras un metro, un tren y un autobús, llegué a casa de mis progenitores que residían en Vilacera. Caminé hasta la puerta, pero no me atrevía a llamar. Sentía mucho pánico, y allí me quedé plantada como una estatua de chocolate; presenciando cómo los dichos domingueros de los cojones regresaban a sus hogares, con su ropa deportiva llena de hierbajos y con los críos agotados de tanto corretear por el campo. Con un poco de suerte los churumbeles se irían a dormir pronto, y papá y mamá podrían fabricar más niños...

No sabía cuánto tiempo había transcurrido, y cuando me iba a dar la vuelta para huir con el rabo entre las piernas, la puerta se abrió. Mi madre, una vez más, me facilitaba la vida. Estaba irreconocible, se llevó las manos a la boca y empezó a llorar. Tenía el cabello corto, oscuro, y vestía una blusa rojo caramelo que hacía juego con los pendientes que llevaba. Recorrí la poca distancia que nos separaba y la abracé con todas mis fuerzas. Olía a piruleta, el perfume que siempre le regalaba en todos sus cumpleaños, a excepción de los dos últimos.

—¡Qué delgada estás! —dije. La sujeté de las manos y contemplé su cuerpo—. Yo estoy más gorda que nunca.

—Así puedes estar varios días sin comer en el caso de que estalle un apocalipsis *zombie* —contestó mi madre.

Siempre tenía a esos engendros metidos en la cabeza. Tras la puerta, se encontraba mi hermana.

—Has venido —dijo.

—Sí.

—¿Me vas a dar el abrazo que me negaste el otro día? —preguntó.

Asentí con la cabeza, y nos fundimos en un achuchón. Noté los pechos de mi hermana... ¡Tenía más que yo! ¡Hijaputa! Escuché unos ladridos, no me lo podía creer. ¿Tenían un perro en casa? Mi madre les tenía casi tanto pánico como yo. Miré a mis pies asustada, y me encontré con un proyecto de perro; más pequeño que el piojo de un piojo.

—¿Y este pollo moco? —pregunté perpleja. Era un animal tan ridículo que era imposible sentir amenaza alguna. Podía matarlo de una simple patada, o pisarlo y reventar su cabeza. ¡Que tuviera cuidadito conmigo si quería continuar respirando!

—¡Es Cacahuete! —dijo mi hermana. Se agachó y lo cogió en brazos—. Es un pequinés de raza. Lo ha comprado papá, pero yo le puse el nombre.

—¿De verdad te llamas Rafaela-ela-ca? —pregunté.

El perro era horroroso. Se agitaba intranquilo en los brazos de mi hermana intentando saltar. Su respiración era agitada y se mostraba más nervioso que yo.

—¡Es mi nombre artístico! —respondió—. Me llamo Rafaela, lo demás es por mamá.

—¿Rafaela? ¡Qué nombre tan femenino! —contesté con ironía.

—Entremos —dijo mi madre.

Antes de llegar al salón principal, me avasalló con una traca de preguntas. Trabajo, amores, salud, amistades, si quería beber algo... que si tenía que descansar más porque tenía ojeras pronunciadas... Solo se calló cuando mi padre y yo cruzamos miradas.

Estaba más viejo que nunca, y había perdido mucho pelo, pero seguía tan delgado como un espagueti del número tres.

—Padre.

—Hija.

Nos miramos en silencio. El aire entre nosotros era tan tenso que vibraba, y a mi madre y hermana solo les faltaban palomitas para contemplar la escena.

Yo no quería dar mi brazo a torcer, y mi padre era más cabezón que Doraemon, así que nos quedamos allí plantados, mirándonos a los ojos mientras los segundos avanzaban.

«Tic, tac, tic, tac...».

Rafa carraspeó, me había pedido que la llamara así. Y mi madre, Manuela del Carmen, se acercó a mi padre y lo incitó a que diera el primer paso.

—Estás más gorda —graznó mi padre rompiendo el hielo.

—Y tú más calvo y viejo —contraataqué.

Uno a dos, el cara de palo jugaba en casa. Estaba cantado que la reconciliación con mi padre no iba a ser coser y cantar. Sería más fácil esconder a un elefante en un jardín y esperar que aprendiera a montar en bicicleta. Pero me equivoqué.

—¿Me vas a dar dos besos o tengo que ponerte las esposas? —preguntó.

Mi padre era policía, de pequeña siempre me amenazaba con ponérmelas cuando me portaba mal. Es decir, cada puta hora de mi infancia.

Me acerqué, lo besé, y me abrazó. Así, sin más. Sin perdones ni lo siento. No hacía falta, porque éramos una familia, y me había olvidado de ello, y de lo fuerte que era mi padre. ¡Temí que me rompiera algún hueso!

—¡La familia al completo! —gritó mi madre mientras aplaudía y unos lagrimones de felicidad rodaban por sus mejillas.

Me empujó hasta obligarme a caer en una silla de madera, y en menos de que cantara un gallo, la cena estaba servida sobre la mesa. Mi madre había preparado mis platos preferidos: croquetas géminis, croquetas de cocido, patatas fritas y tacos mexicanos. Me encantaban las fritangas grasosas y el picante, casi tanto como el...

—Y de postre: ¡Pancakes con chocolate caliente! —reveló mi madre.

Mi padre abrió una botella de vino blanco de aguja. ¡No me lo podía creer! Era la primera vez que me permitía beber alcohol bajo su techo. Cuando nuestras miradas se cruzaban se mostraba algo incómodo, pero él intentaba aparentar que no había ningún problema entre nosotros. ¡Peligro!, advirtió mi radar.

Mi madre no paraba de ponerme al día, de hacerme preguntas y de levantarse, continuamente, para ir a la cocina y traer más alimentos. Estaba radiante de felicidad, aunque se le veía algo

cansada.

—Prueba esta salsa picante, es tu favorita —dijo introduciendo una cuchara en mi boca a la fuerza.

¡Por poco me saca hasta los empastes!

—¡Mamá! —grité tras toser.

Mi hermana me acosaba con cuestiones relacionadas con mi compañero de piso, y con la chapa que les había dado cuando se enteró de que Cacahuete no era adoptado. Después, volvía a preguntarme por él.

—¡No nos hemos liado! ¡Que no me gusta! —contesté por enésima vez.

—A mí no me engañas, si de pequeñas te morías por sus huesos... —dijo Rafa.

—¡Mentira! ¡Es un alcornoque! ¡Un come pasto! ¡Y un caraculo! —añadí intentando parecer lo más contundente posible—. ¡Y a ti te gustaba más!

Tras la copiosa cena, tenía que ser realista y añadir otro kilo más de lamentaciones a la grasa acumulada en mi pequeño flotador. Me juré a mí misma que durante el mes de febrero asistiría al gimnasio cada día. Como era consciente de ello, pude comer hasta cinco *pancakes* con chocolate sin ningún remordimiento. Me daba igual reventar o salir por la puerta rodando.

—Voy a sacar a Cacahuete —anunció mi hermana.

Antes de salir de casa, se contempló en un espejo y estuvo retocándose el flequillo rosado casi un cuarto de hora. La ratita presumida estaba más guapa que nunca. Me costaba creer lo que veían mis ojos, y que por orgullo me hubiera perdido toda su transformación.

Mi padre empezó a recoger la mesa —primera vez en mi vida que presenciaba aquella escena—, ¡cuántos cambios! Mi madre me obligó a sentarme en el sofá. Le advertí que sería solo un rato, tenía un buen trecho hasta llegar a casa, pero me señaló que mi padre no había bebido nada de alcohol durante la cena porque tenía planeado llevarme a casa. «¡Qué extraño!», pensé. Encendió el televisor, estuvimos viendo las noticias en silencio, hasta que en la pantalla apareció un político imputado por un caso de corrupción que negaba todo lo ocurrido.

—Hipocrático —dijo mi madre, refiriéndose al raspamonedas.

—Hipócrita —la corregí.

—Hipopótamo —soltó mi padre saliendo de la cocina, había estado fregando los platos. ¡Más rarezas! ¿Qué estaba pasando?

—¡Hipocondríaco! —gritó mi hermana entrando en el salón con Cacahuete en brazos.

Los cuatro empezamos a reír, me sentía como en los viejos tiempos. No, mejor que en ellos. Mi hermana era una mujer radiante, mi madre se veía más delgada que nunca, y mi padre, por fin, había conseguido convencer a la cabeza de familia para meter en casa a un chucho asqueroso.

Me gustaría decir que todo fue de perlas: que mi hermana firmó el contrato que llevaba en mi bolso de diseño, que mi madre me entregó varios recipientes con comida y que cuando mi padre me llevó de vuelta a mi piso, solucionamos las rencillas del pasado y la bomba lapa no explotó.

Y, aunque todo aquello ocurrió, antes de apearme del coche, llegó el jarro de agua fría.

Mi padre arrugó la frente, juntó las manos y me dio la noticia sin preámbulos ni paños calientes.

—Tu madre tiene cáncer.

La Rana Gustavo

*No tengo idea de cuál es la receta de la felicidad,
pero apuesto que lleva ron, mucho ron.
Magma del Nido Quijano.*

La primera semana de febrero fue como una inyección de ron con Zeta-cola por vía intravenosa directa a mi corazón. ¡Hasta tres veces logré ir al gimnasio en un periodo de cuatro días! Nunca en toda mi vida había hecho tanto deporte... Me planteé ir el viernes, pero los fines de semana eran sagrados. ¡Solo los idiotas lo pisaban!

Intentaba no obsesionarme mucho con mi cuerpo, por eso solo me pesaba unas diez veces al día, y para que no me llamaran «la loca de la báscula», me veía obligada a visitar diferentes farmacias. En casa no podía tener aquellos diabólicos aparatos electrónicos; el penúltimo salió volando por la ventana en un arretrato de ira, y el último lo rompí dándole golpes con la alcachofa de la ducha. ¡Por estafador y grosero!

A pesar de mi duro entrenamiento, ¡no bajaba ni un puto gramo! ¿Acaso engordaba respirar? Mi frigorífico estaba lleno de productos *light*, e, incluso, había pedido al zanguango de mi compañero de piso que me ayudase. El muy —la hierba es verde, el mar es azul— animal de bellota, aprovechó mi ausencia para llevarse todas las chokolatinas que tenía atesoradas en uno de los cajones de la fruta; y se las entregó a los mocosos abandonados que visitaba en uno de los refugios a los que iba de voluntario.

No contento con ello, se las ingenió para recubrir unos tomates *cherry* con cacao orgánico (sin un mísero gramo de azúcar; y más amargos que la madre que los parió) y los cambió por mis bombones de chocolate favoritos. Por supuesto que se los escupí a la cara, nada más probarlos. ¡Qué asco más asqueroso! Drac empezó a reírse mientras yo despotricaba palabras sin sentido y le golpeaba en el brazo. Lo dejé hecho un guiñapo. A él los enfados le duraban tres segundos, a mí cuatro años, así que lo más sensato que pude hacer en aquel instante, fue ir a la cocina a ponerme otro cubata, para templar mis nervios. El fluorescente del techo empezó a parpadear, e imaginé que estaba en una de esas discotecas, con música en directo para las que de tanto en cuando mi compañero de piso tocaba la guitarra o el saxofón.

Escuché el timbre de mi amada vecina Pepa (¡vieja chochona cascarrabias!), fui corriendo hasta la mirilla de la puerta y comprobé que era el menor de sus hijos. Aquel viernes iba enfundado en un traje de color caqui, y llevaba un sombrero de copa alta sobre su cabeza. Me había escrito en un par de ocasiones para ir a cenar juntos, pero decliné sus invitaciones. La primera vez le dije que tenía el cumpleaños de mi madre; y la segunda, que había ganado un viaje al paraíso Fhloston. Esperaba que pillara la indirecta y me dejara tranquila de una vez, o acabaría mandándolo a freír monos.

Y si yo pasaba de él, Sherise pasaba de mí. Continuaba sin responder a mis mensajes, por eso, al día siguiente, me presenté en su trabajo pidiendo explicaciones.

—¿Qué coño quieres?

Fue su saludo inicial, seguía tan encantadora como siempre. De pequeña la debieron bautizar con vinagre, e imagino que el día de su comunión la rociaron con amoníaco. Era la persona más

ácida que conocía. A su lado, yo era un tierno y esponjoso algodón de azúcar.

—¡Saber de ti! —le contesté.

Sherise era una mujer norteamericana, nacida en Brooklyn y criada en Miami, aunque llevaba más de media vida en Barcelona. Su piel era tan negra como un cielo sin estrellas, y estaba tan gorda que necesitaba un collar de sandías alrededor del cuello si quería lucir bisutería alguna, porque la colega era alérgica al oro y a la plata.

La mayoría de la sociedad llamaba amigos a todos los contactos, yo era consciente de que solo tenía dos, y Sherise Washington era uno de ellos. De pequeña siempre quise tener una amiga como ella: con la piel negra, más gruesa que yo, y trece años mayor.

Había desconocidos que me caían mal al instante; era lo que yo llamaba odio a primera vista, pero con ella me pasó lo contrario. Desde un primer momento me hipnotizó; escuché cómo echaba un rapapolvo a unos adolescentes que se estaban riendo de su grasiento culo en el interior de un metro de la línea amarilla. Todos los que estábamos alrededor enmudecimos, hasta un imperdible podría haberse escuchado caer en aquel momento. Tras la reprimenda, miró a un chico que tenía delante y le dijo: «¿Y tú que miras, blanquito? ¿Tengo monos en la cara?». Me entró la risa, aunque lo disimulé con un ataque de tos.

A las pocas semanas, descubrí que trabajaba en una discoteca llamada Infierno, donde vendía bebidas alcohólicas en el interior de una ridícula caseta de color violeta. Bernarda y yo nos hicimos asiduas, hasta que dejamos de ir porque el lugar se hizo tan famoso que no cabía ni un alfiler. De todas formas, a los pocos meses la disco cerró por culpa de un psicópata, y Sherise desapareció de mi vida durante un par de años. Pero un buen día, me la volví a encontrar en Omena. Descubrí que trabajaba allí, y que tenía un descuento más que succulento. Me comporté como un agradable martillo pilón cada vez que visitaba dicha tienda de ropa, y esta vez surgió lo inevitable, nos hicimos amigas, a pesar de la edad que nos separaba, el color de la piel o, incluso, los kilos.

Tenía que reconocer que las últimas veces que nos habíamos visto, fue en su entorno laboral, y sí, yo era una aprovechada, pero para eso están las amigas, para abusar de ellas. La confianza da asco, y no lo digo yo, lo dice el populacho sabiondo.

Aquel jueves que fui a visitarla, sin previo aviso, me entraron ganas de abrazarla y que me achuchara con sus rollizos brazos. Llevaba sin verla más de medio año; ella me miró con el ceño fruncido y arrugó la nariz. Me había olvidado de que, en ocasiones, ella podía ser más sosa que un pan sin sal, porque, tras contemplarme, ni siquiera mostró un atisbo de sonrisa.

—Estás más gorda —dijo.

—Gracias —contesté.

No la atacué; estaba un poco cansada de ser siempre la mala de la película y necesitaba un hombro en el que apoyarme. Con mi familia no me había hecho falta decir perdón, pero mi amiga era como un dinosaurio herrumbroso que no tenía paciencia para gilipolleces.

—Lo siento —dije.

—¿El qué sientes? —me preguntó mostrándome la hilera superior de dientes. Eran condenadamente blancos, y las paletas incisivas estaban tan separadas que podía almacenar allí comida para picar entre horas.

—Siento ser una malasangre, egoísta y caprichosa —admití.

—¿Y qué más? —preguntó Sherise. Apretó los carnosos labios, sus grandes ojos me observaban con cierto desprecio. ¿Cómo era posible que estuviera tan molesta conmigo?

—¡Que soy una bruta! Ciega, sordomuda, torpe, traste y testaruda —añadí intentando tocar su fibra sensible—. Te echo de menos. ¿Me perdonas? Tampoco ha sido para tanto...

—¿¡Que no ha sido para tanto!? —despotricó la borrica—. ¡Llevamos casi un año sin quedar! Las tres últimas veces que nos hemos visto han sido para que te sacara la ropa gratis —añadió bajando la voz—. Te llamé en verano cuando pillé a mi novio con una prostituta porque necesitaba a una amiga. ¿Te acuerdas lo que me dijiste? ¿No? —Gesticulaba como si yo fuera sorda o idiota—. Me dijiste que te llamara otro día porque, en ese momento, estabas viendo una puta película en tu casa. ¿Y sabes qué? ¡Que te llamé al día siguiente! Pero la señorita no podía hablar porque estaba jodiendo a los vecinos. Ni siquiera podías quedar conmigo...

—¡Pero al final hablamos!

—¿¡Que hablamos!? —preguntó escandalizada. Abrió los ojos como una mosca asesina, y me mostró todos los dientes en una sonrisa que me recordaba al gato de Cheshire—. ¡Estabas tan borracha que te quedaste dormida al teléfono! ¡Roncabas como una cerda! ¡Desde ese día no te he vuelto a llamar! ¿Y sabes lo peor de todo? ¡Que has tardado más de medio año en darte cuenta!

Fue en aquel momento, en el que sentí cómo se reventaba una tubería en las cloacas de mi mente. La mierda subió a flote con tanta fuerza que no pude ni tragarme toda la angustia que me invadía. ¿En qué clase de persona me había convertido? Me sentía tocada y hundida, y lágrimas de plástico surcaron mis mejillas. Nunca me había sentido tan ruin en toda mi vida.

—¡No me das ninguna pena! —escupió Sherise.

Me di la vuelta y salí corriendo de allí, con tan mala suerte que me llevé por delante a varios maniquís; caí al suelo delante de algunos clientes. Escuché risas mientras un adolescente, con la cara como una *pizza de pepperoni* y doble de queso, tomaba fotografías del altercado que había formado. Cogí la cabeza de plástico de uno de los muñecos decapitados y se la lancé con todas mis fuerzas; golpeé sus partes bajas. ¡Tres puntos! Yo era toda una especialista en liarla parda, y, por descontado, se me daba mejor ensuciar escenarios que limpiarlos.

Me levanté obviando los dolores que recorrían todo mi cuerpecito, o los bramidos de Sherise. Sus ojos estaban a punto de salirse de las órbitas, como Arnold Schwarzenegger al final de la película *Desafío total*.

Escapé de la tienda como si el propio Correcaminos me hubiera poseído. De camino a casa, llegué a dos conclusiones. Debía de recuperar mi amistad con Sherise, y tenía que cambiar mi forma de ser —para mejor, claro está—. Lo primero que hice fue llamar a mi segunda amiga: Bernarda Mirinda, alias «la cuchufleta». Le pedí consejo, pero me admitió que no iba a ser fácil recuperar la amistad con el conguito XXXL. Me dijo que poco podía hacer.

Yo nunca fui una de esas chicas que a la primera de cambio tiraban la toalla. Sabía que todas las noches Sherise escuchaba un programa de radio antes de dormirse. Le dediqué la canción «Te necesito» de su artista favorita, y, al día siguiente, cuando llegó a su trabajo, le esperaba un ramo de tulipanes azules y blancos, sus flores preferidas. El sábado por la mañana, la agasajé con *muffins* de chocolate, y con una carta escrita a mano en la que le pedía perdón en diferentes idiomas; e, incluso, insinuaba que nunca más volvería a aceptar indumentaria alguna de su trabajo sin pagar.

Y como pasaba en las películas americanas: me perdonó. ¡Sabía que bajo esa mole de kilos recubiertos de piel de chocolate había un corazoncito!

—¡Vayamos a celebrarlo! —le dije por teléfono.

Era sábado, y hacía mil años que no salía de fiesta. Nos citamos en Thunder Cats, necesitaba deleitarme con la visión del macizorro que trabajaba allí de cocinero.

Me sentí toda la tarde como una colegiala en la noche del baile, y en mi cabeza repasaba todo lo que quería contarle a mi amiga. Lo que más me preocupaba era la enfermedad de mi madre;

tenían que realizarle más pruebas, someterse a una operación e iniciar la quimioterapia tras la intervención quirúrgica.

Todo esto me lo había explicado mi hermana, la cual había estado pululando por mi oficina casi toda la semana. Se llevaba muy bien con doña Perfecta, incluso tenían pensado salir juntas de fiesta; a decir verdad, todos en la oficina adoraban a Rafa. La muy hija de... La muy trapisondista iba a ganar en unos días lo que yo ganaba en un año. Encima su currículum era mucho más extenso que el mío, que si *tiktoker*, *instagrammer*, *youtubera*, *influencer*, modelo, gilipollas, gilipuertas... ¡Me envenenaba la sangre! ¡Yo había estudiado una carrera! ¡Y ella ni siquiera consiguió aprobar la selectividad! Mientras yo hincaba los codos como un jodido ratón de biblioteca, ella se grababa jugando a la videoconsola y lo subía a la red. Recordaba que siempre, cuando nos disponíamos a comer, ella era la última en sentarse frente a la mesa. La mayoría de las veces mi madre tenía que llamarla a gritos.

—¡Nonu! ¡La comida está lista!

—¡Ay! ¡Estoy en medio de una partida a la consola!

—¡Ni consola, ni *consolo*! —gritaba mi madre.

—¡Pero es de *zombies*!

—¡Ni *zombies*, ni zambos!

Entonces, mi padre la amenazaba con esposarla, y con poner alas al dichoso juguetito del demonio para que saliera volando. Por supuesto, mi hermana siempre se salía con la suya y se iba de rositas. Tuve que esperar a que el infierno se cubriera de hielo para presenciar su primer y único gran castigo, y fue gracias a una trampa de hermana mayor que le tendí. Prefería ser la reina del averno que servir en el cielo, la verdad. Las chicas malas iban a todas partes, y a las buenas era fácil tomarles el pelo.

Llamé a Berni, y le conté que Sherise y yo habíamos hecho las paces, y que si quería venirse de fiesta con nosotras. «Por supuesto que sí», respondió, los fines de semana nunca trabajaba.

Ella era un esperpento de persona, delgada como el palo de una escoba y más fea que un gatito ronroneando. Además, era pelirroja, con el rostro repleto de pecas, nariz de bruja y una dentadura... muy creativa. Siempre se las ingeniaba para escoger las gafas más horripilantes de todo el mundo mundial. ¡Pero era un amor de persona! ¡Y tenía una voz tan dulce que todas las emisoras de radio la querían!

A las ocho, me reuní con mis amigas en aquel antro. Sherise iba enfundada en un enorme jersey de cachemir de color albaricoque y unas mallas malva que le quedaban espantosas. ¡Parecía una bombona de butano! ¡O uno de los villanos de Batman! Por el contrario, Berni llevaba una camiseta roquera con unos labios estampados y unos vaqueros desgastados. Mis amigas eran como la noche y el día; y yo era la nube negra que sacaba punta a todo y arrasaba con las cosechas.

Nos sentamos delante de la cocina para observar a Calvin cada vez que un camarero cruzase la puerta. ¡Madre mía! ¡Estaba para mojarlo con chocolate! ¡Me sentía agitada cada vez que lo contemplaba!

—¿Y qué pasa con Drac? —preguntó Sherise.

—¿Qué pasa con él? —inquirí desconcertada.

—¡Que es el chico de tus sueños! —contestó la diplotocus.

—¡No me toques el coño, Sherise! ¡No me gusta! —exclamé. Era la verdad, Drac era un hombre especial, como caído de otro planeta; lleno de estupideces sobre el cambio climático, conspiraciones absurdas o los *chemtrails* de las narices. Sin olvidar su cruzada y amor incondicional hacia todos los animales del planeta.

—¡Mientes! —añadió Berni tras sus lentes de culo de botella; veía menos que Pepe Leches.

—Si miento... ¡que me lleve el viento! —dije alzando mi copa al aire antes de terminarla de un trago.

—¡Que te parta un rayo sería más probable! —dijo Sherise, antes de romper a reír por su propio chiste.

—¿Me estás llamando gorda? ¿Tú?

Llegados a este punto, tenía que confesar que lo estaba pasando pipa. Aunque, tenía un runrún en la cabeza que me atosigaba, y no era el estribillo de una de las insufribles canciones de Estopa. El cerebro humano era capaz de recordarte que se olvidaba de algo, pero era tan cabrón que no te decía el qué. Y caí en la cuenta, cuando, por la entrada, apareció doña Perfecta acompañada del besugo de mi hermana.

Parecían dos princesas sacadas de un cuento. ¡Malditas chupacables! ¡Comechapas pordioseras! Terminaron compartiendo mesa con nosotras porque el garito estaba abarrotado. Lo positivo fue que no tuvimos que pagar las copas porque Rafa era una eminencia en aquel bar. Lo negativo: ¡Ya no era la más guapa y *cool* del grupo!

El alcohol empezaba a hacer estragos en mi siempre comportamiento ético; debía de controlarme porque tenía toda la noche por delante y no quería terminar borracha como una cuba.

—Ponme otro cacharro, pero bien cargado que el último sabía a aguachirri —dije al mico del camarero cuando tomó nota de la siguiente ronda.

Al marcharse, mis ojos se posaron en el culo del cocinero, que, justamente, pasaba delante nuestro. Sin querer, confesé que me gustaba, y la estúpida de Samantha S. Scarlet admitió que era todo un bombón de licor. La cara pez de mi hermana lo invitó a venirse de fiesta con nosotras cuando el bar tenía las persianas bajadas, pero le daba cosa ser el único chico.

—Va a venir un amigo mío —mentí.

Tenía que emborracharlo, y meter mi mano bajo su bragueta para comprobar la trompa de elefante que tenía entre las piernas. Con dos copas de más, yo podía llegar a ser una casquivana de mucho cuidado.

Salí a la calle y llamé al teléfono de mi piso, pero el caraculo no respondió. Recordé que aquella noche tocaba el saxofón en directo junto a un *DJ* de renombre en la discoteca Copacabana del Puerto Olímpico. Mierda. No conocía a ningún otro hombre. Mentira cochina. ¡Paulino!

Le sorprendió que lo llamara a las doce de la noche, un poco borracha y disculpándome por mi último mensaje. Recordé que el caracartón nunca había salido de fiesta: «Esta es tu oportunidad», le anuncié. «Además, te gusta la música *jazz* y quiero presentarte a una amiga con la que harás buenas migas». Estaba tan desesperada que no me importaba convencer a todos de ir a Copacabana y hacer de Celestina. Siempre había un roto para un descosido, y Bernarda era como él, nunca había tenido una relación amorosa. Lo más desagradable era que la condenada se enorgullecía de ello, incluso se comparaba con Isaac Newton.

Al final lo convencí.

¡Qué cierta era la frase de que, a veces, la realidad supera a la ficción! Con el grupo tan variopinto con el que iba a salir de fiesta solo esperaba controlarme para no armar una escabechina con todos ellos. ¡Tenía que dejar de beber! Y mostrar mis mejores cualidades a Calvin. Que eran... hummmm...

Decidimos atravesar el barrio gótico caminando hasta llegar a la línea amarilla del metro. Como pasaba en el colegio, nos dividimos en dos grupos; las chicas guapas y el chico *sexy* iban

delante, y los perdedores los últimos de la fila. Yo caminaba junto con Sherise mientras criticaba cómo la arpía de Triple S reía todas las gracias de mi futuro novio, pero este intentaba seducir a mi hermana, que, cansada de ello, retrocedió hasta llegar a mi altura.

—¿Has visto el vídeo que te mandé? —preguntó Rafa.

—No he tenido tiempo —mentí.

—¿Qué vídeo? —preguntó Sherise.

—Uno de mis últimos tutoriales en YouTube —explicó.

¡Cómo ser feliz en diez sencillos pasos! Si en aquel momento hubiera llevado tomates podridos en mi bolso se los hubiera lanzado a mi hermana. De verdad, a veces pensaba que alguien le había lobomotizado el cerebro de tantas chorradas que soltaba. ¡Estaba como un cencerro!

Llegamos a la entrada de la discoteca, había mucha cola y dos gorilas en la puerta que parecía que, de un momento a otro, se iban a liar a mamporros con la primera persona que no respetara la hilera.

—¡Nos van a dar las uvas! —soltó el puercoespín de Samantha. Estaba agarrada al brazo del hombre que me gustaba.

Si yo fuera más guapa y un poco más lista, hubiera tenido el valor de empujarla fuera de la fila y besar a Calvin sin andarme por las ramas. Pero era una cobarde, y yo nunca terminaba con el chico más guapo, sino con quien se fijaba en mí. Con doña Perfecta al lado, lo tenía muy chungo. Un poco de laxante en la copa era la solución para quitármela de encima.

Me llevé otro disgusto al contemplar a Paulino y Bernarda que parecían dos tortolitos, solo hablaban entre ellos y era como si los demás hubiéramos dejado de existir. Intenté poner la oreja y escuché cómo Paulino le decía: «No sé besar, quizás... ¿tú podrías enseñarme?». ¡Vaya con el mosquito muerto! No sabía si cortarme las venas o dejármelas largas. Se suponía que Bernarda era asexual, o esa milonga nos contaba siempre a Sherise y a mí..., pero, en aquel momento, comprobé que nos había mentido como una perra; porque estaba zorreando de lo lindo.

Ya lo decía un tonto muy famoso, la vida era una maldita caja de bombones.

Antes de entrar, tres pijos que estaban delante de nosotros se pusieron a fumar algo appestoso que mi hermana llamó «hierbabuena». ¡Me importaba un comino! ¡Yo odiaba cualquier clase de tabaco! «O sea, esto es canela en rama, chicos» dijo uno de ellos mientras gesticulaba de forma refinada. Tentada estuve de rociarles con mi spray de pimienta y cantarles las cuarenta, pero las mujeres brutalmente honestas se quedan para vestir santos, y todavía no quería que Calvin conociera mi verdadera naturaleza. Tras el periodo de prueba de treinta días ya tendría tiempo de gritarle cabreada «¡Bienvenido a *Toxicolandia*!».

Una vez entramos, fui a la barra más cercana a pedir una copa. Tenía mucha sed, y el pedo que llevaba era inapreciable.

—¿Trece euros un cubata? —pregunté escandalizada al soplapollas del camarero.

—¡Yo te invito! —dijo Samantha S. Scarlet.

¡Genial! Una bebida gratis siempre me dejaba mejor sabor en el paladar, aunque la hubiera pagado la tonta del bote.

Antes de volver con los demás, le pedí a mi compañera de trabajo que dejara de tontear con Calvin. Le había confesado antes que me gustaba, y yo lo había visto primero: «¿A qué mierda juegas?», acabé preguntándole con mucha sutileza.

—Está bien, si tanto te gusta, para ti —dijo antes de darme la espalda y correr hacia Rafa para entregarle un destornillador.

Mi hermana estaba sacándose unas fotografías con unos frikis.

—¿Eres famosa? —preguntó Paulino. Se recolocó la boina que llevaba en la cabeza, y, tras relamerse los labios, se hizo, también, un par de fotos con Rafa—. La voy a poner de fondo de pantalla en mi móvil.

De repente, la música que taladraba mis tímpanos se detuvo y las luces se apagaron. La muchedumbre empezó a silbar, y una luz azul marino iluminó el escenario.

Apareció un chico tocando el saxofón, la melodía retumbaba por todos los altavoces de la discoteca y, a los pocos segundos, el *DJ* lo acompañó con una canción electrónica repleta de sintetizadores.

—¡Acabo de encontrar al padre de mis hijos! —confesó Triple S.

«¡Y un cuerno para ti!», pensé.

—Te lo puede presentar mi hermanita —dijo Rafa.

—Viven juntos —añadió Sherise.

«¡Hijas de puta!».

Samantha S. Scarlet juntó las manos en forma de plegaria y me miró con ojos de cordero. Me hubiera gustado degollarla, patearle en la boca, o añadir el laxante en su copa de una vez por todas, pero la jodida no soltaba la copa ni al entrar en el cuarto de baño; para mí, que se olía algo.

—¡Ni lo sueñes! —dije.

—No voy a intentar nada con Calvin, ¿qué más te da presentarme a tu compi?

La verdad era que no sentía ninguna clase de empatía por ella. ¡Cuanto más la conocía, peor me caía! Ni aunque cagase oro, o mease cianocobalamina, le presentaría a Drac. Jamás enterraría el hacha de guerra que le declaré a escondidas el día que la conocí tras experimentar... ¡odio a primera vista!

—¡He dicho que no!

—No lo entiendo —dijo Samantha.

—Mi hermana es como el perro del hortelano —añadió Rafa.

Las ignoré lo mejor que pude y volví mi cabeza al escenario. Por el rabillo del ojo presencié cómo Calvin se besaba con una pelandrusca. ¿Y sabéis qué? ¡Me importaba un churro! Nunca había visto a Drac en acción, y estaba embelesada con su actuación. Tenía que reconocer que era muy *sexy* verlo tocar aquel instrumento. Sus mofletes estaban hinchados, el cabello castaño claro que tenía brillaba bajo los focos que lo alumbraban; era como si tuviera un oleaje apaciguador sobre la cabeza. Iba descalzo y vestía con unos pantalones blancos y una camisa holgada del mismo color. Estaba segura de que ambas prendas tenían el distintivo de PETA^[3].

Un montón de gente lo grababa con sus teléfonos móviles.

—Voy a hacer un directo —anunció Rafaela-ela-ca.

No sabía cómo explicar lo que me sucedió mientras lo contemplaba. No tuve ninguna epifanía, pero juro por lo más sagrado que era mi vida, que, en aquel momento, me sentí más inmarcesible que nunca.

Escuchar al tocapelotas de mi compañero calmó al Mefistófeles que anidaba en el recoveco más oscuro de mi alma; eran muchas las veces que lo había visto tocar diversos instrumentos, y, por primera vez, todos mis sentidos se rindieron a su música.

Sentí cómo me tiraban del brazo, tenía delante a mi hermana que me enfocaba con su dispositivo móvil.

—¿Qué pollas quieres? —dije despertando del embrujo.

—Mi público quiere saber la opinión de su compañera de piso —dijo Rafa.

Cuando me di cuenta de que mi cara la tenían que estar viendo algunos de sus seguidores pajilleros, empecé a rodear a Sherise con histeria y gritando: «¡No me grabes! ¡No me grabes!».

Samantha S. Scarlet continuaba observándolo, no decía ni «mu». Y los ganapanes de Paulino y Bernarda se comían la boca con un frenesí que emponzoñó mi noche. No me gustaba ver feliz a la gente que me rodeaba, ¡hala! ¡Ya lo he dicho!

Escuché cómo tres chicos empezaban a ridiculizar el voluminoso cuerpo de Sherise; les tapaba la visión del escenario. Mi amiga nunca se achantaba, y les atacó con la furia de un géiser. Fui a socorrerla, aunque no me necesitaba. Pero yo no consentía que nadie se burlase de ella; yo era la única que podía hacerlo, y punto en boca.

—¡Pensaba que todas las gordas eran agradables! —dijo uno de los tipos a mi amiga. Era calvo y vestía un polo a rayas de color verde y marrón con el logotipo de un elefante en la pechera.

—Deberías encerarte la cabeza —le dije, y el memo me miró desconcertado—, para abrillantar tus ideas, gilipollas —aclaré.

Y desperdicé la mitad de mi cubata lanzándoselo a la cara. Mi brebaje empapó su polo; se distinguía un manchurrón impresionante con la forma de la península ibérica.

Levantó la mano para propinarme una bofetada, y mi amiga le agarró de las pelotas. Se las estrujó con su mano imitando las fauces de un dragón. El tipo aulló de dolor de forma aguda, y sus amigos pijos empezaron a golpear en vano el monstruoso brazo de Sherise. Mi hermana, Bernarda, Paulino e, incluso, doña Perfecta —y yo, por descontado— nos liamos a hostias, arañazos y mordiscos con el trío ceniza.

Nos echaron a todos de la discoteca mientras Drac Capdevila continuaba soplando por la boquilla del instrumento de viento. Me miró con una intensidad peculiar, no sabría decir si era de decepción o sorpresa. Lo que sí atisbé fue una media luna en la curvatura de sus labios.

—¡Qué vergüenza! —dijo Triple S una vez estábamos de patitas en la calle—. ¡Nunca me habían echado de un lugar público! ¡Y menos prohibirme la entrada de por vida!

—Bienvenida al club, blanquita —soltó Sherise.

Le explicó que Berni, ella y yo, teníamos la entrada vetada a varios lugares más: Waikiki Club, el *after hours* Maya Bay, el Bingo de la calle *Etra*...

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Rafa—. Yo no quiero volver a casa.

—¿Y Calvin? —pregunté.

Me había olvidado de su existencia. Al parecer, otro que había encontrado el romance esa noche; y yo me tenía que conformar con ver a la Rana Gustavo tocando el saxofón.

Continuamos la fiesta, sin Berni ni Paulino, en un local pequeño del Puerto Olímpico al que Samantha S. Scarlet iba muy a menudo. «Comportaos, por favor. Quiero seguir viniendo aquí en el futuro», nos dijo a Sherise y a mí. ¡No le prometimos nada!

Lo más reseñable fue que me encontré allí a Anderson. Al principio, fingí no acordarme de él, pero la intensidad con la que lo miraba me delató. Tenía algo pendiente con él desde Navidad.

—¿Quién son esas dos bellezas con las que bailabas? ¡Preséntamelas! —espetó el calzamonas.

Se refería a la zopenca de doña Perfecta y a la mema de mi hermana, que habían iniciado una conga junto con Sherise. ¡Parecían un código binario!

—¡Son bolleras! —dije.

—¿Lesbianas? —preguntó incrédulo.

—Sí, cien por cien. Pero me tienes a mí.

Le sonreí coqueta.

—Lo siento —dijo él—. Hoy no voy tan desesperado.

¡Zas!

Segunda copa que terminaba aquella noche en la jeta de otro cretino.

—¿Estás loca?

—¡Sí! ¡Como una puta regadera! —grité mientras me arañaba la cara y movía mi lengua como si fuera el aspa de un ventilador.

Me giré, y me alejé del gañan contoneando mis caderas con elegancia.

La noche continuó, me perdí entre canciones de estribillo fácil, y, como un pirata, apagué mi sed con ron y Zeta-cola. Bailé hasta tener dolor en los pies. Sherise me confesó que estaba quemando más grasa que nunca: «Por lo menos habré perdido diez kilos», me dijo antes de terminarse su decimotercera copa. Llegué a la conclusión de que no le faltaba razón, yo estaba tan cansada de menear mis caderas que en cualquier momento me iba a dar una liposucción. ¡Tenía que buscar una farmacia de guardia y pesarme!

Ninguna de las cuatro mojó el churro aquella noche; yo disfruté espantando a los chicos que se acercaban a ligar con Triple S o con Rafa. ¡No lo hacía adrede! Bueno, quizá un poco. En algo tenía razón mi hermanita: ¡Ni comía, ni dejaba comer!

5

El gato Félix

*Claro que lo entiendo.
Incluso un niño de cinco años podría entenderlo.
¡Que me traigan un niño de cinco años!
(Groucho Marx)*

El 14 de febrero estaba a la vuelta de la esquina, y ni los santos se dejaban vestir por mí. Llevaba tanto tiempo a dos velas que no necesitaba que ningún cirujano plástico reconstruyera mi himen. ¡La membrana lo estaba haciendo por arte de magia!

Tenía muchas cosas que decir respecto al cuadragésimo quinto día del año, también conocido como san Valentín. No era solo una mera celebración cristiana; era, también, un día festivo para el capitalismo, una triquiñuela que las grandes multinacionales aprovechaban para vender más a la población cazurra. Pagafantas que suspiraban por las esquinas tratando de conquistar a doncellas barriobajeras, pintamonas que lo veían todo de color de rosa —hasta las agujetas—, o la nueva especie en auge: el *sugar daddy* que no reparaba en gastos.

Míster san Valentín fue un querubín bobalicón al que decapitaron en la Antigua Roma por casar a soldados con sus amadas. También, era típico encontrarnos con Cupido, un mocoso que lanzaba flechas a diestro y siniestro y no daba ni una... En definitiva, aquel día era... ¡Un cuento chino!

Aun así, era motivo suficiente para deprimirme al comprobar, que otro año más, no iba a recibir ningún regalo, y que no tenía a nadie a quien besar en los labios. Aunque era un acto insalubre, lo echaba en falta... Mi lengua hacía tiempo que no se ejercitaba con los besuqueos de un buen maromo. Y, aunque no era muy devota a realizar felaciones, no recordaba lo que era un miembro viril brillando mi glotis.

Por lo tanto, solo me quedaba volcarme en mi trabajo, pero trabajar codo a codo con doña Perfecta era un suplicio que me estaba llevando a la locura y al alcoholismo. Tener a la pelma de mi hermana revoloteando como una mosca cojonera tampoco ayudaba; ella se paseaba por la oficina creyéndose una diva, cuando años atrás le caminaban los piojos por el cuero cabelludo. La colega había propuesto rodar el anuncio en Central Park de la Gran Manzana. Por descontado, don Pancho se había negado, y el parque de la Ciudadela fue la localización escogida.

El principal problema era que durante los últimos siete días no había dejado de diluviar. La ciudad de Barcelona había batido récord en precipitaciones respecto a los últimos cincuenta años; y el parte meteorológico anunciaba más lluvias en los próximos días.

Yo odiaba los días de lluvia, y todo lo relacionado con ellos: paraguas, chubasqueros, charcos en la calle, cristales empañados, señoras mayores con bolsas de plástico en la cabeza, el serrín en la entrada de las tiendas, mi cabello encrespado debido a la maldita humedad... Lo único positivo era que esos días veía menos animales por la calle, en especial a las ratas voladoras. No sufría colombofobia, yo no le tenía miedo a nada, simplemente me repugnaba escuchar ese perverso gorjeo que emitían las palomas cuando pasaba cerca de ellas. Estaba segura de que se burlaban de mí.

Aunque no todo eran malas noticias, había conseguido mantener a raya la grasa acumulada que tenía adherida a mis caderas; era una batalla que no iba a perder. ¡No quería morir virgen!

Ya solo me faltaban dos estampas para llegar a la decena. ¡Este año iba a conseguir la botella de agua! ¡Estaba segura de ello! Las dos últimas veces que había asistido al gimnasio fueron con Sherise; quemamos calorías como dos viejas locomotoras de vapor, y, tras el ejercicio, ignoramos la cafetería de la esquina que exhibía una selecta bollería tras la vitrina. Aunque más tarde, me atiborré a pastelitos y chocolatinas en la soledad. ¡Lo confieso! ¡Soy adicta al chocolate! Pero la culpa no es mía. Es de Cristóbal Colón por descubrir América en 1492 y de Hernán Cortés por importarlo y empezar a comercializarlo en 1519. Ellos son los causantes de toda la obesidad del mundo en general, y de mis trece kilos de más en particular. ¡Ojalá no descansen en paz!

Recuerdo que, cuando era más joven, podía engullir dulces y golosinas sin remordimientos, y no engordaba con tanta facilidad. ¡Qué tiempos aquellos! ¡Mi única preocupación era que mi anillo de la Superpop mostrara siempre el mismo color; para que los demás contemplaran mi buen humor! ¡Qué bonito era reír cuando me sentía triste! Pero los tiempos cambiaban, ¿qué se podía esperar de un día que comenzaba con levantarse de la cama para ir a trabajar? Desde luego, nada bueno. Aunque uno de los peores días de mi vida estaba por llegar, y arrasaría con mi patética vida para siempre.

Primero sonó la alarma de mi teléfono móvil, intenté resolver el puzle lo más rápido posible para apagar el maldito despertador y no desvelarme, pero nunca lo conseguía —era mi truco infalible para que no se me pegaran las sábanas—. Luego, desbloqueaba la pantalla y miraba las notificaciones —que solían ser amenazas anónimas en mis redes sociales—. Después, visitaba el perfil de algún tío bueno al que estaba suscrita en OnlyFans para que se me abrieran bien los ojos. Entonces, salía de la cama y me dirigía al mueble bar del comedor y me tomaba un chupito de ron (para matar las bacterias pestilentes que se formaban en mi boca durante la noche), y, después, me duchaba fantaseando con las imágenes del guaperas de turno que hubiera contemplado escasos minutos atrás mientras caía el agua caliente sobre mi espalda desnuda. Imaginaba que llamaba a mi puerta y me pedía una cita... Todavía faltaban setenta y dos horas para el día D; tenía tiempo de sobra para conocer a mi príncipe azul. La esperanza era lo último que debía perder.

Tras secarme, me vestí y... a currar. ¡Putá vida!

De camino a la oficina siempre desayunaba un par de donuts, para empezar el día redondo. Después, cogía la línea morada del metro, pero con el aguacero de los últimos días, los suburbanos funcionaban a trompicones porque algunos túneles de la ciudad estaban anegados. No quería llegar tarde una vez más, así que no me quedó más remedio que coger un autobús, apearme en la parada más cercana a mi trabajo, y caminar cientos de metros.

Entré en la oficina empapada y de muy mal humor. Tras mi paso, se formaron corrillos de trabajadores cuchicheando a mis espaldas. No era ninguna anomalía, aunque, normalmente, intentaban disimularlo más. Algo extraño estaba sucediendo; y mi sospecha fue confirmada por Triple S.

—Querida, tengo dos buenas noticias que darte —dijo la petarda.

—¡Te van a trasladar! ¡Y don Pancho no quiere más a mi hermana husmeando por aquí! —solté a bocajarro, una nunca sabía cuándo podía sonar la flauta.

Samantha S. Scarlet negó con la cabeza dos veces, mientras su melena rubia, sedosa y brillante, se movía con elegancia. ¿Por qué ella nunca llegaba a la oficina empapada de agua? ¡Debía repeler hasta la lluvia de lo perfecta que era!

—Uno, ha dejado de llover ahora mismo, aunque sigue nublado.

—¿Y dos?

—Es sobre Drac, he movido algunos hilos y le he conseguido una audición para los jefazos —dijo la payasa.

Sentí rabia; y unas ganas inmensas de sujetar el cogote de la tonta del bote y estampar su rostro contra mi escritorio hasta reventarle el cráneo. ¿Por qué carajo tenía que preocuparse por él?

—Mira, bonita. Drac no necesita ninguna audición, y menos que tú le consigas nada. ¿Qué pretendes?

Le mostré los dientes como un chucho rabioso, y mi tono de voz rozaba la histeria, debía de controlarme para no armar un escándalo a primera hora de la mañana.

—Tu hermana me ha explicado...

—¡Me da igual lo que te haya explicado esa charlatana! —grité. Cerré los ojos, y llené mis pulmones de aire. Después, continué hablando con mucha paciencia—: Drac nunca trabajaría para ninguna multinacional.

—¿Por qué? —preguntó Samantha, su perfecto rostro mostraba confusión, o tal vez era de sorpresa. Me resultaba enigmática su expresión.

—Él jamás trabajaría para una empresa tan grande como Blackmart.

—Pero... podría ser su oportunidad de oro —añadió.

—Lo conozco mejor que tú.

—¿Lo sabes todo sobre él? —preguntó la zarandaja.

Sus ojos azules me escrutaban con intensidad.

—Yo lo sé todo, de todo el mundo. Si el FBI supiera mi potencial para investigar, ya me habría contratado —fardé con descaro.

—Entonces... ¿Sabes que desde hace dos días tienes un club oficial de detractores?

—¿Cómo? —pregunté confundida.

Doña Perfecta mostró una sonrisa perversa. «Se está marcando un farol», pensé. Me escribía la página web en un bloc de notas; era un dominio registrado con mi nombre, y con la palabra «anti» al principio.

En la página principal había una foto mía en ropa interior que había sido tomada dos Navidades atrás. ¡Qué delgada estaba! Mi rostro mostraba sorpresa, tenía los ojos algo enrojecidos por el alcohol que había ingerido aquella noche y estaba sentada sobre la fría arena. ¡Era la foto que Ariel tomó antes de robarme y dejarme allí tirada! ¡Mis vecinos estaban detrás de aquella nueva putada!

Empecé a gritar de furia, hasta que me di cuenta del lugar en el que me encontraba y callé avergonzada. Todos me contemplaban con una sonrisa pintada en los labios y un silencio ominoso reinaba en la oficina.

—¿Os gusta verme sufrir? —pregunté furiosa.

Cogí mi bolso y caminé en dirección a la salida con la frente bien alta. Antes de marcharme por la puerta, me giré e hice una pederreta y un corte de manga a todos los presentes. En el ascensor, me centré en el mayor problema. Tenía que conseguir como fuese que la maldita página web dejara de existir; estaba segura de que doña Pepa había sido la instigadora de la creación. ¡No conocía persona más agibílibus que ella! ¡La jodida tenía un don para putearme digno de elogio!

De camino al edificio diecinueve de la calle Desencanto volví a visitar mi club de antifans. Constaba de varias secciones, con fotos mías en todas ellas, usurpadas de mis redes sociales, y editadas en las que yo salía muy desfavorecida. También había un libro de visitas en el que me insultaban y explicaban, de forma anónima, lo mala persona que era.

Una internauta, que no daba nombre contaba, que un día había sido testigo de cómo yo me reía a carcajadas cuando un pobre anciano se cayó cruzando un paso de peatones y se golpeaba la cabeza. Al parecer, yo había empezado a reírme como una desequilibrada. El ente humano que escribía en el foro me recriminó la malicia mostrada aquel día y me dijo: «Es usted mala gente», a lo que yo contesté orgullosa, «y voy a peor».

Había varios ejemplos más, en los que me tachaban de discípula de Belcebú y otras burradas similares. Estaba al borde de sufrir una apoplejía de todo lo que leía, porque la mayoría de lo que exponían aquellos troles era mentira.

«¡Has cavado tu propia tumba, vieja estúpida!», pensé encolerizada mientras subía las escaleras; no iba a tener ni una pizca de compasión con ella. Empecé a aporrear la puerta de mi vecina; grité enajenada, y de mi boca salieron una ristra de las peores palabras que contenía la lengua castellana y que no voy a transcribir aquí porque están prohibidas utilizarlas desde tiempos inmemorables.

—¡Voy a llamar a la policía! —gritó doña Pepa tras escuchar mi verborrea.

La bruja no tenía coño a abrirme la puerta.

—¡Sal, malparida! ¡Voy a matarte! ¿Me oyes? ¡Voy a quemar el edificio contigo dentro si hace falta! ¡Vieja del demonio!

—¿Qué sucede? —preguntó Drac.

—¿Y tú qué haces aquí, caraculo? —pregunté sorprendida.

Mi compañero llevaba varios días en paradero desconocido, y era la primera vez que se ausentaba sin comunicármelo. ¡Por descontado que no iba a permitir que sospechara lo preocupada que estaba por él!

—Tenemos que hablar —dijo Drac.

—Primero tengo que solucionar algo —espeté con rabia y volví a descargar mi cólera contra la puerta de doña Pepa. La golpeaba con ambos puños mientras me dejaba la voz.

—Es importante, por favor —insistió mi compañero de piso.

Había una urgencia en su tono de voz que nunca había escuchado. Lo seguí al interior de mi piso, y, en el comedor, encontré a un niño asiático sentado en mi sofá.

—¿Y esta cosa? —pregunté confusa.

—Tenemos que esconderlo aquí unos días.

—¡No, no, no! ¡Niños, no! ¡Me dan asco! ¡Los odio! ¡Son molestos y huelen mal!

—Escúchame.

—¡No! Voy a coger la basura orgánica y se la voy a restregar en la puerta a la zorra que tenemos por vecina. Y, cuando termine, quiero a este melanoma con ojos fuera de aquí —dije señalando al renacuajo que me miraba con aprensión. Tenía los ojos abiertos como un pequeño saltamontes, eran grandes y oscuros.

Drac intentó frenarme, pero no pudo. Mi cólera era salvaje, irracional y desmesurada.

Manché lo máximo que pude la puerta de mi vecina con los deshechos de comida que disponíamos: cáscaras de huevos, piel de plátanos, huesos de aguacate... ¡Necesitaba algo más pringoso!

Volví a entrar en mi piso, y el pejuguera de mi compañero, continuó erre que erre; yo hice oídos sordos, hasta que me sujetó de los brazos y gritó:

—¡Basta!

Era la primera vez que me levantaba la voz. En los más de dos años que llevábamos conviviendo nunca había agotado su paciencia. Caminó hacia la puerta y la cerró. Yo seguía enojada, contemplaba al niño con furia. «¿Qué coño estaba pasando?», me pregunté.

—¿Qué coño está pasando? —pregunté a Drac.

—Necesito que este niño se quede aquí escondido durante unos días...

—¡Ni hablar del peluquín! —interrumpí.

—¿Me quieres dejar hablar? ¡Por favor!

Yo negaba con la cabeza, en cualquier otro momento no hubiera estado tan ofuscada, pero el descubrimiento de que existía un club que se mofaba de mí no me dejaba pensar con claridad. La verdad era que me importaba muy poco lo que la gente hablase de mí, pero que se publicase una sarta de mentiras y con fotos mías en las que parecía una aberración humana... ¡era denigrante e inadmisibile!

—Niños, no —sentencié.

—No tiene a dónde ir.

—Pues lo abandonas en un contenedor, como se ha hecho toda la vida con los niños no deseados.

—Corre peligro de muerte —dijo Drac.

Se acercó lentamente a mí, y me miró a los ojos con intensidad.

—Mi padre es policía, él puede ayudarle.

Mi compañero de piso negó con la cabeza, fue, entonces, cuando observé su vestimenta. ¡Iba vestido con un mono azul! ¡Aquel atuendo debía de llevar algún componente de origen animal!

—¡No! ¡Nadie puede saber que está aquí! ¡Ni siquiera la policía! ¡Prométemelo!

—¿Por qué nadie puede saberlo? ¡Estás paranoico! —dije.

—Escúchame, por favor. Nunca te he pedido nada. Nunca traigo animales abandonados a casa, ni invito a nadie desde hace tiempo porque sé que te molesta. Jamás me quejo sobre cómo dejas el cuarto de baño cuando te aseas, ni, tampoco, que nunca barras, quites el polvo o vacíes el lavavajillas...

—¿Me estás llamando cerda? —gruñí.

Me cogió de las manos con firmeza, al instante sentí una electricidad recorrer todo mi cuerpo. ¿Cuánto tiempo hacía que no mantenía contacto con un hombre? Sus ojos de color chocolate estaban tan cerca, que cerré los míos para no perderme en los suyos, para evitar implorarlo que necesitaba un abrazo.

—Solo serán unos días, por favor —suplicó con un poco de carraspera—. No tiene a nadie más, y yo solo puedo confiar en ti. Ayúdame, te necesito. Eres mi última esperanza —dijo Drac. Su voz sonaba tan sexy y cercana, que era imposible decirle que no. Además, recordé una frase que había escuchado en alguna película que decía: «Los amigos no ruegan».

Asentí con la cabeza y le prometí que haría todo lo posible por ayudarlo, que intentaría no revelar a nadie que ese mocoso habitaba en nuestro piso y que podía contar conmigo, por descontado. Cuando Drac estaba a punto de explicarme el motivo de tanto secretismo, escuché cerrarse la puerta de mi odiosa vecina.

—¡Pepa! —grité.

Volvió a mi mente la página web, y la ira volvió a nublar mi mente. Corrí hasta la puerta, la abrí y me lancé a la yugular de aquella cobarde y pecadora de la pradera.

—¡Me las vas a pagar! —troné.

Drac me agarró por detrás en el último momento, e intentó apaciguarme para que no descargara toda mi furia con la cagarruta de la vieja pelleja, pero era imposible hacerme entrar en razón, y empezamos a forcejear muy cerca de la escalera.

Yo llevaba bastantes semanas sin incordiar a los vecinos, ni siquiera me había cobrado venganza por el cambio de cerradura que habían realizado en mi apartamento semanas atrás.

Entonces, ¿por qué me puteaban? ¡Era mi turno!

Mi compañero y yo continuamos batallando; y mi vecina estaba pegada a la pared contemplándonos como un lagarto asustado. El suelo estaba lleno de porquería, Drac pisó la piel de un plátano y resbaló.

Cayó de espaldas precipitándose escaleras abajo con violencia.

—¡No! —gritamos al unísono doña Pepa y yo.

Contemplé cómo la única persona que jamás se había enfadado conmigo, y que nunca se quejaba de mi forma de ser, rodaba escaleras abajo hasta que su cabeza impactó con el embaldosado.

En menos de cinco minutos estaba montada en una ambulancia con él; nos movíamos a toda velocidad en dirección al hospital Charles Lutwidge. No era la opción más cercana, pero, al parecer, el centro de salud más próximo no estaba en condiciones de tratar la brecha abierta que tenía Drac en la cabeza. Yo contemplaba, en estado de *shock*, toda la sangre que emanaba de la herida, continuaba inconsciente, los médicos estaban intentando que respirase y hacían cuanto podían por mantener sus constantes vitales.

Él era lo mejor que tenía en mi vida, único en su especie, y siempre llevaba una sonrisa dibujada en el rostro. Era diferente al resto de mortales; la mayoría buscábamos la felicidad como meta, pero él la llevaba siempre en el equipaje de mano. Conocerlo en mi niñez fue como un disparo al corazón...

«Por favor, Drac. ¡No te mueras!».

Perdí la cuenta de todas las horas que estuve esperando en la sala de urgencias, solo recordaba que el cielo descargaba lluvia con una ferocidad inaudita. Relámpagos partían la funesta bóveda, eran como las raíces de una belladona que iluminaba las nubes oscuras. Cuando los rayos enfurecidos se apagaron, Barcelona, que estaba en el ojo de la tempestad, se sumió de nuevo en la oscuridad de aquella tarde tan siniestra.

Por primera vez en mi vida recé. Supliqué al cielo que no se llevara a Drac; merecía otra oportunidad. A cambio, yo estaba dispuesta a sacrificarme, a ser mejor persona. Hubiera vendido hasta mi alma al diablo si con ello salvaba la vida del miserable patán que convivía conmigo. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué sentía un vacío infinito en mi estómago? ¿Por qué no podía detener las lágrimas que afloraban en mi rostro como un veneno incontenible?

Contemplé el cielo durante horas, y cuando estaba cansada de esperar, un doctor con la apariencia de Chuck Norris caminó hasta mí.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté.

—Tiene una fuerte contusión cerebral. Está sedado, y lo tendremos en observación las próximas veinticuatro horas.

—Entonces... ¿vivirá?

—Sí.

Salté de alegría, y abracé al médico sin parar de repetir la palabra «gracias» cada dos por tres. Lo besé en la mejilla, me daba igual que el señor fuera tan feo y peludo como un koala, o que su mugrienta barba pinchara mis delicados labios. Lo importante era que mi dragón de la suerte

continuaría viviendo.

—¿Cuándo podré verlo?

—Está en la UCI, ¿es usted familiar?

—Sí —mentí.

—¿Usted estuvo presente en el momento del accidente? —preguntó el doctor.

—Sí, fue esta mañana cuando...

Y me callé. ¿Cuántas horas llevaba en el hospital? ¡Eran cerca de las nueve de la noche! ¡Me había olvidado, completamente, del *gremlin* que Drac había traído a casa!

Abandoné el hospital corriendo, y dejé plantado al doctor Peludo en un mar de confusiones. De todas formas, cuando llegamos al hospital con la ambulancia, en la recepción me entregaron unos papeles para que los rellenara. Drac no llevaba la cartera encima, y yo desconocía su número de la Seguridad Social u otros datos importantes que pedía el documento que tenía que rellenar. Tan solo puse su nombre completo, su fecha de nacimiento, mi número de teléfono como persona de contacto, y la dirección donde vivía conmigo.

Cogí un taxi y le apremié a que pisara el acelerador en más de una ocasión. Llegué en menos de trece minutos al portal y subí las escaleras con celeridad. Al llegar a la puerta de mi casa, me asaltaron varios vecinos: Evaristo Cáceres, doña Pepa, Isabel Blanca, y un par de teleñecos más.

—¿Cómo está Drac? ¿En qué hospital está ingresado? —preguntó el presidente de la comunidad con su ridícula voz.

—¡Borrad la página web y, entonces, lo sabréis!

—¡Jamás! —dijo doña Pepa—. ¿Creías que no lo iba a descubrir?

Su voz sonaba enojada.

Yo no dije nada, no tenía ni pajolera idea de lo que estaba hablando. Admiré su rostro ceniciento lleno de rugosidades aberrantes, y observé sus ojos con detenimiento, eran iguales que los de su hijo pequeño.

¡Clic!

¡Paulino! ¡La energúmena de mi vecina debía de pensar que mi acercamiento con él era una trampa! ¡Y que la relación que él había iniciado con la caracaballo era un juego maquiavélico para romperle el corazón! ¡Qué pensamiento tan descabellado! ¡Era una entelequia sin pies ni cabeza!

Les repetí una vez más que, si querían saber el estado de Drac, más les valía eliminar la página web. Ignoraron mi advertencia, y sus estridentes voces comenzaron a producirme jaqueca, por eso, entré en mi apartamento entre empujones; y les cerré a todos la puerta en las narices.

Entré en el salón principal, y, en el sofá, me encontré al esperpento asiático. Lloraba en silencio; su piel estaba tan pálida, mas sus ojos y cabellos eran tan negros, que su apariencia me recordaba a Félix el gato.

—Hola, ¿tienes hambre? —pregunté.

¡Ni se dignó a mirarme! Repetí la pregunta, y me acerqué para clavar mis ojos en los suyos, pero esquivó el contacto visual. Observé la vestimenta que llevaba, un jersey con un Jigglypuff estampado y unos pantalones de pana de color negros cuatro tallas más grandes.

Reiteré mi pregunta una vez más. Sin querer, aumenté el tono de voz, aunque no me sirvió de nada. ¡Ni puto caso! Caminé un poco más hasta él, y el mendrugo se encogió, incluso empezó a temblar como si esperase que, en cualquier momento, me liara a sopapos con él.

—No te voy a hacer daño —grité perdiendo el temple.

El pequeño se encogió como un ovillo, actuaba con una desconfianza enervante. Hablé sobre

el tiempo, conversación interesantísima a desarrollar con un desconocido, pero fue como si hablara con la pared. No podía permitir que mi serenidad se agotara tan pronto; al parecer estaba tratando con un niño de azúcar. Cerré los ojos, y conté hasta cinco elefantes.

—¿Cómo te llamas?

Silencio.

—Se me está acabando la paciencia. —Lo amenacé.

El pequeño *alien* no abrió la boca ni para decir «pio». Suspiré de forma sonora, y me arrodillé frente a él. La sabelotodo de mi hermana siempre decía que para tratar con niños había que ponerse a su altura y mostrarles cariño.

Le pregunté de nuevo el nombre, mi voz sonaba melosa y sensual, como de locutora de radio fea y pelirroja, pero el niño de los cojones ni se inmutó. Empezaba a pensar que era sordo, subnormal, o que no compartíamos el mismo idioma.

Cogí su mano con delicadeza, el contacto con su piel no me resultó tan repulsivo como esperaba; era suave y agradable. Coloqué mi mano libre en mi pecho.

—Yo —dije con énfasis—, soy Magma. Magma del Nido Quijano. ¿Y tú? —pregunté mientras mi dedo índice lo señalaba. Repetí la operación un par de veces más, hasta que pareció entenderme.

—*Duongquangdinhphongchau* —dijo el cenutrio.

—Bien, eso está muy bien —dije—. ¿Y no tienes algo más corto don Catapún Chispum? Yo, Magma. Tú...

—*Duongquangdinhphongchau* —repitió.

Así no iba a avanzar, los niños eran estúpidos y su cerebro no se formaba hasta pasar la edad del pavo; sin olvidar que algunos hombres nunca maduraban del todo.

—Vale, no pasa nada. Tranquilo —coloqué mi mano en su rodilla, y la subí hasta el brazo a modo de afecto.

El pelagatos dio un respingón porque mis manos estaban frías y su piel caliente. ¡Y estaba tan suave! ¡Podrían hacer chaquetas con la piel de niños asiáticos!

Giré mi cabeza sin saber qué buscaba, y contemplé la guitarra de Drac. Recordé que le había hecho una promesa; y tenía que cumplirla. ¿O no? Tampoco me podía olvidar de mi súplica al cielo.

Me levanté y fui hasta la ventana. Había dejado de llover, ¡por fin! Una semana más con el mismo aguacero, y mi ciudad sería la Venecia de la península ibérica.

Me dirigí hasta el santuario de mi casa, el mueble bar, el pequeño me observó ensimismado como me preparaba mi brebaje favorito. Era un ritual que hacía todas las noches antes de cenar, con un par de cacharros más, era capaz de meditar una hora frente al televisor.

Tras dar un buen trago, me encaminé al sofá donde descansaba aquel desconocido. Como estaba sentado en mi sitio, lo empujé para que se apartara y moviera su apestoso culo: captó la indirecta al momento.

—Te voy a cambiar el nombre —dije poniendo voz a mis pensamientos—. A partir de ahora te vas a llamar...

Mi voz sonaba más relajada, el pequeño debió darse cuenta de ello porque contemplaba la botella de ron curioso. Observé, también, el recipiente con mi licor favorito, y tuve una idea sensacional.

—¡Ron! A partir de ahora te vas a llamar Ron. ¿Te gusta?

Empecé a reírme. Era un nombre original y divertido.

—Hola, Ron, soy Magma. Encantada.

Le ofrecí mi mano para sellar el pacto, el energúmeno acercó la suya con desconfianza, aunque, al final, cerramos el acuerdo.

Lo siguiente en lo que pensé fueron los apellidos, no me estrujé demasiado los sesos. Como primer apellido le puse «Zeta», y como segundo «Cola».

—Tu nombre completo será Ron Zeta Cola. ¿A que mola?

Ron asintió, incluso divisé una pequeña sonrisa en la comisura de los labios. ¡Al final iba a resultar que no se me daban tan mal los críos! La única experiencia que tuve cuidando a un ser vivo fue a la edad de siete años cuando me regalaron un hámster. Se murió de hambre.

Realicé varias preguntas más, pero no saqué nada en claro. No conseguí ni adivinar la edad que tenía, aunque, a ojo, calculaba que tendría un mínimo de cuatro años y un máximo de doce. Otro problema que encontré era que no sabía qué clase de alimentos comían los infantes. ¿Existía pienso multivitamínico para ellos? Mi única certeza era que a los niños no se les podía alimentar después de las doce de la noche porque sufrían pesadillas. Tampoco se les podía duchar porque rompía las células de su crecimiento o algo por el estilo.

Al final me decanté por ofrecerle varios paquetes de Shornolletas, y de refrigerio le ofrecí beber su apellido. Fui a lo seguro.

Ron devoró con avidez todas las galletas. Decidí esmerarme y preparar unas palomitas al microondas porque continuaba hambriento, y corté varias rodajas de chorizo y las añadí a una natilla caducada que encontré en el fondo del cubo de la basura que había tirado el día anterior. ¡El señorito no iba a tener queja alguna con el servicio! Para rematar la faena, le ofrecí unos melocotones en almíbar que encontré en una lata de mi última cesta de Navidad. Total, yo no los iba a comer porque la fruta, ni en emoticonos del WhatsApp.

Al terminar el menú degustación, el pequeño recogió los platos de la mesa, y le mostré el funcionamiento del lavavajillas.

—Autolavado —dije.

Repetí la palabra varias veces hasta lograr que mi interlocutor la repitiera. Y, cuando lo consiguió, lo felicité:

—¡Eres un fenómeno!

Llamaron a la puerta, y dejé al pequeño en la cocina sonriendo. Caminé hasta la entrada de mi casa, miré a través de la mirilla a dos de mis adorables vecinos: el presidente de la comunidad que tenía cara de colinabo, y la coliflor podrida de mi vecina Pepa.

—Te encomiendo a que abras la puerta —dijo Evaristo.

Los ignoré.

Contemplé cómo se pasaban una llave; a los pocos segundos el engranaje de la cerradura se accionó. ¡No podía ser! Deslicé la cadena de seguridad una fracción de segundo antes de que abrieran la puerta.

—¡No compliques más las cosas! —dijo Evaristo al otro lado.

—¡Voy a llamar a la policía! —grité asustada.

Empujé la puerta con fuerza y la cerré, privándome así de escuchar los graznidos de mis vecinos.

—¡Esta inútil lo va a arruinar todo! —dijo doña Pepa al otro lado.

—Tranquila, Pepita. Tenemos que centrarnos en averiguar dónde está él —susurró Evaristo.

—¡Marcharos! ¡O llamo a la policía ahora mismo!

Mi amenaza pareció funcionar, porque desaparecieron de mi vista.

Aseguré la puerta de nuevo con mi llave, y la dejé dentro del ojo de la cerradura. Además de la cadena de seguridad, como barrera utilicé una mesa; y, en el borde de la superficie, coloqué

varias botellas de cerveza vacías, una en cada esquina.

Al regresar al salón principal, me encontré a Ron admirando un jardín de mesa zen que me había regalado Drac para relajarme. ¡Pero aquella mierda siempre me ponía de los nervios! Y no lo había lanzado por la ventana por consideración. Le ofrecí el rastrillo al pequeño que empezó a peinar la arena con una parsimonia desesperante que me provocaba ganas de gritar y romper cosas.

Poco más hicimos, yo me bebí un par de cubatas más frente al televisor, y el enano se entretuvo con un cubo de Rubik sentado a mi vera. A las doce, lo acompañé a la habitación de Drac. Le ofrecí como pijama unas mallas cortas y un top que tenía que haber tirado a la basura hacía tiempo, porque jamás volvería a entrar en aquellas prendas de Barbie.

Una vez se cambió y se metió en la cama, lo arrojé. Pensé en darle un beso en la frente, no había ninguna fotografía en el armario que inmortalizara el momento, pero, de todas formas, frené aquel sentimiento tan perturbador e impropio de mí. Cuando estaba a dos pasos de abandonar la habitación, el bicho rompió a llorar. No sabía qué decirle para calmarlo, y solo fui capaz de tumbarme a su lado y...

Desperté durante los primeros rayos del crepúsculo matinal sorprendida de hallarme en la habitación de Drac. ¿Qué había pasado? Regresaron a mi cabeza todos los acontecimientos del día anterior como un torbellino, y observé a Ron que dormía en mi regazo. Contemplé cómo su pecho subía y bajaba al compás de su respiración. Lo besé en la frente, acto que me conmovió e, incluso, provocó que derramara una lágrima. ¡No daba crédito! ¡Estaba llorando por aquel mierdecilla! ¡Yo! ¡Que de normal no tocaba a los niños ni con un palo!

«No tiene a nadie más», resonaron las palabras de Drac en mi cabeza. ¿Y cómo habría pasado él la noche? ¿Habría despertado? ¿Estaría enojado conmigo por el trompazo que se había metido en las escaleras? ¿Y por qué teníamos que esconder a Ron en el apartamento? ¿Quién lo quería matar? ¿A qué olían las nubes?

Desayuné y, antes de abandonar mi apartamento, llamé a un cerrajero para que cambiara la cerradura de mi puerta. Una vez conseguido, dejé al pequeño solo en casa; le advertí con señas de que no hiciera ruido, que no se asomara a las ventanas, y que esperase a mi regreso. ¡Ojalá tuviera unas esposas para inmovilizarlo en el cuarto de baño!

De camino al hospital escribí a don Pancho y le conté que iba a faltar unos días en el trabajo por causas de fuerza mayor. Mi jefe me respondió que no había ningún problema; era la primera vez que me ausentaba en lo que llevábamos de año.

Una vez en el hospital, pregunté en la recepción por Drac Capdevila. Me dieron las señas de cómo llegar hasta él, y, antes de entrar en la habitación, me topé con el doctor Chewbacca.

—¿Cómo se encuentra? ¿Ha despertado? —pregunté sin formalismos.

—Buenos días, señorita... —No rellené el hueco con mi nombre. Lo contemplé esperando a que respondiera mis preguntas—. El paciente ha despertado —prosiguió—, pero ha perdido la memoria.

La Pantera Rosa

*¡Odio las tareas del hogar!
Hacer las camas, limpiar los platos y
seis meses después tienes que empezar de nuevo.
Joan Rivers.*

—¿Cómo? —pregunté.

—Que ha perdido la memoria —contestó el doctor Alf.

—¡Le he entendido a la primera! —puntalicé—. ¿Cómo ha sido posible?

Lo miré irritada. Estaba convencida de que había cometido alguna negligencia médica y por eso mi dragón de la suerte había olvidado su identidad. El sector sanitario no solo tenía una caligrafía horrible, también era un *lobby* peligroso repleto de terroristas.

—Ingresó en urgencias con un golpe muy fuerte. Le tuvimos que poner trece puntos de sutura en la brecha de la cabeza y realizarle un TAC para comprobar si tenía hemorragias cerebrales. — Su voz era monótona, me recordaba al zumbido de una abeja; y el rostro aparentaba cansancio—. Intenté explicárselo a usted la pasada noche antes de que saliera en estampida sin razón aparente.

Ignoré su comentario fuera de lugar, y seguí preguntando por Drac.

—¿Se pondrá bien? ¿Volverá a ser el de antes?

—Tiene que guardar mucho reposo, y, poco a poco, irá recuperando la memoria —contestó.

—¿Puedo verlo ahora?

—Sí, pero está dormido. Lo tuvimos que sedar hace un par de horas por un ataque de nervios que tuvo cuando despertó sin recordar nada.

—De acuerdo.

El doctor Licántropo continuaba obstaculizándome el paso a la habitación. Quería que él y todo su vello desaparecieran de mi vista. ¡Me causaba repelús! ¡Debería estar prohibido permitir a personas con tanto vello trabajar en lugares públicos!

—Una cosa más —continuó—. Hace un rato han pasado por aquí unos agentes especiales que quieren interrogarlo.

—¿La policía?

Negó con la cabeza.

—También desean hablar con usted, les he proporcionado su número de contacto.

Y se marchó. ¡Aleluya!

Cuando iba a entrar en la habitación, mi móvil empezó a sonar. Me costó trabajo encontrarlo; en el interior de mi bolso tenía de todo. Localicé el maldito aparato entre una llave inglesa y una cachiporra; en la pantalla pude leer la palabra «MAMA».

—¡Diga, melón! —contesté.

—Cariño, ¿cómo estás?

—¿Yo? ¡Como una rosa! ¿Por qué?

—¿No estás malita?

—No. ¿Por qué lo preguntas? —cuestioné extrañada.

—Me acaba de escribir tu hermana por Wattpad que no has ido a trabajar.

—Mamá, se dice WhatsApp. Wattpad es una plataforma de escritores fracasados donde

abunda el porno escrito.

Mi madre siempre cambiaba el nombre a todo, tal vez fuera por su enfermedad, aunque, a veces, me preguntaba si lo hacía adrede, y a pesar de que iba de moderna, era más antigua que el tebeo.

—¿Y por qué no has ido a trabajar? ¿Qué te ha pasado? —preguntó.

Tenía gracia que mi jefe don Pancho no me pidiera explicaciones y sí lo hiciera ella.

Suspiré resignada y observé el largo pasillo por el que transitaban algunas personas. En mitad del corredor había una silla de ruedas abandonada, y, al final, una mora que se escondió ante mi atenta mirada.

—He venido al hospital a ver a Drac. Ayer tropezó y se cayó por las escaleras —mentí.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Manuela del Carmen con gran preocupación. Lo adoraba, como todo el mundo que se cruzaba en su camino.

Tras explicarle un poco la situación —eludiendo la parte de la pérdida de memoria—, mi madre se tranquilizó. Y empezó a hostigarme con preguntas respecto a mi entorno laboral. La metomentodo de mi hermana no se podía estar callada. ¡Cuando la pillara por banda se iba a enterar de lo que valía un peine! Rafaela siempre había sido una chivata, del uno al diez, en que uno era una lechuga, y diez era una tableta deliciosa de chocolate: mi hermana era la reina del cacao. ¡Maldita bocabuzón!

No quería que mi madre pensara que yo era una inepta, ni que mi situación en el trabajo era peor a la de mi vida estudiantil. Aunque todas esas memeces fueron olvidadas en cuanto advertí, de nuevo, una cabeza amorfa asomarse al final del pasillo. Iba cubierta en un hiyab, y, a pesar de todos los metros de distancia que había entre nosotras, un tufillo pestilente llegó a mis fosas nasales. Tal vez era mi imaginación, pero de lo que estaba segura era de que mi vil enemiga me había seguido hasta la habitación de su vecino favorito.

—Mamá, tengo que dejarte.

Y colgué sin darle tiempo a responderme. Avancé hasta llegar a la altura de mi archienemiga.

—¿Qué coño haces aquí?

¡No podía creermelo que la malparida de doña Pepa me hubiera seguido! ¡Era como un mal esqueje de estramonio! ¡Enredándolo todo a mi alrededor! Se retiró el velo que cubría su cabeza putrefacta, y mostró una sonrisa maliciosa que ensombreció mi rostro.

—¡Largo de aquí! —grité.

—Me encuentro en un lugar público, carapapa.

—¡Putas, putas, putas! —volví a gritar perdiendo el control de mi lengua, la agarré por los brazos y la agité como a una maraca.

—¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Qué le ha dicho la joven? —preguntó un hombre ataviado con un batín blanco.

El señor era más viejo que Matusalén, ¿por qué no podía cruzarse ante mí algún médico joven y guapo a lo George Clooney?

—Está diciendo putas, putas, putas... a mí. Sin ser nada de eso yo —contestó la cabezanabo.

El doctor Viejuno me miró con desaprobación, las facciones de su jeta eran extrañas y poco corrientes. ¡Por fuerza tenía que ser descendiente de algún visigodo! Antes de que me leyera la cartilla salí escopeteada mientras escuchaba cómo doña Pepa le decía: «Está loca, y, además, tiene cara de drogadicta».

Una especie de ira provocó que mi interior empezara a burbujear como el caldero de una bruja. Me controlé y entré en la habitación donde reposaba el motivo de nuestra disputa, y me apoyé de espaldas contra la puerta mientras contemplaba al angelito que había en la cama. No iba

a permitir que mi némesis lo viera hasta que diera la orden y dismantelara mi club de antifans.

Drac tenía la cabeza vendada, y vestía un camisón de hospital de color azul. Había olvidado por completo traerle algo de ropa, y tampoco había avisado a sus padres, aunque estaba segura de que mi madre estaría dándole parte a ellos en aquel preciso instante.

Fue, entonces, cuando se me ocurrió una argucia un tanto descabellada, pero si tuviera ideas brillantes no me iría tan mal en la vida. Y, a pesar de que mis plegarias fueron escuchadas, no me quedaba más remedio que posponer mi promesa de ser una niña buena.

Llamé a Sherise, mi amiga trabajaba en el turno de tarde. Nada más descolgar el teléfono la saludé con un: «¡Necesito un favor!».

—Las amigas no se prestan dinero que luego acaban a las malas, acuérdate de lo que me pasó con Rosa...

—¿Qué? ¡No! Necesito que vengas al hospital Charles Lutwidge y me recojas con tu coche.

—¿Qué? ¡Ni hablar! No puedo, tía, estoy sin puntos, te lo dije el otro día —contestó Sherise al otro lado de la línea.

—¡Es una emergencia! —supliqué.

—No puedo conducir. ¿Has oído lo que te acabo de decir?

—Escúchame, mamerto. Tengo que sacar a Drac del hospital ahora mismo. ¡Lo quieren matar! —dije con énfasis.

Solo una mentira podía sacarme las castañas del fuego, y empezaron a salir de mi boca una tras otra hasta convertirme en un Pinocho de carne y hueso. En mi defensa, podría añadir que la única manera de convencer a mi amiga era inventándome una pantomima. Y se la creyó, de cabo a rabo. Uno de los grandes éxitos de mi labia era engañar a la gente. Además, el caraculo había usado la misma artimaña para convencerme de dar asilo al monstruito asiático.

—En media hora estoy allí —dijo Sherise antes de colgar la llamada.

¡Dabuten!

Aunque iba a ser una ardua tarea trasladar a Drac hasta el aparcamiento del hospital, y sin que fuéramos vistos. ¡Pero no me quedaba otra opción! Estaba dispuesta a utilizarlo como cabeza de turco para que los vecinos borrarán la página web que utilizaban para mofarse de mí.

Antes de iniciar mi plan genial, me senté y observé a mi compañero. Tenía que confesar que albergaba dudas; lo que estaba a punto de hacer era irracional y arriesgado, pero tenía un palpito en mi pecho. Y mi madre siempre dice que las intuiciones son las voces de nuestra alma. Por lo que... ¡tenía que sacar a Drac de allí inmediatamente! Todo parecía indicar que lo hacía movida por el egoísmo, las buenas acciones escaseaban, y la mayoría de las personas estábamos podridas por dentro. Yo era consciente de la mala persona que era, también, que mi imprudencia se acababa imponiendo la mayoría de las veces en la toma de decisiones, pero, a veces, las mejores decisiones son las que se toman sin pensar demasiado. A pesar de todo, lo último que deseaba era arrastrar a la persona más noble que conocía a mi espiral de sufrimiento y locura. Drac pensaba con el corazón; y yo, con el culo, por eso no me resultó disparatado salir de la habitación, coger la silla de ruedas que había en medio del pasillo, montarlo en ella, y jugar a los espías con los vecinos.

Doña Pepa había traído refuerzos: el presidente de la comunidad y la guarrilla del tercero. Detestaba sus finos labios que siempre pintaba en un tono carmín. Para más inri, la soplaitas tenía los mismos años que yo, aunque aparentaba muchos menos. No mentía respecto a su edad, me había asegurado de ello robándole algunas cartas en el buzón. Pero de nada le sirvió la ayuda de estos pringados a mi mortal enemiga, no contaron con mi astucia; me gasté todos mis billetes pequeños en sobornar a un paciente para que montara un pollo en la sala de espera, lugar en el

que se encontraba la morralla de mis vecinos.

En cuanto alcancé el ascensor, supe que iba a conseguir llevar a buen puerto la primera parte de mi cometido. Incluso llegué al aparcamiento antes de lo previsto. Tuve que esconderme tras una furgoneta con el logotipo de Bluebull para no levantar sospechas, y el plan empezó a torcerse en cuanto vi aparecer a Evaristo con Isabel buscándome. Por suerte, también hizo acto de presencia el Renault 5 de color amarillo limón de Sherise. La llamé a su teléfono móvil y le di algunas indicaciones hasta que llegó a mi posición.

—Rápido, ayúdame a meterlo —dije.

—¿Está inconsciente? ¿Qué le ha pasado? —preguntó Sherise. Vestía un jersey fucsia muy llamativo. ¿Acaso no le había explicado que era una misión de incógnito?

—¡Ayúdame, *gordi*! ¡No hay tiempo que perder!

Anteriormente, me las había visto y deseado para mover a Drac de la cama a la silla, aunque la ley de la gravedad me echó un cable. ¡Por una vez no me iba a cagar en Isaac Newton! Me daba igual que fuera un alquimista fracasado que creía en la existencia de una piedra filosofal que convertía los metales en oro. ¡Vaya tarado más gilipollas!

Al salir Sherise del coche, este suspiró aliviado, y mi amiga me ayudó a cargar el paquete en el maletero. Al ser un vehículo de dos puertas, nos resultó imposible introducir el cuerpo de Drac por la puerta delantera del copiloto.

—Esto es un secuestro —dijo Sherise.

—Sube al coche y conduce.

Antes de salir de la zona del aparcamiento aprecié cómo mis vecinos se movían a toda velocidad. ¿Era posible que nos hubieran visto?

—¿Qué hace aquí doña Rogelia? —preguntó Sherise.

—Acelera.

Pero el alma de cántaro frenó en seco y provocó que casi estampara mi dentadura de burra cartujana en el parabrisas. El pobre Drac se tenía que haber llevado un buen coscorrón, por suerte estaba inconsciente.

—O me dices la verdad o aquí termina la aventura —soltó Sherise.

¡Ni siquiera habíamos salido del hospital! Tuve que confesar que le había mentido, aunque tampoco se creyó la existencia de la página web. Cuando lo verificó en su aparato prehistórico soltó una carcajada aguda. Me mostró la página principal, y me cagué en todo lo cagable al comprobar que, en poco más de veinticuatro horas, había recibido más de diez mil visitas. ¡Lo que me faltaba, que se hiciera viral! ¿Cómo era posible?

«Juegan en otra liga», añadió la vacaburra de mi amiga mientras se moría de la risa. Le rogué que pisara el acelerador, por sus muertos o por los cruasanes de mantequilla que tanto le gustaban, pero que no perdiera más tiempo porque mi intención era chantajear a los vecinos a través de Drac Capdevila.

—¡Es un plan absurdo! —dijo mi negra.

—¡Es lo único que se me ha ocurrido! —exclamé desesperada. Contemplé cómo Sherise se mordía su grueso labio inferior y me mostraba sus dientes—. Por favor —supliqué.

Su fornido dedo índice me señaló, y sus ojos se abrieron como los de un hipopótamo tras despertar de una siesta.

—Me debes una, bien gorda —dijo mientras yo asentía como una yonqui—. Y esta vez me la voy a cobrar.

—Lo que quieras.

—¡Ea!

Aceleró por fin, y salimos del recinto del hospital quemando rueda, pero Sherise, que tenía menos sentido de la orientación que un *millennial* sin Google Maps, provocó que acabáramos dando más vuelta que un maricón en la feria. La guinda del pastel fue cuando empezamos a escuchar los bramidos de Drac.

—¡Mierda! ¡Ha despertado por tu culpa! —comenté.

—¿Por mi culpa? —preguntó Sherise atónita.

—¡Sí! ¡Conduces que da pena! ¡Ni siquiera sabes distinguir entre derecha e izquierda! ¿Dónde coño conseguiste el carné de conducir? ¿En la tómbola?

Con ella iba siempre de frente, le criticaba a la cara y le defendía la espalda, pero su mal genio no lo toleraba. Me había contado una infinidad de veces que en su juventud manejaba autobuses, lo que nunca me quedó claro era por qué la despidieron. ¡Seguro que conducía en plan kamikaze! Nuestra pequeña disputa terminó en una gran discusión ante un semáforo en rojo en el barrio de Poblenou. Una pareja de ancianos que nos sobrepasaba se detuvo cuando escucharon los golpes y gritos procedentes del maletero, nos miraron sorprendidos y con desconfianza.

—¿Qué pasa pimplito? —preguntó Sherise en forma de saludo.

—¿Lleváis a alguien encerrado en el maletero? —preguntó uno de los carcamales.

—Tranquilo —dijo Sherise mientras movía su mano restando importancia al asunto—. Es mi marido, lo tengo castigado hasta que aprenda a hacerme un *cunnilingus* en condiciones.

Los viejos reanudaron el paso.

—¿Por qué coño les has dicho eso? —pregunté.

—¿Y qué mierdas quieres que les diga? ¿Que llevo a un político corrupto? —preguntó Sherise elevando la voz—. Estoy conduciendo sin carné, soy cómplice de un secuestro...

—¡Estás ayudando a una amiga!

—¡Tú no eres una amiga! ¡Eres una putada! ¡Estás loca!

Se golpeó la cabeza con ambas manos para dar más hincapié a su afirmación.

—¿¡Qué me has dicho!?

Eché el freno de mano, y nos enzarzamos en una discusión en la que solo podía ganar la que gritara más alto. Abrimos el cajón de mierda unas cuantas veces, y empezamos a lanzarnos los trapos sucios a la cara mientras los vehículos que teníamos detrás empezaban a tocar el claxon. Cada vez eran más los peatones que se detenían a contemplar la tangana que estábamos montando; tras el volante, podían ver a Snorlax —en versión afro—, perdiendo los papeles.

El embrollo en el que estábamos metidas empeoró en el momento que se escuchó un «¡Bum!», Sherise y yo nos callamos desconcertadas. Un gran «¡Badabum!» confirmó nuestras sospechas: el maletero se abrió. Drac salió disparado y empezó a correr en contradi dirección.

—¡Joder! —grité antes de apearme del coche.

El papichulo corría descalzo y con el culo al aire; a mi alrededor había una muchedumbre patidifusa que no daba crédito a lo ocurrido. Yo me sentía tan pequeña como un chihuahua que vivía en una casa de cristal sobre la que no paraban de llover piedras. Sabía que los finales felices no existían, y que mi vida no era una estúpida película americana en la que al llegar a una escena imposible se bajaba el telón. No, nada de eso. En aquel momento, aprendí que, a veces, no se podía recular, que tenía que continuar hacia adelante, sin pisar el freno. Pero el miedo me tenía paralizada.

Sherise me ordenó que lo siguiera mientras ella daba la vuelta a la manzana. Yo empecé a correr calle abajo con mi bolso en la mano, e hipnotizada por las perfectas nalgas de Drac. Le exigí que se detuviera, y, cuando comprobó que alguien le seguía, aceleró el ritmo y torció la calle. El cielo amenazaba lluvia, era un manto gris más triste que una botella de ron vacía. Yo

corría lo máximo que podía... ¡Ni en clases de educación física me había esforzado tanto! Al girar por el mismo lugar, comprobé que avanzaba por La Rambla, y que cada vez me sacaba más distancia. Los transeúntes se apartaban asustados a su paso; con aquel batín azul de hospital, y la venda de la cabeza, parecía que se había escapado de un manicomio.

Continué corriendo varias calles más, llamé a Sherise para indicarle mi ubicación, y, en un traspies, mi teléfono cayó y se rompió en mil pedazos. ¡Joder! Seguí avanzando mientras lamentaba la pérdida de mi *smartphone*... hasta que no supe qué dirección tomar. ¡No me lo podía creer! ¡Había perdido a Drac en una de las ciudades más grandes y peligrosas de España!

—Perdone, soy... soy... la doctora Grey... y estoy... buscando a mi paciente —logré decir. Me faltaba el aire, y sentía dolores hasta en mi carné de identidad. De hecho, me estaba dando un jamacuco—. ¿No habrán visto a un... chico en bata correr por aquí? —pregunté a un grupo de vejestorios que estaban sentados en un banco. ¡Vaya estampa! ¡Solo faltaban ratas voladoras mendigando migas de pan!

—Ha pasado hace un momento por aquí —dijo el jubilado número 1.

—¿Es peligroso? —preguntó el jubilado número 2.

—¿En qué dirección iba? —pregunté.

—Ha entrado en ese comercio de allí —señaló el jubilado número 2.

¡Había entrado en un Mercadona! ¡En el de la calle Pallars para ser más precisa! Me alegraba que hubiera dejado de correr, porque yo estaba a punto de vomitar mis pulmones. Me dirigí allí y entré, tanto los clientes como los empleados estaban algo revolucionados y miraban al fondo de la tienda. Fui allí atravesando el pasillo de licores, y me detuve ante una botella de Ron Witcher. ¡Necesitaba un trago!

Escuché la voz de Drac, le estaba preguntando al pescadero en qué año nos encontrábamos. Avancé los últimos metros, un agente de seguridad estaba a punto de reducirlo, lo empujé y cayó sobre un palé de latas de atún.

—¡Drac!

—¿Magma? —preguntó.

—¿Me reconoces? —cuestioné estupefacta.

—¿Qué está pasando? ¡Me he despertado en el futuro! ¡Y me han secuestrado! —dijo Drac.

—Tranquilo, todo tiene una explicación... ¡Nuestros vecinos tienen la culpa de todo! —revelé fascinada ante mi ocurrencia.

Lo cubrí con mi chaqueta, y me disculpé ante la encargada de turno sin cagarme en sus muertos mientras caminábamos hasta la salida para pagar mi pócima mágica. Le di un billete de cincuenta euros a la cajera, y comprobó si era una falsificación. ¡Me entró la risa! ¡Si tuviera billetes falsos compraría el ron más caro!

—Señora, ¿le pasa algo? —preguntó la chica.

—¿Señora!? ¡Tendrías que pedirme el carné de identidad! ¡Estúpida!

Mis venas musculosas de la frente intimidaron a la chiquilla, y me devolvió el cambio sin atreverse a mirarme a los ojos. Salimos del establecimiento, pero seguíamos siendo observados por todo el mundo, hubiera sido más fácil esconder a un elefante ante miradas ajenas que perdernos de vista.

Fui a echar mano a mi móvil para llamar a Sherise y comunicarle mi localización cuando recordé que lo había roto. Drac estaba desorientado, no paraba de hacerme preguntas; le revelé que en casa le explicaría todo con pelos y señales, que tuviera paciencia.

—¿Vivimos juntos? —preguntó sorprendido.

Asentí, en la lejanía vi correr a Sherise. ¡Me recordó a la salchicha peleona! ¡Era un

espectáculo verla en movimiento!

—¿Y el coche? —le pregunté con fastidio cuando llegó hasta nosotros.

Me mostró la palma de la mano izquierda, quedé fascinada ante la pigmentación porque ni era negra, ni blanca; la extremidad derecha reposaba en su pecho, y Sherise intentaba respirar. Se estaba ahogando.

—Necesito... —intentó decir antes de caer esparramada en medio de La Rambla, Drac la observó confundido y dijo:

—Me duele la cabeza.

Seguíamos llamando la atención. La Pantera Rosa jadeaba como una mula, ni siquiera era capaz de ponerse en pie, y la Rana Gustavo miraba en todas direcciones con el semblante desorientado.

—¿Dónde está el coche? —volví a preguntar a Sherise.

—Aparcado —logró decir.

Bufé agobiada porque la muchedumbre continuaba mirándonos e intenté no armar un escándalo...

—Tengo un *djè vu*, corre, pide un deseo —dije.

—¡Que lluevan lasañas! —contestó la culograsa, aunque tenía que reconocer que la respuesta era elefantástica.

Paramos un taxi que circulaba por un lateral de La Rambla. ¡Colectivo que odiaba con toda mi alma! ¡Eran una mafia! Una vez montados, reconocí las banderas verdiblanco en el salpicadero y el escudo bético colgando del retrovisor. Le indiqué la dirección al lumbreras del conductor mientras me reconocía.

—¡*Cucha*, la *vihen*! ¡Tú *ere* la morcón de la de la página *we*! ¡*Ojú* chiquilla, que *jartá* de *rei* contigo —dijo el subnormal con un deje andaluz.

A continuación, sacó su teléfono móvil y antes de que yo pudiera reaccionar se hizo un selfi conmigo. ¡Armé la marimorena allí dentro! Sherise intentó tranquilizarme y Drac se sujetaba la cabeza con ambas manos, razón por la cual me calmé y detuve el rapapolvo lleno de improperios. «¡La hierba es verde! ¡El mar es azul! ¡La hierba es verde! ¡El mar es azul!».

Cruzamos medio Barcelona con aquel atolondrado que empezó a cantar una canción de Antonio Molina cuando comprobó que no le íbamos a dar cháchara. ¿No podía haberse quedado en su tierra zampando salmorejo y apedreando al diccionario en la charca de su pueblo? ¡No! ¡Otro zopenco que había emigrado a Cataluña! ¡Vivía rodeada de inútiles!

Cuando llegamos al edificio en el que vivía, tenía la cabeza como un bombo y solo me salvó tener a mano la botella de ron que había comprado. Sherise pagó la carrera refunfuñando, era su culpa que hubiera aparcado su coche en el quinto coño, la colega era más catalana que los independentistas de los cojones porque hasta se atrevió a pedirme la mitad del coste.

Subimos a mi piso en silencio, y, nada más abrir la puerta principal de mi casa, vino corriendo Ron como si fuera un perro que venía a saludar a su dueño. ¡Me había vuelto a olvidar de su existencia!

—¿Y este mequetrefe? —preguntó Sherise.

—¿Aquí vivo contigo? —cuestionó Drac. Contempló al pequeño que teníamos ante nosotros en el recibidor—. ¿Es nuestro hijo? ¿Estamos casados?

—¡No estamos casados! ¡Dormimos pared con pared! ¡Y no es nuestro hijo! ¡Lo que me faltaba por oír!

Pasamos al interior del salón principal y acompañé a Drac a su habitación.

—Tumbate y descansa, en un momento estoy contigo —dije.

Antes de salir de la habitación contemplé cómo mi compañero de piso admiraba su propia habitación. Al regresar con Sherise, la encontré haciéndole preguntas al demogorgon^[4] que se me había colado en casa.

—¡No habla español! —dije.

—¿Y cómo sabes que se llama Ron?

—Su nombre completo es Ron Zeta Cola.

—¿Qué? ¡Pues yo le voy a llamar Gin Tonic!

La observé con cara de malas pulgas, caminé unos pasos acercándome a ella y... la abracé mientras rompía a llorar. Mi amiga se quedó a cuadros, era la primera vez que me mostraba débil. La tónica general era echar espuma por la boca, pero... ¡Estaba cansada de ser la Reina Roja del País de las Maravillas! Sherise me había dado alas cuando más las necesitaba; justo cuando el miedo me había petrificado y veía cómo Drac se alejaba de nosotras. Mi negra me infundió ánimo y coraje en el momento exacto.

—Gracias.

—De nada, mujer —dijo Sherise mientras me golpeaba la espalda con demasiada fuerza—. Y ahora me preparas un combinado y me explicas qué coño está pasando aquí.

Eran poco más de las dos de la tarde cuando empecé a narrarle todo lo acontecido. A nuestro lado teníamos al pillastre que seguía liado con el cubo de Rubik. Me lo había regalado Drac para que me entretuviera cuando se colgaba Netflix, y presumí ante él que incluso era capaz de completarlo con una sola mano; yo desconocía que para resolverlo con eficiencia tenía que saber de logaritmos matemáticos. Y yo aborrecía los números casi tanto como a los niños o animales.

Las tripas de Ron rugieron como una pantera, y el pequeño se llevó las manos al estómago. Nos miró indistintamente abriendo y cerrando la boca de forma cómica.

—Este niño tiene hambre —dijo Sherise.

Lo miró con ternura mientras lo acariciaba en la cabeza como a un perro.

—Comió ayer por la noche —dije.

—¿Ayer? ¿No le has dado nada para desayunar?

Negué con la cabeza, la verdad era que no había caído; y pensaba que los niños, al ser tan pequeños, con una vez que comieran al día era suficiente. Fui hasta la cocina y abrí el refrigerador, pero no había nada que pudiera ofrecerle; solo había fruta, verdura y alimentos extravagantes de Drac como tofu o diferentes fermentados. En el armario encontré arroces, legumbres y pastas en seco, demasiado trabajo, pensé. Seguí buscando hasta dar con unos anacardos... ¡Pero me daba mucho asco contemplarlos! ¡Parecían deposiciones de pimientos!

—No hay nada comestible aquí —dije apesadumbrada.

—Yo también tengo hambre —añadió Sherise desde el salón principal acariciándose el barrigón—. ¿Por qué no pedimos unas *pizzas*?

—No puedo pedir comida, no me fío de los vecinos —expuse.

—¡Joder!

—Hay una pizzería cerca del badulaque, podrías ir.

—¡Me duelen las piernas!

Pero el hambre hizo que se moviera, y, antes de ello, llamó a su trabajo y explicó una milonga para ausentarse toda la tarde. ¡Así iba el país! ¡Repleto de gandules!

Aproveché su salida para entrar en el cuarto de Drac, y ver si necesitaba algo. Lo encontré en ropa interior, tumbado sobre la cama y mirando las musarañas.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

Intenté que mis ojos no bajaran de los suyos, pero la tentación era grande.

—¿Por qué vivimos juntos? ¿Estamos enrollados? —preguntó.

—¡Hace mil años que no escucho esa palabra! —dijo maravillada de su ocurrencia—. ¡Nunca nos hemos liado!

Me senté en una silla de madera que él mismo había recogido de la calle y restaurado. Había hecho un buen trabajo con ella, aunque nunca le felicité por ello, más bien le dije todo lo contrario: «¡Que sea la última vez que traes basura de la calle!».

—Lo último que recuerdo eres tú —dijo Drac.

—¿Yo? ¿Qué quieres decir? —pregunté perpleja.

No entendía a qué se refería. Admiré su rostro jovial sonrojarse, y sus ojos marrones desviaron la mirada.

—Sí, tú y yo en la playa despidiéndonos por la tarde. Mis padres acababan de vender el apartamento, y nos mudamos al norte de España... Después de decirnos adiós nos volvimos a encontrar por casualidad, en el mismo lugar, y pasamos juntos las últimas horas dando un voltio... ¡Hasta nos colamos en una fiesta privada! ¿Te acuerdas? —Yo negué con la cabeza, él continuó hablando—. ¡En nuestro primer adiós se cagó una gaviota en tu cabeza! ¿Tampoco te acuerdas de eso? —preguntó riéndose. «¡Claro que me acordaba de la última tarde!», aunque había olvidado la cagada en mi frente... y de lo de la fiesta privada no guardaba ningún recuerdo. Aquella tarde no lo besé por miedo al rechazo, fue la última vez que lo vi durante mi juventud. ¡Y tardé ocho años en olvidarlo!—. ¿Cómo están mis padres? ¿Siguen viviendo en Zarautz?

Tardé unos segundos en responderle, me encontraba evocando esa tarde. Los mejores recuerdos eran los que se quedaban grabados en tu corazón, sin fotos de Instagram, ni memeces similares; momentos que uno immortalizaba para siempre por haberlos vivido plenamente.

—No, ahora viven en Torobravo —informé—. ¿De verdad soy yo tu último recuerdo? ¡No me lo puedo creer!

—¿Por qué no? Recuerdo que estaba colado por ti.

Dejé de respirar, y mi corazón se detuvo un microsegundo antes de empezar a martillear a toda velocidad. Me cubrí con mis brazos, pues temí que se diera cuenta de lo que ocurría tras mi pecho. Una vorágine de emociones dejó mi cerebro arrebujaado. ¡Para nada esperaba aquella confesión!

—¿Qué? —logré decir—. ¡Imposible!

Estaba perpleja.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—¡Mírate! Tú siempre has tenido una tableta de chocolate bajo esos pectorales... y yo... ¡Soy las curvas de Garraf! —reconocí con vergüenza mientras mis ojos resbalaban por su torso con mirada lascivia.

—¿Y? Eras la chica más valiente que conozco. ¡Nunca te achantabas ante nadie! Y veo que sigues siendo la misma persona. Me han secuestrado los vecinos, y tú me has salvado...

—¿Por qué no me dijiste que te gustaba? —pregunté curiosa y desviando el tema de conversación.

Drac tragó saliva, la seguridad y el desparpajo que siempre lo acompañaba se había esfumado como la espuma del mar de una tarde de verano. Era como si tuviera delante al tímido muchacho que tanto nos había marcado a mi hermana y a mí durante nuestra adolescencia.

—Al principio del verano, Nonu me confesó que me quería...

—¿No querías romperle el corazón? —pregunté con ira.

Él asintió, y le conté que Nonu se había operado y cambiado el nombre; que era una famosilla del tres al cuarto que se ganaba la vida haciendo tutoriales por Internet y promocionando marcas,

pero que la conocían hasta en Cochinchina.

—De todas formas, yo te lo confesé —reveló—. En la fiesta —puntualizó.

—Da igual, agua pasada no mueve molino —dijo para salir del paso, no recordaba nada de aquello y estaba tan nerviosa que dijo lo primero que pasó por su mente, pero la verdad era que necesitaba saber más.

—¿Por qué me han intentado secuestrar los vecinos? —preguntó Drac.

¡Yo quería seguir hablando del pasado! Y solté lo primero que me vino a la cabeza.

—¡Te odian! ¡Ellos te empujaron por las escaleras!

—¿Y por qué no has llamado a la policía?

¡Buena pregunta! ¿Qué coño iba a responderle? Por suerte, sonó el timbre, ¡salvada por la campana! Me excusé y corrí hasta la entrada. Miré por la mirilla, y al otro lado contemplé a doña Pepa. Volvió a accionar el timbre una segunda vez, y, después, una tercera. Terminé por bajar los plomos que lo accionaban, y desconecté el teléfono de casa por si se le ocurría llamar. Aunque lo único que estaba haciendo era posponer el enfrentamiento sempiterno que manteníamos la cara pellejo y yo.

A los pocos minutos escuché unos «toc, toc» procedentes de la puerta principal; el olor inconfundible a *mozzarella* fundida que se colaba por debajo me reveló que se trataba de Sherise. Le permití el paso y comprobé que el animal de bellota había comprado hasta seis *pizzas* medianas.

—¿Son todas con queso? —pregunté después de abrir la mayoría de las cajas.

—Sí, pero una de ellas es vegetariana —dijo Sherise mientras señalaba una de las cajas.

—Drac no come queso —informé.

—¿Queso tampoco? ¡Bah! ¿Qué más da? ¡Ha perdido la memoria!

—¡Es verdad! —dije.

Devoré una *pizza* completa, mientras Sherise engullía el doble a dos manos y Ron guarreaba los trozos que le habíamos puesto en el plato. ¿Acaso no le gustaban? ¡Entonces no era de fiar! ¡A todo el mundo le gustaba la *pizza*! Me levanté y llevé la vegetariana a Drac. «Tengo un hambre que da calambre», dijo al olfatearla. Observé curiosa cómo mordía la punta de una porción que sujetaba con ambas manos.

—¿Te gusta? —pregunté.

—Sí, pero tiene un sabor... extraño —contestó.

Estaba sentado en la cama, se había puesto una camiseta; gesto que yo agradecía, aunque seguía en ropa interior y mis ojos se desviaban a su entrepierna. ¡Yo estaba más salida que el hocico de una zarigüeya! ¡Necesitaba follar! ¡Necesitaba jugar con el pequeño guerrero de cabeza púrpura!

—Por cierto —dijo Drac con la boca llena—. No te he dado las gracias.

—¿Las gracias por qué?

—Por salvarme de los vecinos, por cuidarme, por esta *pizza*... ¡Muchas gracias! ¡Eres la mejor persona del mundo mundial!

Y cuando iba a dar un nuevo bocado, le pegué un tortazo en la mano y se lo impedí.

—¿Qué haces? —preguntó extrañado.

—Lo siento, te he mentido... ¡En todo! Para empezar, no puedes comer esto. ¡Eres vegano!

—¿Que soy qué?

—¡Vegano!

—¿Qué significa eso?

Suspiré. ¿Cómo coño se lo explicaba para que lo entendiera a la primera?

—¿Sabes lo que es un vegetariano? —pregunté.

—Sí, Lisa Simpson lo es.

—Bien, pues tú eres la versión *premium*.

—No te entiendo.

Me armé de paciencia y le expliqué con exactitud lo que aquello significaba, y que no consumía nada de origen animal. No solo no comía huevo, leche, miel o quesos... sino que no vestía con nada que tuviera seda, lana o cuero, y un largo etcétera que lo dejó anonadado.

—¿Y por qué hago todo eso? —preguntó confuso.

—¿Que por qué lo haces? Imagino que lo haces porque te gustan los animales —contesté.

—¿Y tú?

—¡Yo los odio! Solo me gustan en mi paladar. No soy tan hipócrita como el resto de la gente. Perro al ajillo, conejo con chocolate o salmón con cítricos. ¡Todos son bienvenidos a mi estómago! Y no soy tan buena como tú crees —dije cerrando los ojos. El Drac del presente me conocía muy bien, y no me había dejado de hablar, por eso quería que el del pasado también supiera en lo que me había convertido—. Voy a explicarte algunas cosas que te he ocultado.

Y le conté todo. En mi perorata incluí que su estilo de vida era totalmente opuesto al mío, y que los vecinos lo adoraban; solo me odiaban a mí, y que actuaban todos a una como en Fuenteovejuna. También le expliqué lo que me había dicho el día anterior cuando trajo a Ron a nuestro apartamento, que su vida corría peligro y que nadie podía saber que vivía con nosotros.

—¿Nadie?

—Eso fue lo que me dijiste justo antes del accidente.

—Pero se lo has dicho a tu amiga —dijo Drac.

No me lo recriminó, simplemente dijo en voz alta lo que pasaba por su cabeza.

—A Sherise le confiaría hasta un táper con croquetas de pollo hechas por mi madre.

—¿De pollo?

—Sí, porque si son de cocido, entonces, no pondría la mano en el fuego por nadie —dije mientras salivaba.

—¿Y por mí? —preguntó Drac.

Lo miré confusa, y contemplé cómo se incorporaba en la cama y se acercaba varios centímetros a mí.

—¿Por ti qué? —pregunté.

—¿Pondrías la mano en el fuego por mí?

Lo preguntó en un tono tan bajo y dulce que experimenté una quemazón por debajo del plexo solar. Apoyó sus piernas sobre una alfombra sintética que yo le había regalado en su último cumpleaños, y se acercó más. Estábamos a un beso de distancia, asentí mirándolo, y, cuando aprecié que se incorporaba y recorría el poco trayecto que nos separaba, solo fui capaz de cerrar los ojos y abrir la boca.

El patito feo

*Nunca dejes para mañana,
lo que puedas hacer pasado mañana.
William Castle.*

Cuando era pequeña, me imaginaba que el primer beso con el amor de mi vida sería delante de un castillo, vestiría un vestido elegante azul princesa y, en el momento que nuestros labios entraran en contacto, un sinfín de fuegos artificiales iluminarían el cielo estrellado. Por descontado, sonarían violines y aplausos y tendría los ojos cerrados, mi pierna estaría levantada hacia atrás, y sería el momento más feliz de mi vida.

Me hubiera gustado que toda esa puta bazofia hubiese ocurrido, pero la vida real nada tenía que ver con la fantasía. Las flatulencias no olían a rosas, ni los efluvios a inciensos. En medidas desesperadas era una experta en cagarla. Ni en sueños hubiera imaginado que mi primer beso con la rana fuera tan apocalíptico. ¡Maldecía a Walt Disney y a su puto cuerpo congelado por toda la basura aportada a la cultura general!

Yo cerré los ojos y abrí la boca. Drac tenía que estampar sus labios contra los míos e introducir la lengua, agarrarme de los pechos o de los michelines que me envolvían, y follarme con dulzura. ¡Tampoco pedía tanto! ¡Jolines! Llevaba casi cinco mil horas sin echar un caliqueño, y estaba tan desesperada que empezaba a contemplar la posibilidad de volver a contratar los servicios de un prostituto.

Pasados unos segundos, cerré la boca y abrí mi ojo derecho, contemplé que el caraculo estaba buscando algo en la estantería. Tenía su glúteo a un palmo de mi cara enfundado en un provocativo bóxer. ¿Y si lo mordía o lo pellizcaba para después exigirle que me besara? Pero una dama nunca tomaba tales decisiones, tenía que esperar a que él diera el primer paso, aunque parecía tener más interés en los objetos que había sobre los estantes de su habitación que en mi cavidad bucal.

—¿Qué coño buscas? —pregunté con sutileza.

Drac giró su cuerpo sosteniendo algo en las manos, abrió un pequeño cofre, y sacó un colgante plateado en el que había dibujado un mamífero con una trompa muy grande.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste cuando me entregaste esto? —preguntó.

—¡Todavía lo tienes! —exclamé sorprendida.

Depositó el medio corazón en la palma de mi mano, y contemplé la cursilada que le había regalado más de una década atrás. Tras sopesar la cadena unos segundos, mi corazón se ablandó. Drac expulsó aire por la nariz silbando, me miraba con una intensidad nueva que estremecía todos los órganos de mi cuerpo. Me sentía pequeña.

—Recuerdo que me dijiste que esto sería nuestro talismán—dijo contemplando el objeto—. Y que mientras lo conservara, siempre seríamos amigos.

Su rostro mostraba dos hileras de dientes en una sonrisa infantiloides, y sus ojos, como de chocolate fundido, irradiaban una inocencia que el Drac del presente había perdido.

—¿Aún conservas tu mitad? —me preguntó.

—Sí —contesté.

Aunque desconocía el lugar donde lo guardaba, ni siquiera me acordaba de su existencia hasta ese instante. Era verdad lo que decían sobre que muere todo aquello que no es recordado. Evoqué de nuevo nuestro último verano; le había comprado el colgante con la intención de entregárselo el cuatro de julio para su cumpleaños, pero me faltó valor y solo me atreví a dárselo en nuestra despedida, la tarde que casi lo beso.

—¿Cómo me gano la vida? —preguntó Drac a bote pronto.

—Eres músico. Tocas en bandas, en bares, discotecas...

—¡Chachi piruli! ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Qué? —pregunté.

—¿A qué te dedicas?

—Analizo pamplinadas y juego al buscaminas —expliqué. Me miró sin entender una verga—. También tengo que soportar a una asquerosa que no puede ser nombrada, eso sí que está mal pagado. ¿Y cómo me ves a mí? ¿Más gorda y vieja? —pregunté con inseguridad.

¡Qué tonta era! ¡Me arrepentí al instante de mis últimas palabras!

—Te veo... más alimentada, no te lo voy a negar.

—Y vieja, dilo. No pasa nada —dije cabizbaja.

Tenía treinta años, ya estaba cerca de la menopausia...

—¿Soy buena persona? —cuestionó Drac.

Lo miré sorprendida.

—¡Claro! Eres tan buena persona que, a veces, ofendes, y la gente siempre habla tan bien de ti que parece que estás muerto. ¿A qué viene eso? —pregunté. Él me miró mientras se mordía su labio inferior, cogió un segundo cofre del estante, mucho más grande, y se sentó a mi vera. No pude evitar inspirar la fragancia que emanaba su cuerpo—. Siempre dices que el mundo sería más bonito si las personas tuviéramos el corazón de un perro —comenté.

Yo lo dudaba, me imaginaba un planeta en el que los humanos nos olíamos el culo unos a otros, y adorábamos las pelotas de tenis...; aunque si lo pensaba con detenimiento conocía a muchos lameculos, y la mayoría de la población se volvía gilipollas cuando daban un partido de fútbol importante en abierto.

—¿Me ves capaz de matar a alguien? —preguntó.

—¡No! ¡Ni a una mosca! —respondí.

—Toma.

Me entregó el baúl que sostenía. Lo sopesé en mis manos antes de abrirlo, y acaricié los relieves de la parte superior con delicadeza. Al abrirlo, descubrí en el interior un papel con cinco nombres, cuatro de ellos estaban tachados; el último de ellos pertenecía a un tal «Adrián Ramírez Forner». Cuando iba a volver a depositar el papel en el interior, descubrí que también había una pistola. Al sujetarla comprobé que tanto el peso como los acabados del arma me revelaban que no era de juguete. Miré desconcertada a Drac mientras pensaba que todas las personas teníamos secretos; y que la oscuridad escondía multitud de pecados. Cuando iba a soltar una estupidez, la puerta del dormitorio se abrió y Sherise asomó su cabeza.

—¿Qué quieres? —pregunté con irritación.

—Están llamando a tu puerta —dijo mi negra enfatizando la cuarta palabra—. Es tu hermana —añadió.

Cerré el cofre y se lo entregué a Drac sin añadir nada más. Sentí una especie de complicidad al instante que me hizo enorgullecerme de nuestra amistad. Al llegar al comedor miré a Ron que se encontraba en mi sitio del sofá. ¡Otra vez! El diablillo me mostró todos sus dientes de leche en una sonrisa tan descomunal que no quedó espacio suficiente en su rostro para mantener los ojos

abiertos.

—Tenemos que esconderlo —dije sin inmutarme.

Sherise colocó los brazos en jarra y antes de que abriera la boca, yo ya sabía dónde esconderlo. Lo cogí de la mano, lo arrastré hasta un pequeño mueble y le obligué a entrar y sentarse al lado de un conejo gigante de color blanco. Me agaché para mirarlo a los ojos y hacerle comprender que tenía prohibido hasta respirar. Un tufillo me sacudió; el pequeño apestaba, tenía que enviarlo de colonias o persuadir a alguien para que lo bañara. Con mis dedos cerré una cremallera imaginaria en sus labios y lo mismo hice con la puerta del mueble.

El condenado empezó a hablar su idioma primitivo. Abrí la puertecita y coloqué mi dedo índice de forma perpendicular en sus labios.

—¡Chsss! —chisté.

Volví a cerrar el mueble, pero el zurumbático no comprendía lo que era estarse quieto y callado. Repetí la acción y el canijo me miró con diversión. «La juventud sonríe sin motivo», cavilé. Me armé de paciencia, y, con la mejor voz de señorita Rottenmeier que pude le imploré que no se moviera. Cuanta menos gente supiera de su existencia, mejor.

Corrí hasta la entrada de mi apartamento, y, una vez comprobé que era mi hermana, abrí la puerta. La colega entró creyéndose que era un papagayo parlanchín que tenía derecho a todo, despotricó una verborrea superflua sobre que llevaba horas intentando localizarme llamando al teléfono móvil, al de casa, que nadie sabía nada sobre Drac, y bla, bla, bla.

—¡Drac está bien! ¡Está aquí en casa conmigo! —revelé.

—¿Le han dado el alta? —preguntó la cascarria. También añadió que los padres de él estaban muy preocupados y que habían llamado a varios hospitales preguntando, pero ninguno de ellos sabía nada.

—Lo hemos secuestrado —dijo Sherise.

—¿Cómo? —preguntó Rafa escandalizada.

Si tuviera el poder de Cíclope hubiera pulverizado la existencia de la bocazas con mi mirada. ¡Con lo guapa que estaba callada!

—¿Dónde está? ¡Quiero verlo! —dijo Rafa.

—¡No! —grité.

—¿Por qué no? —preguntó mi hermana.

—Porque ha perdido la memoria —dijo Sherise—. No vaya a ser que se lo robes —añadió casi cantando.

—¿Qué? —cuestionó Rafa.

—¡Mentira cochina! —chillé. Miré a mi examiga con rabia, y le amenacé con mi dedo índice. En un *Battle Royale* de egos ella era un dinosaurio del Cretácico, pero yo tenía la potestad para transformarme en un monstruo *Kaiju*—. Cierra tu puta boca. —La amenacé.

Ella contrajo su cabeza escondiendo su cuello, mantenía los ojos abiertos y se preparaba para soltar otra perla. ¡La conocía como si la hubiera parido!

—No me faltes, zampabollos. Y si no mintieras, yo no tendría que decir la verdad —soltó la pánfila.

—Yo nunca miento.

Para colmo, el energúmeno que tenía escondido estornudó.

—¿Qué ha sido eso? —interrogó mi hermana. Giró su cabeza hacia el mueble donde tenía metido a Ron.

—¡Yo no he escuchado nada! —mentí.

Sherise me miró con desdén mientras abría los ojos de forma exagerada, si continuaba en ese

plan iban a saltar de las cuencas oculares y caerían al suelo, momento que aprovecharía para pisarlos y dárselos de comer a Rosenda, la gata del presidente de la comunidad.

Mi hermana, que no se chupaba el dedo ni cuando iba en pañales, caminó hasta los enseres que había en uno de los laterales del salón y empezó a abrirlos de uno en uno hasta que encontró el pastel asiático. Podría decirse que ella tenía lo que Stephen King llamaba «eso».

Por suerte, aporrearon la puerta principal de mi apartamento y no tuve que justificarme, al menos de momento. Miré por la mirilla, comprobé que al otro lado había una mujer con una cara que le llegaba hasta el suelo, y que sujetaba una carpeta. La ignoré y contemplé cómo mi queridísima vecina de enfrente le preguntaba quién era y qué quería. Escuché que la desconocida le decía que pertenecía a la compañía de la luz, doña Pepa le dijo que no había nadie en mi apartamento y la encomendó a irse con el demonio cuando continuó haciendo preguntas. No di más importancia a lo ocurrido, regresé al comedor y me enfrenté a mi hermana.

—¿A qué coño has venido? ¡No tengo el chichi para farolillos, hombre ya!

Mi hermana arrugó la frente, contrajo los labios como un pescado y, entonces, habló:

—¿Sabes que mañana operan a mamá? ¡Lleva varios días intentándotelo decir!

—¿Qué? ¡No sabía nada!

—¿Y cómo vas a saberlo? Siempre le cuelgas el teléfono sin ton ni son. ¡Y los padres de Drac tienen derecho a saber cómo está su hijo!

—Entiendo... —dije.

—¡No entiendes nada! ¿Sabes la que has liado en mis redes sociales? No paro de leer comentarios de que tengo una hermana a la que le falta un tornillo, que hasta cuenta con un club de *haters*. Y Calvin no para de preguntar por ti, quiere que le consiga una cita contigo.

—¿Calvin quiere quedar conmigo? —pregunté estupefacta.

Me imaginé la gran herramienta que tenía entre las piernas, que me empotraba contra la pared y empecé a sentirme sofocada de los calores que reptaron desde mi vagina hasta el cerebro. Agité mi cabeza para no empapar mis bragas, e intenté procesar toda la información previa que mi hermana me había revelado; esta ladeó la cabeza y miró a Sherise. Yo contemplaba con envidia su reluciente cabello, había pasado de un tono rosado a uno platinado que resaltaba sus oscuros ojos. Pensé en lo primero que me había confesado, y se me hizo un nudo en las trompas de Falopio.

—¿De qué operan a mamá?

—Estás de coña, ¿verdad? ¿Te has olvidado de que tiene cáncer?

¡No lo había olvidado! ¡Pero era un tema tabú para mí! Las pocas veces que había hablado con mi madre tras reconciliarnos, intenté evitar el tema de su enfermedad porque era una jodida egoísta que siempre hablaba de mí. Mi madre era de las pocas personas que escuchaba todas mis lamentaciones y nunca se quejaba de ello. Yo nunca había odiado tanto a la tipa del espejo como en aquel momento. Se suponía que iba a cambiar, que iba a transformarme en un ser lleno de luz y amor, pero me di cuenta de que era más mala que el chocolate de Candy Crush.

Antes de iniciar con mi hermana una conversación sincera, Sherise se marchó al ambulatorio de urgencias a conseguir un justificante para el trabajo. Tenía pensado decir que le dolía mucho la tripa, lo cual, en parte, era verdad, porque con la mañana que le había hecho pasar se le había descompuesto el estómago por los nervios.

Rafa habló durante más de un cuarto de hora sobre el cáncer que mi madre había desarrollado, sobre la operación a la que tenía que someterse, y que, a los pocos días, iniciaría la quimioterapia. Mi hermanita tenía pensado acompañarla todos los días al hospital oncológico de Barcelona, y le importaba un pepino si el sol se dignaba a iluminar la ciudad, porque llevábamos

más de dos semanas esperando que aquello ocurriera para grabar el anuncio en el parque de la Ciudadela; el proyecto estaba gafado. Al menos, por primera vez en muchos días, había dejado de llover, pero el cielo continuaba más negro que mi futuro amoroso.

Le pregunté a mi hermana sobre Calvin, pero ella me dijo que no pensaba hablar de él hasta que le explicara lo que estaba ocurriendo.

—¿Sabes cocinar? —pregunté.

—Claro.

—Te explicaré todo si le preparas algo a Drac, yo solo cocino con el microondas y no sé qué prepararle. Me he quedado sin palomitas.

Mi hermana asintió, y desvió la mirada a la puerta de la habitación de mi compañero de piso.

—¿Lo tienes allí? ¿O le has obligado a esconderse en algún mueble?

Sonreí y entrecerré los ojos.

—Lo tengo descansando, listilla.

Hizo una mueca con la boca.

—Estoy liada con un estríper, no te lo voy a robar —dijo la chirimaina.

—No entiendo a qué te refieres —contesté.

Rafaela le preparó unos macarrones con tofu y salsa de tomate; el plato estaba más insípido que la tarta de cumpleaños de un diabético, aunque me lo guardé para mí cuando escuché un «¡clap, clap, clap» procedente de las palmas de la cocinera autofelicitándose ella misma. Durante el tiempo que cocinó la pasta, yo le narré todo lo que me había sucedido en las últimas veinticuatro horas; y me metí un par de rones con Zeta-cola entre pecho y espalda. Cuando me iba a preparar el tercero, mi hermana me lo recriminó.

—Soy una filibustera^[5], y me gusta beber, es mi afición —afirmé con rotundidad.

—¿Emborracharse a las cinco de la tarde es una afición? Que sepas que ese veneno daña tus riñones.

—Para eso los tengo.

—Te equivocas, su existencia es para filtrar los desechos metabólicos del cuerpo y mantener un equilibrio entre el agua y la materia —contestó la sabelotodo.

—¿Qué te piensas? ¿Que tengo una máquina de osmosis dentro del cuerpo? —pregunté—. Además, recientes estudios han demostrado que soy mucho mejor persona cuando estoy borracha.

Mi hermana levantó una ceja que tenía bien perfilada, y me preguntó si Sherise había realizado dicho estudio. Al final, decidí hacerle caso y no me preparé ningún cubata más. Llevamos la comida a Drac y estuvimos un rato con él. Quedó asombrado ante la transformación de Rafa, y le confesó que estaba muy guapa. Esta se puso tan roja como los números de mi cuenta bancaria, y yo terminé celosa; aproveché la oportunidad para preguntar por Calvin. Mi hermana me pasó su teléfono y estuve hablando con él vía WhatsApp, y a mi compañero de piso pareció no importarle, porque en su rostro no contemplé ni un atisbo de celos. Así que acepté quedar con el cocinero de Thunder Cats; tenía varias horas por delante para depilarme, lavarme el cabello y elegir mi vestuario.

Una vez abandonamos la habitación de Drac para que descansara, le pregunté a Rafa si tenía algo que hacer por la noche.

—Sí, he quedado con mi ligue.

—¡Pues lo cancelas! ¡Te quedas aquí de canguro y asegurándote de que los vecinos no entran!

Mi hermana iba a rechistar, pero en lugar de ello miró al ceporro de Ron.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Sherise y yo hemos pensado ir mañana al refugio de niños en el que Drac hace de voluntario e intentar averiguar algo —dije. Las dos mirábamos al pequeño que continuaba concentrado en montar el cubo de Rubik—. Puede que no corra peligro... ¡Ya sabes cómo de exagerado puede ser Drac a veces!

Aunque pensé en la pistola que tenía en su habitación, no había compartido ese detalle con mi hermana. Tampoco podía olvidar que mi compi estaba en contra de la pena de muerte y era una persona pacífica; no lograba entender cómo ese artefacto del mal había caído en sus manos.

Estuve dialogando un rato más con mi hermana, empezó a contarme que el chico con el que estaba saliendo trabajaba de gogó en Costa Esmeralda; y que lo conoció una noche que ella fue contratada como reclamo para atraer a más clientes a la discoteca. Según Rafa, su ligue tenía un cuerpo de escándalo, unos ojos azules que quitaban el hipo, y más de un millón de *followers* en su cuenta de TikTok. La historia entre ellos empezó porque al pringado le habían robado el coche hacía unas semanas y como vivían en el mismo barrio, Rafa se ofreció a llevarlo a casa. Por descontado, acabaron liándose el día que se conocieron.

Cambiamos de sujeto, y le pedí que me hablara de Calvin. Mi hermana intentó bajarme las expectativas, que era muy extraño que quisiera quedar conmigo tan repentinamente, pero yo sabía que por dentro le comía la envidia. ¡Menuda biruji!

—¡Cuéntame todo lo que sepas de él! —dije.

—Tampoco sé mucho. Empezó a trabajar en Thunder Cats hace un par de meses... ¡Sé que las almendras fritas le vuelven loco!

—¿¡Y qué coño hago con ese dato!?! ¡Idiota! —grité.

Yo estaba nerviosa, esa era la verdad. Hacía mil años que no tenía una cita, y mi don Juan jugaba en primera división. Tenía que estar a la altura. ¡Ojalá pudiera cortarme las lorzas de más con un cuchillo jamonero!

Antes de emperifollarme tenía que hacerme cargo de la limpieza de «la cosa»; y Rafa, que sabía leer entre líneas, se ofreció a duchar a Ron. Ella tenía bastante experiencia en el asunto, era la encargada de bañar siempre a Cacahuete según me había contado mi madre.

—Mañana le traeré ropa de su talla —dijo—. ¡Es vergonzoso cómo lo tienes vestido!

El renacuajo continuaba vistiendo mi top de lentejuelas y unas mallas cortas de color negro.

—No te preocupes, Sherise le comprará algo en la sección de niños de Omena —informé.

Cuando me quedé sola, aproveché el momento para hacerle la trece catorce a Ron. Decidí terminar el maldito cubo de Rubik. ¡Me estaba poniendo nerviosa todos los meneos que le metía! Cogí unas pinzas de las cejas y empecé a despegar algunas pegatinas. Me llevó menos de cinco minutos, y la cara que puso el niño, cuando lo encontró montado sobre la mesa, no tuvo precio. ¡Ja!

Entré en el cuarto de baño y tardé tres horas en arreglarme. La ocasión lo requería. ¡No podía creermelo que tenía una cita con Calvin! ¡Por fin un golpe de suerte! Me despedí de mi hermana, e, incluso, le di un beso a Ron en la frente. Este me miró con sorpresa, le despeiné los cuatro pelos que tenía dándole un aire de niño travieso, pero de buena gente.

Salí corriendo de casa, tenía que darme prisa porque había quedado con Mr. Paquete Grande delante del café Zurich de plaza Cataluña en menos de media hora. No iba a llegar a tiempo, aunque me era indiferente porque la puntualidad es el ladrón del tiempo.

Abandoné el edificio sin ningún altercado y fui directa a coger el metro, tuve que hacer transbordo y coger la línea roja para llegar a mi destino. Me fijé en un mulato que estaba para mojar churro con el que coincidí durante todo mi trayecto; su atractivo rostro me resultaba

familiar. El tipo parecía un figurante de *Prison Break*, en las manos tenía tatuajes que le subían por los brazos: serpientes, calaveras, diablos... Y yo, que iba pintada como una puerta y me sentía como una diva, empecé a hacerle ojitos, pero el pasmarote empezó a guardar más distancia entre nosotros una vez se dio cuenta de mis intenciones.

No me disgusté, porque Calvin debía estar esperándome en nuestro punto de encuentro. Lo encontré apoyado sobre un platanero con los brazos cruzados. Vestía unos vaqueros apretados a lo David Hasselhoff en *El coche fantástico* que le marcaban todo el tema. Le sonreí y le pedí disculpas por el retraso. Se encogió de hombros, me saludó y me tiró de la mano. Empecé a seguirle en silencio.

Nos metimos en la boca del metro; el contacto con su piel me resultó placentero, aunque la sentía dura y áspera, como si estuviera cubierta de escamas de dragón. ¡Necesitaba hidratación con urgencia! Tuve el fugaz pensamiento de que, si algún día llegábamos a ser pareja, le obligaría a embadurnarse la piel a diario.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Sorpresa —dijo.

Intenté serenarme, porque yo odiaba esa palabra. Caminamos durante varios minutos sin hablarnos y entramos en un vagón. Aluciné pepinillos al comprobar que en la esquina opuesta del vagón estaba el chico *sexy* de piel tostada, y cuando las puertas empezaron a cerrarse, Calvin me obligó a salir cogiéndome de los hombros.

—¿Qué coño haces? —pregunté desconcertada y asustada.

Las distancias cortas me incomodaban. El tarambana no respondió, comprobó si alguien más salía a última hora del vagón, y, tras cerciorarse de que no, tiró de mí y abandonamos la estación a paso ligero. Una vez en el exterior, me llevó hasta una motocicleta y me entregó un casco.

—¡Ni de coña me voy a montar! ¿Me vas a explicar qué está pasando?

—¡Te están siguiendo! —dijo Calvin.

Me obligó a ponerme el casco sin contarme nada más, y, tras unos segundos, me encontraba abrazándolo subida a su moto. Avanzamos por la Gran Vía de las Cortes Catalanas hasta la plaza de Tetuán; allí giró a la izquierda y, a las pocas calles, dejé de prestar atención al recorrido y empecé a pensar en el mulato de perilla *sexy*. ¡Su cara me sonaba! Estaba segurísima de que lo había visto en algún sitio más, y, entonces, lo recordé. Lo había visto merodear esa misma mañana en el pasillo de Mercadona cuando Drac y yo íbamos en dirección a la caja. Quien hubiera detrás de aquel misterio había cometido un error garrafal al poner a un tío bueno a perseguirme. ¡Solo un callo malayo hubiera pasado desapercibido en mi radar!

Aparcó la burra delante de una pequeña cafetería. Entramos y nos dirigimos al fondo del local. Me quité el abrigo con sensualidad, llevaba un vestido precioso que me quedaría perfecto si tuviera unos cuantos kilos menos.

—Ahora me vas a explicar lo que está pasando —dije.

Calvin no dijo nada, estuve a punto de faltarle el respeto, pero su silencio era debido a que el gordinflón que había tras la barra vino hasta la mesa en la que estábamos sentados para tomarnos nota.

—Buenas tardes, jóvenes. ¿Qué les sirvo?

—Yo quiero una Zeta-cola, por favor —dijo Calvin.

—¿Y la señorita? —preguntó el buen hombre.

—Yo quiero otra, pero con mucho, mucho ron. ¡Y unas almendras fritas!

Esperamos en silencio hasta que nos sirvieron las bebidas, por los altavoces sonaba música flamenca, género que me disgustaba porque el final de las estrofas me recordaba a los maullidos

de un gato en celo.

Cuando el camarero que nos había servido volvió a sus quehaceres, exigí a Calvin que me explicara qué pollas estaba pasando, y por qué había querido citarse conmigo. A pesar de mi escote provocativo, el insulso ni se dignó a mirar mis cazoletas. Intuí que al final de la cita no habría penetración, aunque podía ofrecerle la especialidad de la casa: hostia y patada en los huevos.

—Necesito saber qué ha pasado con Drac.

—¿Cómo que saber qué ha pasado con Drac? ¿Lo conoces? —pregunté.

Lo miré confundida, Calvin se acercó varios centímetros a mi rostro antes de responderme.

—Somos amigos.

—¡Y una mierda! —grité—. ¡Él nunca me ha hablado de ti!

—Tranquilízate.

¿Cómo me iba a tranquilizar? ¡No entendía qué ocurría! ¡Me sentía como la actriz secundaria de una mala película de sobremesa! ¡Yo solo quería protagonizar una película porno! ¡Me daba igual el presupuesto!

Calvin me explicó que Drac le había conseguido el trabajo en Thunder Cats, y que podía preguntar a mi hermana si no le creía. También me comentó que llevaba más de dos días intentando ponerse en contacto con él, pero que no respondía a sus llamadas.

—¿Cómo que no responde a tus llamadas? ¡Drac no tiene teléfono!

—¿Cómo dices? —preguntó Calvin.

—¡Ya me has oído! No me gusta repetir las cosas... ¡No me gusta repetir las cosas! —reiteré con énfasis—. ¿Qué coño está pasando aquí?

—No te lo puedo explicar..., disculpa.

Intuí que se me estaba poniendo una cara de profesor de matemáticas que no te digo más.

—¡Que te disculpe la lerdia de tu madre por parirte! Yo, no. O respondes a mis preguntas o me cago en los elefantes y me voy.

Observé sus ojos, simétricamente estaban muy juntos, y parecían los de un pajarillo pequeño. Habló durante varios minutos, solo se detenía para comer mis frutos secos. Me recordó a un político. ¡Me robaba mientras decía chuminadas! Terminó su discurso con una pregunta: «¿Dónde está Drac?».

—¿Quieres que te diga dónde está Drac? —Calvin asintió hasta en tres ocasiones mientras sus pupilas se clavaban en las mías. La situación me enervaba... ¡Vaya despropósito de cita! ¡Me había depilado para nada!—. Te voy a decir dónde está... Acércate —dije con la voz muy bajita, para, de repente gritar—: ¡En mis ovarios! ¡En mis santos ovarios, anormal! ¡Mamarracho!

Me terminé el cubata en dos tragos, porque, de lo contrario, le hubiera propinado un tortazo que lo iba a desmontar como a un lego. Deposité el vaso de tubo con algo de violencia en la mesa y eructé con brío. Solo me faltó decirle: «Te lo dedico, capullo». Me levanté para marcharme de allí, pero mi acompañante me sujetó de la muñeca.

—¡Espera! ¡Por favor! Si te cuento la verdad pondría tu vida en peligro —dijo Calvin.

Su voz sonaba sincera, aunque podría estar mintiendo. ¡Ya no sabía qué creer! Se me ocurrió una argucia para comprobar la veracidad de sus palabras.

—Si de verdad Drac es tu amigo, dime. ¿Quién es su escritor favorito? —pregunté.

—No lo sé...

—¿Su canción favorita?

—Tampoco lo sé...

—¿El color que más le gusta?

Negó con la cabeza.

—¿Su fecha de nacimiento?

Calvin volvió a negar, y lo miré con repugnancia. No solo me estaba haciendo perder el tiempo, sino que además sentía que me había engañado en todo.

—Que te den —dije antes de marcharme.

Escuché cómo me rogaba que me detuviera, que su relación con Drac era difícil de explicar, y que él ni siquiera se llamaba Calvin, pero no me detuve. Abandoné el bar. Estaba cansada, o más bien decepcionada...

Llené mis pulmones con algo de aire y mucho dióxido de carbono, y al caminar unos metros, choqué con un gilipollas que caminaba leyendo un periódico.

—¡Perdone! —dijo un chico atractivo.

Su voz me resultaba familiar, miré las facciones de su rostro y descubrí que lo conocía. ¡Me sentía un maldito moco! ¡El mundo era un puto pañuelo!

—¡Anderson! ¿Qué haces aquí?

Se detuvo cuando escuchó su nombre y me miró a los ojos.

—¿Magma? ¡Qué casualidad!

—¿Qué haces aquí? —pregunté por segunda vez, yo me encontraba en modo paranoia.

—Trabajo en esta calle, ¿y tú? ¡Qué guapa vas! ¡Dame dos besos!

Me sonrojé al instante, el contacto con su piel afeitada erizó hasta mis pezones, pero, entonces, recordé nuestro último encuentro y lo grosero que había sido conmigo.

—¿A dónde vas? ¿Has quedado con tus amigas? —preguntó Anderson.

—¿Con las bolleras? ¡No!

—¡Perdóname! La última vez que nos vimos iba bebido y mi comentario estaba fuera de lugar. Déjame arreglarlo. ¡Te invito a cenar!

Lo miré con desconfianza, e, incluso, iba a negarme porque tenía mi orgullo ofendido, pero mi coño después de tantos meses de celibato se opuso. Así que acepté y caminamos unas cuantas calles bajo la horrorosa luz de las farolas hasta llegar a uno de sus restaurantes preferidos.

Tardaron varios minutos en atendernos porque el lugar estaba repleto de parejas que flirteaban a lo *First Dates*. La peña vestía muy elegante en aquel lugar, a veces me costaba entender por qué nos gastábamos tanto dinero en ropa para impresionar a alguien con quien queríamos terminar desnudos.

Avasallé a mi repentina cita a preguntas. Él era de Tocón, un pequeño municipio que pertenecía a la provincia de Granada, pero llevaba toda la vida en Barcelona y por eso carecía del dichoso deje andaluz. Tenía uno de los trabajos más aburridos del planeta entero: bibliotecario. ¡Otro que se caía del altar en la misma noche!

Cuando por fin quedó una mesa libre, Anderson me acompañó a mi asiento como un auténtico caballero, aunque la cagó cuando asumió que me gustaba el vino y pidió una botella para compartir. ¡Ojo! El gusto de la uva fermentada no me desagradaba, pero ninguna bebida podía competir con el que se obtenía de la caña de azúcar. En otra vida fui una pirata que lanzaba machistas pisaverdes al mar mientras vertía litros y litros de ron en mi garganta profunda.

Anderson me pidió perdón también por lo ocurrido en Navidad, pero que me pusiera en su lugar: mi llave no funcionaba, los vecinos decían no conocerme y hasta mi nombre había desaparecido del buzón. Se interesó muchísimo por saber cómo era la convivencia con ellos, y rompió a reír cuando le expliqué las distintas perrerías que nos hacíamos unos a otros.

—¿No tienes ni un aliado en el edificio? —preguntó.

—Ni uno. Los vecinos me odian desde el primer día... —dije.

Lo cual era verdad, nada más mudarme, empezaron los primeros conflictos, aunque no quería explicarle que mis modales eran los causantes.

Durante los aperitivos continuamos hablando sobre la convivencia en mi edificio de la calle Desencanto. Yo disfrutaba despotricando contra los energúmenos con los que cohabitaba, y fantaseé con la idea de que él podría ayudarme a combatirlos cuando fuéramos pareja.

—¿Vives sola?

—Sí, digo... Vivo con un chico, pero casi siempre está de viaje.

—Entonces... ¿Tienes el piso para ti sola esta noche? —preguntó.

—Sí, digo no. Tengo a mi hermana metida unos días en casa... ¡Se acaba de divorciar!

Quedé maravillada, una vez más, ante mi labia para deformar la realidad y amoldarla a mis necesidades. El nerviosismo que sentía al inicio de la cita empezaba a disiparse, aunque seguía con la sensación de que me encontraba dentro de un cuadro de Dalí.

—¿Tú vivías solo en el Clot? ¿No?

—Así es. ¡Vaya memoria!

—Para lo que me interesa tengo muy buena memoria —dije risueña.

Anderson fue a cogerme la mano y volcó mi copa de vino; el contenido terminó en mi regazo.

—¡Cuidado milipollas! —exclamé.

—¡Cuánto lo siento! ¡Perdona!

—Voy al excusado... —añadí intentando parecer una mujer sofisticada—. ¡Jopeta! ¡Tengo vino hasta en el coño!

Cogí mi bolso y fui corriendo al servicio para intentar limpiar el vestido que llevaba, pero, por error, entré en el cuarto de baño masculino. Miré con horror las vaginas gigantes que tenían ancladas a un lado de la pared que utilizaban los hombres como meadero. ¡Qué espanto! Abandoné la estancia y entré en el baño femenino, que era mucho más pequeño. ¡Puto patriarcado de los cojones! Intenté lavar la mancha, y terminé empeorándola. ¡Parecía que me había meado! ¡Mierda, caca, peo!

—Eso no tiene arreglo, bonita —dijo una choni.

La miré con desprecio; la tipa vestía una blusa de leopardo, aros grandes y, por supuesto, mascaba un chicle de menta. Escuché cómo alguien tiraba de la cadena de un inodoro, y de uno de los habitáculos salió otra barriobajera.

Las ignoré mientras continuaba guarreando el estropicio de mi vestido, aunque no pude evitar escuchar las sandeces que las agilipolladas soltaban: «Me flipas, pero no te flipes», «te lo juro, tú para mí no eres una hermana, eres mi *sister*»...

Suspiré, capté la mirada de las dos memas y decidí sonreír. Me preguntaba cómo a veces era capaz de aguantar el tipo en circunstancias tan especiales. Escuché una notificación del móvil de una de ellas; nunca hubiera imaginado que se podía echar tanto de menos a ese objeto. ¡Necesitaba uno nuevo!

—Rafaela-ela-ca está haciendo un directo —dijo la choni número 1.

—No me gusta su nuevo *look*, va de diva —dijo la choni número 2.

Estaban hablando de mi hermana, me asomé curiosa a la pantalla electrónica y contemplé a Rafa y a la garrapata achichinche de Samantha S. Scarlet en la cocina de mi apartamento.

Estuve a punto de sufrir un derrame cerebral, abandoné el servicio con un objetivo claro: asesinar a la chupacables de mi hermana y tirar por la ventana a doña Perfecta. Esta última se había encoñado con Drac, no podía permitir que me lo robara. ¡No me lo podía creer! ¡Estaba a punto de perder la luna por mirar a las estrellas!

Fui a despedirme de Anderson, la mesa estaba limpia y mi copa de vino volvía a estar llena.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Me voy.

—¡Siento mucho lo del vestido! —dijo Anderson preocupado.

—Me ha surgido un imprevisto, que te den. ¡Digo, perdona!

Antes de marcharme cogí la copa y me la bebí de golpe para sorpresa de mi acompañante. ¡Era de malos modales dejarse alcohol sin beber! ¡Y traía mala suerte! Noté un gusto acre, a pesar de que el vino procedía de la misma botella. Intuía que dicha amargura era por el disgusto de saber que mi hermana había dejado entrar en mi casa a una alimaña de tal calibre. ¡Mis papilas gustativas estaban tan alteradas como yo!

Anderson intentó detenerme, incluso se mostró algo iracundo ante mi repentina marcha, pero yo salí escopeteada del restaurante, ignorándolo. Asalté un taxi y me monté incluso antes de que las ruedas se hubieran detenido en el pavimento. Le indiqué al conductor la dirección de destino y le advertí que fuera rápido; era una urgencia. Cuestión de vida o muerte.

Fue, en ese momento, cuando me di cuenta de la verdad que llevaba tanto tiempo negando, una realidad palpable para todo mi entorno que yo no quería reconocer: seguía encaprichada de Drac. Él era mi alma melliza, mi medio pomelo, mi ataque al corazón... ¡La pieza del puzle de al lado! Y no iba a consentir que Triple S me lo arrebatara, iba a luchar por él. ¡Con garras y dientes si era necesario!

Por primera vez en mi vida, iba a luchar por un hombre. ¡Estaba decidida! Tan concentrada estaba en ello, que de camino a casa empecé a sufrir taquicardias y a sudar como una gorrina; mi cuerpo temblaba de los nervios, y sentía un miedo atroz recorrer mis músculos. En mi estómago no sentía revolotear mariposas; eran dragones que arañaban mis entrañas. Entonces, y sin avisar, llegaron los gases.

Empecé, también, a tener problemas con mi visión nada más apearme del vehículo, la atmósfera de la noche parecía estar pintada con acuarela: rostros difuminados, espacios distorsionados... Me resultó una odisea abrir la puerta de la portería y avanzar hasta el ascensor. Incluso pulsar el número dos resultó ser una proeza. ¿Qué me estaba pasando? Me sentía como si un camión me hubiera arrollado, me dolía la cabeza, me temblaban las piernas y me costaba respirar.

Llegué hasta la puerta de mi casa, tuve un pequeño ataque de pánico cuando la llave no giraba. Apreté con fuerza y una ventosidad tronó en mi culo. ¡Qué vergüenza! ¡Doña Pepa debía estar espiándome tras la mirilla de su puerta muerta de la risa!

Conseguí abrir la cerradura, en el recibidor me encontré a mi hermana que se quería subir a mi chepa para berrearme en el oído palabras sin sentido. En el salón principal estaba Samantha S. Scarlet mugiendo y Ron continuaba en mi sitio del sofá. ¡Tenía que poner un cartel de reservado en el asiento! ¡Y otro en la entrada de mi apartamento prohibiendo la entrada a perras en celo! Los ignoré a todos dando tumbos de un lado a otro mientras buscaba a Drac. Lo encontré en el pasillo, corrí hasta sus brazos y...

Lo besé en los labios.

Después, vomité.

Y, por último, perdí el conocimiento.

8

Las tres cerditas

*Me gustan los largos paseos,
Especialmente, cuando los toman la gente molesta.
Mark Twain.*

Escuché un «dong» seguido de una música punki oriental que imitaba la cabecera de unos dibujitos en los que yo era la protagonista. Vestía un traje cómodo, y a la par sofisticado. Sobrevolé varias manzanas cuadrículadas del Ensanche hasta toparme con varios gigantes horribles que estaban a un paso de pisotear la Sagrada Familia. Les disparé un rayo ultrasónico; explotaron en palmeras de chocolate y pastelitos de dulce de leche. La obesa multitud aplaudió en las calles mientras recogía las delicias caídas del cielo para engullirlas en el acto.

Repetí la escena varias veces más, salvando diferentes puntos emblemáticos de Barcelona: la torre Agbar, Casa Batllò, la Pedrera... Hasta que cogí vacaciones. Estaba hasta el tope de luchar contra rufianes y bribones y velar por los derechos y las libertades de los *españistanes*. Me fui de vacaciones a una playa de arena fina y agua cristalina donde lucía un bikini blanco, con trece kilos menos y una piel al punto: tostadita e hidratada. A mi vera había un maromo, vestía un bañador corto con un bulto considerable, recorrí con lascivia el malecón de su abdomen; y cuando iba a ver su rostro, escuché una risa de bruja.

¡Mierda! ¡Era todo un sueño!

Desperté y me froté la frente, la cabeza me iba a estallar. En cuanto a mi cuerpo; era como si me hubieran dado una paliza. Abrí los ojos aturrida y descubrí que, a pocos centímetros de mí tenía a la cabezabuque de mi hermana.

—Hola. ¿Cómo estás? —preguntó Rafa algo abstraída.

—¿Dónde estoy?

—En tu cama.

Ella toqueteaba con frenesí la pantalla de su teléfono móvil que desprendía una luz tan potente que nos alumbraba a las dos.

Yo me sentía desorientada, no lograba recordar qué narices había pasado, pero ni en la peor pesadilla le hubiera dado permiso para quedarse a dormir en mi cama. No obstante, por una vez en mi vida, decidí tomarme la situación con calma, pues estaba decidida a cambiar de una vez por todas. Y, para ello, tenía que empezar con la mujer frente al espejo, modificar su forma de ser y de pensar. ¡Ningún mensaje podía ser más contundente que ese! Había sido víctima de un amor egoísta, a pesar de que la soberbia me la repampinfla.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con temple.

—Estoy respondiendo a mis *followers* —contestó.

—¿Qué hora es?

—Las tres y diez de la madrugada. Llevas cuatro horas roncando.

—¡Yo no ronco! —confesé antes de darle una colleja.

—¡Lo tengo grabado, imbécil! —rebuznó Rafa tras golpearme en el brazo.

—¡Bórralo o te rompo la cabeza!

Intenté arrebatárselo el aparato de las manos, pero ella fue más rápida.

—¡Ten cuidado con mi herramienta de trabajo!

La frase me entró por una oreja, y se quedó rezumbando en el interior de mi coco. Me volví a tumbar, resoplé de forma lenta y exasperante. Intenté despertar a las estúpidas neuronas que me quedaban, pero eran tan zopencas y holgazanas como su dueña. ¿Por qué no me acordaba de nada?

—¿Cómo llegué a casa? —pregunté.

Rafa seguía manoseando el cacharrito electrónico, repetí la pregunta elevando mi voz varios decibelios más; y golpeé a los riñones de la pejuguera que tenía al lado. Tras un «¡Au!», me explicó que llegué a las once a casa, que no me aguantaba ni de pie, y que vomité a Drac encima. ¡También lo tenía registrado en el celular! ¡La madre que la parió!

—Tranquila, nadie más lo va a ver.

—Bórralo, por favor te lo pido —dije.

—Lo tengo subido a la nube.

—¡Pues lo llueves!

Mi hermana negó con la cabeza. Al parecer todo lo que se almacenaba allí arriba era indestructible. ¡Me importaba un chumino! La alternativa era que su teléfono de los cojones saliera volando por la ventana y la ley de la gravedad haría el resto.

La muy canalla empezó a reproducir el vídeo entre risas; yo miré a la pantalla y contemplé mi cuerpo embutido en un precioso traje.... ¡Madre del amor hermoso! ¡Pedazo de manchurrón! De repente, recordé la copa de vino que Anderson volcó sobre mí, las dos chonis del servicio, y, también, lo que pasó antes de eso, pero lo que había ocurrido después continuaba siendo un misterio.

—Y ahora se te acaba la batería —comentó Rafa, y en efecto, tras echarle la papilla a Drac, me desplomé—. ¿Qué bebiste?

—¡Me drogaron! —exclamé.

Le expliqué a mi hermana lo ocurrido con Calvin, que lo abandoné a su suerte; y, que nada más salir del antro al que me había llevado, me topé por casualidad con Anderson. Este me invitó a cenar para intentar reparar el comentario fuera de lugar que había soltado la última vez que el destino cruzó nuestros caminos. No me olvidé de narrar el extraño sabor que tenía la copa de vino que me había bebido antes de marcharme corriendo tras ver a la brasas de doña Perfecta en mi casa. ¡Y por supuesto! ¡Mencioné al mulato sexy que me perseguía!

—¿Por qué te siguen? ¿Por Ron? —preguntó Rafa.

—¡No lo sé! ¿Tú sabías que Calvin y Drac se conocen? —pregunté.

—¡Claro!

—¿Y por qué coño no me lo has dicho antes?

—¡Pensé que lo sabías! —protestó mi hermana.

Me contó que Drac conocía al gerente de Thunder Cats y enchufó a trabajar a Calvin. Ella desconocía en qué circunstancias se conocieron, y nunca los había visto juntos. La única vez que estuvieron en el mismo lugar fue la noche que salimos de fiesta a Copacabana, aunque como bien recordó: nos terminaron echando a todos mientras el cabeza de chorlito tocaba el saxofón en el escenario.

De todas formas, el problema más grande de todos era que Samantha S. Scarlet había entrado en mi casa. Sermoneé a mi hermana por ello, y le prohibí, tajantemente, que la zarrapastrosa esa volviera a pisar mi dulce morada.

—Está durmiendo en el sofá cama —confesó.

—¿¡Qué!? —No podía ser; había escuchado mal—. ¿Me lo puedes repetir? Por favor —pedí,

amablemente, mientras mi corazón intentaba bombear sangre.

Miré a mi hermana con sosiego, aunque en el interior de mis venas, mis glóbulos rojos y negros, acompañados de plasma, ron y sales minerales estaban a punto de ebullición.

Rafa tragó saliva y miró en todas direcciones. ¡No encontró agujero donde meter la cabeza! ¡Ni madriguera donde dejarse caer!

—Operan a mamá a las dos del mediodía —dijo.

Me apreté la vena de la frente; era como una tubería de cobre difícil de ocultar en algunas ocasiones, y no quería intimidar más a la sinvergüenza que tenía al lado, que, por cierto, hasta llevaba un camisón mío. ¡El más bonito que tenía! Ni siquiera lo había estrenado porque lo tenía guardado para una ocasión especial. Como, por ejemplo, un viaje a la ciudad del pecado con el hombre de mis sueños.

Miré a mi hermana como si fuera un pez globo, no tuve que decir nada... simplemente la dejé hablar. Se explayó todo lo que quiso; y eso no fue todo, a las diez de la mañana vendría mi negra con el desayuno para todos.

—¿Qué coño te crees que es esto? ¿El hostel Royal Manzanares? —pregunté.

Estuve a tres segundos de levantarme e ir al salón principal para echar a patadas a doña Perfecta de mi casa, o cortarle la cabeza, pero la realidad era que no tenía fuerza ni para discutir. ¿Me había drogado realmente Anderson? ¿Por qué?

Cerré los ojos mientras mi hermana me decía que tendría que sentirme agradecida porque había gente que se preocupaba por mí. Dejé de prestarle atención y, al instante, me dormí.

Cuando desperté, estaba sola en la cama. Busqué mi teléfono móvil, pero no estaba en la mesita de noche; recordé que estaba roto, perdido, y fuera de cobertura en aquellos momentos. De fondo, escuché diferentes voces, risas y un repiqueteo de platos inusual.

La puerta de mi habitación se abrió.

—¡Buenos días! —dijo Drac.

—¡No me mires! —grité.

Me tapé con la colcha. No quería que viera mi aspecto; con la palidez de mi rostro, más las ojeras, debía parecerme a un oso panda.

—¿Qué haces? —preguntó entre risas mi compañero.

Tiró de la ropa de la cama y quedé a su merced como una morsa moribunda panza arriba. Él vestía un pijama de leones y serpientes que yo le había regalado, era la primera vez que se lo veía puesto, porque uno de sus componentes era la seda, y el señorito nunca lo había querido utilizar. Le quedaba perfecto, tras darle un buen repaso, subí la mirada y descubrí con sorpresa que el vello facial que empezaba a cubrir su rostro le quedaba elefantástico. ¡El condenado estaba más guapo que nunca! Sus ojos almendrados de chocolate me observaban con curiosidad, y desprendían un brillo tan jovial que cortaban mi respiración...

—Perdón por lo de ayer —dije avergonzada, mi corazón palpitaba nervioso, y mis ojos no podían dejar de observarlo.

—Tranquila, ya me han contado Rafa y Sam que siempre la lías.

—¿Sam? —pregunté.

—Sí, tu amiga y compañera de curro. Es una chica muy maja.

¡Spfdnfodnf osdiofha!

—¿Te gusta? —pregunté tras recuperarme del infarto cerebral que había sufrido.

Esperé su respuesta sin atreverme a parpadear; las mejillas de Drac se sonrojaron.

—¡No lo sé! Es una chica muy guapa, y tiene un cuerpo...

—¡Tiene un cuerpo artificial! ¿Sabías que se ha operado de los pechos? ¿Y de la nariz? —

pregunté de carrerilla—. ¡Y tú, odias a las rubias de bote! ¡Las odias! ¡No lo olvides! —mentí.
¡Maldita Samantha S. Scarlet! ¡Zarandaja aberrante! ¡Morronga^[6] cajeta!

Drac se sentó en mi cama, y me cogió de la mano. Al instante, sentí una electricidad recorrer todas mis terminaciones nerviosas y un intenso hormigueo en la boca de mi estómago. Tragué saliva y lo miré, una vez más, deseando tener un cuerpo diez, un rostro atractivo y un carácter agradable para poder así derretir su corazón.

—No quiero nada con ella, no hasta que recuerde quién soy, o hasta que solucionemos el misterio que envuelve a Ron.

—¿Solucionemos? —pregunté.

—¿Me ayudarás? ¿No?

Asentí, y, por si tenía alguna duda, añadí:

—Puedes contar conmigo.

—Gracias —contestó simplemente. Pero, en su boca, aquella palabra sonó como si se hubiese comido un bombón de esos que llevan una cereza en el interior y lo estuviese paladeando. Después añadió—: También contamos con la ayuda de Rafa, Sherise y Sam.

—¡Vaya tres patas para un banco! Ellas... ellas...

—No te pongas *nervi*.

Me entró la risa. Desde que había perdido la memoria, decía muchas frases del año de la pera.

Drac sonrió, se mordió el labio inferior y observé como sus ojos se humedecían. «¡Los hombres no lloran!», gritó la mujer machista que anidaba en mí.

Le pregunté qué le pasaba, y esperé su respuesta en silencio. Era la primera vez que lo veía tan vulnerable, e intenté consolarlo acariciándole el tríceps, que, por cierto, estaba más duro que un pelo encarnado.

—¿Qué te ocurre? —pregunté por segunda vez.

Lo miré con delicadeza y asentí animándolo a desahogarse. Cuando por fin percibí que iba a hablar, me narró una serie de descubrimientos que no tenían ni pies ni cabeza. Para empezar, me reveló que había encontrado en su habitación varios pasaportes con su foto y diferentes nombres, y un teléfono móvil al cual no podía acceder porque no sabía el número pin.

—Me dijiste que yo no uso móvil, que estoy en contra de ellos... ¿Por qué tengo uno escondido?

Me encogí de hombros mientras recordaba las palabras de Calvin: «Drac no responde a mis llamadas». ¡No era una mentira!

—Si te cuento la verdad pondría tu vida en peligro —dije pensativa.

—¿Cómo?

—Es lo que me dijo ayer Calvin. ¡Y no solo eso! ¡Me confesó que ese no era su verdadero nombre! ¿Y si su verdadero nombre es uno de los cinco que me mostraste ayer? ¡Tienes que darme esa lista! ¡Mi padre puede ayudarnos!

Nos miramos en silencio, su aliento olía a dentífrico, y el mío debía de oler tan mal como en la comunión de Peppa Pig... Seguimos varios minutos más analizando todos los datos que teníamos a nuestra disposición y realizando diversas conjeturas. En todo ese tiempo, Drac no me soltó de la mano; era como en los viejos tiempos, cuando veíamos películas alquiladas en el salón de su casa y, bajo la manta, nuestros dedos se entrelazaban. Y yo, que tenía memoria de elefante, aproveché la ocasión para recordarle una frase que me dijo una noche que llovía a mares y me dejó sus zapatillas para que no anduviera descalza.

—Yo soy la letra, y tú eres la música.

Drac me observó maravillado, con una mirada penetrante que me transportó a un pasado en el

cual yo tenía un corazón muy diferente al actual.

—Me gustaría pedirte algo —dijo Drac.

—¡Lo que quieras! —respondí sin pensar.

¿Había llegado el gran momento?

—Quiero... quiero...

Lo contemplé expectativa. El deseo por él me consumía como los leños en una hoguera candente. Y me daba igual lo que me pidiera, le iba a responder un «sí, quiero» tan grande como la jarra de un roble. Además, era conocedora de que el colibrí de Drac llevaba mucho tiempo encerrado en la jaula...

—¡Quiero que no vuelvas a beber más!

«Toma, Jeroma, pastillas de goma».

—¿¡Cómo!? —pregunté incrédula.

No sabía decir quién de los dos pasó más vergüenza. Él tenía el rostro colorado como un tomate, y yo... ¿De verdad estaba insinuando que era una borracha? Llevaba despierta un rato y todavía no me había tomado ni mi chupito de los buenos días. Lo normal hubiera sido retorcerle los aguacates hasta hacer con ellos guacamole, pero respondí con aplomo.

—Lo de anoche fue un accidente. Creo que me drogó mi segunda cita —confesé.

—¿Tu segunda cita? —preguntó Drac sorprendido. Me miró con una intensidad que sobrecogió mi alma—. ¡No me gusta que bebas tanto! —añadió.

Me di cuenta de que, si ese era su deseo, al menos, lo intentaría. Aunque lo peor de todo fue descubrir que estaba dispuesta a realizar cualquier hazaña por él. Me sentía una completa extraña... ¿Cuándo había aceptado la realidad? ¡No lo recordaba! El amor era tocar; tocar era amar. Y yo amaba su mano, y su cabello despeinado, y la pelusilla que crecía en su rostro... Él era amor, y yo, por primera vez en mucho tiempo, me sentí liberada por admitirlo, por confesarme la verdad. Estaba hasta las trancas de Drac Capdevila Ripoll. Lo amaba, y no iba a negarlo nunca más.

En aquel momento, me di cuenta de que la única verdad la tiene uno mismo, y de que el amor es como un ave que necesita libertad para volar; y a mi corazón le había crecido un par de alas e iba directo al séptimo cielo. Solo esperaba no terminar con la misma suerte que Ícaro.

Llamaron a la puerta de mi dormitorio y Sherise Washington asomó su oscuro cabezón. ¡Era tan inoportuna como siempre! ¡Maldita fuñique!

—Buenos días, chocho, te he comprado churros y chocolate —dijo mi queridísima mejor amiga.

¡Qué encanto de persona!

Vestía un jersey de color azafrán y unos pantalones holgados verde pistacho. Observó que Drac y yo estábamos cogidos de la mano, sus mofletes se contrajeron mientras me hacía una mueca que pasó inadvertida por mi compañero. Me levanté y la seguí hasta el salón principal antes de que dijera algo inoportuno.

En el salón me encontré con Triple S, la cual estaba semidesnuda enseñando las abdominales. A mí no se me marcaban ni metiendo tripa, pero la mala hostia se me notaba enseguida. La miré levantando una ceja, y la cantamañanas me dio los buenos días con una sonrisa. ¡Estúpida zorra ignorante!

Mi hermana y Ron estaban sentados en la mesa desayunando; la primera bebía un licuado de pepino con manzana que parecía mi vómito de la noche anterior, y el renacuajo mascaba palomitas mostrando todos los dientes.

Tomé asiento malhumorada, Drac se sentó a mi vera y observé como doña Perfecta, la cual

tomó asiento delante de nosotros, no retiraba ni un segundo los ojos de mi chico. Su mirada era tan sucia que pensé en lavarla con la escobilla del váter tras ir de vientre. Para colmo, mi cabeza continuaba dando vueltas como un tiiovivo.

Me centré en mi delicioso y saludable almuerzo mientras mi hermana y la cuerpoescombro de «Sam» hablaban y reían sobre citas que no terminaron como ellas esperaban. Sherise me contaba no sé qué de un disfraz; y Drac lanzaba palomitas en la boca de Ron, cuando acertaba, le gritaba: «¡Tres puntos, colega!». Mojé mi churro con chocolate y me lo metí entero en la boca con gula provocándome una arcada. Por suerte, nadie se percató, y me fijé en que todos los integrantes de la mesa tenían una sonrisa pintada en la cara, a excepción de mí. ¡Que conste que yo no era ninguna amargada! ¡Pero no me hacía ninguna gracia que hubiera tanta gente en mi casa! ¡Villamoñas tenía que cerrar sus puertas!

—¡Mirad! —gritó Rafa de repente.

Se levantaron todos y fueron hasta la ventana para contemplar el cielo. ¿Cuánto tiempo hacía que Barcelona no era acariciada por los rayos del sol?

—¡Magma! ¡Corre, ven! —gritó Sherise.

Caminé con pesadumbre, y me coloqué al lado de Drac. Vislumbré la cúpula más grotesca que había presenciado en toda mi vida. El cielo era un amasijo de claroscuros, a pesar de ello, algo de luz lograba traspasar la maraña de nubes y vertían una luminiscencia dorada que alumbraba la ventana de mi vivienda.

Quedé maravillada ante tal espectáculo, y el contacto del astro rey con mi piel me produjo una sensación cálida y reconfortante. Intenté no suspirar al contemplar a Drac, me moría por un beso de amor. Aunque no fuera azul la sangre de sus venas. Lo había visto sangrar cuando cayó por las escaleras dos días atrás. Observé el brillo de sus labios debido a los haces de la estrella más potente de nuestro universo, pero aquella magia me fue arrebatada al instante por el enorme cuerpo de Sherise. ¡La muy pendeja hizo de nube negra, y ocultó a mi príncipe!

—Tenemos que ponernos en marcha —dijo mi gran amiga.

—Yo, necesito... ducharme.

En realidad, necesitaba un buen trago, el alcohol siempre curaba todos mis males y problemas, pero había decidido enfrentarme a ellos sobria.

Un cuarto de hora más tarde, al salir del cuarto de baño, me encontré a Sherise y a Rafa pintando la piel de Ron de color marrón oscuro. ¡El pequeño me recordó a Diglett! ¡Solo le faltaba ponerse a escarbar en la alfombra de mi salón principal!

—¿Qué coño hacéis? —pregunté.

Mi negra me explicó su plan, era tan incoherente que le encontré sentido. Si me estaban siguiendo y querían eliminar al pequeño; lo mejor era disfrazarlo. Y no solo cambiaron la tonalidad de su piel de un blanco nuclear a un chocolate oscuro, sino que le pusieron una peluca, cubrieron su cuerpo con unos jeans de color rojo, una camiseta rosa e, incluso, taparon sus ojos achinados con unas gafas de sol.

—¡A partir de ahora pasas a ser mi hija Ginebra! —gritó Sherise a los cuatro vientos mientras le colocaba una mochila morada de Hello Kitty en la espalda.

Le faltó añadir que la había criado en el islote Perejil. Aunque debía de reconocer que, si queríamos mostrarle el refugio de donde creíamos que procedía, lo mejor era pasearlo con aquel atuendo.

Mientras tanto, mi hermana intentó contactar con Calvin por diferentes vías, pero no obtuvo ninguna respuesta. Llamó al bar en el que trabajaba, y averiguó que, por primera vez, había faltado a su puesto de trabajo; nada sabían de él.

Samantha S. Scarlet se ofreció a colarse en el despacho de don Pancho, e intentar rastrear su teléfono móvil.

—¿Eso se puede hacer? —pregunté.

—¡Trabajamos para Blackmart! ¡Lo saben todo de todos!

Miré a Rafa, la cual asintió y me informó que acompañaría a nuestra madre al hospital mientras Sherise y yo intentábamos averiguar algo sobre la procedencia de Ron.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Drac.

—Reposar —dijo Rafa.

Él me miró buscando mi aprobación, afirmé con la cabeza mientras me sentía poderosa.

De repente, sonó el timbre de mi casa. Caminé hasta la puerta de la entrada y descubrí al otro lado a la policía. Los Teletubbies de mis vecinos estaban, también, allí, puse la oreja sobre la superficie de madera, y escuché la voz del presidente. Los agentes uniformados les comunicaban que habían recibido la llamada de un vecino informando que había escuchado gritos procedentes de mi apartamento, pero doña Pepa e Hilario lo negaron, también añadieron que ningún vecino los había llamado.

—¡Existe una jerarquía en esta escalera! —dijo el presidente de la comunidad.

Los dos pitufos volvieron a golpear mi puerta, decidí abrirles para tranquilizarlos, y me pidieron con amabilidad si podían entrar, a lo cual me negué, y mis vecinos respaldaron mi decisión, alegando que yo estaba en mi derecho de impedirles la entrada si ese era mi deseo. La situación fue tan insólita que no sabía cómo interpretar lo que estaba ocurriendo.

—Hemos recibido la llamada de un vecino sobre gritos en este domicilio. Solo queremos comprobar que está todo en orden —reiteró uno de los policías. Me fijé en que tenía media cara en huelga, a lo Silvestre Stallone.

Insistí en que nadie había gritado, en otra realidad estaba segura de que habría sermoneado a doña Perfecta por colarse en mi casa y se habría escuchado hasta en Teruel; incluso podría haber muerto decapitada, pero la nueva Magma del Nido Quijano era una persona maravillosa con una actitud positiva que nunca faltaba el respeto a nadie.

Cerré la puerta en las narices a los dos putos maderos, y observé por la mirilla cómo, a los pocos segundos, se disolvía la concentración que se había organizado en el rellano. Comunicé a los integrantes del circo que tenía montado en mi casa lo ocurrido, y decidimos esperar unos minutos antes de abandonar mi vivienda. Mientras tanto, la sabelotodo de mi hermana equiparó nuestra situación con una partida de ajedrez.

—¡Me pido ser la dama blanca! —dijo Samantha S. Scarlet tras escucharla.

Rafa asintió, me miró y dijo:

—¡Tú serás la torre!

—¿Por qué la torre? ¿Porque estoy rellenita? —pregunté con enfado.

—¿Y yo qué coño soy? ¿El tablero? —cuestionó Sherise.

—¡Yo quiero ser el caballo! —añadió Drac mientras me miraba, después me guiñó un ojo, y yo me derretí como un bombón de licor en el interior de su boca.

Desvié la mirada hasta el minion; él era el rey, de eso no había duda. Y estaba irreconocible con aquella ropa colorida y aquel tono de piel tan oscuro. Estuve por proponer graparle la peluca en la cabeza, porque el saltimbanqui no se quedaba quieto ni un segundo, era como si llevara un petardo en el culo.

Tras varias pamplinadas más, abandonamos mi piso todos a la vez: las tres cerditas, Ron y yo. Era consciente de que parecíamos unos excursionistas oligofrénicos que ni siquiera se ponían de acuerdo en qué orden bajar por el ascensor. Estaba convencida al mil por ciento de que doña

Pepa nos espiaba tras la mirilla de su puerta.

Al final utilizamos las escaleras, sin divisiones; y ningún buitre carroñero nos asaltó. ¿Qué coño estaba pasando? ¿A qué jugaban mis vecinos?

Cuando salimos a la calle nos dividimos en dos grupos.

—¿Has traído tu coche? —pregunté a Sherise.

—¡No puedo conducir! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—¡Tranquilita! —espeté.

«Vaya genio tiene la colega... ¡Attenzione^[7]! ¡Un tío bueno de frente!», pensé.

Un hombre apuesto pasó de largo por mi izquierda, giré la cabeza para admirar la parte trasera mientras pensaba en silbarle, pero, decepcionada, constaté que era un culopollo. Fue entonces cuando descubrí que, a varios metros, estaba el mulato sexy de perilla recortada tras un platanero.

—¡Mierda! ¡Nos estaban esperando! —revelé a Sherise.

Ella soltó un «disimula» entre dientes, agarró la mano de Ron y caminamos hasta la parada de autobús más cercana.

Cogimos el transporte número trece, y nos cercioramos de que un coche oscuro nos perseguía. Tras un cuarto de hora, nos apeamos en una de las paradas que estaba ante la boca del metro de la línea verde, y bajamos corriendo por las escaleras. Tanto Sherise como yo nos desplazamos con dificultad hasta la salida transversal; subimos por unas escaleras mecánicas que daban a otra calle mientras mi amiga me decía que estaba sudando ginebra de tanto esfuerzo.

Una vez en el exterior, contemplé como la puerta de una portería se abría, y, sin pensarlo demasiado, arrastré a mis dos acompañantes allí dentro.

Una señora mayor que caminaba con un andador se nos quedó mirando.

—Somos testigos de Jehová —dijo Sherise de improviso. La vieja apestosa nos contempló a lo ancho, y, después, miró a Dora la exploradora—. Mi joven aprendiz —añadió mi negra sujetando a Ron de la mano.

—¿Está usted contenta con el seguro de su alma? —pregunté para disimular.

—Hermana del Nido, no le he dado permiso para hablar.

—Dios es mi único jefe —contesté con los ojos entrecerrados y mirando a la porculera de mi amiga.

—¡No os voy a comprar nada! —espetó el esperpento cadavérico antes de marcharse en *slow motion*.

Deambulamos cerca de un cuarto de hora en el interior de aquella portería, y cuando pisamos la calle de nuevo, comprobamos que no había ni rastro del hombre sexy por ningún lado.

Paramos el primer taxi que vimos, y, tras montarnos, descubrí con horror que, tras el volante, se encontraba el tontolaba. ¡Ay, señor, señor! ¿Por qué a mí?

—¡Fite miarma! ¡Otra ve' tú! —dijo con acento andaluz.

Resoplé por todos los orificios de mi cuerpo, y contemplé al taxista por el espejo retrovisor interior, el notas era más feo que una playa paradisíaca repleta de plásticos.

—Po' cie'to, illa. Yo zoy Manué.

Asentí con la cabeza y le dije mi nombre. ¡Pero él ya lo sabía! ¡Su mujer era una gran admiradora mía! Se reía a «jierro» con mis movidas, me informó. ¡Putá página web de los cojones! ¡Me había olvidado de que existía! ¿Por qué no podía tener una vida pacífica como el resto de los mortales?

Durante el recorrido me explicó que tenía una hija que seguía la trayectoria de mi hermana. Me resultaba gracioso que todo el mundo se refiriera a Rafa como una *influencer*, porque, claro,

llamarla famosa sin estudios que se tocaba el coño con las dos manos, quedaba feo.

Recorrimos media Barcelona hasta llegar a Poble-Sec entre coplas, bulerías y fandangos. Yo volvía a tener la cabeza como un bombo. Por el contrario, mis acompañantes se divertían repitiendo los quejidos de las canciones que sonaban por los altavoces. Algo que me sorprendió fue que el sol nos alumbró casi durante todo el trayecto, parecía irreal, porque el cielo continuaba más oscuro que el ojete de Sherise.

Nos detuvimos ante una fachada residencial para niños y adolescentes sin hogar donde Drac colaboraba, pero Ron ni se inmutó. Le señalamos el lugar, pero el pequeño parecía no reconocer el edificio.

—Creo que nos están siguiendo —dijo Sherise.

—¿Cómo?

—¡Que nos vuelve a seguir el puto coche de los cojones! —gritó Sherise.

Intenté contorsionarme como mi amiga, pero me era imposible. No lograba entender cómo podía ser tan flexible con lo gorda que estaba; yo, en cambio, parecía un muñeco Playmobil.

Una vez conseguí distinguir el vehículo oscuro, me pregunté cómo era posible que nos hubieran encontrado con tanta facilidad. Miré el teléfono móvil que mi negra sujetaba. ¿Era posible que nos estuvieran rastreando a través de ese aparato?

—¡Nos persiguen por tu culpa! —grité.

Le conté mi intuición, aunque no teníamos ni idea de cómo podían haber conseguido su número de teléfono.

El conductor del taxi nos brindó su ayuda. Lo primero que dijo era que teníamos que cerciorarnos de que el coche oscuro nos perseguía.

Accedimos a la avenida Miramar, y estuvimos un buen rato dando vueltas por todo Montjuic junto con un puñado de coches de autoescuela, y, en efecto, a cierta distancia teníamos a nuestro vehículo acosador.

—Va a ser imposible perderlo de vista —dijo Sherise.

—¡No ni na'! ¡Confía en Manué!

Mi negra apagó su teléfono móvil, y nuestra única esperanza de escapar airoso de aquella situación estaba en las manos de un paleta de pueblo.

Para mi sorpresa, nuestro «salvador» pidió ayuda por radio en una jerga que no logré descifrar. Era como si habláramos dos idiomas totalmente diferentes: yo castellano moderno y él andaluz medieval.

Bajamos por la avenida de la Reina María Cristina, y en Plaza España giramos a la derecha. Avanzamos por el Paralelo unas cuantas manzanas, en todo momento el conductor no quitaba los ojos del retrovisor. De repente, aumentó la velocidad y nos saltamos un semáforo en rojo, giró a la derecha por una calle y entramos en un aparcamiento cerrado donde nos esperaba un taxi.

—*Daro' bulla y bajarsu', que tenemo' solo una mijilla de tiempo* —dijo Manué.

Nos apeamos del taxi y entramos en otro, hasta Sherise movió el culo con una velocidad que me sorprendió. En menos de un minuto estábamos de nuevo circulando por la carretera, nuestro conductor soltó un «*apañao*» tras informarnos que el vehículo amarillo y negro que habíamos abandonado continuaba siendo perseguido por la avenida del Paralelo.

Tras agradecerle aquel gesto, le pedimos, amablemente, que nos llevara al hospital donde iba a ser intervenida mi madre.

Tanto Sherise como yo habíamos tirado la toalla sobre averiguar la procedencia de Ron. Me preguntaba si Calvin tendría información relevante... me gustase o no, la única que podía aportar algo de luz a nuestra situación era doña Perfecta. Aunque con lo arracacha que era, me costaba

creer que consiguiera colarse en el despacho de don Pancho sin que este se diera cuenta, y menos que supiera utilizar el ordenador para averiguar la ubicación del cocinero de Thunder Cats.

Al llegar a la entrada del hospital, empezamos a despedirnos de Manué, este nos entregó una tarjeta con su número de teléfono móvil y nos dijo que, si necesitábamos transporte, o cualquier otra cosa, lo llamáramos. No sentí repulsión alguna cuando me obligó a darle dos besos en las mejillas, sino más bien todo lo contrario; que una persona desconocida —y de apariencia horrorosa—, nos ofreciera su mano sin pedir nada a cambio, me resultó extraño. No estaba acostumbrada.

Nos apeamos del vehículo, en el exterior del recinto hospitalario había una marabunta de personas envenenándose con cigarrillos en la mano, y, entre ellos, se encontraba mi padre, que había dejado aquel nocivo vicio muchos años atrás.

—¡Papá! —grité nada más verlo.

Tiró la colilla al suelo y la pisoteó.

—¡Hija! ¡No has visto nada!

—Señor Magno —dijo Sherise cuando mi progenitor llegó a nuestra altura.

—Hola, Sherise. ¡Cuánto tiempo! ¿Y quién es la pequeña? ¿Tu sobrina?

Mi padre observó con detenimiento a Ron, se acercó con una ceja levantada y estudió la piel de los brazos que, en algunos puntos, tenía una coloración más clara.

—Papá, necesito que me hagas un favor muy importante. —Le pasé la lista con los cinco nombres que Drac encontró en su habitación—. Quiero saber quiénes son estas personas. Es muy importante.

Mi padre me miró extrañado mientras se guardaba la hoja de papel en uno de los bolsillos de su chaqueta; yo imaginaba que no se negaría puesto que era la primera vez que le pedía un favor. Asimismo, añadí que era un asunto urgente, y me contestó con un «ahora no es el momento» que refuté de inmediato. La operación de mi madre duraba algunas horas, por lo que tenía tiempo de sobra para realizar algunas llamadas y averiguarlo.

En la sala de espera se encontraba mi hermana, más nerviosa que un daltónico jugando al Twister, y, al parecer, el único tema de conversación interesante eran mis problemas. Le expliqué la persecución que Sherise y yo habíamos sufrido, y que tenía la ligera sospecha de que, quizás, hubieran intervenido también su teléfono móvil.

—Por cierto, he hablado con Sami.

—¿Sami? —pregunté con una arcada en la boca.

Mi compañera de trabajo tenía más nombres que la zorrilla psicótica de los dragones en *Juego de Tronos*.

—El teléfono de Calvin se encuentra en la montaña del Tibidabo desde ayer por la noche —informó Rafa.

—¿En la montaña? —pregunté extrañada.

Mi hermana afirmó, aunque no supo esclarecerme el motivo.

Pasaron las horas, el cielo continuaba encapotado y empezaba a oscurecer. Comimos unos bocadillos en la cafetería del hospital; Ron se metió dos entre pecho y espalda, su apetito era insaciable, y yo no quería que se muriese como me pasaba siempre con los Furbys o los Tamagotchis. Me tomé una jarra de cerveza mientras lo observaba comer un bocadillo vegetal de pechuga de pavo. Y sí, había bebido alcohol, aunque soñara que era una heroína con superpoderes, en realidad era una persona de grasa y huesos, con muchos vicios y pocas virtudes. Además, la vida se podía equiparar a una partida de tute, por lo que tenía que jugar con las cartas que me tocaban. Me gustase o no, era una adicta al alcohol, por lo tanto... ¡No podía cerrar el

grifo de forma abrupta! ¡Y, por supuesto, Drac no tenía que saberlo!

Tras la comida, regresamos a la sala de espera sin Sherise, puesto que se había tenido que marchar a trabajar porque no había conseguido extender su baja laboral. Yo me tuve que hacer cargo de nuevo de la pequeña garrapata que se había agarrado a mi vida con fuerza, aunque, para ser justa con él, tenía que reconocer que se portaba muy bien en cuanto le pegaba un par de voces y le amenazaba con estrangularlo.

Mi padre, extrañado, preguntó quién era, realmente, Ron, pero respondí con evasivas insistiendo en que averiguara quién coño eran las personas de la lista que le había entregado horas atrás si no quería que me chivara sobre su fumeteo a mi madre en cuanto saliera del quirófano. «¿Estás chantajeando a tu propio padre?», me preguntó. ¡Por supuesto! ¡Qué poco me conocía! A veces me sentía como El Maligno, y que me reencarnaba cada cinco mil años en la Tierra como un ser perfecto para atormentar la vida a todo ser que se cruzara en mi camino.

Al final, mi progenitor accedió a mover algunos hilos, y, tras unas cuantas llamadas, me informó de sus pesquisas.

—Las cinco personas estuvieron desaparecidas un tiempo. Y todas fueron encontradas sin vida.

—¿Las cinco? —pregunté sorprendida.

Mi padre me entregó la hoja de papel. Miré el último nombre, el que no estaba tachado.

—El cuerpo del tal Adrián Ramírez Forner ha sido encontrado, esta misma mañana, en la montaña del Tibidabo. —Me miró con intensidad antes de continuar hablando—. Lo han asesinado brutalmente.

Copito de nieve

*Si pudieras patear al responsable
de casi todos tus problemas,
no podrías sentarte por un mes.
Theodore Roosevelt.*

—¿Cómo? —pregunté incrédula.

—Lo asesinaron la pasada noche a sangre fría —dijo mi padre.

Tal afirmación nubló mi vista, incluso perdí el equilibrio por unos instantes mientras un vértigo reptaba desde mi hígado hasta la cabeza. De repente, me di cuenta dónde me había metido, en la boca del lobo. La gente con la que estaba jugando al escondite no se andaba con chiquitas, y yo, que no tenía ni dos dedos de frente, que lo único que sabía era pimplar ron y mancharme los dientes de chocolate... ¡estaba decidida a proteger a la chinche que sujetaba mi mano! Lo miré de reojo, con el atuendo que llevaba me recordó a un marciano —feo y cabezón — que tuvo problemas de inmigración con los federales.

—¿En qué andas metida? —preguntó el inspector de policía Magno del Nido.

—En nada, padre —contesté mirando a sus ojos marrones. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. El mundo era un lugar inhóspito y cruel; y no podía dejar de preguntarme si realmente habían asesinado a Calvin—. Confía en mí —dije ante la mirada vacilante de mi padre.

—¿Que confíe en ti? —preguntó él.

Yo asentí... aguantándome la risa. La situación no era divertida, pero un amasijo de nervios distorsionaba mis emociones. Mi padre se empeñó en saber la verdad, y le repetí que confiara en mí. Él no lo hacía, desde luego. Tuve que escuchar reproches de tiempos remotos, que si cuando era pequeña me comía a escondidas las chocolatinas del calendario de adviento de Rafa y luego lo negaba, pintadas en las paredes amenazando a otros miembros de la familia, sin olvidar los enfados egoístas en los que me tiraba años desaparecida. ¡Al parecer yo era más mala que las peleas de los Power Rangers!

—¡He cambiado! —grité.

—¡Para peor! —replicó él.

—¡Tullido cromañón roñoso! —solté sin respirar.

Mi padre frunció el ceño; y resultó que su frente tenía más arrugas que el culo de un elefante. Aunque él era más alto y corpulento que yo, en aquel momento, lo encontré pequeño y viejo. En tres años cumpliría las seis décadas.

Lo observé con detenimiento, estaba escogiendo qué palabras pronunciar para herirme; y no iba a darle esa satisfacción, por lo que apreté la mano de Ron, y le obligué a darse la vuelta conmigo.

—¡Ni se te ocurra marcharte ahora! —vociferó mi padre.

Caminé con elegancia mientras me alejaba y lo desafiaba con mi indiferencia, mostrándole mi dedo corazón por encima del hombro. Continué avanzando por el pasillo del hospital ante la mirada de un grupo de orangutanes, que no tenían otra cosa más importante que hacer en aquel momento, que escuchar las ofensas entre un padre y una hija.

A los pocos metros, delante de un mostrador de recepción, noté cómo el patriarca oprimía mi

brazo con fuerza. Grité a todo pulmón un «¡suéltame!» que asustó a Ron, e, incluso, a la piara de cerdos que nos rodeaba. A través de la ventana observé cómo el cielo se iluminaba antes del ensordecedor trueno que nos sobrecogió a todos, y, durante unos segundos, se hizo el silencio. Lo aproveché para tranquilizarme y plantar cara a mi padre.

—¿Qué mierda quieres? —pregunté con rabia.

—¡Protegerte! —escupió él.

Me quedé sin palabras. Siempre lo había considerado un fracasado porque una de sus aficiones era montar maquetas. De pequeña, yo disfrutaba escondiéndole las piezas más pequeñas para provocarle enfados monumentales. Secreto que nunca le revelaría para que no me quitara de su testamento.

—¿Ya estáis montando un numerito? —preguntó Rafa. Caminó con rapidez hasta llegar a nosotros—. ¡Qué vergüenza! ¡Se os escucha desde el servicio!

¡Ya estaba Rita la cantaora dando la vara! Una voccecita en mi interior me pedía que la insultara; y no procedía de ningún pinganillo en mi oreja, sino de la esquizofrenia que anidaba en mi cabeza. Ignoré esa voz, como también hice con el pez borrón de mi hermana y, observé a mi padre.

—Lo siento —confesé.

Era la primera vez que me disculpaba. ¿Me estaba volviendo ñoña? Era posible, pero, también, era consciente de que no podía mantenerme en mis trece eternamente. Tenía que dejar de ser un grano en el culo para los seres que más me importaban. O quizá... tenía miedo, porque yo siempre iba a todas partes con la lengua depilada y preparada para batallar, más si el contrincante era el cabestro de mi progenitor. Aunque esta vez, decidí mostrar bandera blanca. Mi padre se quedó desconcertado, pero, al final, me abrazó con fuerza. Se unió también mi hermana y permanecimos unos segundos unidos.

—¿Estás llorando? —preguntó Rafa.

—¡No! —respondí—. ¡Me ha saltado un piojo tuyo al ojo! ¡A ver si te pasas la lendrerá de vez en cuando! —ladré.

Avanzamos en silencio hasta una de las salas de espera que albergaba el centro hospitalario; de camino me compré un paquete de Shornolletas de una máquina de *vending*, y empecé a devorarlas con una avidez inusual en mí. Cuando me metí la última galleta en la boca, me acordé de preguntar a mis acompañantes si querían alguna.

Continuamos esperando estoicamente en ese lugar. Había gente muy rara, con barba y todo, pero, sobre todo, mujeres, de todas las edades, etnias, tamaños y colores. Me recordó a la fauna en la cantina de la *Guerra de las Galaxias*. Intuía que la abundancia del género femenino en aquella sala era debido a que los hombres necesitaban más mantenimiento, también, que por naturaleza, eran seres estúpidos que siempre ponían su vida en riesgo, y, por lo tanto, terminaban en urgencias.

Me aburría tanto, que estuve poniendo la oreja en conversaciones ajenas, la mayoría hablaban del insólito día que había vivido Barcelona, era el primer día en todo el año que los rayos de sol habían acariciado algunas partes de la ciudad. Lo más insólito era que, en el resto de la península, el astro rey se dejaba ver a diario.

Durante la espera, mi hermana bajó a la calle un par de veces para cambiar el tique del aparcamiento. ¡Vaya mierda de país! Se pagaba desde el minuto uno por aparcar en la vía pública, y en los centros comerciales siempre te regalaban las primeras horas.

A las seis de la tarde —¡por fin!—, nos comunicaron que la intervención quirúrgica realizada a mi madre había finalizado con éxito. Irrumpimos en vítores, aunque tuvimos que esperar un

rato más porque seguía anestesiada. Tras unos minutos, nos indicaron en qué habitación estaba. Tuvimos que caminar un buen trecho del hospital para llegar hasta mi madre, y, cuando por fin lo hicimos, al contemplarla se terminó la pequeña celebración que traíamos con nosotros. Mi hermana rompió a llorar, mi padre la miró apenado, y yo apreté a Ron contra mí como si su cuerpo fuera un talismán poderoso.

Mi madre estaba encogida en la cama, arropada por unas sábanas desgastadas y viejas. Estaba pálida, y su cara mostraba cansancio y sufrimiento. En aquel instante, comprendí la gravedad de la enfermedad que padecía; era como un puto dementor que chupaba su vida. Desde que yo era una niña había escuchado la palabra «cáncer» en multitud de ocasiones, pero nunca pensé que alguien de mi familia pudiera contraer «eso», y menos mi madre, que era todo bondad y alegría, un cruce entre Mary Poppins y la Abeja Maya. Pero la vida es una puta mierda, y el cáncer... una caca.

Cuando abrió los ojos, sonrió al vernos a todos juntos. La atosigamos a preguntas de cómo se sentía, o de si recordaba algo de la intervención. Tras respondernos con diligencia, obtuvo un momento de paz. Llenó sus pulmones de aire, y contempló la aburrida y triste habitación. Sus ojos acabaron postrándose en Ron.

—Lo estoy cuidando —contesté ante su mirada interrogativa.

Mi madre alzó las cejas, sorprendida y miró a mi padre que resopló desdeñando mi afirmación.

—¡Es verdad! ¡Díselo, Rafa! —protesté.

—¿Cómo vas tú a cuidar de alguien? —dijo el cabezacuadrado de mi padre—. ¡Es el disparate más grande que he escuchado nunca! —Miró a Ron y añadió—: ¡Y mira las manchas de la piel! ¿Es roña o padece vitíligo? ¿Por qué no habla? ¿No será retrasado?

—¡Magno! —le reprendió mi madre con debilidad.

Observé a la mema de mi hermana esperando que saliera en mi ayuda, pero solo tenía ojos para la pantalla de su teléfono móvil; la mandíbula se le iba a desencajar de tanto sonreírle a la pobre Siri.

—¡Mi novio está de camino! —soltó la zopenca sin venir a cuento—. ¡Al fin lo vais a conocer!

—¿Cómo estás? —volvió a preguntar mi padre a mi madre.

—Cansada —respondió ella—, me siento...

Se quedó con la boca abierta, congelada. Solo miraba a Ron, y lo hacía con una curiosidad extrema. Este caminó hasta la cama, y, sin decir nada, la abrazó. Aunque... ¿Qué carajo iba a decirle si no hablaba nuestro idioma? Tras incorporarse, la peluca que este llevaba se cayó al suelo. Mi padre la recogió y la examinó.

—¿Qué coño significa esto? —preguntó.

«¡Rápido, di algo!», pensé.

—He contado los pasos que hay desde mi cama hasta la cama de Drac.

—¿Cómo? —preguntó mi padre.

Mi hermana se tapó la boca con la mano izquierda para no estallar en carcajadas. Y yo me sentí horrorizada por la estupidez que había soltado.

—Me lo han dejado unos días —dije de carrerilla señalando a Ron. Miré a mi hermana con cara de súplica.

—Papá —dijo Rafa—, este niño no tiene a dónde ir. La *tata*^[8] se está haciendo cargo de él.

—¿Es eso verdad? —preguntó mi madre confundida.

Yo asentí con la cabeza, mientras escuchaba cómo me decía: «¡Qué grande eres!». ¡Me

llamaban gorda hasta cuando hacía algo de provecho!

—¿Por qué lo has disfrazado? —preguntó mi padre.

No supe qué decir, yo tenía menos imaginación que los compositores de *reggaeton*. Miré a mi hermana buscando ayuda, pero la mongola volvía a estar sumergida en el puto teléfono. ¡Cuánto mal estaba haciendo aquel aparato infernal! Distanciaba a las familias, cortaba las comunicaciones en vivo y... ¡Yo llevaba casi treinta y seis horas sin uno de ellos! ¡No me lo podía creer! Aunque yo no tenía con quien gastar la batería.

Unos minutos más tarde llamaron a la puerta. Entró un doctor al que nunca habíamos visto. Nos pidió, amablemente, a mi hermana, a Ron y a mí, que abandonáramos la habitación porque iba a examinar a mi madre y dialogar con mi padre durante un buen rato. Nos despedimos de Manuela, y, antes de salir, mi padre me llamó y me mostró su dedo índice erguido. No hizo falta que dijera nada. «Todavía no hemos terminado de hablar», leí en sus ojos de búho.

Cuando abandonamos la habitación encontramos el pasillo vacío. Fue agradable no cruzarse con nadie. Una de las razones por las que no me gustan los hospitales es porque están infestados de pacientes enfermos.

—Creo que lo mejor será que me vaya —anuncié.

—¿Tan pronto? ¡Qué rancia! ¡Quédate un rato más! —dijo mi hermana—. Mi chico está de camino. Quiero que lo conozcas. —Hizo una pausa mientras miraba el final del pasillo—. Qué extraño... No se ve a nadie.

La contemplé encogerse de hombros, y bajó la mirada hasta su teléfono. Observé sus dedos moverse con agilidad mientras toqueteaba la pantalla.

—Tengo a otro enfermo en casa —recordé. La verdad era que tenía muchas ganas de volver a ver a Drac. Incluso había fantaseado con hacerle espaguetis para cenar. De repente, recordé la fecha en la que nos encontrábamos. Con todo lo que estaba pasando, incomunicada y sin Internet, y en plena ley seca... ¡Lo había olvidado!—. ¡Hoy es 14 de febrero! —anuncié.

Mi hermana cerró los ojos. Al abrirlos, contestó:

—¡Pos claro!

—¿Vas a cenar con tu novio esta noche? —pregunté por educación. ¡No la quería ver por mi apartamento!

Rafa me miró durante un segundo, y después volvió a enfocarse en el móvil. Me empezaba a poner de los nervios hablar con ella. Suspiré despacio e intenté invocar al mismísimo Buda para obtener algo de paz. Estábamos en un hospital, y no podía gritar, aunque no hubiera ni una sola persona alrededor nuestro.

—Yo, de momento, esperaré a papá —respondió al fin—. Y a mi churri le falta un rato para llegar. —Una pausa—. Por cierto, Sami está de camino a tu casa, dice que no te preocupes por la cena —dijo Rafa alzando la voz.

—¡Que no me preocupe por la cena! —dije alucinando pepinillos.

—No —contestó. Sonreía de oreja a oreja. La chupóptera estaba disfrutando con la situación—. Ha pillado algo para Drac en un restaurante vegano —leyó de la pantalla con cierta sorna.

Me imaginé a un tren saliendo de un túnel a toda pastilla, y a doña Perfecta atada en las vías tras haber sido lapidada por un ejército de mangalores.

—Me voy pitando, ¡puta Triple S! —dije antes de empezar a correr.

A los pocos metros, giré ciento ochenta grados y rehíce mis pasos. Cogí a Ron de la mano, me lo había olvidado. Me despedí de mi hermana y le anuncié que la llamaría más tarde para que me informase de lo que el doctor estaba hablando con nuestros padres.

Avancé varios metros. Encontré raro no cruzarme con nadie. Ni pacientes merodeando por los

pasillos enseñando el pompis, o trabajadores amargados escaqueándose de sus obligaciones. Ron y yo nos detuvimos delante del ascensor, y dejé que el chaval pulsara el botón. De vez en cuando yo podía llegar a ser bastante generosa.

El ascensor tardó en llegar, y cuando se abrieron las puertas, descubrí que en el interior había un hombre alto, de aspecto pulcro y acicalado, y con las piernas separadas, como si no pudiera juntarlas debido al tamaño de sus pelotas. Vestía un traje negro con una corbata del mismo color. Miré coqueta su afeitado rostro, los finos labios... ¡Todo en él era atractivo! Poseía una mirada severa y curtida por los años, con unos ojos tan claros como unas sábanas a estrenar en un hospital. El hombre tenía un cierto aire a Kirk Douglas, en su época dorada, por supuesto. Curvé mis labios y suavicé la intensidad de mi mirada, pero el muy estúpido me ignoró, solo miraba a Ron. Avancé al interior del habitáculo arrastrando al pequeño que no quería pasar, aunque lo que realmente me parecía extraño, era que el personaje misterioso no me hubiera devuelto la sonrisa. Estaba perdiendo el duende del ligoteo... ¡Socorro! Me percaté, también, de que el rubiales no utilizaba ninguna clase de perfume, por lo tanto, no era de fiar. Las puertas del elevador se cerraron, y cuando se puso en movimiento, el desconocido pulsó el botón «stop». El ascensor se detuvo.

—No —dijo simplemente. No había autoridad alguna en la negación formulada. Pero levantó la solapa de la americana que llevaba y contemplé, con sorpresa, una pistola—. ¿Y dónde está la rubia?

—¿Qué rubia? —pregunté en estado de *shock*.

—¡Tu hermana!

—Mi hermana no es rubia...

—¡Cállate! —gritó de repente.

Tanto Ron como yo nos asustamos, aunque yo fui la única que soltó un pequeño grito.

Observé con temor al desconocido. La serenidad que había en su bello rostro desapareció, y me miró con unos ojos tan glaciales que mi corazón se congeló. El hombre de negro rompió el silencio con unas palabras afiladas.

—Si no quieres inmiscuir a tu familia en problemas, harás todo lo que yo te diga y sin llamar la atención. ¿Entendido?

Tragué saliva, y analicé la situación. Lo primero en lo que pensé era en que no podía soltarle un zasca en toda la boca, podría meter en problemas a los míos. Mi segundo pensamiento lo dediqué en cómo podía defenderme. Los únicos artilugios que podían ayudarme los tenía en mi bolso: mi spray de pimienta, la cachiporra y una llave inglesa. Ojalá mi captor se agachara para atarse los cordones, pero los zapatos que calzaba, que, por cierto, eran muy bonitos, no disponían de ellos.

Miré a Ron, temblaba como una maraca e intenté serenarlo con alguna palabra reconfortante, pero mi lengua estaba pegada al paladar. Tal vez fuese porque tenía más miedo que Eduardo Manostijeras en su primera paja, o, tal vez, porque en mi cabeza resonaba la frase «mantén la boca cerrada, y los ojos bien abiertos».

—¿Me has entendido? —reiteró el malasombra.

Yo asentí con cautela. Tanto la voz, como el cuerpazo de jamón serrano, y el arma que ahora llevaba en la mano... ¡me imponían un profundo respeto! Por alguna extraña razón, la situación también me parecía algo excitante. Vamos, que estaba un poco cachonda, en plan sota de oros. No me hubiera importado practicarle allí mismo una felación para salvar mi vida y la del niño.

—¿Cómo te llamas? —interrogué. «¿Por qué coño le preguntaba eso?»—. Digo... ¿Qué quieres de mí?

—Quiero que me lleves al escondite de Drac.

—¿Al escondite de Drac?

Mi secuestrador afirmó, lo miré sorprendida y tragando saliva lo acompañé con movimientos verticales de cabeza. Tenía que ganar tiempo, desde luego encerrada en un ascensor no tenía ninguna posibilidad de escapar. Observé cómo el desconocido oprimía «S3» y extraía una pequeña llave que estaba introducida en el panel de control, junto a los botones.

El elevador empezó a descender, y el hombre se presentó:

—Me llamo Jordi, y mato dragones. —Bajó la mirada, y miró al pequeño que se escondía tras mi «delgado» cuerpo—. Y junto a ti tenemos a... ¿Ginebra? —preguntó de forma socarrona.

¿Me estaba vacilando? Tragué saliva de nuevo, esta vez por no escupirle en la cara, e intenté evocar la puta frase que siempre repetía para tranquilizarme, pero no la recordaba. Estaba bloqueada. «¡Puto Isaac Newton de los cojones! ¡Zote pinchaúvas! ¡Me cago en su estampa!». Lo estuve insultando en mi cabeza de forma irracional sin saber la razón. ¿Por qué le tenía tanta manía y lo tenía siempre presente? Las puertas del ascensor se abrieron una vez terminé la matraca de insultos. Jordi nos indicó a Ron y a mí que encabezáramos la marcha. Avanzamos por un pasillo oscuro, en el que había algunos fluorescentes encendidos cada cinco metros. Intenté agudizar mi oído, pero solo escuchaba nuestras pisadas. Me coloqué con disimulo el bolso delante de mí. Solo tenía que deslizar la cremallera y agarrar el aerosol para gasear los preciosos ojos... ¡del hijo de la gran puta que me encañonaba con una pistola!

Empecé una cuenta atrás, y cuando estaba llegando al número trece, escuché:

—Gira a la izquierda y avanza hasta el final.

Me percaté que la distancia entre nosotros había aumentado, no como para echar a correr y perderlo de vista. No podía engañarme, nunca, en toda mi vida, había terminado una carrera con éxito. Aproveché la distancia para extraer mi arma secreta y esconderla en el interior de mi braga faja con movimientos amorfos muy bien estudiados. Logré terminar la operación antes de que llegáramos a una puerta.

—Ábrela —ordenó Jordi.

Lo hice, y continuamos andando. No me atreví a sacar nada más del bolso por temor a ser descubierta. Terminamos penetrando en un subterráneo mal iluminado que desembocó en un aparcamiento privado. Llegamos hasta un coche negro que reconocí, la superficie de la chapa y de los cristales no tenía ni una mota de polvo. En otras circunstancias, me hubiera sentido halagada de montarme en un vehículo como aquel, de alta gama e impoluto, pero me encontraba en una situación tan peliaguda que solo me quedaba rezar para que ocurriese un milagro. ¡Ojalá fuera Jesucristo! Y convertiría el agua en ron para...

—Entra.

—Espera —dije nerviosa.

Me di la vuelta y le mostré las palmas de mis manos. Tenía que decir algo ingenioso para ganar tiempo, y esperaba no soltar una flatulencia, porque tenía un amasijo de nervios en el estómago que me electrocutaban las tripas cada vez que pestañeaba.

—¿A dónde vamos? —pregunté tras estrujarme los sesos.

Jordi cogió aire, «¿realmente ese era su nombre?», me cuestioné. Tras cinco segundos, habló:

—Lo estabas haciendo muy bien. No la cagues ahora. —Una pausa—. Dame tu bolso, y montaos los dos en la parte trasera del vehículo —ordenó.

Mientras me hablaba me entraron ganas de taparme los oídos y decir: «Lalalalá, no te escucho, cara de cartucho», pero hice todo lo que me pidió. ¿Qué otra opción tenía? ¡Ninguna! Ojalá tuviera algún superpoder, aunque ello conllevara tener una gran responsabilidad. Desde

luego, si salía con vida de la situación en la que me encontraba, me iba a coger una castaña de campeonato.

Una vez sentados en la parte trasera, descubrí que en el asiento del copiloto se encontraba el mulato *sexy* de perilla recortada que, en los dos últimos días, me había perseguido sin mucho éxito. Giró su cabeza para mirarnos; lo saludé, pero no me devolvió el saludo. Contemplé más de cerca un tatuaje con forma de escorpión que tenía en el cuello, recordé que también tenía los brazos repletos de ellos, aunque, esta vez, la vestimenta que llevaba no le dejaba lucirlos. El magancés pasaba de mí, solo miraba a Ron, y de una forma que no me gustaba nada. Tras varios segundos, al fin, sus pupilas se clavaron en las mías. Sus palabras me atravesaron como una daga.

—Señora... por fin la cazamos —dijo el muy desgraciado con una voz dulce. ¡Señora! ¡Otra vez me ponían más años de los que tenía!

La puerta del conductor se abrió, y, tras el volante, se sentó el rubiales de metro noventa que le entregó mi bolso al copiloto. Este se lo colocó en el regazo, y, entonces, habló:

—Señor Rojo —dijo mi atractivo acosador con acento panchito—, buen trabajo.

El coche empezó a moverse, abandonamos el recinto del hospital a gran velocidad. Observé a Ron, estaba a punto de romper a llorar; me atrevería a decir que era más consciente que yo de la situación en la que nos encontrábamos. Empezó a llover a la primera lágrima de Ron. Primero despacio, golpeando con suavidad la chapa del coche: «plic, plic, plic», pero a medida que los gemidos del pequeño se intensificaban, la lluvia empezó a caer con más ferocidad.

Jordi —o el señor Rojo—, tuvo que reducir la velocidad, y activar el limpiaparabrisas al máximo. Entramos a la Ronda de Dalt; el tráfico era denso y la mayoría de los vehículos se movían despacio.

—¡Tranquiliza al niño! —gritó el copiloto.

—No —contesté.

En un secuestro siempre había que llevar la contraria a los asaltantes, para desorientarlos. Y nunca, bajo ningún concepto, desarrollar el síndrome de Estocolmo por alguno de los tipos malos. Yo tenía claro que no me iba a enamorar del primer mindundi *sexy* que me secuestrara. Estaba hasta los huesos del señor Capdevilla Ripoll, y era en lo único que pensaba para intentar mantener la calma y no caer presa del pánico. ¡Ni Buda, ni Yoda, ni pollas en vinagre! ¡Solo pensaba en Drac! En sus preciosos ojos ordinarios, en sus labios esponjosos del montón..., en lo bueno que era conmigo y con todo el mundo que le rodeaba. Y, también, recordé nuestra última conversación, la que tuvimos antes de que cayera por las escaleras, y cómo yo había ignorado sus palabras, la urgencia de su voz, o la poca paciencia que mostró conmigo.

Los berridos de Ron se intensificaron, lloraba a moco tendido, pero decidí no consolarlo. Seguía cayendo agua con una agresividad demencial, y yo tenía la pequeña fantasía de que el llanto del pequeño estuviera relacionado con la tormenta que caía. ¡Qué tonta y estúpida era! ¡Me habían atrapado sin oponer resistencia! ¡Idiota! El microbio intentó abrazarme, pero lo rechacé. «Todo esto es por tu culpa», le reproché con algo de odio y enfado. Ron empezó a gritar con una pena que encogió mi corazón. Al mismo tiempo, observé, sorprendida, como una lluvia de granizos de hielo empezaba a caer con violencia; golpeaba la carrocería del coche con una intensidad tan ensordecedora que era como si una traca de las fallas de Valencia estuviera estallando sobre nuestras cabezas.

—Señor Verde —dijo el señor Rojo, el del cabello rubio de ojos claros—. Ocúpate de él.

Vi cómo el mulato asentía con la cabeza y abría la guantera. Yo no disponía de mucho tiempo, por lo que deslicé mi mano por debajo de los michelines de mi vientre, y cogí el aerosol

que guardaba en mi chichi. Lo sujeté con fuerza mientras, a mi lado, el mocoso gritaba y lloraba como si su vida dependiera de ello. ¡Nunca iba a tener un hijo! ¡Qué horror!

El coche circulaba muy despacio, al igual que los demás vehículos que nos rodeaban. Se escuchaba el aullido gélido del viento, y la tormenta de granizo se detuvo de golpe. Al instante, empezaron a caer copos de nieve. Un sinfín de luces rojas inundaron los tres carriles de la ronda; todos los vehículos frenaron en seco.

El señor Verde empezó a incorporarse, sostenía una jeringuilla en la mano. Me miró con una mueca perversa, momento que aproveché para alzar el espray de pimienta a la altura de sus oscuros ojos. Tuve la suerte de que mi enemigo se llevó tal sorpresa que, incluso, los abrió más. Si pensaba que era parte del rebaño, conmigo lo tenía claro. ¡Yo era una loba! Accioné el pulverizador y le rocié los ojos hasta crear una nube tóxica que se propagó por todo el interior del vehículo. Aun así, fui capaz de impulsar el brazo de mi oponente hasta su compañero, y la aguja penetró en el cuello del conductor mientras mis ojos se inundaban de lágrimas.

Ron continuaba gritando, tan fuerte que pensé que me iba a reventar los tímpanos. El coche empezó a temblar, pero no di importancia a tal acontecimiento. Yo lo único que pensaba era en terminar mi plan de escape improvisado, y sumergir mi cabeza en agua fría para aliviar el horrible picor de mis ojos. Era consciente de que tenía poco tiempo, el señor Verde pronto recobraría la visión y se percataría de lo que estaba ocurriendo. Cuando el señor Rojo me agarró de la muñeca, yo ya había presionado el émbolo y todo el contenido de la jeringa entró dentro de su cuerpo, a los pocos segundos, perdió el conocimiento.

Al mismo tiempo que dejaba fuera de combate al señor Rojo, yo estaba ejecutando la segunda parte de mi plan, que consistía en recuperar mi bolso, y lo logré tras volver a gasear al señor Verde/mulato sexy; esta vez, le rocié en sus puños, que los frotaba contra sus ojos mientras gritaba de dolor.

A tientas encontré la llave inglesa en el interior de mi bolso, y, nada más tenerla, empecé a golpear la ventana. Noté como el señor Verde ponía una de sus apestosas manos en mi muslo. Los dedos de este se clavaron en mi carne como espuelas. Grité de dolor mientras empezaba a golpearle tantas veces como lo permitía mi brazo.

—¡AAAAH! —grité de asco cuando su sangre salpicó mi rostro.

Ron pateaba el brazo de nuestro atacante, este lo retiró cuando escuchamos un crujido procedente de uno de sus dedos. Tuve unos segundos de tranquilidad para romper la ventanilla; una lluvia de fragmentos tintineantes cayó a ambos lados, y me olvidé de cerrar la boca. Algunos pequeños trozos de cristal entraron en mi boca. ¡Yummy!

El temblor de tierra continuó, a través de la ventana que había roto, veía cómo todos los coches del carril contiguo botaban. La imagen era surrealista. Mientras el señor Verde continuaba chillando, ayudé a Ron a salir por la ventanilla, después fue mi turno, pero me costó mil doscientos sesenta y nueve demonios salir de allí. ¡Al menos, no se quedó atascada la forma esférica de mi tronco en la estructura de la ventana! El terremoto no duró mucho más, se detuvo en cuanto Ron y yo nos fundimos en un abrazo.

—¡Tengo hambre! —dije mientras lo achuchaba.

La puerta del copiloto se abrió, y el señor Verde salió con cierta inestabilidad. Observé que el malandrín tenía los ojos cerrados, el rostro cubierto de lágrimas y sangre; y uno de sus dedos apuntaba *pa' Cuenca*. ¡Ojalá se hubiera quedado ciego para siempre! Miré a mi alrededor en busca de ayuda, pero la mayoría de las personas que me rodeaban parecían *monguers*^[9] que grababan la nieve que caía con sus teléfonos. ¡Estúpidos paletos de ciudad! Sin perder ni un segundo, cogí la mano de Ron y empezamos a correr entre los coches en dirección a la salida

más cercana: Vallcarca.

A los cien metros sentía pinchazos en el costado. Y continuaba nevando, aunque de forma menos copiosa. Algunos adultos formaban bolas de nieve y las lanzaban al aire, también había niños que correteaban alrededor mío, uno de ellos se chocó conmigo, y casi terminé estampando mi cara en el pavimento de la carretera. El puto crío ni se disculpó, se marchó entre risas... El que debía ser el padre fumaba un cigarrillo mientras flirteaba con una pelirroja tetuda. ¡Tendrían que prohibir por ley que algunas personas se reprodujeran! ¡Hacerles una vasectomía tras suspender un examen de civismo obligatorio!

Cuando, por fin, llegamos a la salida seis, contemplé que no era la única que había tomado tal decisión, decenas de personas subían a buen ritmo la calzada. Yo necesitaba descansar, me giré y admiré el camino recorrido por si Fulanito o Menganito nos volvían a perseguir, pero no los vi. Me apoyé en una furgoneta, Ron me imitó y nos miramos en silencio.

—¿Estás bien? ¡Vaya cara me llevas! —dije.

El pequeño había perdido la peluca, y su cara parecía un tablero de *backgammon* debido a las lágrimas que habían corrido la pintura negra. ¡Y, encima, le moqueaba la nariz! ¡Qué asco! Advertí que no apartaba la vista de mí, parecía mirarme con admiración, y eso, infló mi ego. Desde pequeña, siempre había querido vivir una aventura, a ser posible, con un compañero tan guapo como Jack Dawson, pero no, me tenía que conformar con un Pokémon. De todas formas, me agaché y, sin decirle nada, lo abracé de nuevo.

—No voy a permitir que nadie te haga daño —dije en un arrebato de sinceridad—. ¿Me entiendes, mazapán?

Ron me mostró los dientes con una sonrisa, asintió, se sorbió la nariz y, entonces, emprendimos la marcha de nuevo. Tras una buena caminata, conseguimos montarnos en un taxi en la calle Balmes. Le indiqué a la conductora la dirección de mi casa, y, cuando por fin llegamos, nos encontramos en el portal a doña Perfecta. Iba emperifollada de pies a cabeza, además de apestar a perfume caro.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunté con cara de malas pulgas. Tenía que reconocer que estaba preciosa; y lo tenía todo en su sitio.

«¡Zorra, puta, guarra!».

—¿Dónde estabas? ¡Llevo más de una hora esperando! Tu hermana...

—¡Mi hermana es una mercachifle! —grité.

Empecé a buscar las llaves en mi bolso, y escuché la perorata de Samantha S. Scarlet. Ni Drac, ni ningún otro vecino le había abierto la puerta. «¡Ni siquiera me han contestado por el telefonillo!», se quejó. Yo me reí en su cara, una buena noticia entre tantos disgustos nunca caía en saco roto. Intenté persuadirla para que me diera la bolsa con la cena y se marchara a tomar por culo, pero la cagaprisas estaba emperrada en ver a mi chico.

—Dame la bolsa y vete —repetí de mal humor.

—¡Quiero ver a Drac! Estoy preocupada, le ha podido pasar algo —dijo doña Perfecta.

—Yo me encargo de todo, no te molestes.

Cogí un asa de la bolsa e intenté arrebátársela.

—No es molestia, además, estamos en la misma página.

Triple S dio un tirón, y perdí la sujeción del asa de la bolsa. Cabe destacar que, en la misma mano, yo sujetaba las llaves que, por fin, había encontrado, y, en la otra tenía agarrado a Ron.

—No, bonita. No estamos ni en el mismo libro —contesté con cierto retintín, y, entonces, al final de la calle, vi a Perico de los palotes—. ¡Anderson!

Tuve un pálpito. Abrí la portería corriendo, y doña Perfecta, Ron y yo, entramos.

—¿Qué pasa? —preguntó la tonta del bote.

—¡Nos han secuestrado! Nos hemos escapado y... ¡han asesinado a Calvin! —grité dejándome llevar por mis emociones.

Samantha S. Scarlet frunció el ceño.

—¡Hablo tu idioma, pero no te entiendo! —soltó la pánfila.

—Vayamos a casa... ¡Me vuelven a perseguir!

Aunque lo último que deseaba era explicárselo todo a ella. ¡Necesitaba ver a Drac! ¿Y qué coño hacía Anderson en mi calle? ¿Estaba él también metido en el ajo? Subimos a mi piso por las escaleras, no pensaba coger un ascensor en mucho tiempo. Y, al llegar a mi rellano, allí fue donde, realmente, empezó el principio del fin.

La puerta estaba forzada, alguien había registrado mi casa de arriba abajo, y Drac Capdevila Ripoll había desaparecido.

Rebelión en la granja

*Para volver a ser joven, yo haría cualquier cosa
en el mundo, excepto ejercicio,
levantarme temprano
o ser respetable.
Oscar Wilde.*

Mi dulce hogar estaba patas arriba. Era un desastre, un auténtico caos. Alguien había registrado todas las habitaciones y abierto todos los armarios, desordenado los cajones, removido los estantes... ¡Mi alijo de chocolate había sido manoseado! Algo importante debían de buscar cuando reventaron hasta mi caja de seguridad, la que tenía escondida en el fondo del armario tras una pila de revistas de mi adolescencia y bolsos que nunca utilizaba. Allí guardaba una colección de vibradores ergonómicos de diferentes tamaños. ¡Me sentía violada pensando que algún pazguato los había tocado!

Pero sin lugar a duda, lo peor de todo, era que Drac Capdevila Ripoll había desaparecido. Y su ausencia me oprimía el pecho. Mientras realizaba el registro buscándolo por todas las habitaciones, Ron me seguía sin decir ni pío. Mi mascota miró en el interior de los armarios, debajo de los catres, en rincones llenos de polvo... ¡Al final iba a resultar que no era un cero a la izquierda! Nada que ver con esos perritos falderos que dan ganas de pisotear. Me sorprendió, también, la capacidad que teníamos para comunicarnos con tan solo mirarnos. No hacían falta palabras, ni sílabas o sonidos toscos como eructos o pedos, aunque el mamarracho soltaba «autolavado» de vez en cuando. Y, mientras escuchaba «esa» palabra, llegó lo inevitable. Lágrimas.

Estaba perdida, navegando a la deriva en un océano infinito. No llevaba mapa ni brújula, y mi interior era un laberinto. Tampoco podía olvidar los dolores físicos que padecía: jaqueca, agujetas en los músculos, calambres en los tendones, dolores en las rodillas...

Todos mis males empezaron en el momento en que el enano piojoso chupasangres entró en mi vida. ¡Él era el causante de mi naufragio! Desde su llegada, mi maravillosa vida se había ido por el desagüe: secuestros, persecuciones, carreras... Y, ante todo, yo odiaba a los niños. ¡Los odiaba! ¿Qué hacía con uno? ¿Pero qué estaba diciendo? Por supuesto que él no tenía la culpa de nada...

¡El culpable era el desarrapado de Drac! ¡Él era el responsable de mi crisis emocional! ¡Él era el responsable de que mi casa fuera un campo de batalla! ¡Mi casa! ¡Mierda de vida! Cuanto más lo pensaba, más me cabreaba. Una explosión de furia invadió mi cuerpo, y caminé hasta el espejo para mirarme. Me temía lo peor, pero la imagen reflejada me desconcertó. ¡No podía creer lo que veían mis ojos! Estaba... estaba hermosísima, más guapa que nunca, con un cutis sonrosado y brillante. Me acaricié el cabello y lo encontré sedoso, nada tenía que ver con el estropajo que solía crecerme. No pude encontrar ojeras sobre mis pómulos, ni la escabechina realizada a un grano varios días atrás durante una de mis borracheras. Encontré, también, el perfil de mi cara sexy, y mis ojos brillaban con un esplendor insólito. Mientras miraba mi reflejo pensé que si mi apariencia era el resultado de no haber bebido nada de alcohol en todo el santo día... ¡No iba a beber nunca más! ¡Nunca!

—¡Lo juro por Snoopy! —exclamé.

—Autolavado —contestó Ron.

Antes de volver al salón principal y reunirme con doña Perfecta, transmuté mi rostro a un gesto huraño, tenía que deshacerme de la estúpida que se había vuelto a colar en mi casa. Al llegar al salón principal, escuché su horripilante voz, estaba hablando con alguien en el recibidor de mi casa. Fui hasta allí y la encontré con el telefonillo en la mano.

—¿Qué coño haces? —pregunté.

—Han llamado al timbre desde la calle, es un tal Anderson —dijo la carapasillo.

—No le habrás abierto, ¿verdad?

—Me ha dicho que es tu amigo.

—¿¡Quién coño te crees que eres!? ¡Milipollas! —dije—, mi único amigo se llama Drac. ¡Tú eres muuuy toooonta!

Al instante, la puerta de mi casa, que estaba forzada y rota, se abrió. Anderson entró y lo contemplé con sorpresa, este miró a Samantha con admiración y deseo. ¡Encima! La sangre que recorría mis conductos sanguíneos se agolpó en la musculosa vena de mi frente, y a punto estuvo de reventar como una palomita en el microondas. ¡Pop!

—¿Qué haces aquí? —pregunté con hostilidad.

—¡Llevo todo el día pensando en ti! Me dejaste preocupado... y como ni siquiera tengo tu teléfono...

No terminó la frase, empezó a mirar con curiosidad el pequeño armario del recibidor que estaba abierto de par en par y mostraba los objetos del interior removidos; a mis espaldas se encontraba el salón principal desordenado, era como si mi último invitado hubiera sido el demonio de Tasmania.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Anderson.

—¡Tu madre en patinete! —ladré.

Antes de que pudiera añadir algo más, la puerta se volvió a abrir. ¡Y entró mi vecina! ¡Doña Pepa en cuerpo y alma presente! ¡Éramos pocos y parió la vieja!

«La hierba es verde, el mar es azul. La hierba es verde, el mar es azul. La hierba es una mierda...».

—¿Qué jaleo es este? —preguntó la energúmena.

La ignoré, y respiré hondo.

—Tú —señalé con mi dedo índice a Anderson—. ¡Fuera de mi casa! ¡No te quiero volver a ver!

Me giré para encararme con mi vecina, le iba a cantar las cuarenta por haber puesto un pie en mi casa. Pero no pude hablar... Anderson empezó a llamarme «loca».

—¿Me has llamado loca? —pregunté ofendida.

—¡Estás loca! —gritó él—, y no es la primera vez que te lo digo.

Se llevó el dedo a la frente, y lo movió en ambos sentidos. ¡Qué grosero! En aquel momento perdí los papeles, ¡vamos! ¡Lo que me faltaba por oír! Yo podía ser algo cascarrabias, pero majareta... ¡ni de coña! Empecé a gritar sin ningún control, primero insultaba, y después existía. Le mencioné que sabía que me había drogado la noche anterior, que no me chupaba el dedo. Arrugó la frente, abrió la boca para hablar, y, de repente, la urraca de mi vecina sacó un arma del bolsillo de la bata roñosa que le envolvía y lo electrocutó.

Anderson movió el esqueleto durante unos segundos... y después se desplomó. Triple S se llevó las manos al rostro sorprendida, y yo miré con temor a mi vecina. ¡Ella sí que estaba chalada! Me iba a disparar, y después le daría mis jugosos restos a la gata del presidente. Mi final había llegado. Adiós, mundo cruel. Pero nada pasó. Yo le mostré mis manos en son de paz, y,

con mucho trabajo, logré decir:

—Aquí no ha pasado nada.

—¿Has dicho que te drogó? —preguntó doña Pepa.

No entendí la intención de su pregunta, a pesar de ello, la medité antes de dar mi veredicto.

—Sí, la pasada noche —respondí con un hilo de voz.

La verraca cerró los ojos y asintió de forma seria. Contemplé con detenimiento cómo su rostro se relajaba y deformaba, y cómo su frente tenía más arrugas que las yemas de mis dedos tras mis baños de sales minerales.

En todo momento, Ron estuvo pegado a mí, éramos como uña y carne. Me sujetaba la mano con fuerza, y yo le devolvía el apretón sin tener en cuenta que su mano era más pequeña.

Pasaron unos segundos, nadie habló ni se movió de su sitio. Al final, la alcahueta del edificio se encaró a Samantha S. Scarlet mientras le apuntaba con una pistola eléctrica. «¿Qué carajo está ocurriendo?», me pregunté.

—¿Y esta acémila quién es? —preguntó doña Pepa, sus pequeños ojos oscuros brillaban con una singularidad desconocida—. ¿Eres de fiar? ¡Porque tienes pinta de golfa!

¡Tres puntos para la momia Flores Campos!

Mi compañera de trabajo afirmó que se podía confiar en ella, que no le disparase, bandera blanca y toda esa mierda.

Yo protesté.

—¡No es de fiar! ¡Dispárale! —grité con ansiedad.

No hubo disparo.

Triple S habló. La tiralevitas tenía buena labia. Sabía cautivar con facilidad a todo el mundo, excepto a mí; yo la tenía bien calada. La bruja de mi vecina se relajó escuchándola, aunque en ningún momento dejó de apuntarla, su brazo decrepito ni siquiera temblaba. ¿Cómo era posible? Si tenía tropecientos años... Tenía hasta un ojo medio tuerto, un poco más cerrado que el otro.

—Magma, por favor, dile que soy buena persona —rogó Triple S con cierta pomposidad.

La situación me sobrepasaba, pero llegados a este punto, quise poner las cartas sobre la mesa y decirle a la tonta del bote, de una vez por todas, lo que realmente pensaba de ella.

—Me das asco.

La muy hija de puta ni siquiera mostró arrugas cuando contrajo el rostro, ofendida. Sabía que no era el momento, que también tenía delante a mi archienemiga de escalera en plan psicótica, a mi último no ligue aparcado en el recibidor de mi casa como si fuera un muñeco de trapo, sin olvidarme que estaba a cargo de un niño con los ojos achinados, de edad desconocida y con potencial para transformarse en loro, pero me importaba todo tres pueblos.

—No te soporto. Me caes como el culo, y no eres bienvenida en mi casa, y no quiero que te acerques a Drac. No quiero que lo toques, ni que le...

—¡CÁLLATE! —gritó Samantha S. Scarlet.

Por supuesto que me callé, me quedé tan sorprendida que no supe cómo reaccionar. Cuando me recompuse, me llamó egoísta.

—Eres una egoísta.

No contenta con ello, la pelo pollo me echó en cara que se había jugado su puesto de trabajo por mí. Que si primero tuvo que crear una distracción para robar unas contraseñas a un baboso de unas plantas superiores del edificio en el que trabajábamos, después tuvo que inventarse una milonga para conseguir que don Pancho saliese de su despacho un buen rato, y, entonces, accedió al ordenador para localizar el teléfono móvil de Calvin.

Cuando yo iba a contraatacar, doña Pepa intervino.

—¿Tienes acceso directo a la interfaz de Blackmart? —preguntó tajante. Mi grano del culo, Samantha S. Scarlet, afirmó con la cabeza. Tan divina ella como siempre, como sacada de un concurso de belleza, era para soltarle collejas hasta que escupiera el corazón, momento que aprovecharía para reventárselo a pisotones—. ¿Y es cierto que las dos queréis ver a Drac?

—¿Dónde está Drac? —pregunté nerviosa.

—En mi casa —respondió Pepa.

—¿En tu casa?

—Sí —contestó ella.

Me quedé a cuadros, pequeños, grandes, circulares y triangulares.

—¿Qué hace en tu casa?

—Le he invitado a una fiesta —contestó mi vecina—. Es el aniversario de Rosenda.

Y nos invitó a asistir a la fiesta que había montado en su casa. «Es un pequeño guateque», nos confesó. Yo flipé en colores, porque... acepté.

Necesitaba ver a Drac, necesitaba verlo sonreír, porque cuando sonreía era igual que el sol, de esos que los niños pequeños colorean con un amarillo intenso. Y deseaba sus labios, no podía engañarme más, necesitaba besar esas esponjosas nubes rojas que tenía y acariciar su aterciopelada mejilla.

Doña Perfecta me devolvió a la realidad cuando empezó a seguir a mi vecina sin vacilar. Yo no me quise quedar atrás, y abandoné mi casa de la manita de Ron. Caminamos unos pasos mientras la puerta de enfrente se abría. Era Evaristo Cáceres, admiró unos segundos a la apastosa de mi compañera de trabajo, y después se abalanzó para besar sus mofletes.

—¿Invitadas especiales? —preguntó después.

—Sí —contestó doña Pepa.

—Ah, vale. Encantado de conocerla, señorita —dijo el pichabrava—. Soy el presidente de la comunidad. Bienvenidas, pasad y...

—Corta el rollo, soplagaitas. Es mi casa —dijo doña Pepa—. Entrad, por favor —añadió con una bienintencionada hospitalidad que activó todas mis alarmas.

Pero, de fondo, escuché música, y un jolgorio procedente de una multitud de voces. ¡Era verdad lo de la fiesta!

Pasé al interior. Nunca había pisado su casa, y sentí que retrocedía en el tiempo. Me llamó la atención la alfombra, ocupaba toda la superficie del recibidor. Era de color rojo borgoña, algo mullida y resplandecía de lo limpia que estaba. ¿Cuál era el propósito? ¿Espiar por la mirilla sin hacer ruido? Alcé la vista, contemplé una estantería en la que se encontraban unos objetos extraños que no casaban con la decoración hortera de la casa. Mi adorada vecina cogió uno de ellos, era una especie de recipiente opaco de color negro. Lo abrió con ayuda de las dos manos.

—Meted aquí los teléfonos móviles —dijo doña Pepa.

—¿Qué? —preguntó Triple S sin entender.

—¡Yo no tengo! —respondí.

—¿Aún sigues sin móvil? —preguntó Pepa.

«¿Y esta zorra cómo lo sabe?», pensé. Lo había perdido mientras corría una maratón persiguiendo a Drac por La Rambla de Poble Nou la mañana anterior. En esa carrera había perdido, también, por lo menos, un millón de calorías, y arrastraba desde entonces varios dolores por todo el cuerpo.

—¿Por qué tengo que dejarlo aquí? —preguntó doña Perfecta con temblor en la voz.

Otra gilipollas que padecía nomofobia.

—Son las reglas de la fiesta. Nada de móviles —sentenció doña Pepa.

Con mucho pesar, Samantha S. Scarlet abandonó su bien máspreciado, un Black-cream que nuestro trabajo nos regalaba nada más empezábamos a formar parte de la empresa. Yo lo perdí en una noche loca que salí a quemar Barcelona.

—Adelante, síganme —dijo Evaristo.

Como pude, eché a Triple S a un lado con un golpe de cadera, y entré al gran salón junto con Ron. Lo primero que observé fue el porrón de gente que había por toda la casa, y, lo segundo, que algunos iban disfrazados de animales: vacas, cerdos, gallinas... «¿Qué clase de fiesta era aquella?», me pregunté. Porque nadie iba borracho, la mayoría bailaban tranquilos berreando y mugiendo. Presté atención a la música que sonaba, y reconocí los acordes de una guitarra que pertenecían a una estúpida canción de los noventa. Mientras contemplaba los diferentes rostros que me rodeaban, encontré a mi vecina de arriba sentada en el sofá. Llevaba sus dichosos labios pintados de carmín. Me saludó con un movimiento de cabeza, y después continuó hablando con la mujer que tenía al lado. Esta tenía pinta de bollera: cabello corto, camisa a cuadros y anillos en los dedos. La tipeja movía los hombros al compás de la canción.

*«Déjame atravesar el viento sin documentos,
que lo haré por el tiempo que tuvimos».*

Continué observando mi entorno, y distinguí una televisión encendida. Contemplé la pantalla, eran las noticias en directo. Mostraba una imagen caótica de Barcelona, las carreteras de acceso estaban cortadas, disturbios en el centro de la ciudad, manifestaciones... No podía escuchar la información facilitada por la locutora debido a la música y al cacareo de la muchedumbre que me rodeaba. Escuché una risa estridente que me era conocida, al girarme contemplé a Bernarda. Le acompañaba el planchabragas de Paulino, por supuesto.

—Tú, ¿qué haces aquí? —pregunté.

Mi amiga abrió la boca... y me mostró sus horribles dientes, parecían las teclas de un piano de cola de lo grandes que eran. Y a su lado estaba el sombrerero loco, que sonreía mostrando unos dientes amarillos, pero tan amarillos que, por cojones, tenía que restregarse azafrán antes de salir de casa. Iba a preguntarles de nuevo qué coño hacían allí, pero a varios metros lo vi, y con ello llegó el elefante de la habitación.

«Porque buscando tu sonrisa estaría toda mi vida».

Dejé de prestar atención a todo el mundo, y solo tuve ojos para él. El caraculo se lo estaba pasando bomba sin mí, sujetaba un botellín de cerveza y bailaba con mucho salero al compás de la canción. Cuando nuestras miradas se encontraron, mis pómulos se relajaron, mis labios se curvaron, y mis piernas empezaron a saltar como un pollito hacia su encuentro.

¡Qué guapo estaba!

«Quiero ser el único que te muerda la boca».

—¿Bailamos? —preguntó Drac.

Sus ojos brillaban, sus labios sonreían, y yo, como una tonta, ensanché mi sonrisa al máximo, estaba muy feliz de verlo.

—Te pisaré los pies —dije.

Me ofreció su mano, pero yo tenía la mía ocupada. ¡Ron! Me había olvidado de su existencia, y eso que lo tenía agarrado como si fuera un macuto con ruedas. Le solté la mano, y, al instante, sentí un pequeño vacío. Aunque no le di importancia, por fin tenía delante a Drac. Lo achuché y me refugié en sus brazos hasta quedarme sin fuerzas. Por fin, sentí que todo volvía a su cauce, como la apacible agua que fluye en un río.

«Porque en esta vida no quiero pasar un día entero sin ti».

—¿A qué hueles? —preguntó Drac cuando nos separamos.

Y yo, que estaba más sudada que un Teletubbie en Afganistán, intenté comportarme como una señorita refinada.

—¡Tengo el chichi sudado! ¡Y estoy teniendo el día más largo de toda mi vida! ¿Qué mierda está pasando aquí?

Él negó con la cabeza mientras me miraba de forma traviesa. Lo volvía a tener a escasos centímetros, y, al contrario que yo, olía de maravilla. Sus dedos entraron en contacto con los míos, provocando así que todos mis órganos se tensaran.

—No lo sé, pero no dejes de bailar —dijo. Sus palabras sonaron como un dulce ronroneo en mi oído—. Nos están observando.

Me cogió de la cintura, mientras una batería, una guitarra y una voz chulesca, flotaban por toda la casa. Yo me movía de forma patosa, sin coordinación ni gracia. «¡Nos están observando!», había dicho. Y era verdad, había que ser muy gilipollas para no darse cuenta de ello; éramos el centro de atención, y se me daba fatal disimular, como bailar o las matemáticas. Aunque a Drac parecía no importarle, él bailaba de diez.

—En vaya berenjenal me has metido —dije.

Él continuó bailando mientras me miraba a los ojos con tranquilidad, por el contrario, yo necesitaba respuestas.

—¿Por qué estás aquí? —Se encogió de hombros—. ¿Estás borracho? —pregunté.

—Me he tomado varias cervecitas —contestó.

—¿Pero qué edad tienes? ¿Has visto cómo está nuestra casa?

—Los vecinos me sacaron de allí antes de que llegara la pasma con una orden judicial. Pepita me ha explicado que formo parte de algo llamado ACB.

Se separó de mí para dar un trago al botellín de cerveza, después me miró y se le iluminó la cara de nuevo mientras yo intentaba tener los pies en la tierra.

—¿Qué es ACB? —susurré.

—Aliados contra Blackmart —sopló en mi oreja—. Por cierto, he empezado a recordar cosas. —Y se quedó tan pancho.

¡Para darle con la mano abierta!

Pero me quedé sin habla, porque nuestros ojos... conectaron. Y con tal intensidad que, muy a su pesar, hubiera matado a cualquier mosquito que se hubiera atrevido a cruzarse en nuestra mirada. Cerré los ojos para no saltar y devorarlo, cuando los abrí de nuevo, los desvié un momento de sus pupilas, y observé por encima de su hombro que, al final del salón, dos tipos cargaban con el cuerpo de Anderson ante la indiferencia de todos los presentes. Samantha estaba de espaldas y no se percató de ello, la mantenía entretenida Evaristo. Este me observaba con astucia. Y, en aquel momento, me di cuenta de que lo había subestimado, de que no tenía ni un pelo de tonto... ¡Era un tunante zascandil!

—¿Qué has recordado? —pregunté.

—Algunas minucias cotidianas —contestó Drac, en un tono jovial y zalamero. Me mostró una sonrisa llena de júbilo, y consiguió que me olvidara de lo que acababa de presenciar—, por ejemplo, he recordado que el verano pasado te hiciste pipí encima.

—¡Mentira cochina!

—En el sofá —matizó.

—Pero ¡bueno! —solté escandalizada. Yo no padecía incontinencia alguna, pero una vez llegué tan borracha a casa que fui de cabeza al sofá, en plancha y mortal directa. Me olvidé de que llevaba más de dos horas buscando un baño, y me quedé frita, con la vejiga a punto de reventar. El come pasto me había prometido que nunca mencionaría aquel incidente.

¡Embustero!

»Te voy a dar un trastazo en la cabeza que vas a estar un día entero cagando conguitos —solté indignada y avergonzada por aquel capítulo de mi vida.

Él continuaba riéndose, pero se detuvo al ver mi cara. Y, entonces, volvimos a conectar, y su sonrisa inocente me evocó al Drac Capdevila Ripoll de nueve años, el primer verano que entró en mi vida. Yo era muchísimo más mayor que él, tenía once años, y nunca me había gustado un chico. Hasta conocerlo, claro. Él fue el primero. Y eso que venía con el pack completo, las orejas de soplillo, los dientes mellados, y los brazos y piernas repletos de heridas.

Todas las tardes, montábamos castillos de arena frente al Mediterráneo, y, mientras jugábamos, hablábamos de nuestros sueños y de nuestro futuro. Yo lo tenía bien clarito: «De mayor seré rica, famosa y muy guapa». Pero el sueño de Drac era muy diferente al mío. «Yo de mayor seré un espía, uno de los buenos».

—¿Qué más has recordado? —pregunté.

—El número pin del teléfono que encontré en mi habitación.

—¿Cuál era la contraseña?

—¡Nosotros!

—¿Nosotros?

—¡Nuestras iniciales! ¡0-4-1-3! ¡Lo acerté en mi último intento! —No pude darle muchas vueltas al asunto, porque Drac continuó hablando—: También he recordado algo más, algo llamado «Experimento Casiopea».

—¿«Experimento Casiopea»? ¿Y de Ron Zeta Cola, qué? ¿Sabes quién es? —pregunté susurrando en su oreja.

—No lo sé.

—No me fío de los vecinos —confesé.

—Tú no te fías de nadie —dijo Drac.

—Me fío de ti —dije—. ¿Y tú? ¿Confías en mí?

Él asintió, y yo respiré aliviada. Sus brazos me rodeaban, sus manos reposaban en mi cintura, y suponía que nos movíamos al compás de la música, porque no la escuchaba. Solo prestaba atención a su voz. Mis oídos le pertenecían. Tampoco veía lo que sucedía a mi alrededor, mis ojos eran suyos. Y terminé por darme cuenta de que mi cuerpo gravitaba alrededor del suyo, como si de un satélite se tratara. No quería separarme de él. Nunca más.

—Prométeme que siempre estarás a mi lado —dije sin pensar. Así, a lo loco, en plan meteorito kamikaze. Pero, cómo no decir aquello, era mirarlo y perderme en sus ojos color anochecer... Debía añadir algo más, pero no podía porque sentía que le quería tanto que me dolían las palabras en los labios. «¿Esta mierda es estar enamorada?», me pregunté.

De repente, los ojos de Drac se iluminaron, y con el dedo índice se señaló una de las orejas.

*«Hoy en mi ventana brilla el sol,
y el corazón».*

—¡Nuestra última canción!

—¿Cómo? —pregunté.

*«Se pone triste contemplando la ciudad,
porque te vas».*

—¿No te acuerdas? —Negué con la cabeza—. Es la última canción que bailamos en la fiesta...

—¿En la fiesta que nos colamos?

«Como cada noche desperté,

pensando en ti».

Él asintió.

—No recuerdo nada de esa fiesta —confesé.

*«Y en mi reloj todas las horas vi pasar,
porque te vas».*

—Fue la última noche... Ya nos habíamos despedido por la tarde. No podía dormir, y salí a dar una vuelta por la playa y te encontré medio borracha en la costa, llorando —escuché asombrada sin poder creerlo...

*«Todas las promesas de mi amor se irán contigo,
me olvidarás, me olvidarás».*

—Me senté a tu vera sobre la arena y bebimos de la botella de licor que sostenías. Luego paseamos hasta llegar al barrio de los ricachones, había una fiesta en una de las casas y tú dijiste de colarnos y bailar unas canciones.

—Eso nunca pasó.

—¡Claro que sí! Te estuviste burlando de mí porque vestía la camiseta roja de Isaac Newton que me regalaste cuando fuimos al museo de la ciencia junto con tu hermana. ¿Recuerdas?

Y, entonces, me acordé. Las imágenes me llegaron de sopetón golpeándome con la fuerza de un huracán. Yo en la cama llorando porque Drac se marchaba en unas horas al norte de España... Yo saliendo de puntillas de mi habitación y abriendo el mueble bar de mis padres... Yo en la playa bebiendo ron para ahogar mis penas... Y, de repente, llegó Drac, con la camiseta del maldito Isaac Newton de los cojones. Recordé que nos pimplamos la botella de ron, que paseamos por la playa cogidos de la mano, que nos colamos en una fiesta, y que bailamos varias canciones hasta que...

¡Le hice prometerme que jamás me escribiría cartas! ¡Le hice jurar que nunca me llamaría por teléfono!

—¿Podré visitarte cuando venga a Barcelona a ver a la familia? —preguntó un Drac adolescente con los ojos rojos y al borde del llanto.

—No. Nunca —contestó una Magma ebria y despechada.

—Nunca, es demasiado tiempo sin verte —contestó él. Qué adorable. Tragué saliva, quería besarlo, pero temía que si lo hacía nunca me lo quitaría de la cabeza. Estaba enfadada con él porque se marchaba, decisión que habían tomado sus padres. Él todavía era menor de edad, pero en aquel momento lo culpaba—. No podré estar toda la vida sin verte —sentenció.

—Entonces, podrás visitarme dentro de ocho años —dije en un susurro casi inaudible.

—¿Ocho años? —preguntó mi dragón desconcertado.

—Es el tiempo que se tarda en olvidar al amor de tu vida —respondí con el corazón en un puño.

No recordaba dónde había escuchado aquella patraña, pero era una frase superromántica de decir en un momento como aquel.

—Quiero besarte —dijo Drac.

Yo me quedé sin habla, porque también deseaba hacerlo. Al instante, empezó a sonar la canción de Jeanette, y le dije de bailarla porque parecía estar compuesta para nosotros. Él no tenía el cuerpo para bailes, pero lo cogí de la mano y lo llevé al tumulto de personas y bailamos pegados, corazón con corazón... Al terminar la canción, me di cuenta de que estaba llorando, de que eran las cinco de la mañana y sus padres estarían preocupados por él porque esa era la hora a la que partían. Y, entonces, dije:

—Voy a cerrar los ojos y contar hasta cinco. Cuando los abra, quiero que hayas desaparecido

de mi vida.

—Pero...

—¡Ni peros ni manzanas ni melocotones!

—Me gustas Magma... ¿No te das cuenta? ¿Es que acaso yo no te gusto? ¿No me deseas?

¡Claro que sí! Lo deseaba tanto que me dolía hasta el alma.

—Los chicos como tú nunca terminan con las chicas como yo... ¡Nunca! ¡Me romperías el corazón y jamás te lo perdonaría!

—Yo nunca te haría daño...

—Acabarás conociendo a la chica perfecta, a una rubia despampanante con ojos azules y un cuerpo diez y, entonces, te darás cuenta de todos mis defectos...

—¡Eso jamás pasará! ¡Te lo prometo!

—Adiós. Por favor, no me lo pongas más difícil. Vete.

Lo último que vi antes de cerrar los ojos y ponerme a contar elefantes fue la cara estampada de Isaac Newton... Y cuando abrí los ojos... Drac Capdevila Ripoll había desaparecido de mi vida. Me sentí tan ridícula y patética en aquel instante, que lloré como nunca lo había hecho. Y, decidí cerrar con llave mi corazón, con la idea de no volver a enamorarme nunca más de ningún hombre.

Volví al presente. No sabía cuánto tiempo había transcurrido, pero la canción que me había devuelto mis recuerdos olvidados continuaba sonando.

*«Bajo la penumbra de un farol,
se dormirán».*

Le confesé que, por fin, lo recordaba todo.

*«Todas las cosas que quedaron por decir,
se dormirán».*

Y Drac acercó sus labios a los míos, y sentí un pinchazo en el corazón mientras temblaba toda y me estremecía como un narciso blanco.

*«Junto a las manillas de un reloj,
esperarán».*

Estábamos a escasos centímetros, su aliento olía a cerveza, y tenía cuatro pelos mal colocados en el bigote que podían pincharme si nos acercábamos más. Aunque para mí, eso ya no tenía ninguna importancia y continué gravitando hacia él.

*«Todas las horas que quedaron por vivir,
esperarán».*

Cerré los ojos por instinto, y abrí ligeramente la mandíbula sin pensar en el intercambio de millones de bacterias que estábamos a punto de compartir, porque, ante todo, quería besarlo. Hasta quedarme sin labios. Pero la vida es lo que te va sucediendo mientras te empeñas en cumplir tus sueños... ¡Una mierda pinchada en un palo!

Alguien detuvo la canción y puso otra más movidita, y algún gilipuetas gritó: «¡Cambio de pareja!», alguien invadió mi espacio físico y me empujó hacia un lado con violencia. Era Samantha S. Scarlet, y cuando iba a agarrarla de los pelos y golpearla contra el tabique de carga del edificio, doña Pepa me agarró de la muñeca.

—Acompáñame —ordenó.

—¿Y Ron? —pregunté alarmada.

Y, como si tuviera un sexto sentido, encontré al longanizas al primer vistazo, al otro lado del salón sentado en el sofá, junto a la furcia de mi vecina Isabel que le estaba dando una piruleta. El chiquillo recibió el caramelo mientras me miraba a los ojos. «Estoy bien, autolavado».

Al instante, me vi arrastrada por doña Pepa que me obligó a seguirla, tenía una fuerza descomunal. Juntas cruzamos el salón, yo caminaba aturdida, no podía pensar con claridad. Estaban ocurriendo muchas cosas a la vez. ¡Necesitaba un trago!

Terminamos accediendo a un pasillo oscuro, y encontramos a varias personas hablando. Nos detuvimos ante un gordinflón disfrazado de perro que custodiaba una puerta. Se apartó y entramos en una habitación pequeña.

Anderson estaba en el centro, sentado y atado a una silla. Estaba inconsciente y desnudo. Recorrí con una mirada lasciva todo su cuerpo... Sacudí la cabeza e intenté centrarme en lo importante.

—¡Joder! ¿Por qué está atado? ¿Por qué está desnudo? ¿Qué coño está pasando aquí? — pregunté casi al borde de la histeria.

Doña Pepa no habló. Me mostró sus apestosas y arrugadas manos pidiéndome tranquilidad. Resoplé y observé el interior de la estancia con resignación. En una mesa de metal reposaban varios objetos rudimentarios, y en la pared contigua había un poster gigante de Jean-Claude Van Damme en sus años mozos.

—¿Por qué? —pregunté.

Me faltaban las palabras.

—Es un impostor —dijo doña Pepa.

—¿Un qué?

No entendía nada, para variar. Aunque no me preocupé, porque tenía un plan: salir corriendo y esperar a que todo se calmara. Cuando lo iba a poner en práctica, me di cuenta de la gravedad del asunto. ¿Era realmente Anderson un espía?

Observé a doña Pepa caminar hasta la mesa de la esquina. Cogió unas tenazas enormes, y volvió al centro mientras me sostenía la mirada. Al detenerse, añadió:

—Por si no quiere cooperar.

Necesitaba pedir tiempo.

—¿Drac trabaja para ti? —Más cuestiones se agolpaban en mis labios—. ¿Desde...? —Mi vecina me chistó. Pero su silencio provocó que mi lengua actuara de gatillo, y solté una ristra de preguntas—. ¿Desde cuándo trabaja para vosotros? ¿Qué coño es ACB? ¿Están todos los vecinos metidos en el ajo? ¿Por eso me hacéis la vida imposible? ¿Por trabajar para Blackmart?

—¿La vida imposible? —preguntó doña Pepa antes de romper a reír. Era una risa fuerte, llena de vida... pero se atascó en un ataque de tos.

Tardó varios segundos en recuperarse, y los aproveché para observar el pene flácido de Anderson. ¡Qué cosa más pequeña y ridícula! Mientras miraba su colita, aquel colgajo con el que tanto había fantaseado, recordé que lo había conocido siete semanas atrás, en una discoteca. Él estaba con otros chicos, pero no lo vi interactuar con ellos ni les dijo adiós cuando nos marchamos juntos. Fuimos hasta mi casa, y no pudimos entrar porque los vecinos habían cambiado la cerradura. Mi regalo de Navidad. Acabé histérica y chillando, y lo espanté. Pero me volví a topar con él unas semanas más tarde en una discoteca del Puerto Olímpico, y una tercera vez al salir de un bar, estaba en mitad de la calle con un periódico en la mano, como en las películas de espías. En aquel momento, yo estaba muy enfadada, mi cita con Calvin había sido un fracaso estrepitoso, y encontrarme de sopetón al moreno de ojos verdes por casualidad, porque hasta él lo confeso: «Qué casualidad, trabajo en esta calle». Y yo me lo creí. ¡Tonta! ¡Siempre pensando con el chichi! Anderson estaba en esa calle vigilándome.

Volví a la realidad, y comprobé cómo doña Pepa le propinaba un par de cachetadas. Cuando Anderson empezó a despertar me puse en tensión.

—¿Qué está pasando? —preguntó él una vez comprobó que estaba sin ropa y atado a una silla. Me miró con ojos de cordero—. ¿Magma? ¡Por favor!

Continuó gimiendo y diciendo pamplinadas. Aunque por un momento le creí. ¿Y si decía la verdad? ¿Y si después de todo era un chico normal y corriente? Recordé que siempre había mostrado mucho interés por mis vecinos, y, desde un principio, le dije que estos eran unos hijos de puta. «¡No exageres!», me llegó a decir.

—¡Por favor, Magma! ¡Ayúdame! —rogó maniatado a una silla y en pelota picada.

No dije nada. Me mantuve callada como una perra. Y a doña Pepa se le acabó la paciencia.

—Voy a darte diez segundos —dijo. Le mostró las tenazas que sujetaba, y las accionó muy cerca de su rostro—. O cantas por las buenas, o te corto los cataplines.

Anderson la miró con miedo. Hasta yo sabía que no iba de farol.

—Estoy contando —añadió doña Pepa.

Yo dejé de respirar, retrocedí un par de pasos mientras contemplaba fascinada cómo la vieja loca sujetaba con la mano izquierda los testículos y el pene flácido de Anderson. Él contoneaba con rabia todo el cuerpo: el torso, los brazos, las piernas... pero no tenía escapatoria.

—¡Por favor! ¡Por favor!

—Te quedan dos segundos.

—¡Magma!

—Uno.

—Vale, vale, vale, pero no sigas, por favor.

—¿Vale qué? —preguntó doña Pepa indiferente, continuaba sujetándole todo el salami, y estaba a punto de cercenarlo.

—Que sí. Que la siga, que me pagan por ello —confesó Anderson.

—¿Quién?

—¡No lo sé! ¡PARA! —gritó Anderson con dolor. Al parecer Doña Pepa estaba haciendo de las suyas. En la posición en la que me encontraba no podía comprobar si la chiflada de mi vecina había empezado a cortarle los órganos sexuales, pero él chillaba como un cerdo en un matadero—. ¡Por favor! No sigas, ten piedad de mí. No sé quién anda detrás, de verdad. Me contrataron hace dos meses, a mí, y a tres más. Ni siquiera sé sus nombres. Nos asignaron colores.

—¿Colores? —pregunté.

—Yo soy el señor Azul. Y los demás eran: el señor Rojo, el señor Verde y el señor Amarillo.

¡No podía ser verdad! ¡Dios santo de mi ron! ¡Y virgen del chocolate! Conocía a tres de ellos. «¿Quién era el señor Amarillo?», me pregunté.

—¿Quién es el señor Amarillo?

—¿Qué más sabes? —preguntó Doña Pepa.

—Nada. ¡Espera! ¡Por favor! —Lloró—. ¡A las doce!

—¿A las doce qué?

—Me dijeron que tenía hasta las doce para sacar al niño. Van a entrar con todo.

Se hizo el silencio. Miré mi reloj de pulsera, eran cerca de las diez de la noche. Si mi cerebro de mosquito lo había entendido bien, tenía poco más de dos horas para escapar con Ron antes de que llegara la caballería.

Mi vecina se incorporó, y apoyó su cadavérica mano en el hombro del joven.

—Lo has hecho muy bien, campeón —dijo doña Pepa—. Y tú, sígueme.

Tragué saliva y la seguí.

Abandonamos la habitación, y terminamos en otra que había al final del pasillo. Allí nos esperaba Drac con Ron. Y, también, estaba mi hermana y... ¡Ariel!

—¡Tú! ¿Qué haces aquí, sabandija asquerosa?

Ariel sonrió. Comprobé, una vez más, que tenía una sonrisa perfecta, dientes blancos, labios sensuales y unos ojos azules turquesa que...

—¿De qué conoces a mi novio? —preguntó Rafa.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué?

Pasé del desconcierto a la rabia en un segundo, y a punto estuve de darle una bofetada a mi hermana. Drac aplaudió la escena como un niño pequeño, estaba sentado en una silla de oficina, y Ron le imitaba mientras me miraba risueño. ¡Vaya par!

Yo estaba cabreada. Mucho. Observé a Ariel de nuevo, este se llevó la mano a la barbilla y se la rascó de forma interesante. Pero recordé cómo el lumbreras me había robado y sacado una foto en ropa interior. Aquel fue el regalo de mis vecinos dos Navidades atrás. Y, encima, me abandonó en la otra punta de Barcelona. Cómo regresé a casa, jamás se lo he contado a nadie, porque fue bochornoso. Sin ropa, sin dinero, y sin saberme ningún número de teléfono de memoria. Al menos, le había devuelto el golpe con ayuda de Paulino, su coche había terminado en el fondo del mar. ¡Dato que él desconocía!

—¿Habéis terminado las presentaciones? —preguntó doña Pepa.

—¡Él es el señor Amarillo! —grité—. Era el *gigolò* en una despedida de soltera de una compañera de mi trabajo.

—Trabaja para mí —reveló doña Pepa.

Miré a Drac. ¿Él, también, trabajaba para doña Pepa? ¿Estaban todos locos?

—¿Y tú? —pregunté a mi hermana.

—Yo tengo contrato con don Pancho en Blackmart, pero estoy en el bando de los buenos. He convocado a todos mis *followers* —dijo Rafa.

—¿Tus qué? ¡No te entiendo! ¡Y me estoy poniendo muy nerviosa! ¿Dónde está Sherise?

—Está de camino —respondió Rafa.

—¿La has avisado tú?

—¡Claro! —respondió mi hermana—. Viene con disfraces para todos, este año adelantamos el carnaval—respondió risueña.

Me cogió de las manos mientras se acercaba a mi rostro, y en voz confidencial me explicó que Sherise había mangado cerca de una veintena de disfraces de su trabajo. Y que todos nos íbamos a disfrazar de animales.

—¿Todos? —pregunté.

—Sí —dijo Rafa.

Y así fue.

A las once de la noche, abandonamos el apartamento de doña Pepa. Todos a la vez. Yo iba disfrazada de pata, enmascarada y con unas mallas que me provocaban un picor espantoso. No me podía rascar porque un gato me daba la mano, y estábamos bajando las escaleras. Una rana y una rata me escoltaban, mientras yo seguía a la pantera más grande del planeta.

Cuando logramos salir del edificio, descubrí con asombro la jarana que había montada en la calle. Nos esperaban cientos de personas, ataviadas, también, con disfraces. La mayoría eran seguidores de Rafaela-ela-ca que habían acudido a su llamada.

Y puedo decir orgullosa, que funcionamos con precisión, como las piezas de un reloj. Porque logramos escapar con facilidad. Ni la policía ni los tipos con traje y corbata nos pudieron echar el guante. Y mientras las agujas avanzaban hacia la hora mágica, me prometí besar a la rana.

De una vez por todas.

O morir en el intento.

El cuello de la jirafa

*Un experto es alguien que te explica algo sencillo
de forma confusa, de tal manera, que te hace
pensar que la confusión sea culpa tuya.
William Castle.*

Dicen que justo antes de morir se puede ver la vida pasar delante de tus ojos, que visionas tus platos favoritos, tus mejores orgasmos, las borracheras más célebres... ¡Y un churro para ellos! ¡Es todo mentira! ¡Una farsa! No se ve nada, ni siquiera una luz cálida al final del túnel. Te mueres y punto. Eso es lo que pasa.

Y lo sé porque recibí un disparo a bocajarro en el abdomen, y, en cuestión de segundos, mi vida se fue al carajo. Debo confesar que tenía prisa por morirme, porque nunca, en toda mi puta vida, había sentido un dolor tan intenso y despiadado. Estaba rota por dentro, y agonizaba y perdía mucha sangre, y era consciente de que me iba de este mísero mundo sin haber dado un beso de verdad a mi rana; y sin saber lo que significaba sentirse amada.

En los últimos segundos de mi vida, me arrepentí de muchas cosas, sobre todo de no haber vivido la vida a todo color y pasar por el mundo de puntillas, de posponer siempre los planes para otro momento, o de abrazar mi soledad como si de un elefante de peluche se tratara. Algo que me pesaba en el alma era no haberme portado bien con Drac, o con Sherise, o con Rafa, o con mi madre... Pero nada de esto tenía ya importancia.

Antes de llegar a mi asesinato, me gustaría contar algunas cosas; y empezaré por el momento exacto en el que abandonamos el edificio número diecinueve de la calle Descanto. En aquel momento, me sentía imparable, cientos de personas disfrazadas nos rodeaban, ya fuera con caretas, máscaras de animales o disfraces muy bien elaborados. Ron y yo estuvimos a salvo en todo momento, al igual que mis estúpidos vecinos que actuaban como moscardones revoloteando a mi alrededor.

La muchedumbre que nos rodeaba emitía silbidos molestos, y chillaban contra los efectivos policiales que intentaban poner orden. Muchas fueron las personas detenidas, el ambiente estaba cada vez más tenso y continuaban llegando más furgones blindados. La calle estaba cortada en ambos laterales, nos tenían cercados. El objetivo principal no era disolver la manifestación, no, querían a Ron. Gracias al caos, logramos escapar antes de que se armara la de san Quintín. Nos alejamos a paso ligero, y atrás dejamos a la multitud convocada por la *influencer* de mi hermana y/o simpatizantes de ACB, ya no sabía qué pensar.

Las calles colindantes estaban más tranquilas, y nuestro grupo se empezó a dividir. Paulino y Bernarda fueron los primeros. Tuvieron la decencia de no enseñarme los dientes mientras me decían adiós, gesto que agradecí en mi interior. Mientras se despedían de los demás, observé que los ojos de mi amiga irradiaban un brillo misterioso; era como si hubiera follado. Hasta donde sabía era virgen, pero qué coño, me alegré de que hubiera encontrado a alguien que le quitara las telarañas, aunque fuera el hijo meliloto de mi apestosa vecina, y el condenado fuera más feo que una carretilla con pegatinas... La pareja del año dio las buenas noches por fin, torció a la izquierda, y desaparecieron de mi vida. Nunca más los volví a ver. *Bon voyage, mon ami*^[10].

Continuamos caminando, un inconfundible aroma llegó a mi nariz y mis tripas rugieron de

hambre. Ante mí tenía un Fast Queen 24h, deliciosa comida basura que pasamos de largo.

—¿A dónde coño vamos? —pregunté de forma cándida a la cerda de doña Pepa unos minutos después.

Me ignoró, y para no liarla parda, inspiré y empecé a susurrar mi frase pacificadora.

—La hierba es verde...

—Y el mar es azul —dijo el gato.

Giré el cuello a la velocidad de la luz, y me dio un tirón tan fuerte que vi las estrellas. ¡El maldito microbio se había aprendido de memoria mi mantra! ¡Chiquilicuatre ornitorrinco! Para colmo me miró satisfecho, abrió la boca para soltar alguna perla más, pero posé mi índice en sus labios para silenciarlo. No estaba dispuesta a escuchar ningún «autolavado» más en toda la noche.

Continuamos transitando por las calles de Barcelona, cuando me empezaron a doler los pies, probé suerte preguntando nuestro destino a Ariel. El susodicho me respondió con una pregunta.

—¿Me guardas rencor por lo de la foto?

A punto estuve de escupirle en la cara, pero me controlé. «¡Será energúmeno! ¡Pedazo de neandertal!», bufé en mi interior. ¡Por supuesto que le guardaba rencor! Edmundo Dantés a mi lado era un badulaque, y estaba dispuesta a destruir su relación con la rata de mi hermana y enviar al fondo del mar todos los coches que estuvieran a su nombre. Pasaron varios segundos, el silencio nos envolvía, solo se escuchaban nuestros pasos y el ruido de algún que otro vehículo en la lejanía. Cuando me cansé de esperar, cuando iba a saltar a su yugular, Rafa me ayudó —todo hay que decirlo—, y tras su intervención, su chico habló.

—Vamos a uno de los tantos pisos francos que tenemos, pero no sé a cuál —dijo Ariel.

Asentí en forma de agradecimiento, miré a mi hermana, la cual se mostraba nerviosa y preocupada; supuse que era porque no podía llevar el teléfono móvil encima.

Me acerqué a su rostro, y le di un beso en la mejilla para tranquilizarla.

—¿Y esta muestra de cariño? —preguntó ella sorprendida.

Me avergoncé de haberme mostrado débil y empecé a caminar más despacio con la cabeza gacha. A mi derecha tenía a Ron, y unos metros por detrás estaba Drac. Cuando llegó a mi altura, mi estómago volvió a rugir de hambre.

—Una bestia anda suelta —dijo Drac.

El estulto llevaba la cara pintada de verde, y la luz de las farolas se reflejaba en sus ojos. Estaba para comérselo.

—Muy gracioso —contesté.

Drac se colocó a mi izquierda, y me miró como solo él sabía.

—Estás muy guapa.

Me puse roja de la vergüenza, y no di saltos de alegría, ni le di un beso en todos los morros, porque no era el momento ni el lugar. Le cogí del brazo derecho, y con mi mano libre agarré la mano izquierda de Ron. Me embriagó una felicidad repentina.

—Sois mi familia —dije.

—¿Cómo? —preguntó Drac.

—¡Que quiero morcilla!

—¿¡Qué!?

Drac contrajo las cejas y transmutó el rostro en algo divertidísimo que provocó mi risa. ¡Qué payaso!

—Morcillas de comer —aclaré.

—Claro —dijo él—. ¿De qué van a ser si no?

Por supuesto, pensé mal.

Después, le expliqué que mis archienemigos parecían sacados de un parchís, que conocía la identidad del señor Rojo, del señor Verde y la del señor Azul. Solo me faltaba por conocer la identidad del jugador amarillo.

—A lo mejor soy yo.

—¿Tú? —pregunté incrédula.

—Piénsalo. Tiene sentido —dijo Drac antes de quedarse pensativo mirando la luz de una farola.

Y lo hice. Durante unos segundos pensé en ello, pero la idea era tan absurda que no había por dónde cogerla.

—¿Qué cuento me estás contando, gaznápiro?

—Si yo trabajo con los vecinos —razonó despacio—, es más, nos están ayudando un montón, ¿sabes? ¡Pero un montón! Entonces... ¿Por qué antes de perder la memoria te pedí a ti que me ayudaras y no a ellos? Y lo segundo...

—¿Lo segundo?

Él asintió, tenía los ojos entrecerrados y la frente arrugada. Conocía tan bien esa expresión, que sabía que iba a revelarme algo de suma importancia.

—El teléfono que encontré tenía varios nombres grabados en la agenda. Uno de ellos me llamó la atención.

¡No dijo nada más! El caraculo quería crear una atmósfera de tensión, pero no le iba a funcionar conmigo, porque otra cosa no, pero paciencia me sobraba.

—¡Dime quién es de una puta vez! —vociferé al instante.

—Samantha —siseó.

—¿La estúpida que trabaja conmigo y va de meapilas?

—Sí.

—¿La panoli agilipollada que lleva los dos últimos días colándose en nuestra casa?

—Sí.

—¿La...

—Sí, sí. Esa misma —dijo Drac cortando el inicio de un gran repertorio que tenía preparado para un momento como aquel. Me giré con descaro para contemplarla. Caminaba varios metros por detrás de nosotros junto con Sherise—. Ella trabaja para el enemigo —añadió.

—¡Yo también trabajo para Blackmart!

Se suponía que se vieron por primera vez en el concierto de Copacabana, y ni siquiera cruzaron palabra alguna, pero Drac ya tenía registrado el teléfono de la furcia de Triple S en su agenda. Aquello quería decir que se conocían de antes. ¿Cómo era posible? ¿Por qué? ¿POR QUÉ? ¿POR QUÉÉÉÉÉÉ?

—¿Has recordado algo más? —pregunté con muy mala leche.

—Sí, pero es una tontería.

—Dímela.

Lo miré con paciencia esperando que me dijera algo bonito, algo que me hiciera suspirar, que estremeciera a la luna y me provocara un subidón de azúcar en la sangre...

—El cuerpo necesita trece vitaminas —dijo Drac.

—Y el chocolate tiene seis de ella —respondí.

—*Efectiviwonder*.

Vaya chorrada.

Continuamos hablando durante varias calles más, cuando me quejé de todo el camino andado,

me contó que todavía faltaban unos kilómetros para llegar a nuestro destino.

—¡Me cago en diez! —protesté—. ¡Espera! ¿Tú sabes a dónde vamos?

—Sí —contestó.

—Yo flipo contigo.

—Me lo dijo Pepita, se supone que no puedo compartir esta información con nadie. Y tengo una buena noticia. Los tres dormiremos en la misma habitación. —Ladeó la cabeza con una sonrisa pintada en los labios y añadió—: Me he asegurado de ello.

Por un momento, me sentí como Heidi columpiándose entre las nubes, aunque la euforia desapareció a las tres calles cuando Sherise anunció que no podía más. Vino a mi encuentro caminando detrás de su gigantesca tripa, y susurró un «¡suerte!» en mi oído mientras le daba una cachetada a mi maravilloso culo gordo. Y se fue.

A la engorrosa de Samantha S. Scarlet la obligaron a marcharse cuando cruzamos la meridiana. No la dejaron despedirse de nadie, ni siquiera de Drac, aunque lo intentó. ¡Que se aguantara! ¡Por lista! ¿Qué se traía entre manos con él? ¿Y por qué narices no podíamos coger un taxi?

Los siguientes en decir adiós fueron Evaristo e Isabel. No entendía nada, pero solo quedábamos seis personas caminando.

Media hora más tarde empezó el ascenso, mandé saludos al Espíritu Santo un par de veces, y cuando llegamos al final de la subida me alegré al comprobar que doña Pepa también mostraba signos de fatiga. Disfruté el momento, y contemplé las impresionantes vistas de la ciudad, estábamos en el barrio de El Carmel.

Y seguimos caminando. Terminamos en unas calles desniveladas con aceras estrechas y muy sucias. Accedimos a un callejón oscuro, y entramos en un edificio que parecía abandonado. La entrada apestaba a orín. ¡Qué horror!

Subimos hasta el ático y accedimos a una vivienda. Para mi sorpresa había electricidad, y el lugar era acogedor. Drac me mostró nuestra habitación, intuí que no era la primera vez que pasaba allí la noche, porque había una de sus guitarras colgada de la pared, aunque él no la reconoció cuando se lo indiqué. Me senté en la cama que parecía más confortable, era un poco más ancha que la otra, y Ron me imitó. Tras observarme, abrió la boca.

—No lo digas.

—Vale —dijo Ron.

Asentí satisfecha, pero el mono Amedio se puso a silbar. Intenté ignorarlo, y cuando iba a ponerme cómoda, escuché como la pedorra de la vieja nos llamaba desde la cocina. Fuimos hasta allí. Mi hermana y Ariel estaban sentados en la mesa de la cocina tomando un té que les había servido doña Pepa. Le ofreció otro a Drac, y a mí me obligó a coger la última taza que reposaba en la encimera. Alegó que era para templar los nervios. Fingí que lo bebía, porque no tenía intención de hacerlo, y, menos, preparado por mi vil enemiga. No me fiaba de ella, estaba segura de que tenía el corazón más negro que el alma de Satanás. Y yo lo que necesitaba era mi elixir mágico, ron, no un estúpido té.

Mi hermana lamentó, una vez más, no poder ver por las redes sociales la marimorena que se había montado cuando abandonamos el edificio. Y, después, sin venir a cuento, me informó de que nuestra madre se encontraba mucho mejor, que se había levantado de la cama, e, incluso, había bailado una jota. Al parecer, con todo lo ocurrido, se le había pasado por alto contármelo. Le dije que mentía como una perra, y ella continuó dándome más detalles. Averigüé que la recuperación milagrosa de Manuela del Carmen empezó a los pocos minutos de que Ron y yo nos marcháramos.

—¿Cómo es posible? —pregunté.

—No lo sé. —Un bostezo—. Mañana le harán unas pruebas.

Doña Pepa abandonó la cocina, momento que aproveché para acercarme al fregadero y vaciar mi taza. Drac se percató de mi acción, y puso los ojos en blanco. Después me observó curioso, y sonreía, siempre lo hacía al mirarme... y yo me mordía mi labio inferior de deseo, y empezaba a sentir que el tiempo se derretía, que mis labios se caerían si no lo besaba de una maldita vez. ¡Córcholis!

La magia del momento se rompió cuando mi queridísima vecina regresó a la cocina. Me llevé la taza a los labios, y simulé que bebía a disgusto. A mí jugando a los detectives no me ganaba ni Dios, aunque no me quedó muy claro cuál era el plan del día siguiente, y los insensatos confesaron que estaban muy cansados. Entre bostezos empezaron a desfilarse a sus respectivas habitaciones. No podía creer que tuviera que irme a dormir en semejantes condiciones, en mi vientre continuaba sonando la orquesta sinfónica.

En cuanto quedó libre el cuarto de baño, entré con el pollito oriental. Cogí una de las toallas limpias que encontré, y le mostré cómo quitarse toda la pintura que le había puesto Sherise a primera hora del día.

—Te doy un minuto —dije.

Yo no iba a limpiarlo, no era por asco y repugnancia de tocarlo, por supuesto que no. El berzotas tenía que aprender a valerse por sí mismo. Esa era la razón. Y aunque Ron era aplicado, el pobre era más torpe que un mono manco y retrasado. Pringó todo el suelo del baño de agua y jabón, y se empapó toda la ropa oscura que vestía. Al final no me quedó más remedio que secar el cabezón gigantesco de ninot que tenía con la última toalla limpia que encontré.

Un año más tarde, nos dirigimos a nuestra habitación. Drac estaba medio dormido, y ni se inmutó cuando entramos. Cogí la almohada de mi cama y le golpeé con fuerza varias veces en la cabeza, pero ni siquiera abrió los ojos. Eso sí, sus labios se curvaron. Cogí a Ron como pude en brazos y lo tiré encima suya.

—¡Chiquilla! ¿Qué haces? —preguntó Drac.

—Despertarte —contesté.

—¿Y no puedes hacerlo con más cariño?

Asentí aguantándome la risa. Drac se incorporó en la cama, apenas podía abrir los ojos, era como si alguien le hubiera echado pegamento en los párpados. Descubrí que vestía una camiseta nueva, y me indicó que en el armario había algo más de ropa. Asentí con la cabeza, y dije:

—Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—¡De todo! Necesito que recuerdes —dije.

—Dame algo más de tiempo.

—¡No tenemos tiempo! —aullé—. Tienes que recuperar la memoria ahora... ¿Y si te golpeo en la cabeza?

—¿En mi cocorote?

—¡Sí! ¡Así revertimos los efectos!

—¿Quieres que descuelgue la guitarra?

Miré la guitarra española que colgaba de la pared.

—¡Era una broma! —gritó él.

Avancé hasta el armario y lo abrí. Encontré varias prendas de vestir. Le entregué un pantalón corto y una camiseta a Ron, y le pedí a Drac con mucha amabilidad, que lo ayudara a cambiarse de ropa. Yo salí de la habitación, no iba a desnudarme allí, ante todo era una señorita, y la braga

faja que llevaba era horrorosa y estaba algo raída.

Una vez en el pasillo, me asomé a la habitación que mi hermana compartía con Ariel. Los encontré abrazados sobre la cama y roncando. Ni siquiera les había dado tiempo a quitarse el disfraz o la pintura de la cara. Me resultaba extraño, porque Rafa era bastante presumida. La intenté despertar, pero resultó en vano, dormía como un koala. Apagué la luz, salí de la habitación y continué mi viaje al cuarto de baño.

Una vez me cambié de vestimenta, me contemplé de nuevo en el espejo con asombro. La jamona vulgar y ordinaria había desaparecido; y las formas cóncavas y convexas de mi cuerpo se acoplaban en una dichosa armonía con la ropa que utilizaba Drac cuando salía a correr, y, en vez de sentirme ridícula, me veía sexy. ¿Desde cuándo tenía autoconfianza?

De regreso a la habitación, a hurtadillas comprobé que doña Pepa continuaba en la cocina. No se movía ni hacía ningún ruido. Estaba de pie, de espaldas a la entrada, apoyada en una mesa pequeña de madera y contemplando el reloj de pared. ¡Qué mujer más rara!

Retrocedí en silencio, y regresé a la habitación. Drac estaba en su cama, con los ojos cerrados, y tapado hasta la barbilla por una sobrecama de dibujitos infantiles.

—¡Drac! ¿Estás dormido? —pregunté.

—Casi —susurró.

—Pues ni se te ocurra, no hemos terminado de hablar.

Me metí en mi cama, empujé con mi pompis a Ron, que estaba en el centro del colchón, y casi terminó estampado en la pared. Tras arrojarme con el edredón, apagué la luz.

—¿Drac?

—Mmm...

—Mi hermana y Ariel se han dormido sin quitarse el disfraz.

—Mmm...

—¿Por qué todo el mundo tiene tanto sueño de repente?

Drac encendió la luz de la habitación, y se incorporó de la cama. Cuando puso los pies en el suelo, se pegó una cachetada. Mi cerebro acabó procesando los últimos datos del problema.

—¡El té! —dijimos al unísono.

—La vieja está en la cocina esperando —dije.

—Tienes que escapar de aquí.

Yo continuaba tumbada, bajo un edredón muy confortable, y en compañía de Ron, que no se enteraba ni papa de lo que estaba pasando, pero tenía los ojos bien abiertos. ¡El mundo al revés!

Miré a Drac con preocupación, y comprendí que él no podría ir a ninguna parte. Terminó por sentarse en la cama, parecía que estaba a punto de perder el conocimiento, su cabeza se tambaleaba de un lado a otro.

Solo le quedaban unos segundos.

Salí de mi cama y fui hasta la suya. Me tumbé junto a él, y le pasé un brazo por lo alto. Volvía a tener los ojos cerrados y sus labios estaban a escasos centímetros de los míos. Observé su cuello, tenía varias pecas que parecían pepitas de sandía, aspiré su aroma...

—Lo siento —dijo Drac.

Tenía la boca medio abierta, y sus dientes brillaban como semillas en un fruto escarlata.

—No pasa nada. Confía en mí —mentí.

Él suavizó la cara, a las buenas personas siempre era fácil engañarles.

—Me voy a dormir —susurró casi de forma inaudible.

—Lo sé.

No podía dejar de mirarlo.

—Dime algo bonito.

—¿Algo bonito? —pregunté.

—Mmm...

Recordé que un piano tenía ochenta y ocho teclas, y una guitarra seis cuerdas, pero aquella información era espantosa e irrelevante. Continué pensando, estrujando mis sesos, y, antes de provocarme un esguince cerebral, dije la tercera estupidez que se me ocurrió.

—Te quiero.

Drac no abrió los ojos.

Se durmió, mientras una lágrima recorría su mejilla.

Y yo, hice lo que cualquiera en mi situación hubiera hecho, porque la única manera de caer en la tentación, es caer en ella. Le besé en los labios. Pero ni yo era una princesa, ni él el bello durmiente. No ocurrió nada, y no me cagué en Walt Disney, esta vez no, lo hice en los hermanos Grimm y en el pillavispa de Isaac Newton.

Cuando me tranquilicé, terminé dándome cuenta de que estaba sola, de que nadie iba a sacarme las castañas del fuego. Tentada estuve de apagar la luz y dormirme abrazándole, porque estaba reventada de haber caminado tanto, y del interminable día que estaba viviendo, que era tan largo como el cuello de una jirafa.

En mi cabeza de chorlito seguía resonando la frase que Drac había pronunciado unos segundos atrás: «Tienes que escapar de aquí».

No me achanté, yo no era ninguna pusilánime. «¿Qué hubiera hecho Bruce Willis en mi situación?». ¡Hubiera escapado repartiendo tortas! Y eso es lo que intenté tras vestirme de nuevo, y hacer lo mismo con mi Tamagotchi, aunque yo no hubiera repartido tortas, me las hubiera comido todas, porque tenía más hambre que un niño de Etiopía en pleno Ramadán.

Salir del piso no fue ningún problema, porque, por una vez, tuve suerte. La bruja estaba en el cuarto de baño tirándose pedos, y Ron y yo nos escabullimos sin hacer ruido, incluso realizamos una parada en la cocina —yo en plan troglodita—, para recolectar cualquier alimento que llevarme a la boca, pero no encontré nada.

Decepcionada, abandonamos el ático. Tardé varios segundos en cerrar la puerta principal, y me sentí orgullosa de conseguir que las bisagras no nos delatasen.

¡Chachi piruleta! ¡Dulce de leche! ¡Napolitanas de chocolate! ¡Qué hambre, joder!

Volví a coger de la mano al pequeño, era mi nueva adicción, es más, me reconfortaba hacerlo. Al girarme, vi una silueta al pie de las escaleras del piso inferior, entrecerré los ojos y...

—¡Samantha! —dije.

Se llevó el dedo índice a los labios mientras empezó a ascender. La tonta del bote sonreía, y mi única ocurrencia fue imitarla; darme la vuelta, y recorrer, junto a Ron, el último tramo de escaleras que daba a la azotea.

Antes de llegar a la puerta, recé para que no estuviera la llave echada. Segundo golpe de suerte, aunque al abrirla se escuchó un sonido estridente que retumbó en el interior de todo el edificio.

Ron y yo salimos, un viento gélido abofeteó mi cara e impactó con fuerza en nuestros cuerpos. No me quejé, recorrí el terrado con mi mirada, pero no había ningún lugar donde escondernos. A los pocos segundos llegó Samantha S. Scarlet. Me encaré a ella, no tenía otra opción.

—¿Qué mierda haces aquí? —chillé.

Estaba preparada para arrancarle a tirones su bonita melena rubia, para estampar su preciosa dentadura contra las baldosas que pisábamos o tirarla por la azotea. El muro de seguridad era

muy bajo.

—¿Dónde está Drac? —preguntó ella—. Da igual, la prioridad es el niño. Tenemos que marcharnos ahora.

—Yo contigo no voy a ninguna parte.

—Escúchame, Magma. Por favor, no tenemos mucho...

—¡Cállate! ¿De qué conoces a Drac? ¿Le quieres?

La segunda pregunta se había escapado de mi boca sin darme cuenta, pero necesitaba saber la respuesta porque ella era perfecta, y yo no tenía nada bonito, ni por dentro, ni por fuera.

—Estoy enamorada de él —reveló Triple S.

¡Putas, putas, putas!

—¿Desde cuándo?

—Desde que empezamos a trabajar juntos hace unos meses.

—¿¡Qué!?

—Somos, también, compañeros, pero él no lo recuerda.

Intenté descifrar lo que la inútil me estaba diciendo, pero no lo entendía. ¿Drac y Samantha trabajando juntos? ¡Imposible! Era para echarse a reír, y de todas las preguntas que podía hacerle, la única que se me ocurrió fue:

—¿Estáis enrollados?

«Por favor, que diga que no», supliqué al cielo.

—No —dijo Samantha. Respiré aliviada—. A él le gustas tú.

—¡Y un cuerno para ti! ¡No me lo creo!

Me estaba intentando engatusar, pero no le iba a funcionar porque yo era mucho más lista que ella, para empezar, no era rubia. ¡Y no tenía intención de morder el cebo, aunque sus palabras fuesen miel para mis oídos!

—¡Ni yo! Eres egoísta, vanidosa, mandona, antipática, mentirosa, envidiosa...

La muy subnormal estaba contando con los dedos. ¡Yo no era nada de eso! ¡Yo era un ser de luz! ¡Un amor de persona! Vamos, que hasta sudaba felicidad por los poros de mi piel. Yo... yo... era un mojón, un *truñaco* más grande que la Sagrada Familia. Samantha tenía razón en todo lo que decía, yo era mala y no le caía bien a nadie. Ni siquiera a ella, pero siempre me había tratado con condescendencia porque Drac así se lo había pedido, terminó narrándome.

—¿Qué quieres? —pregunté al borde de las lágrimas.

—Tengo tres billetes de tren. Dos adultos y un niño. Tenemos que salir de la ciudad.

—¿Por qué?

Mi compañera de trabajo inspiró con profundidad, con una entereza que nunca había percibido en ella, y me percaté, también, de que escrutaba a Ron con admiración.

—Escúchame. Drac y yo trabajamos para La Quinta Columna desde hace muchos años, somos contraespías. Él recopila información de ACB, y yo de Blackmart. Y es muy, pero que muy importante que...

—¡Vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí? —preguntó... ¡doña Pepa!

Se había colado en el terrado mientras Samantha S. Scarlet y yo hablábamos. Estaba muy cerca del pequeño muro que bordeaba el terrado en el que nos encontrábamos. Observé que la vieja chocha sujetaba una pistola, una totalmente diferente a la que había utilizado contra Anderson, alias el señor Azul. Triple S reculó varios pasos e introdujo la mano en un bonito bolso que colgaba de su hombro.

—Saca esa mano con suavidad o te vuelo la tapa de los sesos, bonita —dijo doña Pepa.

No le temblaba la voz, y su mirada era siniestra. Samantha sopesó sus posibilidades, pero, al

final, sacó su extremidad vacía.

—Sabía que no eras de fiar —dijo la vieja gárgola—. Lo sabía.

Sin dejar de apuntarla, me ordenó que le entregara a Ron, que se le había terminado la paciencia. Yo no pronuncié palabra alguna, demasiado tenía con apretar el esfínter para no orinarme encima. Terminé negando con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó ella con un tono de burla.

—No me fío de ti —respondí.

—¿Y de ella sí? Me parece que se le ha olvidado comentarte que ella es el señor Amarillo.

—¿¡Qué!?

Miré a doña Perfecta mientras intentaba poner algo más de distancia entre nosotras; Ron me tenía agarrada de la pierna con mucha fuerza y me costaba moverme.

—¿Es eso verdad? —pregunté.

La aludida afirmó con la cabeza, mientras un relámpago estalló en el oscuro cielo fragmentándolo en dos partes, momento que aprovechó Samantha S. Scarlet para abalanzarse sobre doña Pepa.

La rubia noventa sesenta noventa no era una pantera, y durante el ataque se escuchó un disparo. Grité del susto, mientras contemplaba cómo la tonta del bote se detenía y, a los pocos segundos, empezaba a caer. Tuve tiempo de observar la perfección de su rostro por última vez, mientras un hilo de sangre gravitaba recorriéndolo. Samantha S. Scarlet tenía un pequeño orificio en medio de la frente.

Cuando el cuerpo se derrumbó, abrí los ojos como un dibujo animado, no podía creerme lo que acababa de presenciar. Ron comenzó a sollozar, y, al instante, empezó a llover.

—Y ahora, entrégame al niño. Segundo aviso —dijo doña Pepa.

Una distancia de tres metros nos separaba, y aunque habló alto y claro, sus palabras apenas llegaron a mis oídos, porque me encañonaba con un arma, y yo estaba cagada de miedo, no podía apartar la mirada del cuerpo de Samantha.

—¿Por qué la has matado? —pregunté mientras varias lágrimas inundaban mis mejillas.

¿Estaba llorando por la mosquita muerta de Samantha? ¡No me lo podía creer! ¿Y si era verdad todo lo que me había narrado? ¿Por qué era tan importante sacar a Ron de la ciudad? ¿Por qué me veía envuelta en esta espiral de sucesos incoherentes y sin sentido? ¿Por qué no me había quedado en la cama con Drac?

Doña Pepa habló:

—Yo no la he matado, ha sido ella. Tengo setenta y dos años, y en un cuerpo a cuerpo no hubiera sobrevivido —sentenció.

Su voz era tan fría, que sentía cálidas las gotas de la lluvia que limpiaban mi rostro.

—Y ahora, apártate y terminemos con esto de una vez por todas.

—¿Por qué todo el mundo quiere al niño?

—¿Todavía no te has dado cuenta? ¡Pensaba que eras más inteligente! ¿No te has mirado en el espejo y te has visto distinta? ¿No eres, de repente, la tipa con más suerte del mundo? —Extendió su mano libre y recogió la lluvia que caía—. ¿Por qué crees que llueve?

Posé mi mano sobre la cabeza de Ron, mientras hacía un esfuerzo sobrehumano por entender lo que doña Pepa me estaba diciendo, pero no, era imposible lo que insinuaba. Me sentía mareada, la cabeza me daba tantas vueltas como en un carrusel...

—Y ahora —continuó la vieja—, escúchame muy bien, porque me estoy quedando sin paciencia. Apártate.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté con un hilo de voz.

—Matarlo, es la única solución.

Su voz no titubeó en ningún momento, y de reojo observé el cadáver de Triple S. Estaba teniendo una conversación con una asesina.

—¿Por qué?

—No puedo permitirme que caiga en las manos equivocadas. Hay demasiado en juego.

La intensidad de la lluvia aumentó, y el firmamento se llenó de tridentes que alumbraron la ciudad durante varios segundos. Siguieron unos truenos ensordecedores que desgarraban el alma.

—¡No lo entiendo! —dije confusa. Miré con cierta compasión al bicho que había penetrado en mi coraza en los últimos días—. Es solo un niño...

—Un niño que, en las manos equivocadas, podría destruirlo todo —dijo Pepa. Sus palabras estaban cargadas de rabia.

Observé su nariz de bruja, y en su frente arrugada había varios mechones canosos empapados.

De tanto en cuando, la bóveda se iluminaba de relámpagos, confiriendo a la escena una atmosfera tétrica.

—¡Mientes! —no sabía qué otra cosa decir.

—¿Y si te digo que estamos en tiempo de descuento? ¿Que el final del mundo se acerca? ¿Que somos la última realidad que queda en pie? ¿Que su muerte es un mal menor?

No respondí. ¿Qué iba a contestar ante semejantes paparruchadas? No iba a entrar en su juego, era mucho más inteligente que ella, aunque, en aquel momento, me sentía como David luchando contra Godzilla, porque yo me sentía pequeña, y ella, ella sostenía un arma de fuego.

—¡No te creo! ¡No creo ni una sola palabra! ¡Eres una majadera palurda degenerada cagueta!

—Escúchame, botarate —dijo doña Pepa—. Contaré hasta tres, y más te vale que hagas lo que te pido. Apártate a la una.

—¡Es un niño! ¡No puedes matarlo! —Lloré.

—Apártate a las dos.

—Por favor, espera —rogué.

—Y...

Me iba a disparar. «¿Así iba a terminar el cuento?», me pregunté.

—¡Vale, vale! ¡Me aparto! —grité llorando—, pero no me mates, por favor.

Como pude, intenté despegar de mi pierna al pequeño que había irrumpido en mi vida dos días atrás. Cuando lo conseguí, me miró con ojos de cordero.

—Lo siento —dije.

Mi vida era más valiosa que la suya, era así de simple. Yo sabía multiplicar y dividir, y él no. Además, había hecho lo imposible por mantenerlo a salvo, por cumplir la promesa realizada a Drac. Lo había intentado.

—¡Date prisa! No tengo toda la noche —dijo doña Pepa.

Me separé de él, el pequeño empezó a llorar a moco tendido mientras mi vecina lo encañonaba, mientras un diluvio de agua caía sobre nosotros tres... y, entonces, como gilipollas que soy, volví a colocarme delante de Ron, a ocultarlo con mi voluminoso cuerpo.

Doña Pepa negó con la cabeza, la tenía empapada del agua que caía.

—¿Estás segura?

Negué, cerré los ojos, y tragué saliva.

—¿Un último deseo? —preguntó con sorna.

—¡Que te parta un rayo en dos! —relinché desesperada.

Por un momento, estuve convencida de que iba a suceder eso, de que el dios del trueno iba a enviar un rayo y se iba a resolver todo. Pero mi vida no era una película, y, para ser justa con

todos, yo no merecía un final feliz. Aunque Ron Zeta Cola, sí. Por eso, por una vez en mi vida, actué sin importarme lo que pudiera sucederme. Corrí hacia doña Pepa gritando como una vacaburra, y, por fin, mis trece kilos de más sirvieron de algo, porque embestí a mi enemiga con ferocidad, la arrastré hasta el borde del terrado, y la empujé con toda la fuerza que fui capaz de reunir. El cuerpo de la hija de la gran puta se precipitó al vacío.

Cuando iba a celebrar mi victoria, noté un hormigueo en mi estómago. Descendí la vista hasta mi barriga, y me percaté de que tenía un agujero de bala. No sentía dolor, y, por un momento pensé que saldría la grasa que tenía adherida a mi abdomen, entonces, me pondría una tirita de Superman y santas pascuas. ¡Por fin me quedaría un *tipín* de modelo de revista! Pero empezó a emanar sangre a borbotones, y aunque mi cerebro era algo lerdo, acabó captando el dolor.

—No.

Es todo lo que pude decir antes de que me fallaran las piernas, antes de que mi mundo se viniera abajo y empezara a oscurecerse. Vislumbré a Ron avanzar hacia mí con lágrimas en el rostro, el pobre estaba empapado de agua, no tenía remedio... estúpido niño pordiosero...

Y cerré los ojos. No tenía fuerza ni para gritar, sobrepasé el umbral del dolor en una milésima de segundo, y me rendí...

Me rendí.

Y me morí.

Y colorín colorado,
este cuento de mierda
ha terminado.

Fin.

Lágrimas de cocodrilo

*Seguramente existen muchas razones para los divorcios,
pero la principal es y será la boda.
Jerry Lewis.*

—¡Despierta!

«¡Ni hablar del peluquín!».

—¡Abre los ojos!

«¡Y un churro pa' ti!».

Aunque los acabé abriendo porque percibía una luz cálida tras mis párpados y tenía que averiguar de dónde procedía. Lo primero que contemplé fue un cielo azul cobalto tan mayúsculo que me impresionó. ¡Yupi! ¡No había terminado en el caldero de Satán! «¿Estaba en el cielo?». Debía de ser así, porque sentía una paz interior que nunca había experimentado, ni siquiera aquella vez que tuve un orgasmo apocalíptico tras contratar los servicios de un profesional del sexo. Lo segundo que atisbé fue una gran mole negra que perturbó mi espacio visual. «¿Desde cuándo Dios era una fémina negra y obesa?».

—¿Sherise?

Desistí incorporarme con un abdominal, lo mejor sería rodar como una croqueta y... ¡Mi abdomen! ¡No sentía dolor!

—¡Magma! ¿Qué coño ha pasado? ¿De quién es toda esa sangre? —preguntó mi papamoscas. La miré confusa e intenté recordar lo ocurrido mientras sus ojos me escrutaban, los tenía tan abiertos que no me quedó más remedio que desviar la mirada con cierto repelús. Observé a Ron, dormía enroscado a mi cuerpo. El membrillo utilizaba mi barrigón como almohada; su cara era tan pura e inocente como la de un querubín celestial. Acaricié la cabeza con sumo cuidado, y recordé que Samantha S. Scarlet había sido asesinada a sangre fría por intentar salvarlo. La estúpida de doña Pepa también había estirado la pata: precipitándose al vacío mientras yo... moría desangrándome—. ¿Magma? —volvió Sherise a la carga, estaba arrodillada delante de mí. Su aliento olía a fritanga, estaba segura de que se había zampado un bocadillo de calamares para desayunar. ¡Comida! Llevaba sin comer tropecientas horas, pero no tenía hambre—. ¿Qué coño ha pasado aquí? ¡Samantha está muerta! —dijo.

No me quedó más remedio que despertar a Ron, una vez se incorporó, me levanté la ropa que cubría mi panza, estaba impregnada de sangre coagulada como también lo estaba mi cuerpo, pero no tenía ninguna herida. ¡El agujero de bala había desaparecido!

—¿Has sido tú? —pregunté a Ron estupefacta.

El pequeño afirmó con un simple movimiento de cabeza, tenía los labios deshidratados y los ojos achinados repletos de legañas. Aun así, lo abracé y añadí «gracias» antes de romper a llorar como una *cupcake* recubierta de chocolate con mermelada de frambuesa en el interior. Mi lloriqueo terminó en un sollozo, y acabé hiperventilando. Repasé mentalmente mi mantra: «La hierba es verde, el mar es azul...» y como de nada sirvió me puse a contar elefantes. Cuando llegué a los trece, me di cuenta de que lo más importante era que continuaba con vida.

Unos segundos más tarde, logré hablar sin hipar. Fue, entonces, cuando le relaté lo ocurrido a mi amiga; esta vestía con una paleta de colores tan llamativa que ni el payaso de Micolor se

hubiera atrevido a llevar. Cuando terminé mi historia, Sherise me explicó que doña Perfecta nos estuvo siguiendo la pasada noche una vez la despachamos. También, que la susodicha le había llamado por teléfono y explicado algunas de las cosas narradas por mí. Incluso le contó que uno de sus objetivos, desde que entró a formar parte de la plantilla de don Pancho unos meses atrás, era hacerse amiga íntima mía para visitarme y establecer contacto con mis vecinos. ¡Pero yo le había puesto todo tipo de trabas!

—Yo vine a recogeros anoche, pero me quedé dormida esperando —finalizó Sherise con un hilo de voz. Después recordó algo y clavó sus pupilas negras en mí—. ¡Tanto cagarte en ella y estuvo siempre de tu parte!

—Bueno... ¡Quien tiene boca se equivoca! —respondí malhumorada.

Era fácil decirlo, yo continuaba respirando, aunque no podía creer que hubiera arriesgado mi vida por salvar al chisgarabís^[11]. Lo más inaudito era que los dos estábamos bien... pero Samantha S. Scarlet estaba muerta. Más muerta que Kenny de South Park.

—Tenemos que despertar a Drac —dijo Sherise.

La ignoré, caminé hasta el cadáver de una de las personas que más había odiado en toda mi vida y le arranqué el bolso de un tirón. Tras mi acción, el brazo quedó rígido, pero en una posición elegante. ¡La muy jodida tenía estilo hasta fiambre!

—¿Vas a robarle? —inquirió mi negra.

—¿Por quién me has tomado? —pregunté indignada—. ¡Voy a coger los billetes de tren!

Los encontré dentro de un sobre, también me apropié de una pistola automática muy ligera, una Nondonca plateada. ¡Me sentía una 007! Pero el contacto metálico del arma en mis manos me dio grima. Continué hurgando en el bolso, encontré cremas muy caras, de las que yo nunca compraba, y, por supuesto, me las llevé también. Ella no las iba a utilizar más, se acabó su reinado de purpurina y cagadas de unicornio...

Ni seis meses llevaba trabajando la siesa bajo el mismo techo que yo, y tanto su comportamiento como el acercamiento que siempre intentó conmigo tenían una razón. Nunca le puse las cosas fáciles...

—Lo siento —dije.

Era verdad. Lamentaba haberme pasado por el arco del triunfo cada uno de los comentarios que en vida soltó por ese piquito de oro.

Descendimos hasta la vivienda donde se encontraban Drac, Rafa y Ariel. Suponía que continuaban narcotizados porque estuvimos varios minutos aporreando la puerta —el timbre no funcionaba—, pero nadie vino a recibirnos.

—Tira la puerta abajo —exigí a Sherise.

—¿Quién te has creído que soy? ¿Una SWAT?

—¡Por el amor de Dios! ¡Pesas doscientos kilos! Dale un golpecito con tu hombro.

Sherise me respondió de morritos y con la frente arrugada. Tuve que añadir un «por favor», aunque lo que realmente me apetecía era insultarla. Al final, la alcornoque cedió. Ron y yo nos apartamos, y contemplamos cómo mi gran amiga se alejaba para después esprintar y golpear la puerta con el hombro. A la primera consiguió romper las bisagras, el tablón crujió y cayó al piso en un estruendoso golpe.

Empecé a aplaudir de alegría, fui imitada por mi salvador y le acaricié la cabeza con ternura al son de un «autolavado» mientras Sherise se daba la vuelta inflando pecho y mirando con orgullo su gran hazaña.

—Formamos un buen equipo —dije.

La hipopótama barragana me miró por encima del hombro con mucha prepotencia, y entró

primera a la vivienda dándome la espalda, sin añadir nada. Observé su enorme pandero, era más grande que una plaza de toros.

Ron y yo la seguimos en tensión. Nada más pisar el recibidor, empecé a sentir unos calambres recorrer todas mis articulaciones, y, de repente, me di cuenta de que el pánico me invadía. Era peor que eso, el miedo me recorría por dentro como un elefante desbocado. Sin ninguna razón aparente, empecé a correr e intenté sobrepasar a Sherise como pude por el pasillo central, pero nos quedamos atascadas. Ninguna de las dos dijo nada, era demasiado humillante.

Al final conseguí desatascar nuestros *bodies* con una refriega cuerpo a cuerpo que más bien parecía perreo del guarro; del que cantan esos narcisistas sudamericanos llenos de cadenas de oro y montados en coches lujosos que filtran su voz a través de un autotune para hacerse llamar artistas.

Sherise entró en la habitación donde estaba mi hermana y su chico cagándose por enésima vez en mi estampa, y yo continué hasta el fondo, acariciándome mis doloridos brazos, donde mi dragón... descansaba en la misma posición que lo había dejado la pasada noche. Dormía plácidamente, y disfruté zarandeándolo hasta cansarme. Como no despertaba, le propiné varias cachetadas e, incluso, le pellizqué los pezones, pero solo sirvió para endurecérselos. Pasaron los segundos, un silencio me embriagó y perdí la noción del tiempo observándolo; estaba totalmente enchochada. Me había jugado el pescuezo por cumplir la promesa que le había hecho antes de que el muy torpe cayese por las escaleras y perdiera la memoria...

—Me debes una, caraculo —susurré.

Acerqué mi rostro al suyo, y, en aquel momento, me di cuenta de que no solo deseaba besarlo, lo necesitaba. Era imperioso llevar a cabo esa hazaña, se había convertido en algo más elemental que la sed, el hambre o el sueño. Cuando mis labios rozaron los suyos...

—¿Magma? —me llamó Sherise desde el otro cuarto.

—¿Qué coño quieres? —pregunté desquiciada.

—¡Que vengas, zorra!

Abandoné la habitación como una locomotora quejumbrosa y fui hasta el otro cuarto donde se encontraban los demás. Llegué justo a tiempo para comprobar cómo mi hermana despertaba aturdida. Ron colocó su mano sobre la frente de Ariel, y el ribaldo despertó al instante.

—¡Ahí va la hostia! —dije.

—¿Magma? —preguntó Rafa.

La ignoré. Cogí la mano del cabrito de Ron, y le obligué a seguirme hasta el dormitorio donde descansaba Drac.

—¡Despiértalo, ahora!

Y se hizo el milagro una vez Ron tocó la cabeza del bello durmiente. Drac Capdevila Ripoll abrió los ojos, y, tras unos momentos de confusión, su mirada irradió el brillo de siempre. Me examinó detenidamente y sentí mis órganos encogerse. Yo que me sentía grande ante cualquiera, me empequeñecía siempre ante él. Solté una pequeña carcajada al ver su sonrisa bobalicona, y me llevé las manos a mi rostro para así evitar continuar haciendo el idiota. Me humedecí los labios para hablar.

—No digas nada —dijo Drac.

¿Cómo no iba a decir nada? El milagro era que no estuviera berreando como una posesa. Intenté dirigirle una de esas miradas lánguidas y sensuales que vuelven loco a cualquier hombre, pero solo conseguí bizquear. Dio igual, porque él me agarró de los brazos leyendo mis intenciones y sus labios recorrieron la poca distancia que nos separaba. Me estremecí al tocar su boca, una descarga eléctrica de bajo voltaje recorrió todo mi cuerpo. Estaba aterrada, sin aire en

los pulmones y con el corazón desbocado.

Cuando sentí el tacto de la humedad de su lengua bailando con la mía, desperté del embrujo en el que estaba sumergida, y, entonces, una felicidad me embriagó. ¡Nos estábamos besando! ¡Por fin! Y cuando mis nervios se relajaron, cuando empecé a disfrutar del tan ansiado beso que llevaba toda una vida esperando mientras sus manos bajaban por mi espalda con suma delicadeza... escuché una voz que estropeó el precioso momento que estábamos teniendo.

—¿Magma? ¿Qué haces? —preguntó la bocachancla de mi hermana bajo el umbral de la habitación.

Un cuarto de hora después, nos encontrábamos los seis en la cocina discutiendo cómo proceder. Ariel no pasó por alto el ruido de varios helicópteros que sobrevolaban el espacio aéreo de Barcelona.

—Nos están buscando —dijo.

—¿Quién? —pregunté.

—¡Qué más da! —respondió él—. Si es cierto todo lo que has contado, son todos nuestros enemigos. Solo nos tenemos los unos a los otros.

Llené mis pulmones de aire y miré sobrecogida a mi hermana y Sherise. Me mordí mi labio inferior mientras descendía la mirada hasta Ron. Por último, escudriñé a Drac, la intensidad de su mirada provocó una nueva sacudida en mi interior; y me respondió con una mueca divertida.

—Te prometí que me haría cargo del mocos, y lo haré —sentencié—. Tenemos que llegar hasta la estación de Sants y cargarlo en el dichoso tren.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Rafa.

Sherise consultó el ridículo reloj que llevaba en su muñeca, acto seguido abrió el sobre de color verde musgo y comprobó el horario de los billetes de tren.

—Tenemos algo más de una hora.

—¿Algún plan? —pregunté.

—Tengo mi coche aparcado abajo —respondió Sherise.

¡Ya teníamos plan! Pero, como suele ocurrir siempre en mi vida, se torció desde el principio. Para empezar, éramos seis y el vehículo de Sherise era un Renault diminuto de cinco plazas. Por seguridad, propuse introducir a Ron en el maletero del vehículo. Ya había viajado un adulto unos días atrás sin percance alguno, pero declinaron mi idea y terminó sentado encima mío.

Una vez en marcha, antes de llegar a la meridiana, ya teníamos un coche persiguiéndonos. Todos nos pusimos a chillar histéricos como una panda de primates en celo, incluida la conductora que por poco se lleva por delante a una familia gitana.

—Tenemos que escondernos —dijo Ariel.

—¡No tenemos tiempo! —grité.

—Ahora nos sigue un coche, en dos minutos serán cuatro —sentenció Ariel.

Intenté estrujarme los sesos mientras metía las manos en los bolsillos de mis pantalones buscando caramelos. Palpé una tarjeta, al sacarla y echarle un vistazo comprobé que pertenecía al analfabeto taxista del sur de España.

—Tengo una idea —dije.

—¿Es buena? —preguntó Drac.

Lo tenía sentado a mi derecha, y me sujetaba la mano, provocando así que me estremeciese de placer al sentir su piel contra mi piel. Lo observé embelesada varios segundos, y, al final, añadí:

—Regulín regulán.

Entonces, expliqué mi plan genial: dividirnos en dos grupos. Sherise, Ariel y Rafa continuarían siendo perseguidos y contactarían con Manue'. Drac, Ron y yo, nos escabulliríamos como un relámpago del coche sin ser vistos y nos esconderíamos en el parque del Clot esperando a nuestro salvador.

¿Qué podía salir mal? Pues todo. Ni saltándonos un semáforo en rojo nos quitamos de encima a nuestros perseguidores, a pesar de ello, al girar por una calle y perderlos unos segundos de vista, mi equipo y yo, saltamos del coche y empezamos a correr como alma que lleva el diablo. Por cierto, ¡odio correr! Principalmente, porque cansa, pero, también, porque siempre quedo en última posición...

Cuando, por fin, penetramos en el parque y unos arbustos taparon mi lozana figura, me llevé las manos a las rodillas, era tal el cansancio que se apoderó de mí en aquel momento, que empecé a relinchar como un burro amarrado en la puerta del baile.

—¡No te detengas! —soltó el melón mientras una ráfaga de viento me hacía perder el equilibrio. De repente, el cielo se había oscurecido de una forma sobrecogedora.

—¿Cómo que no... si no puedo ni...?

Me faltaba el aliento. ¿De qué me servía sacrificarme e ir tanto al gimnasio si en los momentos importantes mi cuerpo se negaba a cooperar? Estaba segura de que persiguiendo un camión de helados tendría más resistencia. Contemplé a los papanatas de Drac y Ron, y advertí con envidia que estaban tan frescos como una rosa.

Me armé de valor y continué la carrera como una jabata, pero de nada sirvió. El mulato sexy y el rubiales apuesto de ojos claros nos cortaron el paso. ¿De dónde coño salían?

Drac intentó embestir al moreno, que era mucho más bajo que su compañero y mostraba varias heridas visibles, pero el pecholata lo esquivó con desenvoltura para después agarrarlo por detrás e inmovilizarlo en una llave que ni el propio Vin Diesel hubiera igualado.

—¡No! —grité.

Miré los alrededores, mientras el señor Rojo se acercaba a mí con paso amenazador. Estaba acorralada. Ron estaba adherido a mí como una sanguijuela de esas que te chupan la sangre. En cuanto lo despegué, lo empujé con toda mi fuerza, mi intención era que el pequeño saliera escopeteado, pero el muy zopenco cayó de bruces y se golpeó la cabeza con un banco de madera que algún incompetente había puesto en mitad del parque.

«¡Genial!», pensé. Intenté hacerle una finta a mi agresor, resbalé y caí a tierra arañándome el culo. Grité de rabia y dolor. Prolongué el chillido para pedir auxilio en la misma bocanada de aire —no soy fumadora, ¿vale?—. Empecé a zarandearme como un toro bravo en cuanto noté las manos rudas del señor Rojo intentando agarrarme con esos dedos tan largos que parecían banderillas. Cuando pensé que todo estaba perdido y que no había nada que hacer vislumbré bajo unos arbustos podados una rama gruesa. Estiré mi cuerpo como lo haría un gusano sebozo mientras mi agresor me apresaba las piernas con una sonrisa demoníaca. A pesar de lo bonitos que eran sus ojos, desprendían una maldad tan fría que me heló la sangre. Entonces, actué sin pensar; por eso atiné. Le pateé la boca al canto de un simple «¡Cómete esta, belloto descerebrado!», y, al instante, se llenó de sangre su preciosa dentadura. Me giré, estiré mi brazo lo máximo que pude y agarré con tanta fuerza el tronco que iba a utilizar como arma, que se me escapó una ventosidad. El rubiales se sorprendió, yo no perdí el tiempo, empecé a golpear las manos de mi contrincante que continuaba sujetando mis piernas con violencia, y, al final, conseguí que el muy capullo me soltase y retrocediera mientras se erguía y su metro noventa me intimidaba. ¡No podía darle ninguna oportunidad! Él estaba entrenado en el cuerpo a cuerpo, y yo lo único que ejercitaba era la mandíbula. Como pude, me puse a cuatro patas para ponerme de

pie, y empecé a correr levantando el brazo con la total convicción de que iba a descargar el garrote de madera en su cocorote. Pero no sé cómo lo hizo, si fue un movimiento rápido de brazos, o un truco de magia, pero cambió la dirección de mi ataque, y no pude frenarme, golpeé la cabeza de Drac con firmeza.

El señor Verde —que continuaba con los ojos enrojecidos debido a mi espray de pimienta de la noche anterior— soltó a Drac como a un saco de patatas en cuanto este recibió el impacto de mi arremetida. El pobre cayó de rodillas sujetándose la cabeza mientras aullaba de dolor. A unos metros estaba Ron, también desorientado y a merced de nuestros malhechores, aunque estos se acercaban amenazantes ante la única persona que continuaba en pie, o sea, yo.

Estaba todo perdido y era imposible que saliera airosa de la situación en la que me encontraba.

—¡Oh! ¿Y ahora quién podrá defenderme? —canté desesperada.

No contaron con mi astucia teatral, ni con mi aguda visión o con la fuerza descomunal de Sherise que los pilló por sorpresa, a pesar de que sus zancadas bajo su peso elefantiásico provocaban un pequeño movimiento sísmico en todo el parque. Agarró por los hombros al mulato, lo zarandé y estampó contra el tronco de un pino con una facilidad abrumadora. El señor Rojo intentó reducirla, y mi amiga le soltó una hostia que lo volvió del revés. Cuando iba a celebrar que estábamos haciendo papilla a nuestros asaltantes, por el rabillo del ojo observé al señor Verde desenfundar una pistola.

—¡No! —grité mientras buscaba mi bolso. En el interior tenía el arma que le había arrebatado al cadáver apestoso de Samantha S. Scarlet, pero recordé que lo había dejado en el interior del coche amarillo de Sherise para correr sin impedimentos.

—¡Como te muevas, te mato! —gritó el señor Verde.

Sherise y yo nos quedamos inmóviles en el acto, como si estuviéramos jugando al escondite inglés, con los brazos y las piernas en una posición estrafalaria. Observé al tipo que nos amenazaba; tenía una brecha abierta en la cabeza y no paraba de escupir sangre.

«¿Dónde estaban Ariel y Rafa?», me pregunté. Y, antes de buscar mi respuesta por los alrededores, todo se precipitó en cuestión de milésimas de segundo. Ariel hizo acto de presencia y con una patada karateca lanzó el arma que sujetaba el señor Verde al quinto pino. Rafa se arrodilló ante el andurriismo de Ron y examinó la herida de la cabeza, y yo abracé a Sherise de la alegría.

«¡Por los pelos!», pensé.

Pero nos olvidamos del señor Rojo, y, una vez recuperado del sopapo que le había dado Sherise, atacó a Ariel por la espalda.

—¡Tenemos que hacer algo! —grité a la nada.

Ron se incorporó con ayuda de mi hermana mientras una ventisca, que removía toda la hojarasca del lugar con agresividad, danzaba alrededor nuestro. El pequeño empezó a gritar sin motivo aparente. ¡Otro que se había vuelto majara! El chillido dio paso a un rugido que se fusionó con el ciclón que se estaba formando a nuestro alrededor.

Miré al cielo, se había vuelto una masa más oscura que la piel de Sherise, la cual, me confesó que estaba a punto de hacerse pipi encima.

La refriega entre Ariel y los dos tíos buenos que vestían de negro, se había detenido. Nadie se movía, todos mirábamos con creciente temor el pequeño huracán que se había formado a unos metros de nosotros. El rubiales gritaba a pleno pulmón, pero era imposible escucharlo con el ruido ensordecedor que nos rodeaba. Y, entonces, el mulato avanzó hacia nosotros con paso firme y apuntó con el arma a Ron. Mi hermana se colocó delante y chilló, aunque no me llegaba

su voz, era imposible debido al ensordecedor vendaval y la tromba que empezó a caer de forma repentina. Tampoco escuché el disparo, pero sí contemplé el fogonazo que surgió del arma de fuego del señor Verde.

Giré mi cabeza a tiempo de contemplar cómo mi hermana se llevaba las manos al pecho y... se teñían de rojo.

—¡NOOOOOOOO! —grité.

Avancé hasta Rafa, y la sujeté antes de que cayera desfallecida. Mis manos se llenaron de sangre al momento. A su lado estaba Ron que tenía los ojos cerrados como si estuviera rezando. «¡Haz algo!», le escupí llena de rabia. Mi hermana no podía ni gritar, no le permití cerrar los ojos.

—¡Como te mueras, te mato! —dije.

De reojo atisé cómo el señor Verde agarraba al pelele de Ron, lo izaba y se empezaba a alejar de nosotros. Pero, entonces, un rayo iluminó el cielo y descendió hasta ellos con ferocidad... y sus cuerpos se cubrieron de llamas hasta que explotaron en un potente fulgor.

A partir de este momento, no sé muy bien lo que ocurrió. Podría decir que la noche dio paso al día en un santiamén, pero mentiría porque no eran ni las doce del mediodía. Lo que mejor recuerdo, lo que tengo grabado en mi retina fue que, una vez se extinguió el fuego que formaba el cuerpo chamuscado del mulato, de entre las cenizas surgió Ron, totalmente desnudo.

Caminó hasta mi hermana como... como si flotara. Yo estaba sentada en la tierra, meciéndola y atusando sus cabellos porque no sabía qué otra cosa hacer, aparte de maldecirla, claro. A mi vera estaba Sherise, llorando a lágrima viva, y a un metro escaso se encontraba Ariel petrificado y contemplando cómo la vida de su amada llegaba a su fin.

Ron posó sus pequeñas manos sobre la herida de mi hermana, y, al instante, una luz brillante empezó a sanar la herida de bala. Y digo sanar, porque eso es exactamente lo que ocurrió.

Nadie habló durante unos segundos, ni siquiera el viento se atrevió a irrumpir aquella quietud. Miré los alrededores buscando al señor Rojo, pero no lo encontré por ningún lado. «¿Dónde estaba?», me pregunté. Más tarde, Sherise me explicaría que el tipo fue absorbido por el tornado que había creado Ron y que salió volando como el Team Rocket al final de cada capítulo.

En cuanto a Rafa, al igual que yo había experimentado unas horas atrás, despertó confundida y sin ningún tipo de dolor. Al instante, Ariel le cubrió los morros de besos y le regaló palabras ñoñas y ridículas al oído. Desvié la mirada llena de celos, y acabé observando a Drac que me miraba consternado mientras lloraba.

—¿Y tú? ¿Qué? —pregunté cabreada.

Gateó hasta llegar a mi altura y me cogió de las manos.

—Tú... tú... ¡Has cuidado a Ron! —dijo el cenutrio.

—¿Estás gilipollas o acaso has...

Él asintió. Abrí la boca hasta desencajar la mandíbula en plan cuadro de Edvard Munch. ¡No podía creerlo! ¡Drac había recuperado la memoria! ¡Por fin! ¡Lo sabía! Sabía que un buen zambombazo en su cabeza de chorlito le haría recordar.

—No sé qué decir —dijo.

—No digas nada, y bésame.

No podía creer lo que acababa de sugerirle, pero el miedo nos aparta de la felicidad e iba a luchar por mi historia de amor. Tragué saliva, esperando nerviosa una respuesta que no tardó en llegar. Nos besamos. Él lo hizo con dulzura, yo con un salvajismo impropio de mí, pero de perdidos al río. Quería darme un festín con su boca; mis hambrientos labios lo devoraban... y como las veces anteriores, apareció en escena el gilipollas de turno y estropeó el momento

romántico que estaba teniendo.

—¡Quilla! ¡*Fite* tú que he dejao' *er tasi* mal aparcao'! ¡*Cagontó* como los tíos me lo multen *vera'* tú!

Conseguimos llegar a la estación de Sants, sin más incidentes, montados en el taxi. Y, para mayor regocijo, el conductor no me taladró los tímpanos con canciones de copla, le obligué a sintonizar radio Cosmos o, de lo contrario, le pincharía las cinco ruedas. He de añadir también, que pudimos llegar a nuestro destino gracias a los compañeros de oficio de Manue' —y estos, a los que yo creía catetos del sur de España, resultaron ser los que nos salvaron cuando estábamos jodidos—; aunque precisaba de subtítulos para entender lo que decían cuando «hablaban» entre ellos. Durante el trayecto nos cruzamos con todo tipo de efectivos policiales, hombres de negro e incluso del ejército, pero nadie nos ordenó que nos detuviésemos. Tuvimos más suerte que Tarzán encontrando lianas en la selva.

Y cinco minutos antes de que el tren partiera, llegamos al andén camuflados. Ron Zeta Cola volvía a estar disfrazado, me recordaba a Mortadelo con tanta caracterización, aunque el liliputiense era mucho más mono. ¡No me lo podía creer! ¿Estaba adquiriendo intestino maternal? Bueno, o como se diga esa gilipollez.

Llegó el momento de decir adiós, y sí, odiaba casi tanto las despedidas como correr por mi vida. Llené mis pulmones de aire, mi respiración era agitada con tanta carrerita. Cuando iba a encaramarme con mi hermana, Drac me agarró del brazo y habló:

—Gracias por todo. Nunca olvidaré lo que has hecho estos últimos días —dijo Drac.

—¿Cómo? ¿Por qué te despides de mí? —pregunté.

—Bueno... ya has hecho demasiado...

—Drac. —lo interrumpí—. Yo voy con vosotros.

—¿¡Qué!? —dijeron Sherise, Rafa y Drac a la vez.

—Quiero vivir mi vida junto a ti —confesé.

—¿¡¿¡QUÉ!?!? —repitieron todos.

¡Pero bueno! Parecían una manada de mandriles sin cerebro ni sentido de la cordura alguno de tanto «qué». No me lie a hostias porque no era el momento, ya tendría tiempo de poner a cada uno en el lugar correspondiente, pero lo primero era lo primero. Y teníamos dos minutos escasos para decir adiós a mi hermana y a mi mejor amiga.

—¿Cuándo te volveré a ver? —preguntó Rafa.

—No lo sé. Y no llores, cara pez —dije.

Pero mi hermana lloró, y también lo hizo Sherise, y yo terminé llorando porque... ¡Porque las quiero! ¡Ale, ya lo he dicho! En las últimas horas había descubierto lo importante que eran para mí, y no solo habían arriesgado su vida por un adufe sin corazón como yo, sino que me habían demostrado que eran más valientes que D'Artacán.

—Dile a *mama* y a *papa* que los quiero —dije.

—¡Tendrás que llamarlos y decírselo tú! ¡Nunca me creerían! —dijo Rafa.

Continué abrazada a ella y Sherise los últimos segundos, llorábamos a moco tendido, aunque debo de confesar que mis lágrimas eran de cocodrilo, porque tenía a Drac esperándome para vivir la mayor aventura de mi vida. Y estaba impaciente por empezarla y por darle un beso en condiciones. Uno de película, de esos que cierran la escena final y después salen en letras grandes y claras...

THE END

Cuando lluevan elefantes

*Las palabras son baratas.
Lo más grande que puedes decir es elefante.
Charlie Chaplin.*

Esta es la parte del «y vivieron felices y comieron raíces» y toda esa mierda que dicen los come pastos, pero... ¿sabéis qué? ¡Me la sopla! Porque mi **NOVIO** es uno de ellos y estoy más feliz que una perdiz. Estoy más contenta que Heidi tras perder de vista a Clara, más alegre que una suegra aprendiendo brujería, más dichosa que un testigo de Jehová en una fábrica de timbres...

Tenemos intención de instalarnos en un pueblucho de mala muerte llamado Solmingo, que dispone de un camping enorme en el que ni siquiera hay que registrarse. Ese es nuestro plan a largo plazo, porque a corto plazo, la mayoría de las veces, ni siquiera sabemos dónde pernoctaremos. A veces me siento como en los años 80, porque hasta tengo que cepillarme los dientes manualmente, pero todo eso da igual. Tenemos muy claro que nunca permitiremos que nadie ponga las manos encima de nuestro niño. ¡Nadie!

Al final, la bebecarcos de Samantha S. Scarlet tuvo razón en todo. Tanto ella como Drac eran contraespías que trabajaban para una especie de secta llamada La Quinta Columna, y su objetivo era recopilar información, tanto de Blackmart como de ACB. Por mi propia seguridad, el inútil y palurdo de mi dragón se negó a explicarme los pormenores, lo que sí me explicó fue que la supervivencia de nuestra especie estaba ligada con la vida del ratoncito de laboratorio que custodiábamos.

Bromas aparte, a veces, me preguntaba si mi vida era un sueño, si tras el disparo a bocajarro de doña Pepa nunca había despertado y todo lo que vivía era una ilusión... porque sin tener en cuenta los superpoderes de nuestro protegido, tenía que confesar que era feliz. Todos los putos días de mi vida. Y mi convivencia con los energúmenos era idílica. Ron Zeta Cola hablaba español cada vez con mayor soltura, aunque todas sus frases tenían agravios. ¡No sé de dónde coño había aprendido tal magnitud de tacos! Me gustaría llevarlo al Récord Guinness y mostrar con orgullo al pequeño monstruo que había creado, pero éramos fugitivos, o más bien caracoles, todo el día de un lado para otro con la casa a cuestas.

Y con Drac... ¿Qué os puedo contar? Es la viva imagen del caballero con el que siempre había soñado: gallardo, inteligente, sensible, considerado... Estoy enamorada de él hasta la médula, aunque, a veces, me da tanto la lata por nimiedades que no me queda otra que tirarle los trastos a la cabeza. Aunque todo eso se me pasa cuando lo miro, porque la luz que desprenden sus ojos es tan colosal que iluminan mi mundo. Sin olvidar que mi cuerpo tiembla cada vez que nos besamos; mi corazón se estremece cuando me toca... No me ha importado renunciar a mi antigua vida con tal de permanecer a su lado. Ya no me acordaba de que cuando te besan, te abrazan y te dicen cosas bonitas al oído, al día siguiente quieres más. Soy una mujer con treinta castañas, pero con la ilusión de una niña de quince. Y, lo más importante, mi dragón me lleva a la luna cada vez que me monto en su cohete. También sabe tocarme de formas que no hubiera creído capaz e, incluso, he descubierto el significado de la palabra multiorgasmo. Y no, no es una

leyenda urbana como anuncian las revistas de marujas... ¡Es verdad!

Por primera vez, puedo decir que me siento feliz, es más, soy una nueva persona que ha dejado atrás millones de defectos y se ha convertido en un individuo perfecto y armonioso, con mucha más paciencia, y entrenada en defensa personal que puede soltarte un sopapo en un abrir y cerrar de ojos si no me cedes tu sitio en la cola del supermercado cuando tengo prisa, que suele ser siempre. Hay cosas que nunca cambian, por supuesto. Tal vez, algún día, sea una persona más dulce y pacífica, pero si algo tengo claro a estas alturas, es que «eso» ocurrirá... ¡Cuando lluevan elefantes!

DIARIO DE MAGMA

~~Querido diario, me llamo Magma y tengo once años. Has llegado a mis manos porque el payaso de mi vecino me ha hecho un regalo y, sorpresa, ¡tú has sido mi regalo! Se supone que tengo que escribir con letra bonita ñoñerías y estupideces que las niñas de mi edad piensan... cosas como el nombre del chico que me gusta, a qué edad me quiero casar y este tipo de cursiladas. Bueno, me he cansado de escribir y no tengo nada más que decirte. Hasta otra.~~

~~***~~

~~Estúpido diario de pacotilla, no voy a escribirte nunca más. Me he enfadado con Drac porque dice que siempre insulto con las mismas palabras, que no soy nada original. ¡Voy a demostrarle que se equivoca! Es un caraculo milipollas y no merece que utilice su regalo nunca más.~~

LIBRETA DE INSULTOS DE MAGMA

Acémila: Asno (persona ruda).

Adufe: Pandero, persona necia.

Andurriasmo: Persona que va sucia, vestida con dejadez y que no se preocupa por su apariencia (vamos, mi profesor de gimnasia).

Atolondrado: Que procede sin reflexión.

Arracacha: Sandio, torpe, simple.

Badulaque: Persona necia, inconsciente. (Nada que ver con el establecimiento de Apu en los Simpsons).

Baldragas: Hombre insustancial, simple y de poco carácter.

Barbitonta: Que tiene cara de tonta (todas las niñas de mi clase).

Barragán: Esforzado, fuerte o valiente (¿esto es un insulto?).

Bebecharcos: Persona necia que hasta se bebe el agua de los floreros.

Bellaca: Mala, pícara, ruin.

Belloto: Bruto, montaraz.

Berzotas: Persona ignorante o necia.

Bocabuzón: Persona con la boca grande que habla de más (~~mi hermano~~)-(Mi hermana).

Bocachancla: Persona que hace comentarios a destiempo, que acarrear consecuencias negativas para el grupo en que se engloba o para otra persona (mi madre me lo dice mucho).

Botarata: Persona alborotada y de poco juicio.

Cabezabuque: Persona con la cabeza muy grande, que además es bruta u obstinada (sin lugar a duda... ¡mi padre!).

Cabezacuadrada: Persona testaruda, especialmente la que solo actúa según normas y planes prefijados.

Cabestro: Persona torpe o ruda (mi tío del pueblo).

Cagaprisas: Persona impaciente, que siempre tiene prisa.

Calzamonas: Persona insustancial.

Cantamañanas: Persona informal, fantasiosa, irresponsable, que no merece crédito.

Caracaballo: Persona de perfil alargado y dentadura grande, en especial los dientes incisivos (¡Bernarda Mirinda!, primero nació ella, y, después se creó este insulto).

Caracartón: Persona poco expresiva y de comportamiento insípido (mi profesora de lengua).

Caraculo: Drac Capdevilla Ripoll.

Caranchoa: Persona con rostro poco agraciado o desfigurado.

Carapapa: Simple, atontado (mi tío el del pueblo. Está clarinete).

Carapasillo: Persona con mucha jeta, que se toma licencias sin preguntar.

Cascarria: Persona o cosa despreciable.

Cenutrio: Torpe o estúpido (mi tío).

Ceporro: Persona torpe e ignorante (además de ser un cabestro, carapapa y cenutrio, mi tío es, también, un ceporro).

Chiquilicuatre: Persona, frecuentemente joven, algo arrogante y de escasa formalidad o sensatez.

Chirimbaina: Chisgarabís, persona de poco juicio.

Chisgaribis: Chiquilicuatre.

Chupacables: Tonto, alorado.

Chupóptera: Dicho de una persona: Que se aprovecha de otras.

Comechapas: Persona necia.

Crápula: Hombre de vida licenciosa (~~no lo entiendo, preguntar a mi profe de lengua~~).

Cuerpoescombro: Persona de cuerpo enclenque y poco ejercitado.

Culopollo: Alguien delgado, de culo estrecho.

Espantajo: Persona estrafularia y horrible.

Estulto: Necio, tonto.

Fuñique: Dicho de una persona: Inhábil y torpe en sus acciones.

Ganapanes: Hombre rudo y tosco (no hace falta que diga a quién hace referencia).

Gaznápiro: Palurdo, simplón, torpe, que se queda embobado con cualquier cosa.

Golimbro: Aficionado a comer golosinas.

Lechuguino/a: Muchacho imberbe que se mete a galantear aparentando ser hombre hecho.

Longanizas: Vacío, hueco, simple. Un poco tonto.

Magancés: Individuo perverso y malévolo del que conviene apartarse.

Malandrín: Maligno, perverso, bellaco.

Malasombra: Persona que tiene mala idea o intención.

Malquistas: Miradas con malos ojos por alguien.

Mamacallos: Persona tonta y pusilánime.

Mamarracho: Persona estrafalaria o ridícula.

Mamerto: Persona de pocas luces.

Mangurrián: Dícese de la persona poco civilizada, de formas toscas y asilvestradas (ejemplo: mi padre viendo un partido de fútbol con sus amigos).

Meapilas: Santurrón.

Meliloto: Hombre insensato y abobado.

Milipollas: Gilipollas multiplicado por mil (invención mía).

Mendrugos: Hombre rudo, torpe, zoquete.

Mentecato: Tonto, fatuo, falto de juicio, privado de razón.

Mequetrefe: Persona entremetida, bulliciosa y de poco provecho.

Mercachifle: Mercader de poca importancia que no es de fiar.

Mindundi: Persona insignificante, sin poder ni influencia.

Mongopolla: Mongolo con cara de polla. (Invención mía).

Morronga: En Colombia se utiliza esta palabra para referirse a las mujeres con pinta de mojigatas que en realidad mienten y están llenas de vileza (palabra sacada de la novela *El oasis*).

Pagafantas: Dícese del hombre que busca una relación sexual con una chica que solo lo ve como amigo (es decir, todos los feos).

Pánfilo: Cándido, bobalicón, tardo en el obrar.

Panoli: Dicho de una persona: Simple y fácil de engañar.

Papafrita: Simple, corto de mente (mi profe de matemáticas).

Papamoscas: Papanatas, de naturaleza simple.

Papanatas: Persona simple y crédula o demasiado cándida y fácil de engañar.

Pecholata: Fuerte, de pectorales amplios y robustos (el hombre con el que me casaré algún día).

Pedorra: Dicho de una persona: Tonta, ridícula o presuntuosa.

Pelagatos: Persona insignificante o mediocre, sin posición social o económica.

Pelandrusca: Mujer de costumbres sexuales muy libres.

Petimetra: persona que se preocupa mucho de su compostura y de seguir las modas.

Pilingui: prostituta (me encanta este insulto).

Pillasvispas: Persona que pierde el tiempo en cosas nimias y sin importancia (mi madre leyéndome la cartilla).

Piltrafa: Persona de ínfima consistencia física o moral.

Pinchaúvas: Persona despreciable.

Pintamonas: Persona de poco relieve pese a presumir de lo contrario.

Pisaverdes: Hombre presumido y afeminado, que no conoce más ocupación que la de acicalarse, perfumarse y andar vagando todo el día en busca de galanteos.

Planchabragas: Hombre sumiso a su pareja o más raramente a otras mujeres de su familia.

Porculera: Persona que no sabe cuándo guardar silencio.

Puercoespín: Persona huraña, áspera o poco afable.

Rasparamonedas: Ladrón de guante blanco (según mi madre todos los políticos).

Ribaldo: Pícaro, bellaco.

Soplagaitas: Persona tonta o estúpida.

Soplapollas: Persona tonta o estúpida.

Tarambana: Persona alocada, de poco juicio.

Tiparraco: Persona ridícula y despreciable (o sea, Isaac Newton).

Tiravelitas: Persona adulatora.

Tontolaba: Apócope de tonto del haba, se utiliza para designar a aquel a quien le toca el haba en el roscón de Reyes y, por lo tanto, le toca pagarlo.

Trapisondista: Persona que se dedica a hacer hazañas inútiles (en especial esos «seres» que se hace llamar *influencers*).

Tunante: Pícaro, bribón, taimado.

Ufano: Arrogante, presuntuoso, engreído.

Vacaburra: basta, grosera... (mi querida Sherise).

Verraca: Cerdo padre, o persona despreciable por su mala conducta.

Verriondo: Dicho de un animal, especialmente de un cerdo: Que está en celo.

Zalamero: Que demuestra cariño de forma exagerada (Drac cuando tiene un día tonto ♥).

Zanguango: Indolente, embrutecido por la pereza.

Zarandajo: Dicho de una persona: despreciable.

Zarrapastroso: Dicho de una persona despreciable (esta definición se repite más que el ajo).

Zascandil: Hombre astuto, engañador, por lo común estafador.

Zopenco: Tonto y abrutado.

Zote: Ignorante, torpe y muy tardo en aprender.

Zoquete: Persona tarda en comprender (¿Es lo mismo que zote?).

Zurcefrenillos: Dícese de aquel hombre que realiza actividades propias de un insensato (ejemplo: mi profesor de ciencias).

Zurumbático: Lelo, pasmado, aturdido.

CÓMO BAJAR DE PESO LEYENDO «CUANDO LLUEVAN ELEFANTES»

Hola, soy Chuck Norris. Algunos me recordarán por haber protagonizado la Teletienda de cómo tener abdominales mientras ves la televisión y comes helados o cómo aprender un idioma sin dar un palo al agua...

Bien, me gustaría presentarles un método revolucionario que está causando furor en el mundo y hará que bajen de peso de la forma más rápida posible sin pisar un gimnasio. Sí, sí, han leído bien, sin pisar un gimnasio.

Científicos y médicos de todo el mundo avalan esta dieta. Solo necesitas dos cosas. El presente libro que estás sosteniendo y energía para quemar.

A continuación, les presento una serie de ejercicios que tienen que llevar a cabo mientras leen de nuevo esta novela.

No olviden hacer ejercicios de estiramientos, hidratarse con agua durante la lectura, o vestir ropa y calzado cómodo.

5 abdominales cada vez que la protagonista diga una palabrota.

5 sentadillas cada vez que la protagonista llame a Samantha S. Scarleth:

doña Perfecta, Triple S o la tonta del bote.

5 flexiones cada vez que la protagonista tenga un pensamiento negativo.

5 saltos cada vez que la protagonista ridiculice a cualquier colectivo.

*5 dominadas cada vez que la protagonista mencione la palabra
«chocolate».*

5 kilómetros a la pata coja cada vez que la protagonista beba alcohol.

*Limpiar la casa de arriba abajo cada vez que la protagonista mencione el
número trece.*

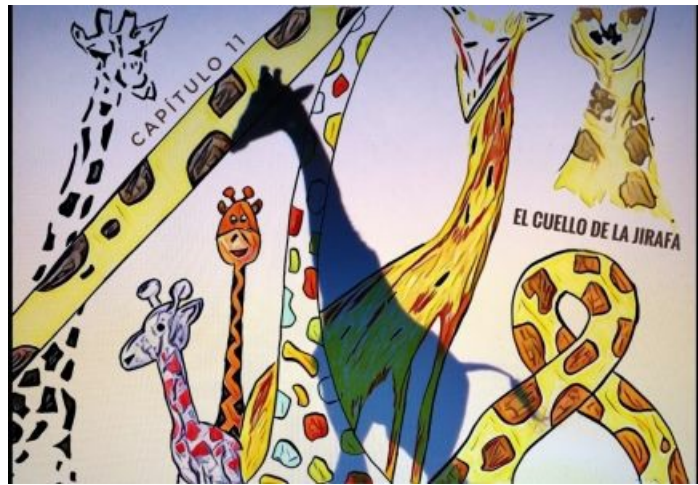
PORTADA CAPÍTULO 9



PORTADA CAPÍTULO 10



PORTADA CAPÍTULO 11



Nota del autor

Esta novela ha sido escrita entre los años 2019 y 2021, en lugares como Bali, Cebú, Puerto Princesa, El Nido, Hua Hin, Bangkok, Helsinki, Punkaharju, Espoo y Hämeenlinna.

Escribir esta historia ha sido una gran sorpresa y me he reído como un niño pequeño subido a un columpio. Desde un primer momento, tuve claro cómo finalizaría el libro, por lo que creé diferentes dinámicas en la que los lectores de Wattpad fueron cambiando el rumbo de la historia a través de encuestas sometidas al final de cada capítulo. Esto resultó ser un excelente ejercicio de creatividad que ha dotado a la narración de giros argumentales que nunca se me hubieran ocurrido.

La historia está ambientada en la ciudad de Barcelona, aunque no se especifica el año, es posterior a mi primera novela *«Como un cielo sin estrellas»*, incluso hay algunos escenarios ficticios que comparten ambas novelas, sin olvidar que cierto personaje está presente en las dos. Podría decirse que, tanto *«Como un cielo sin estrellas»* y *«Cuando lluevan elefantes»*, forman parte de una trilogía —con historias independientes— y culminará con *«Las noches que nos quedan»*.

Quisiera añadir también, que, a lo largo de la novela, se nombra el título de una infinidad de series españolas (e internacionales) que, en algún momento de mi vida, me han acompañado. Asimismo, las dos canciones que aparecen a lo largo del capítulo diez son *«Sin documentos»* de Los Rodríguez y *«Porque te vas»* de Jeanette.

Cada capítulo del libro ha tenido como referencia una temática distinta, a excepción del capítulo piloto, y aquí va el listado:

Capítulo 2: mala suerte.

Capítulo 3: explosivos.

Capítulo 4: canciones (aunque la mayoría de los capítulos tienen algunas frases de canciones muy famosas puestas en boca de Magma, este capítulo cuenta con citas de más de diez artistas, que van desde Madonna hasta Michael Jackson).

Capítulo 5: lluvia.

Capítulo 6: fuego.

Capítulo 7: sexo.

Capítulo 8: series de televisión (hay en todos los capítulos, pero este se lleva la palma de chocolate).

Capítulo 9: películas.

Capítulo 10: dibujos animados.

Capítulo 11: cuentos.

Capítulo 12: cielo/infierno.

Además, en todos los capítulos se repiten una serie de palabras: chocolate, caraculo, elefante y el número trece. Y todos los capítulos tienen referencias a la película *«El quinto elemento»* dirigida por Luc Besson y al libro *«Alicia en el país de las maravillas»* escrito por Lewis Carroll.

El libro contiene muchas más referencias, he querido exponer las más llamativas, pero les puedo asegurar que hay muchas más.

Por último, me gustaría mencionar, también, que durante la construcción del personaje principal estudié a otros personajes ficticios que me han aportado infinidad de horas de entretenimiento y risas. De entre todos ellos, me gustaría destacar a Bridget Jones y Estela

Reynolds. También, quiero pedir perdón en nombre de Magma del Nido Quijano, y de un servidor, en caso de que alguien se haya ofendido durante la lectura de «*Cuando llueven elefantes*». Lo siento.

Naviru Shorno / 23 de abril del 2021

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a todas las personas que han colaborado y ayudado para que esta obra llegara a buen puerto, en especial a mi gente de Wattpad, por los comentarios y las estrellitas en aquel primer borrador que tardé más de un año en finalizar, y, sobre todo, a los que votasteis o participasteis en las diferentes dinámicas. Sin vuestra cooperación, esta novela sería muy diferente.

Muchas gracias a mi editora Virginia Estévez, aunque a veces no nos pongamos de acuerdo y nos tiremos los trastos a la cabeza, formamos, muy; buen: equipo. Fuera bromas, mi gratitud es y será infinita por toda la ayuda que me has proporcionado.

Muchas gracias a la escritora Saray Ramírez, por leerse, también, esta novela un par de veces y ayudarme con las faltas de ortografía. También por ser mi compañera en el podcast «Nigromantes literarios» y acompañarme con una sonrisa y una energía increíble cada dos semanas. ¡Nos podéis escuchar en Youtube, Spotify e iVoox!

Muchas gracias a Javi Mateo y David Aguado por los cientos de comentarios y correcciones que habéis aportado en uno de los últimos borradores. ¡Sois geniales! Por cierto, son críticos literarios y los podéis encontrar en Instagram @borracheraliteraria.

Muchas gracias a Arsen Babayan por la infinidad de comentarios realizados y ayudarme a solventar algunos flecos en la trama. ¡Te quiero, amigo!

Y muchas gracias al resto de lectores betas, tanto por la multitud de comentarios que me han ayudado a mejorar la historia, como por algunos errores que se resistían a ser descubiertos. Un placer haber contado con vosotros, os quiero tres mil: Alessandra de Almeida, Esther Logroño, Maikel Ruiz, Álvaro Sánchez, Miriam Gil, la increíble *instagrammer* Laura Alonso (@librosenlosusenosdelaura) y el maravilloso *instagrammer* Juan Carlos Moreno (@books.and.jk).

No puedo olvidarme de la ilustradora de la portada. ¡Muchas gracias, Megan Herrera! Pueden contratar sus servicios escribiéndole al siguiente correo: MeganHerzart@gmail.com o a través de su Instagram: @meganherzart.

Me gustaría también agradecer a Lorena, la correctora profesional que ha contribuido a mejorar el contenido del libro. Junto con Yolanda, ofrece un servicio de corrección muy completo. Correo: llyc.correcciones@gmail.com.

Y cómo no, a Óscar, el creador del booktrailer de «Como un cielo sin estrellas» y de este presente libro. Pueden contratar sus servicios a través de la aplicación de Fiverr. Usuario: oscarfr.

Por último y no menos importante, quisiera dar las gracias a mi familia, a Harri y a Lulu. También, pedirles perdón por mi actitud irascible y odiosa que ha invadido mi ser cuando me metía en las botas de la protagonista de esta novela. ¡No sé qué me ha pasado! ¡Yo no soy así! ¡La culpa es de Magma del Nido Quijano y... de Isaac Newton!

Naviru Shorno
13 de julio del 2021

CUANDO LLUEVAN ELEFANTES

NAVIRU SHORNO

El 10% de los beneficios de este libro serán destinados para la adopción de elefantes huérfanos a través de la fundación David Sheldrick.

www.sheldrickwildlifetrust.org

[1] Insulto inventado por la protagonista. Mismo significado que la palabra «gilipollas», pero multiplicado por mil.

[2] Género poco conocido de hongos saprótrofos tradicionalmente clasificados en la familia Tricholomataceae.

[3] Organización que lucha por los derechos de los animales. Las siglas significan Personas por el Trato Ético de los Animales.

[4] Criatura humanoide depredadora que vive en la dimensión paralela conocida como Mundo del Revés de la serie *Strangers Things* de Netflix.

[5] Pirata, que por el siglo XVII formó parte de los grupos que infestaron el mar de las Antillas.

[6] En Colombia se utiliza esta palabra para referirse a las mujeres con pinta de mojigatas que, en realidad, mienten y están llenas de vileza.

[7] Atención en italiano.

[8] Hermana en catalán.

^[9] El término procede del adjetivo «mongolo» y se ha hecho popular gracias a las redes sociales, aunque no se utiliza en radio o televisión debido a que su origen es políticamente incorrecto.

^[10] Buen viaje, mi amiga.

^[11] Chiquilicuatre.